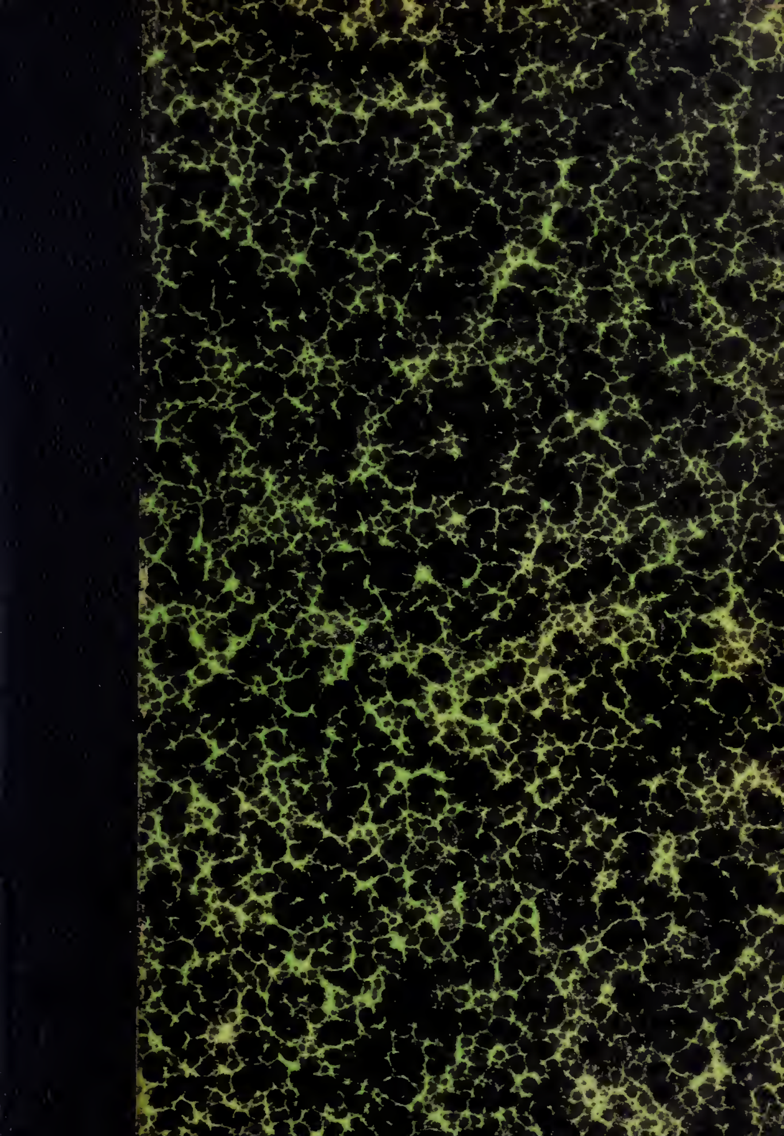
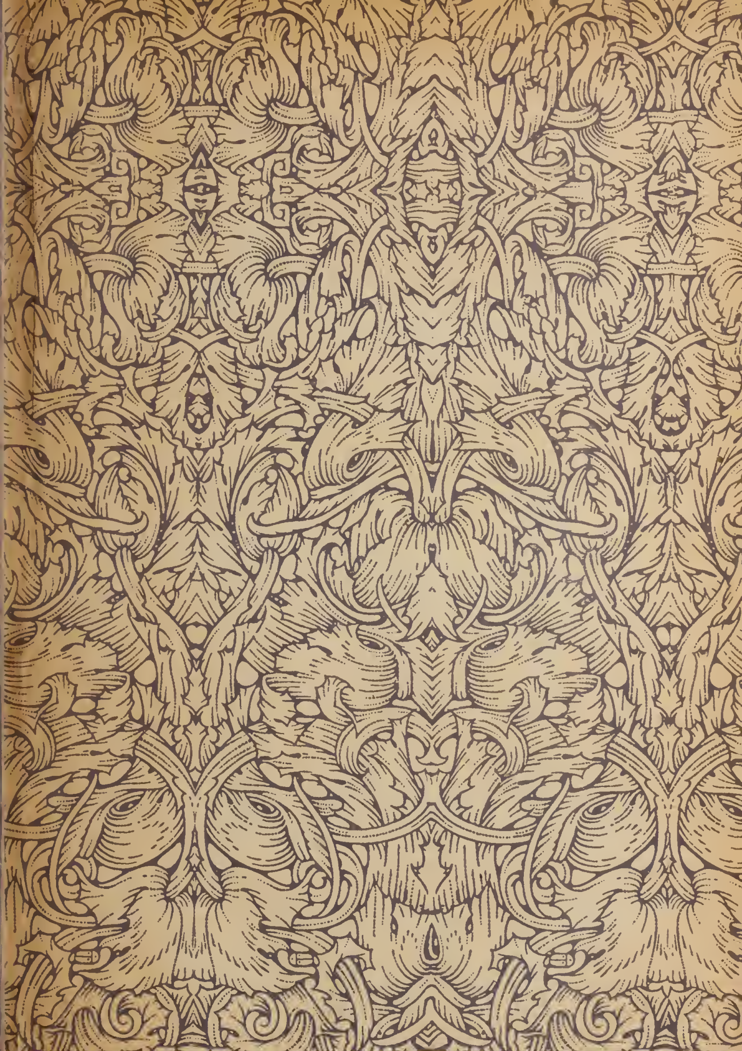






COLECCION D HISTORIADORES CLASICOS DEL PERV

TOMO V

LOS COMENTARIOS REALES D LOS INCAS

ESCRITOS



TOMO V

HOMENAJE AL CENTENARIO
de la Independencia Nacional

Anotaciones y concordancias con las crónicas de Indias
por

Horacio H. Urteaga,

Miembro de número del Instituto Histórico del Perú

LIMA
IMP. y LIBRERIA SANMARTI y Cia.
MCMXX


EL INCA GARCILAZO de la VEGA



TRICROMIA
SANMARTI Y CIA - LIMA

EL SAQUEO DEL CORICANCHA
Reproducción ideal.

OLEO DE
TEOFILO CASTILLO

COLECCION DE HISTORIADORES CLASICOS DEL PERU, T. V.

LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS

POR

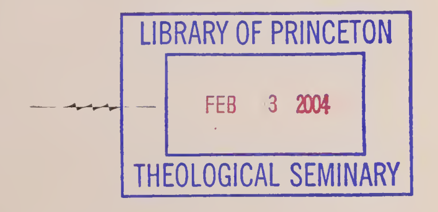
GARCILASO DE LA VEGA

TOMO V

Anotaciones y Concordancias con las Crónicas de Indias

por

HORACIO H. URTEAGA
Miembro de Número del Instituto Histórico del Perú.



LIMA
IMPRENTA y LIBRERIA SANMARTI y Cia.
MCMXX



SEGUNDA PARTE

de los Comentarios Reales

del Inca

Garcilaso de la Vega

TOMO V.



LIBRO QUINTO

Contiene la elección del licenciado Pedro de la Gasca para la reducción del Perú. Los poderes que llevó y la llegada á Tierra-Firme. Como entregaron al presidente la armada de Gonzalo Pizarro sus propios amigos y capitanes. La navegación del licenciado Gasca hasta el Perú. La muerte de Alonso de Toro. La salida de Diego Centeno de la cueva, y cómo tomó la ciudad del Cosco. El presidente envia á Lorenzo de Aldana con cuatro navios a la ciudad de los Reyes. Niegan a Gonzalo Pizarro los suyos y se huyen al de la Gasca. Gonzalo Pizarro se retira á Arequepa. Diego Centeno le sale al encuentro. Dase la cruel batalla de Huarina. La victoria de Pizarro. Su ida al Cosco. Los sucesos del presidente Gasca y su buen gobierno en la milicia. La batalla de Sacsahuana. La victoria de el presidente. La muerte de Gonzalo Pizarro y la de sus capitanes. Contiene cuarenta y tres capítulos.

CAPITULO PRIMERO

LA ELECCION DEL LICENCIADO PEDRO DE LA GASCA POR EL EMPERADOR CARLOS QUINTO PARA LA REDUCCION DEL PERU.

ENTRE TANTO que en el Perú pasaron las cosas que hemos dicho, llegaron a España Diego Alvarez Cueto y Francisco Maldonado, embajadores, éste de Gonzalo Pizarro y aquel del Visorey Blasco Nuñez Vela, fueron a Valladolid donde residía la corte, y gobernaba el príncipe don Felipe, por ausencia del emperador su padre, que residía en Alemania, asistiendo a la guerrra que por su propia persona como católico príncipe hacía a los luteranos, para reducirlos a la obediencia de la Santa Madre Iglesia romana. Cada uno de los embajadores informó como mejor pudo y supo a su Alteza y al Consejo real de las Indias, los sucesos del

Perú, hasta que salieron dél, que aún no había sucedido la muerte del visorey. Dió mucha pena la mala nueva de la alteración de aquella tierra, y para tratar de mejor del remedio della, mandó llamar el príncipe las personas más graves, y más prudentes y de más esperiencia que en la corte había, que fueron el cardenal don Juan Tavera, arzobispo de Toledo, y el cardenal don Fray García de Loayza, arzobispo de Sevilla; y don Francisco de Valdés, presidente del consejo real y obispo de Sigüenza, el duque de Alba, el Conde de Osorno, el comendador mayor de Leon, Francisco de los Cobos, y el comendador mayor de Castilla don Juan de Zúñiga, y el licenciado Ramirez, obispo de Cuenca, y presidente de la real audiencia de Valladolid, y los oidores del consejo real de las Indias, y otras personas de autoridad. Todos los cuales, y en comun toda la corte, se admiró que las leyes y ordenanzas que se habían hecho a título del bien universal de los indios, y de los españoles del Perú, se hubiesen trocado tan en contra que hubiesen sido causa de la destruición de los unos y de los otros, y de haber puesto el reino en contingencia de que el emperador lo perdiese. Con este sentimiento entraron muchas veces en consulta, para acordar cómo se remediaría el peligro tan manifiesto de la pérdida de aquel imperio, que era lo que más se sentía. Hubo diversos pareceres: unos proponían que se ganase por fuerza de armas; enviando gente de guerra con capitanes esperimentados en ella; pero la dificultad de tanto aparato como era menester, de gente, armas y caballos, munición y bastimento, y la navegación tan larga, y haber de pasar dos mares, les forzaba a no tomar este consejo. Otros pareceres hubo de gente menos belicosa, y hombres más acertados que dijeron, que pues el mal había nacido del rigor de las leyes, y de la aspereza de la condición del visorey, era bien curarle con cosas contrarias haciendo nuevas leyes en contra de aquellas, derogándolas y dándolas por ningunas, y enviando con ellas un hombre blando, afable, suave, de prudencia, esperiencia y consejo, sagaz, astuto y mañoso, que supiese manejar las cosas de la paz, y las de la guerra cuando se ofreciesen. Eligieron al licenciado Pedro de la Gasca clérigo presbítero del consejo de la general inquisición, de quien tenían satisfacción, que concurrían en él todas las partes dichas: y así lo escribieron a su magestad para que aprobase la elección. Recibidas las cartas, ordenó lo que Francisco Lopez de Gomara en este paso dice, que por decirlo más breve y compendioso que los demás autores que van muy largo en esto aunque no dicen más que él, me pareció sacar a la letra lo que aquel historiador dice en el capítulo ciento y sesenta y cinco, que es lo que se sigue.

Como el emperador entendió las revueltas del Perú sobre las nuevas ordenanzas, y la prisión del visorey Blasco Núñez, tuvo a mal el desacato y atrevimiento de los oidores que le prendieron, y a deservicio la empresa de Gonzalo Pizarro. Más templó la saña por ser con apelación de las ordenanzas, y por ver que las cartas y Fran-

cisco Maldonado (que Tejada muriera en la mar) echaban la culpa al visorey, que rigurosamente ejecutaba las nuevas leyes sin admitir suplicación; y también porque le había el mesmo mandado ejecutar, sin embargo de apelación, informado o engañado, que así cumplía al servicio de Dios, al bien y conservación de los indios, al saneamiento de su conciencia y aumento de sus rentas. Sintió esa misma pena con tales nuevas y negocios, por estar metido y engolfado en la guerra de Alemania, y cosas de luteranos, que mucho le congojaban: más conociendo cuanto le iba en remediar sus vasallos y reinos del Perú, que tan ricos y provechosos eran, pensó de enviar allá hombre manso, callado y negociador, que remediase los males sucedidos, por ser Blasco Núñez Bravo, sin secreto, y de pocos negocios: finalmente quiso enviar una oveja, pues un leon no aprovechó. Y así escogió al licenciado Pedro Gasca, clérigo del consejo de la inquisición, hombre de muy mejor entendimiento que dispusición, y que se había mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia. Dióle los poderes que pidió, y las cartas y firmas en blanco que quiso: revocó las ordenanzas, y escribió a Gonzalo Pizarro desde Veleno, en Alemania, por febrero de mil y quinientos y cuarenta y seis años. Partió pues Gasca con poca gente y fausto, aunque con título de presidente, más con mucha esperanza y reputación. Gastó poco en su flete y matalotaje, por no echar en costa al emperador, y por mostrar llaneza a los del Perú. Llevó consigo por oidores a los licenciados Andrés de Cianca y Rentería, hombres de quien se confiaba. Llegó al Nombre de Dios, y sin decir a lo que iba, respondía a quien en su ida le hablaba, conforme a lo que dél sentía, y con esta sagacidad los engañaba, y con decir que si no le recibiese Pizarro, se volvería al emperador; cá él no iba a guerrear, que no era de su hábito, sino a poner paz revocando las ordenanzas y presidiendo en la audiencia. Envió a decir a Melchior Verdugo que venía con ciertos compañeros a servirle, no viniese sino que estuviese a la mira. Ordenó algunas otras cosas y fuese a Panamá, dejando allí por capitán a García de Paredes, con la gente que le dieron Hernando Mejía y don Pedro de Cabrera, capitanes de Pizarro, porque sonaba como franceses, andaban robando aquella costa, y querían dar sobre aquel pueblo, más no vinieron: cá los mató el gobernador de Santa Marta en un banquete. Hasta aquí es de Gomara. (1)

(1) Vease para todo lo referente a la Gasca, su vida y acciones en la pacificación del Perú la obra de su biógrafo Calvete de la Estrella. *Revelión de Gonzalo Pizarro*. Edic. Madrid. 1899. Gomara: *Historia de las Indias* c. CLXXIV. Vease *Historia de Pedro de la Gasca*. Caravantes cit por Prescot

CAPITULO II

LOS PODERES QUE EL LICENCIADO GASCA LLEVO; SU LLEGADA A SANTA MARTA Y AL NOMBRE DE DIOS. EL RECIBIMIENTO QUE SE LE HIZO Y LOS SUCESOS Y TRATOS QUE ALLI PASARON.

AÑADIENDO lo que este autor dejó de decir acerca de los poderes que el licenciado Gasca llevó, que aunque dice que el emperador le dió los que pidió no declarase cuáles fueron. Decimos que pidió le diesen absoluto poder en todo y por todo, tan cumplido y bastante como en su magestad lo tenía en las Indias, para que en todas ellas le acudiesen con la gente, armas y caballos, dineros y navíos, y bastimentos que pidiese: pidió revocación de las ordenanzas que el visorey llevó y perdón de todos los delitos pasados criminales, que no se pudiese proceder contra ellos, de oficio ni a instancia de parte, quedando a salvo a cada uno el derecho de su hacienda; y que pudiese mandar volver a España al visorey, si le pareciese que convenía a la quietud del reino; y para poder gastar de la hacienda real todo lo que conviniese para su reducción y quietud, y la administración de la justicia y gobierno del; y para poder provcer todos los repartimientos de los indios vacos, y los que vacasen mientras él estuviese allá, y los oficios de todo aquel imperio, y para dar las gobernaciones de lo que estaba ganado y descubierto, y conquistas de lo por ganar, y que a él no le habían de dar salario sino una persona, como contador y ministro de su magestad, y que gastase lo que él le mandase y conviniese, y después diese cuenta de ello a los ministros de la hacienda real. Todo esto pidió el licenciado Gasca, previniendo, como hombre sobrio y prudente, a lo pasado y por venir, y a que no se dijese que el interés del salario le llevaba a trabajos y peligros tan grandes eminentes, como por delante a cada paso se le habían de ofrecer: sino que le llevaba el celo de servir a su rey, por quien posponía los descansos, la quietud y la propia vida. &c. Y declarando lo que dice Gomara, que el licenciado Gasca era hombre de muy mejor entendimiento que

dispusición. Es así que era muy pequeño de cuerpo, con estraña hechura que de la cintura abajo tenía tanto cuerpo como cualquiera hombre alto y de la cintura al hombro no tenía una tercia. Andando a caballo parecía aún más pequeño de lo que era porque todo era piernas: de rostro era muy feo; pero lo que la naturaleza le negó de los dotes del cuerpo se los dobló en los del ánimo, porque tuvo todos los que aquel autor dice dél y muchos más, pues redujo un imperio tan perdido como estaba el Perú al servicio de su rey. Yo le conocí, y particularmente le ví toda una tarde, que estuvo en el corredorcillo de la casa de mi padre, que sale a la plaza de las fiestas, donde le hicieron una muy solemne de toros, y juegos de caña, y el presidente las miró desde allí, y posaba en las casas que fueron de Tomás Vasquez, y ahora son de su hijo Pedro Vasquez, donde también posó Gonzalo Pizarro, que están al poniente, calle en medio de la casa y convento de nuestra Señora de las Mercedes; y aunque aquellas casas tienen a la esquina que sale a la plaza una ventana grande de donde pudiera el licenciado Gasca ver las fiestas, quiso verlas dende el corredorcillo de mi padre, porque cae en medio de aquella plaza. Y con esto pasaremos a contar sus hazañas, que aunque no fueron de lanza y espada fueron de prudencia y consejo que tuvo para proveer y gobernar lo que convenía en la guerra, para alcanzar el fin de su pretensión; y para después de alcanzado, salir de aquella tierra, libre sin opresión. Fueron hazañas de paciencia y sufrimiento para llevar y pasar los trabajos que se le ofrecieron, y sufrir los desacatos y desvergüenzas de la gente militar: también fueron de astucia, discreción y maña, para penetrar, atajar y vencer los ardides y tratos de sus contrarios que de todo tuvo mucho. De lo cual es bastante prueba el haber salido con hazaña increíble, a quien bien considerare de qué manera estaba aquel imperio, cuando este varón aceptó la empresa dél. Dejando aparte la navegación, que el presidente (a quien de aquí adelante llamaremos así) hizo hasta Nombre de Dios, que la escribe Diego Fernandez, diremos lo que pasó de allí adelante. En Santa Marta supo el presidente la muerte del visorey Blasco Nuñez Vela, que le dió cuenta della el licenciado Almandarez, que era entonces gobernador de aquella provincia y del nuevo reino. El licenciado Gasca y todos los suyos recibieron grande alteración y turbación, pareciéndoles que sería imposible reducirse gente que había llegado a hacer tan gran delito y maldad contra su rey, que hubiesen muerto en batalla campal a un visorey. Más el presidente disimuló su pena, por no causar mayor alteración en ella; y procurando el remedio, habló muy al descubierto diciendo, que todo aquello y mucho más, si más podía ser, perdonaban los poderes que llevaba, y que se habían firmado después de hecho aquel delito; y así no había que dudar en el perdón general. También por otra parte consideraba que era de mucha ayuda la falta del visorey, para reducir al servicio de su magestad aquel imperio, por estar quitado el odio general que todos le tenían por la aspe-

reza de su condición. Asimismo se le puso delante, haberse quitado el inconveniente que hubiera, si fuera necesario echar al visorey de la tierra para pacificarla; porque pudiera contradecirlo diciendo que le afrentaban, por haber servido con gran celo a su rey, contra los tiranos, inobedientes. Con estas consideraciones se consoló el presidente Gasca, y pasó en su navegación hasta el Nombre de Dios, donde fué recibido con muchas armas, y arcabuces de Hernan Mejía, y sus soldados, y de los del pueblo que le acompañaron con su gobernador, y todos les mostraron poco respeto, y ningún amor, especialmente que muchos soldados se desvergonzaban a decir palabras feas, y desacatadas, motejándole la pequeñez de su persona y la fealdad de su rostro; a todo lo cual el presidente viendo que le convenía hacía (como lo dice Diego Fernandez) las orejas sordas, mostrando buen semblante a todos. Los clérigos de aquella ciudad lo hicieron, como ministros de Dios, que salieron en procesión con la cruz, y recibieron al presidente y lo llevaron a la Iglesia, cantando el *Te Deum Laudamus*, de que él recibió mucho contento y alegría, viendo que también había en aquella tierra gente de buenos respetos en contra de los pasados. Luego la noche siguiente se le aumentó el contento y alegría, porque Hernan Mejía, que era capitan de Gonzalo Pizarro, y muy obligado por sus beneficios, le fué a hablar de secreto y se le ofreció al servicio de su magestad, y a ser ayudante y buen ministro, para atraer a los demás capitanes y soldados de Gonzalo Pizarro al servicio del rey. Dióle cuenta larga del estado de aquella tierra y de la armada que había en Panamá, y de los capitanes y soldados quc en ella había, y como Pedro de Hinojosa era el general dellos. El presidente lc rindió las gracias con promesas del galardon en nombre de su magestad, y le encomendó el secreto; y así quedó confederada la paz y amistad entre ellos, y cada noche se hablaban en mucho secreto, dándole aviso Hernán Mejía de todo lo que le escribían de Panamá. El presidente de día en día iba ganando la voluntad, así de los soldados cómo de los moradores de aquel pueblo, que algunos se iban a comer y a conversar con él; y el presidente se mostraba tan llano y afable, que se hacía querer de todos, y en su conversación no trataba sino de que iba a reducirlos al servicio de su magestad por paz y amor, con beneficios y mercedes que el rey les hacía con perdón general de todo lo pasado; y que si no quisiesen reducirse por bien, que él se volvería muy aina a España y los dejaría en paz; que no quería pasión con nadie, que su hábito y profesión de sacerdote no se lo permitía, ni él lo pretendía. Esto decía muchas veces en público con pretensión o deseo de que la fama lo perdonase por todo aquel imperio. Pocos días después que el presidente entró en Nombre de Dios, asomó Melchior Verdugo, y de quien atrás hicimos mención, con dos navíos, para entrar en el puerto: los de la ciudad se alborotaron grandemente por el odio que le tenían: y aún sospecharon que era órden del presidente. Lo cual sabido por él, le escribió una carta con un clérigo muy amigo,

de Verdugo, en que le decía que en ninguna manera fuese al Nombre de Dios, sino que fuese donde mejor le estuviese, y restituyese los navíos a sus dueños y todo lo que había robado.

Esto contenía en suma la carta; más de palabra le envió a decir, que se volviese a Nicaragua, y esperase allí, que él tenía cuidado de avisarle de lo que sucediese, en que sirviese a su magestad Pero Melchior Verdugo se vino a España, porque le pareció que no estaba seguro en toda aquella tierra, porque en toda ella se había hecho aborrecer. Su magestad imperial le hizo merced del hábito de Santiago. Yo le ví en la antecámara de el muy católico rey don Felipe Segundo, el año de mil y quinientos y sesenta y tres, bien fatigado y lastimado de que émulos y enemigos suyos resucitaron los agravios que en el Perú y en Nicaragua, y en el Nombre de Dios hizo, por los cuales según los acriminaban, temió que le quitaran el hábito; y así era lástima verle el rostro según el sentimiento que mostraba, más el rey le hizo merced de absolverle de todo, con que se volvió en paz al Perú. (2)

(2) Zárate. *Conquista del Perú* Lib. VI, c. VI Herrera. *Historia General,* Dec VIII. lib. I. c. VI; El Palentino Parte I. lib. I c. XVII-XVIII, Gomara, Ob. cit. c. CLXXIV, *Relación de todo lo sucedido en la Provincia del Perú desde que Blasco Núñez Vela fué enviado por su Magestad a ser Visorey della.* &. Anónimo, publicada por orden suprema, en Lima. 1870. c, XLIV. Esta minuciosa relación quizá si fué obra del mismo Gasca, y formaba la memoria que preparó para ilustración del Rey y el Consejo de Indias

CAPITULO III

EL PRESIDENTE ENVIA A HERNAN MEJIA A PANAMA A SOSEGAR A PEDRO DE HINOJOSA Y DESPACHA UN EMBAJADOR A GONZALO PIZARRO. ESTE SABIENDO LA IDA DEL PRESIDENTE ENVIA EMBAJADORES AL EMBAJADOR.

EL presidente hizo diligencia para ir a Panamá donde con su buena maña e industria pensaba de reducir al servicio de su magestad a Pedro de Hinojosa, y a los demás capitanes que con él estaban, que por la relación que Hernando Mejía de Guzmán le había dado de los ánimos de todos ellos, que eran semejantes al suyo, tenía esperanza de salir con su empresa; y así con la mayor brevedad que pudo se fué a Panamá, llevando en su compañía al mariscal Alonso de Alvarado, a quien (como dice Diego Fernandez Palentino, capítulo treinta y ocho) había pedido y sacado de la carcelería, que el consejo de Indias le tenía puesta, y había hecho dar licencia, para volver al Perú para que le ayudase y acompañes, &c.

Este caballero habiéndose hallado en la batalla de Chupas, contra don Diego de Almagro el mozo, se vino a España; y por las cosas sucedidas entre aquellos bandos de Pizarros y Almagros, le había detenido el Consejo de Indias. Dejarlos hemos a él y al presidente en el camino por decir lo que Pedro de Hinojosa hizo entre tanto en Panamá, que sintió mucho cuando supo que Hernán Mejía había recibido al presidente con aparato y demostración, más de amistad y de obediencia, que no de contradición. Sintiólo porque no sabía los poderes que el presidente traía, y por haberse hecho sin darle parte. Escribióle sobre ello ásperamente, y algunos amigos de Hernán Mejía le avisaron que no viniese a Panamá, porque Hinojosa estaba muy desabrido con él, más no embargante todo esto (como lo dice Agustín de Zárate) habiéndolo comunicado con el presidente, se acordó que HernánMejía se partiese luego a Panamá a comunicar con Hinojosa, el negocio (pospuestos los temores de que le certificaban) y confiando

en la gran amistad que con Hinojosa tenía, y en que conocía su condición; y así fué y trató con él la causa del recebimiento, disculpándose con que para cualquiera camino que se hubiese de seguir, perjudicaba poco lo que había hecho; y así Hinojosa quedó satisfecho, y Hernán Mejía se tornó al Nombre de Dios, y el presidente se fué a Panamá, donde trató el negocio de su venida con Hinojosa y con todos sus capitanes, con tanta prudencia y secreto, que sin que supiese uno de otro, les tuvo ganadas las voluntades de tal suerte, que ya se atrevía a hablar públicamente a todos, persuadiéndoles su opinión e intento, y proveyendo a muchos soldados de lo que habían menester, teniendo por principal medio para su buen suceso el gran comedimiento y crianza con que hablaba y trataba a todos, que es la cosa de que más se ceban los soldados de aquella tierra, &c.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, capítulo séptimo. Pedro de Hinojosa luego que supo la llegada del presidente a Nombre de Dios, escribió a Gonzalo Pizarro de su venida, y sus capitanes hicieron lo mismo con grandes bravatas, que no convenía que le dejasen llegar al Perú. Con la comunicación que con el presidente tuvieron en Panamá, mudaron de parecer, y escribieron en contra, porque el presidente les visitaba a menudo, y granjeaba las voluntades. Por lo cual le permitieron que enviase una persona de las que traía de Castilla con cartas a Gonzalo Pizarro, en que le diese noticia de su venida y del intento y poderes que traía: y así determinó el presidente de enviar un caballero, llamado Pedro Hernandez Paniagua, vecino y regidor de la ciudad de Plasencia, persona cual convenía para tal embajada: que demás de ser caballero hijodalgo, dejaba hijos y mujer, y un buen mayorazgo en España, a quien Gonzalo Pizarro debía respetar, por ser de su tierra y del bando de sus deudos. El cual se partió en una fragata para el Perú, llevando una carta de su magestad para Gonzalo Pizarro y otra del presidente, sin otras secretas para algunas personas principales; y una de ellas era del obispo de Lugo, para el licenciado Benito de Carvajal, que como a pariente suyo le escrebía, lo que le convenía hacer en servicio de su magestad. Dejaremos a Paniagua en su navegación, por decir lo que Gonzalo Pizarro hizo entre tanto.

Estando Gonzalo Pizarro en el mayor colmo de sus esperanzas, que había de ser gobernador perpetuo de aquel imperio, recibió las cartas de Pedro Hinojosa, su general, con la nueva de la ida del presidente a aquella tierra, de que él y todos los suyos recibieron grande alteración, y juntándose en consejo, comunicaron entre todos, así capitanes como vecinos, entre los cuales hubo muchos diversos y contrarios pareceres. Al cabo quedaron en dos: unos decían que pública o secretamente enviasen a matar al presidente· otros decían que lo trajesen al Perú, que venido sería fácil cosa, visto los poderes que traía, hacerle conceder todo lo que ellos quisiesen; y cuando esto no hubiese lugar, le podrían entretener muy largo tiempo con decir que querían

untar todas las ciudades de aquel reino en la de los Reyes, y que allí los procuradores tratarían de recebirle o no; y que por haber tanta distancia de unos lugares a otros se podía dilatar la junta más de dos años, y que entre tanto podrían tener al presidente en la isla llamada Puná, con buena guarda de soldados de confianza, para que él no pudiese escrebir a su magestad cosa alguna de lo que por allá pasaba, para que no se tuviese a inobediencia.

Otros decían que era mejor y más breve que lo volviesen a España, con buena provisión de dineros y regalos para el camino: porque se viese que le habían tratado como a ministro de su magestad. En esta variedad y confusión de pareceres gastaron muchos días: al fin de ellos, de comun consentimiento, determinaron que se enviasen procuradores a su magestad que negociasen las cosas convenientes a aquel imperio, y diesen cuenta de los casos nuevamente sucedidos: especialmente para que justificasen el rompimiento de la batalla de Quitu, y la muerte del Visorey, cargándole siempre la culpa por haber sido agresor, y haberles forzado a que se la diesen yéndolos a buscar, y a que le matasen en la batalla por defenderse dél. Juntamente suplicasen a su magestad proveyese la gobernación de aquel imperio en Gonzalo Pizarro, por haberlo ganado, y merecerlo por muchas vías, y tener prendas de su magestad, con la cédula de el marqués su hermano, que su magestad le había dado, para que después de sus días pudiese nombrar otro en su lugar: y que los procuradores requiriesen al Presidente en Panamá, que no pase al Perú hasta que su magestad informado por ellos enviase nuevo mandato de lo que se hubiese de hacer. Determinado esto trataron de elegir los embajadores que hubiesen de venir a España; y para dar más autoridad a su embajada, pidieron muy encarecidamente a don Fray Gerónimo de Loayza, arzobispo de los Reyes, que como prelado, padre y pastor de aquella ciudad, aceptase el encargo de aquella embajada para que en España fuese mejor oída. Pidieron lo mismo al obispo de Santa Marta, y a fray Tomás de San Martín, provincial de la orden de Santo Domingo, y mandaron a Lorenzo de Aldana, y a Gómez de Solís, que viniesen en compañía del arzobispo, y del obispo, y del provincial. Diéronles dineros para el camino, que pudiesen gastar bastantemente; y a Gomez de Solís, que era maestre-sala de Gonzalo Pizarro, le dió aparte treinta mil pesos que diese a Pedro de Hinojosa en Panamá para lo que se ofreciese gastar; y a Lorenzo de Aldana pidió muy encarecidamente que pues le obligaba la patria y la amistad que entre ambos había, le avisase con toda brevedad y fidelidad el suceso de su viage, y de lo que en Panamá supiese acerca de los poderes que el presidente llevaba. Con esto se embarcaron por el mes de octubre del año quinientos y cuarenta y seis, con nombres de embajadores del imperio del Perú para su magestad, y navegaron sin ofrecerles en el viage cosa de momento que poder contar.

CAPITULO IV

LOS EMBAJADORES LLEGAN A PANAMA Y ELLOS Y LOS QUE ALLI ESTABAN NIEGAN A GONZALO PIZARRO Y ENTREGAN SU ARMADA AL PRESIDENTE. LA LLEGADA DE PANIAGUA A LOS REYES.

LUEGO que llegaron a Panamá los embajadores, Lorenzo de Aldana se fué a posar con Pedro de Hinojosa, y habiendo quemado la instrucción que llevaba de Gonzalo Pizarro, de lo que en Panamá y en España había de hacer, fué a besar las manos al presidente, y a pocas razones se entendieron las intenciones, y pasando adelante la conversación y la familiaridad, trataron entre Lorenzo de Aldana, Hernan Mejía y Pedro de Hinojosa de reducirse al servicio del presidente; y aunque lo dificultaron los primeros tres días hasta declarar todos llanamente el ánimo que tenían. Viéndose todos de una voluntad, hablaron al descubierto, no solamente ellos, pero también los demás capitanes, y al cuarto día se fueron al presidente, y todos a una le dieron la obediencia y le entregaron la armada de Gonzalo Pizarro, con todo lo contenido en ella, de armas, bastimento y municiones, e hicieron pleito homenage de le servir y obedecer en todo lo que les mandase; encargaron que se guardase el secreto entre todos, hasta saber como tomaba Gonzalo Pizarro el recaudo que Pedro Hernandez Paniagua le llevó. Movióles a negar a Gonzalo Pizarro, y pasarse al servicio de su magestad, el celo que mostraron al servicio de su rey; digámoslo así, por no parecer en todo maldiciente; pero fué debajo de concierto secreto, que cada uno puso por delante la paga, que apaciguada la tierra se le había de hacer, y así se les cumplió aún más largamente que ellos la supieron pedir y proponer, como diremos algo desto adelante en su lugar. Lo principal y lo más importante para este hecho, fué la revocación de las ordenanzas, y el perdón y absolución de todo lo pasado, que como se veían asegurados en sus indios, y libres de la muerte, que por las alteraciones, daños y muertes pasadas temían, no quisieron perder la ocasión sino

gozarla, aunque fuese con daño y destruición de quien les había honrado, y dádoles nombres de capitanes y embajadores de aquel imperio, para que tuvieran méritos en lo de adelante, que aunque eran personas de calidad, no habían sido conquistadores, sino fué solo Juan Alonso Palomino. Guardaron el secreto pocos días, porque al presidente le pareció no perder tiempo, pues había salido con tan gran hecho en tan breve tiempo. Hicieron reseña general de la gente; entregaron al presidente las banderas, y los capitanes se sometieron en público al presidente, el cual los admitió en nombre de su magestad, y les volvió sus banderas, y les dió las capitanías por el emperador, como lo dice Gomara en el capítulo ciento y setenta y nueve por estas palabras.

Hinojosa entonces dióle las naos de su voluntad, que fuerza nadie se la podía hacer, y por grandísima negociación de Gasca y promesas. Por aquí comenzó la destruición de Gonzalo Pizarro. Gasca tomó la flota, y hizo general de ella al mesmo Pedro de Hinojosa, y volvió las naos y banderas a los capitanes que la tenían por Pizarro, que fué hacer fieles de traidores. No cabía de gozo en verse con la armada, creyendo ya haber negociado muy bien; y a la verdad, sin ella nunca o tarde saliera con la empresa, ca no pudiera ir por mar al Perú: e yendo por tierra, como al principio pensaba, pasaba muchos trabajos, hambre y frío, y otros peligros antes de llegar allá.

Hasta aquí es de Gomara, donde toca las diligencias que el presidente hizo, y las promesas que de ambas partes hubo. Asentada la amistad y certificada la paga della. El de la Gasca muy al descubierto eligió por capitán general de todo el ejército de mar y tierra a Pedro de Hinojosa. Mandó apercibir cuatro navíos en que fuesen Lorenzo de Aldana, y Juan Alonso Palomino, y Hernán Mejía, y Juan de Illanes por capitanes dellos, y Lorenzo de Aldana por cabo de todos cuatro, llevasen trecientos hombres de los mejores que tenían, que fuesen bien armados y pertrechados de todo lo necesario. Que llevasen muchos traslados de la revocación de las ordenanzas que su magestad hacía y del perdón general que a todos daba, para que como mejor pudiesen los fuesen enviando y sembrando la tierra adentro. Así fueron aquellos cuatro capitanes en su viage, en cumplimiento de lo que se les mandó. Escribió el presidente a don Antonio de Mendoza, visorey que era entonces del imperio de Méjico, dándole cuenta de lo hasta allí sucedido, pidiéndole socorro de gente y armas para aquel hecho. Envió a don Baltasar de Castilla a Guatemala y Nicaragua, y otras personas fueron a Santo Domingo, y a Popayán, y a otras partes a lo mismo, porque se entendió, que fuera todo necesario; pero la revocación y el perdón general fueron dos que hicieron la guerra a don Gonzalo Pizarro y dieron aquel imperio al licenciado Gasca. Volviendo a Pedro Hernandez Paniagua, que lo dejamos en la mar navegando para los Reyes; y dejando los sucesos de su viage que los escritores dicen, diremos lo más sustancial de la historia.

El llegó a la ciudad de los Reyes, y dió a Gonzalo Pizarro la carta de su magestad y la de el presidente, y la que llevaba de creencia para todo el reino en general, de que iba por orden del presidente para que se le diese crédito a lo que de parte de su magestad y del presidente dijese, demás de lo que las cartas decían. Gonzalo Pizarro le recibió con buen semblante, y oído su recaudo, le mandó salir fuera apercibiéndole no tratase con nadie cosas del presidente, porque le iría mal de ello. Mandó llamar al licenciado Cepeda, y a Francisco de Carvajal, y entre todos tres solos leyeron las cartas: la de su magestad como la escribe Agustín de Zárate, decía así:

LO QUE CONTENIA LA CARTA DE SU MAGESTAD EL REY

Gonzalo Pizarro, por vuestras letras y por otras relaciones, he entendido las alteraciones y cosas acaecidas en esas provincias del Perú, después que a ellas llegó Blasco Nuñez Vela, nuestro visorey dellas, y los oidores de la audiencia real que con él fueron, a causa de haber querido poner en ejecución las nuevas leyes y ordenanzas, por Nos hechas, para que el buen gobierno de esa partes y el buen tratamiento de los naturales de ellas. Y bien tengo por cierto que en ello vos, ni los que os han seguido no habeis tenido intención a Nos deservir, sino a escusar la aspereza y rigor que el dicho visorey quería usar sin admitir suplicación alguna, y así estando bien informado de todo, y habiendo oído a Francisco Maldonado lo que de vuestra parte y de los vecinos de esas provincias nos quiso decir, habemos acordado de enviar a ellas por nuestro presidente al licenciado de la Gasca, del nuestro consejo de la santa y general Inquisición, al cual habemos dado comisión y poderes para que ponga sosiego y quietud en esa tierra, y de provea y ordene en ella lo que viere que conviene al servicio de Dios nuestro Señor, y ennoblecimiento de esas provincias, y al beneficio de los pobladores, vasallos nuestros, que las han ido a poblar, y de los naturales dellas, por ende yo os encargo y mando, que de todo lo que de nuestra parte el dicho licenciado os mandare, lo hagáis y cumpláis como si por Nos os fuese mandado y le dad todo el favor y ayuda que os pidiere y menester hubiere para hacer y cumplir lo que por Nos le ha sido sometido, según y por la orden, y de la manera que él de nuestra parte os lo mandare, y de vos confiamos: que Yo tengo y tendré memoria de vuestros servicios, y de lo que el marqués don Francisco Pizarro, vuestro hermano, nos sirvió, para que sus hijos y hermanos reciban merced.

De Venelo, a diez y seis días del mes de febrero, de mil y quinientos y cuarenta y seis años.

Yo El Rey
Por mandado de su magestad
Francisco de Eraso

LA CARTA QUE EL PRESIDENTE ESCRIBIO A GONZALO PIZARRO DECIA DESTA MANERA

Ilustre Señor:

Creyendo que mi partida a esa tierra hubiera sido más breve, no he enviado a vuesa merced la carta del emperador nuestro señor que con esta va, ni he escrito yo de mi llegada a esta tierra, pareciendo que no cumplía con el acato que a la de su magestad se debe, sino dándola por mi mano, y que no se sufría que carta mía fuese antes de la de su magestad: pero viendo que había dilación en mi ida, y porque me dicen que vuesa merced junta los pueblos en esa ciudad de Lima para hablar en los negocios pasados, me pareció que con mensagero propio la debía de enviar, y así envió solo a llevar la de su magestad, y esta a Pedro Hernandez Paniagua, que por ser persona de la calidad que requiere la carta de su magestad, y tan principal en aquella tierra de vuesa merced, y uno de los que muchos son entre sus amigos y servidores. Y lo demás que yo en ésta puedo decir es, que España se alteró sobre cómo se deberían tomar las alteraciones que en esas partes ha habido después que el visorey Blasco Nuñez (que Dios perdone) entró en ellas: y después de bien mirados y entendidos por su magestad los pareceres que en esto hubo, le pareció que en las alteraciones no había habido hasta ahora cosa porque se debiese pensar que se habían causado por deservirle ni desobedecerle, sino por defenderse los de esa provincia del rigor y aspereza contra el derecho, que estaba debajo de la suplicación, y que para su magestad tenían dellas interpuesta, y para poder tener tiempo en que su rey les oyese sobre su suplicación antes de la ejecución: y así parecía por la carta que vuesa merced a su magestad escribió, haciéndole relación de cómo había aceptado el cargo de gobernador, por habérselo encargado la audiencia, en nombre y debajo del sello de su magestad, y diciendo que en aquello se serviría y que de no lo aceptar sería deservido, y que por esto lo había aceptado, hasta tanto que su magestad otra cosa mandase: lo cual vuesa merced, como bueno y leal vasallo, obedecería y cumpliría. Y así entendido esto por su magestad, me mandó venir a pacificar esta tierra, con la revocación de las ordenanzas, de que para ante él se había suplicado, y con poder de perdonar en lo sucedido, y de ordenar y tomar el parecer de los pueblos en lo que más conviniese al servicio de Dios y bien de la tierra y beneficio de los pobladores y vecinos della, y para remediar y emplear los españoles a quien no se pudiesen dar repartimientos, enviándolos a nuevos descubrimientos, que es el verdadero remedio con que los que no tuvieren de comer en lo descubierto, lo tengan en lo que se descubriere, y ganen honra y

riqueza, como lo hicieron los conquistadores de lo descubierto y conquistado. A vuesa merced suplico mande mirar esta cosa con ánimo de cristiano, y caballero hijodalgo, y de prudente, y con el amor y voluntad que debe y siempre ha demostrado tener al bien de esa tierra y de los que en ella viven, con ánimo de cristiano, dando gracias a Dios y a nuestra Señora, de quien es devoto, que una negociación tan grande y pesada como es, en la que vuesa merced se metió, y hasta ahora ha tratado se haya entendido por su magestad, y por los demás de España no por género de rebelión ni infidelidad contra su rey, sino por defensa de su justicia derecha que debajo de tal suplicación que para su príncipe se había interpuesto tenía: y que pues su rey como católico y justo ha dado a vuesa merced, y los de esa tierra lo que suyo era y pretendían en su suplicación deshaciéndoles el agravio que por ella decían habérseles hecho con las ordenanzas, vuesa merced dé llanamente a su rey lo suyo, que es la obediencia, cumpliendo en todo lo que por él se le manda. Pues no sólo en esto cumplirá con la natural obligación de fidelidad que como vasallo a su rey tiene; pero aún también con lo que debe a Dios, que en ley de natura, y de escritura, y de gracia, siempre mandó, que se le diese a cada uno lo suyo, especial a los reyes la obediencia so pena de no se poder salvar el que con este mandamiento no cumpliera y lo considere asimismo con ánimo de caballero hijodalgo, pues sabe que este ilustre nombre lo dejaron y ganaron sus antepasados, con ser buenos a la corona real, adelantándose más en servirla que otros, que no merecieron quedar con nombre de hijodalgo, y que sería cosa grave que le perdiese vuesa merced, por no ser cuales fueron los suyos, y pusiese nota y oscuridad en lo bueno de su linage degenerando dél. Y pues después de el alma ninguna cosa es entre los hombres más preciosa (especialmente entre los buenos) que la honra, hase de estimar la pérdida della por mayor, que de otra cosa ninguna fuera la del alma, por una persona como vuesa merced, que tan obligado es a mirar por ella, y le dejaron sus mayores, y obligan sus deudos cuya honra, juntamente con la de vuesa merced, recibirá quiebra no haciendo lo que con su rey debe; porque el que a Dios en la fé, o al rey en la fidelidad no corresponde como es justo, no solo pierde su fama, más aún oscurece y deshace la de su linage y deudos. Y así mesmo lo considere con ánimo y consideración de prudente, conociendo la grandeza de su rey, y la poca posibilidad suya para poder conservarse contra la voluntad de su príncipe; y que ya que por no haber andado en su corte ni en sus ejércitos no haya visto su poder y determinación, que suele mostrar contra los que le enojan, vuelva sobre lo que de él ha oído, y considere quien es el gran Turco, y como vino en persona con trescientos y tantos mil hombres de guerra, y otra muy gran muchedumbre de gastadores a dar la batalla, y que cuando se halló cerca de su magestad junto a Viena, entendió que no era parte para darla, y que se perdería si la diese; y se vió en tan gran necesidad, que olvidada su autoridad, le

fué forzado retirarse, y para poderlo hacer tuvo necesidad de perder tantos mil hombres de caballo, que adelante echó, para que ocupado en ellos su magestad, no viese ni supiese como se reatría él con la otra parte de su ejército, &c. Esta carta del presidente la escribieron los autores mucho más larga; a mí me pareció cortarla aquí, porque todo lo de adelante en referir victorias que el emperador hubo de sus enemigos, como la que ha dicho que tuvo del Turco, para persuadir a Gonzalo Pizarro que se rindiese y sometiese a su príncipe, contra quien no podía tener fuerzas para resistirle. Diremos en el capítulo siguiente lo que sobre las cartas hubo de consultas y pareceres. (3)



(3) Relación anónima cit cc. XLV y XLVIII; Montesinos. *Anales de Perú* Año de 1546, El Palentino. ob. cit. Parte I Lib II cc. XXI-XXIII

CAPITULO V

LAS CONSULTAS QUE SE HICIERON SOBRE LA REVOCACION DE LAS ORDENANZAS. Y SOBRE EL PERDON EN LOS DELITOS PASADOS. LOS RECAUDOS QUE EN SECRETO DABAN A PANIAGUA Y LA RESPUESTA DE GONZALO PIZARRO

HABIENDOSE leído una, dos y más veces las cartas entre los tres que en la primera consulta se hallaron, que fueron Gonzalo Pizarro, y el licenciado Cepeda, y Francisco de Carvajal, pidió Gonzalo Pizarro el parecer dellos. Cepeda dijo a Carvajal, que como más viejo hablase primero; y aunque hubo réplica de comedimiento de una parte a otra, al fin habló Carvajal primero y dijo: señor, muy buenas bulas son estas, paréceme que no es razón que vuesa señoría las deje de tomar, y todos nosotros hagamos lo mismo, porque traen grandes indulgencias. El licenciado Cepeda replicó diciendo: ¿qué bondad es la que tienen? Carvajal respondió: señor, que son muy buenas y muy baratas, pues nos ofrecen revocación de las ordenanzas y perdón de todo lo pasado, y que en lo por venir se tome orden y parecer de los regimientos de las ciudades, para ordenar lo que al servicio de Dios y al bien de la tierra, y beneficio de los pobladores y vecinos della convenga, que es todo lo que hemos deseado y podemos desear; porque con la revocación de las ordenanzas nos aseguran nuestros indios, que es lo que nos hizo tomar las armas y ponernos en contingencia de perder las vidas, y con el perdón de lo pasado nos las aseguran. y con el orden que se ha de tener de aquí en adelante en que se gobierne lo que convenga con el parecer y consejo de los regimientos de las ciudades, nos hacen señores de la tierra pues la hemos de gobernar nosotros. Por todo esto soy de parecer que se tomen las bulas y que se elijan nuevos embajadores que vayan al presidente con la respuesta, y lo traigan en hombros a esta ciudad, y le enladrillen los caminos por do viniere con barras de plata y tejos de oro, y se le haga todo el mayor regalo que fuere posible en agradecimiento de que nos trujo tan

buen despacho; y para obligarle a que adelante nos trate como amigos, y nos descubra si trae otra mayor facultad y poder para dar a vuesa señoría la gobernación deste imperio, que yo no dudo de que la traiga, que pues del primer lance nos envida lo que nos ha envidado, señal es que le queda más resto que envidarnos. Tráiganle como he dicho, que si no nos estuviere bien su venida, podremos hacer dél lo que quisiéremos.

Cepeda dij que no convenía nada de lo que había dicho Francisco de Carvajal, porque las promesas eran de palabra sin alguna seguridad: que de los poderosos era no cumplirlas cuando se les antojaba y que metido una vez el presidente en tierra, atraería así todos los de ella y haría todo lo que quisiese que no lo enviaban por hombre sencillo y llano, sino de grandes cautelas, astucias, falsedades y engaños, y que en resolución su parecer era, que en ninguna manera recibiesen al presidente, porque sería la total destruición dellos. Eso fué en suma lo que estos dos consejeros dijeron, aunque las razones de una y otra fueron muchas más. Gonzalo Pizarro aunque no se declaró por ninguno de ellos. se inclinó más al voto del licenciado Cepeda que no al de Carvajal, porque le pareció que ya le desposeían de la gobernación y mando de aquella tierra. Y el licenciado Cepeda también dió aquel parecer apasionado de su ambición e interés, porque le pareció, que recebido una vez el presidente, él caía de su autoridad, y quizá perdería la silla de oidor, y aun la vida, porque habiendo sido ministro de su magestad, hubiese contradicho sus ordenanzas y s do contra su visorey hasta matarle en batalla campal. No salió Gonzalo Pizarro resuelto de esta consulta en cosa alguna: ordenó que se hiciese una gran junta de los vecinos, señores de indios, y de los capitanes, y de la demás gente noble, y letrados que en la ciudad hubiese, para que por todos se acordase lo que se hubiese de hacer y responder a las cartas de su magestad y del presidente. porque fuesen con la autoridad y consejo de toda la tierra. Juntáronse en aquel cabildo abierto más de ochenta personas, donde hubo diversos y estraños pareceres, unos de mucha gravedad, prudencia y consejo en favor y beneficio común de indios y españoles, y en el servicio divino: otros pareceres hubo no tales, que cada uno hablaba conforme a su talento: otros hubo muy ridículos. que en tanta variedad y multitud de gente es fuerza que haya de todo. Los pareceres más acertados se conformaban con el de Francisco de Carvajal pero porque la ambición y deseo de mandar los contradecía, no fueron admitidos. Carvajal volvió a decir en aquella publicidad. que las bulas eran buenas, y que era bien que las tomasen. Cepeda dijo, ya tiene miedo el maese de campo: lo mismo dijeron algunos de los más disparados; y sintiéndolo Carvajal, dijo en su alta voz: yo, señores, como aficionado servidor de el gobernador mi señor, y como quien tanto desea su prosperidad, aumento y descanso, doy el parecer que entiendo que más conviene, para que consiga lo que le deseo, conforme al amor que le

tengo; que por lo demás cuando acaesca otra cosa ya yo he vivido muchos años, y tengo tan buen palmo de pescuezo para la soga, como cada uno de vuesas mercedes. Diego Fernandez Palentino refiere parte de este parecer que Francisco de Carvajal dió, y lo dice en un paso de su historia, más adelante de donde vamos: debió de llegar tarde a su noticia, y quien le dió la relación se la dió menoscabada: ello pasó en este lugar y mucho más largo que se ha dicho. Francisco Lopez dc Gomara, ni Agustín de Zárate, hacen mención dello, y no sé por qué, que acabada esta guerra, públicamente loaban todos cuando referían estos sucesos la prudencia de Carvajal, y su buen consejo, cuan acertado era si Gonzalo Pizarro acertara a tomarlo.

Las consultas que hemos dicho pasaron en público: otras hubo secretas contra Gonzalo Pizarro en la posada de Pedro Fernandez Paniagua, que sin procurarlo él fueron muchos aquella primera noche y las demás que estuvo en la ciudad de los Reyes, a abonarse con él, diciéndole que ellos eran servidores de su magestad, y que estaban contra su voluntad en poder de Gonzalo Pizarro, que luego que el presidente entrase en la tierra, todos se irían a él y desampararían a Pizarro, que por amor de Dios tomase bien en la memoria sus nombres para decir al presidente quiénes eran, porque dende luego se ofrecían por suyos para servirle a su tiempo. Esto decían a Paniagua a solas los vecinos más principales, y los que más prendados andaban en el servicio de Gonzalo Pizarro, y los que peores votos habían dado contra el presidente en las consultas pasadas, diciendo que lo matasen a puñaladas, o con tósigo, o con desfondarle el navío en quc fuesc al Perú, como lo dicen los historiadores. Estos avisos secretos que a Paniagua daban de noche, fueron parte para que él no se declarase con Gonzalo Pizarro, porque cs de saber que llevaba orden y comisión del presidente, que le dió en secreto a su partida y le dijo: Viviréis con mucho recato, cuidado y aviso de mirar y penetrar la intención de los que están con Gonzalo Pizarro; y si viéredes y sintiéredes, que son todos con él a una, le diréis de mi parte que se sosiegue y quiete, que yo llevo orden de su magestad para confirmarle la gobernación que tiene del Perú; porque es verdad que a mi partida de España me dijeron los del consejo de su magestad, que si toda la tierra fuese a una con Gonzalo Pizarro, que lo dejase por gobernador; y las postreras palabras fucron decirme: quede la tierra por el emperador nuestro señor, y giobiérnela el diablo. Este secreto fio de vos, dijo el Presidente a Paniagua, como lo fiaron de mí, y haced en todo como tenéis la obligación a caballero hijodalgo, y al servicio de vuestro rey.

Todo esto contaba el mesmo Paniagua después de apaciguada la tierra y venido el presidente a España, porque él quedó allá con un buen repartimiento de indios, y decía que con ver la variedad de los que le hablaban, estuvo muchas veces por descubrir el secreto a Gonzalo Pizarro; y que muchas veces le había pesado después acá de no haberlo hecho. Pedro Fernandez Paniagua procuró la respuesta de

su mensage, y la alcanzó por favor de el licenciado Carvajal, y lo tuvo en mucho, porque estaba temeroso no supiese Gonzalo Pizarro que los suyos le iban a hablar de noche, y lo matase como lo había amenazado al principio. Salió de los Reyes por enero de quinientos y cuarenta y siete años. Gonzalo Pizarro le dió dineros para el camino, y una carta para el presidente, que le escribe Diego Fernandez Palentino, y Agustín de Zárate la calla, la cual dice así:

Muy magnífico y muy reverendo señor:

Una de vuesa merced recibí hecha en esa ciudad de Panamá a veinte y seis de septiembre del año pasado, y por los avisos que vuesa merced en ella me dá, beso las manos a vuesa merced muchas veces, porque bien entiendo que salen de un ánimo tan sincero como es razón le tenga una persona de tanta calidad, y tan estremado en conciencia y letras como vuesa merced es. Y en lo que a mí toca, vuesa merced crea, que mi voluntad siempre ha sido y es de servir a su magestad, y sin que yo lo diga ello mismo se dice de suyo, pues mis obras y las de mis hermanos han dado y dan testimonio claro de ello; porque a mi parecer no se dice servir a su príncipe, el que le sirve con solas palabras, y aunque los que ponen obras a costa de su magestad sirven, pero no que tengan tanta razón de encarecer lo que sirven como yo, que no con palabras sino con mi persona, y las de mis hermanos y parientes he servido a su magestad diez y seis años que há que pasé a estas partes, habiendo acrecentado en la corona real de España mayores y mejores tierras, y más cantidad de oro y plata que haya hecho ninguno de los que en España han nacido jamás; y esto a mi costa, sin que su magestad en ello gastase un peso. Y lo que de todo ello ha quedado a mis hermanos y a mí es sólo el nombre de haber servido a su magestad; porque todo lo que en la tierra habemos ganado se ha gastado en servicio de su magestad. Y al tiempo de la venida de Blasco Nuñez se hallaban los hijos del marqués, y Hernando Pizarro y yo, sin tener oro ni plata (aunque tanto habíamos enviado a su magestad) y sin tener un palmo de tierra de tanta como habíamos acrecentado a su real corona. Pero con todo esto tan entero en su servicio como el primer día. Así que, de quien tanto ha servido a su magestad no se debe presumir haya necesidad de saber el poder de su príncipe, más de para alabar a nuestro señor que tanta merced nos hace de darnos un tal señor, que en él (como en su morada propia concurren) le hizo tan poderoso, y de tantas victorias, que todos los príncipes cristianos e infieles le teman y recelen. Y aunque yo no haya gastado tanto tiempo en la corte de su magestad como he gastado en la guerra en su servicio, vuesa merced crea soy tan aficionado a saber las cosas de su magestad (especialmente las que ha hecho en las guerras) que muy pocos hay de los que en ella se hallan que me hagan vntaja en saber el verdadero punto de todo lo que en ellas ha suce-

dido; porque con la afición que en mí conocen los que de allá vienen (que se me podría notar a curiosidad por ser tan amigo de verdad, como en todas las cosas suelo ser), siempre procuran escribirme lo que realmente pasa; y yo como cosa que tanto me deleita y satisface, siempre procuro tenerlo en la memoria, &c. Lo que más contenía esta carta lo dejamos por impertinente, porque no sirve más de culpar al visorey Blasco Nuñez Vela de todo lo pasado, y disculparse a sí, diciendo, que todas las ciudades de aquel imperio le eligieron por procurador general dél, y que los oídores con provisión de sello real, le mandaron que echase del reino a Blasco Nuñez Vela, y que él no hizo nada por su parecer sino obedecer lo que se le mandó.

Con esta carta se fué Paniagua por la mar, donde lo dejaremos hasta su tiempo. Lo que en la carta dice sin tener un palmo de tierra de tanta como habemos acrecentado a su corona real, quiso decir en mayorazgo perpetuo como la tienen los señores de España, que se la dieron los reyes pasados por haberles ayudado a conquistarla, y echado los moros fuera de ella: que aunque Gonzalo Pizarro y Hernando Pizarro tenían repartimientos de indios, no eran perpetuos sino de por vida, y aunque el marqués don Francisco Pizarro también los tuvo, se habían acabado ya con su muerte, y sus hijos no los heredaron. (4)



(4) Relación anónima cit. c. XLVIII; El Palentino, ob. cit Parte I. Lib II cp. XXXIII

CAPITULO VI

LA MUERTE DE ALONSO DE TORO. LA SALIDA DE DIEGO CENTENO DE SU CUEVA Y LA DE OTROS CAPITANES AL SERVICIO DE SU MAGESTAD. LA QUEMA QUE GONZALO PIZARRO HIZO DE SUS NAVIOS, Y LO QUE SOBRE ELLO CARVAJAL LE DIJO.

HABIENDO despachado Gonzalo Pizarro a Pedro Fernandez Paniagua, y viendo que Lorenzo de Aldana no le enviaba aviso alguno de su viage, ni de la armada que estaba en Panamá, ni otra cosa alguna del licenciado Pedro de la Gasca, pudiéndolo haber enviado según el tiempo que había pasado en medio sospechando mal de ello, escribió a Quitu, a su teniente y capitán Pedro de Puelles, y a la ciudad de San Miguel al capitán Mercadillo, y al capitán Porcel a los Pacamurus, y a Trujillo al capitan Diego de Mora, avisándoles que estuviesen apercibidos para cuando les enviasen a llamar, que sería presto. Pero cuando los mensageros llegaron, ya todos estos capitanes tenían aviso de la revocación de las ordenanzas, y del perdón general de todo lo pasado que las cartas y traslados de los poderes que el presidente llevaba (que como atrás dijimos, con secreto y buena maña las había hecho derramar por todo el reino), habían llegado a noticia dellos, y estaban todos determinados de negar a Gonzalo Pizarro, como lo hicieron poco después. Envió asimismo Gonzalo Pizarro a Antonio de Robles por capitán a la ciudad del Cosco para que recogiese la gente que en ella y en su comarca hubiese y la tuviese apercibida para lo que adelante conviniese. Envió a este capitán al Cosco porque supo Gonzalo Pizarro que Diego Gonzalez de Vargas (que yo alcancé a conocer) había muerto a su teniente y capitán Alonso de Toro que residía por él en aquella ciudad. Fué una muerte no pensada por el matador ni por el muerto; porque Alonso de Toro era yerno de Diego Gonzales, el cual entró descuidadamente en casa de Alonso de Toro, que estaban juntos, y le halló riñendo a grandes voces con su mujer que era virtuosísima, y Alonso de Toro era soberbio,

colérico y vocinglero, y al tiempo que el viejo entraba por una sala, y que estaba antes del aposento de la hija, acertó a salir Alonso de Toro, y como le viese en aquel la coyuntura, entendiendo que iba a volver por la hija, arremetió con el viejo, que pasaba de sesenta y cinco años, y a grandes voces le dijo palabras feas y torpes. Diego Gonzalez, más por defenderse que no llegase a él, que no por ofenderle, echó mano a su puñal viejo de dos orejas que traía colgado de la cinta (que también se lo conocí) y lo puso delante de sí como por defensa. Alonso de Toro viendo el atrevimiento, arremetió con más furia al buen viejo, y llegó hasta herirse él mismo con el puñal. Diego Gonzalez viendo que ya no podía librar bien de aquel hecho, le dió otras tres o cuatro heridas por la barriga, y volvió las espaldas huyendo porque no le quitase Alonso de Toro el puñal y le matase con él. El herido le siguió más de cincuenta pasos hasta la escalera de la casa, donde cayó y falleció. Así acabó el pobre Alonso de Toro, que lo mató su braveza, áspera y terrible condición, que la tuvo tal, pues forzó a su suegro que le matase de puro miedo.

Diego Gonzales se libró por la corona, y yo le conocí años después, y un hijo suyo criollo, llamado Diego de Vargas, fué mi condiscípulo de escuela de leer y escribir, y después en la latinidad que nos enseñaron. Y este hecho pasó una casa enmedio de la de mi padre, donde yo estaba cuando sucedió. Por la muerte de Alonso de Toro eligieron los de la ciudad a Alonso de Hinojosa por alcalde y capitán de aquella ciudad por Gonzalo Pizarro Poco después entró Antonio de Robles en ella con su provisión, donde lo recibieron por tal capitán, de que Alonso de Hinojosa se dió por ofendido como lo mostró adelante según diremos. aunque por entonces lo disimuló. Las cartas y avisos de la ida del presidente también llegaron a la ciudad de Arequepa, y a la villa de Plata, y corrieron todo el Collao, donde había mucha gente derramada y escondida, de la que Francisco de Carvajal ahuyentó y desperdigó en los alcances que dió a Diego Centeno. Con las nuevas se alborotaron todos, y un vecino de Arequepa llamado Diego Alvarez, que se hallaba entonces en la costa de la mar, con otros nueve o diez compañeros, alzó una tohalla de lienzo por bandera y se hizo capitán, fué a buscar a Diego Centeno, el cual salió también de su cueva, y en breve tiempo se juntaron con él casi cincuenta hombres, los cuales de común consentimiento alzaron a Diego Centeno por capitán general de su nueva empresa, y platicaron dónde sería bien ir, si a la ciudad de Arequepa o a la del Cosco, donde sabían que estaba Antonio de Robles con trecientos soldados bien apercibidos. Estuvieron confusos en determinarse, porque les parecía peligroso ir a acometer a un capitán como Antonio de Robles que tanta ventaja les tenía en la gente; pero confiados que llevaban la voz del rey, determinaron ir allá. Dejarlos hemos en su viaje, por decir otros hechos y cosas que en diversas partes sucedieron en el mismo tiempo, que son .antas, que temo no poder salir deste laberinto; pero como mejor pu-

diéremos procuraremos dar cuenta dellas, si no fuere tan bastante como era menester, se me perdone y se reciba mi ánimo y deseo.

Lorenzo de Aldana y Hernan Mejía de Guzmán, y Juan Alonso Palomino, y Juan de Illanes, que como atrás dijimos, iban navegando hacia el Perú por orden del presidente, llegaron a Tumpis, donde estaba un capitán llamado Bartolomé de Villalobos, por teniente de Gonzalo Pizarro. El cual viendo que los cuatro navíos habían estado cuatro días cerca del puerto sin quererle tomar, sospechó que no eran de su bando, y con sola la sospecha sin más certificación escribió a Gonzalo Pizarro, lo que en la mar había; y lo mal que dello sospechaba. Encaminó el mensagero al capitán Diego de Mora, que estaba en Trujillo ciento y tantas leguas de Tumpis, con aviso de lo que pasaba, y que con brevedad diese noticia dello a Gonzalo Pizarro. Diego de Mora despachó el mensagero a los Reyes, y quedó confuso de lo que haría, si seguiría el bando de Gonzalo Pizarro, o le negaría. En esta confusión se certificó de la revocación de las ordenanzas y perdón que su magestad había hecho de todo lo pasado: entonces recogiendo todo el oro y plata que pudo hacer de su hacienda y muebles, lo embarcó en un navío que en el puerto había y se fué a Panamá, llevando su muger consigo, y otros cuarenta soldados y entre ellos algunos vecinos de Trujillo. La nueva de los cuatro navíos llegó a la ciudad de los Reyes, aunque no supieron decir quien iba en ellos: causó gran confusión en Gonzalo Pizarro y los suyos; y sin saber más se apercibieron luego para la guerra que tenían. Nombraron capitanes de caballo y de infantería. Luego tras esto llegó la nueva de lo que Diego de Mora había hecho, proveyeron que un licenciado León fuese a Trujillo en un navío, a hacer el oficio que el capitán Diego de Mora allí hacía, el cual también negó a Gonzalo Pizarro; porque a pocos días de su navegación topó con Lorenzo de Aldana y los suyos, y se hizo del bando dellos. Diego de Mora también se encontró con Lorenzo de Aldana, y se volvió con él hacia el Perú y todos llegaron al puerto de Trujillo, donde se desembarcó Diego de Mora con cuarenta hombres que en los navíos iban enfermos para que se curasen en tierra, y él entró la tierra adentro hasta Cassamarca con certificación de las ordenanzas revocadas, y perdón de lo pasado, para convocar la gente que por aquellas provincias había; con las cuales nuevas acudió al servicio de su magestad mucha gente, y entre ellos Juan de Saavedra, natural de Sevilla, y Gómez de Alvarado, y Juan Porcel, a quien Gonzalo Pizarro había escrito que estuviese apercibido para cuando le llamase. En suma decimos, que de todas aquellas regiones y provincias se juntaron más de trecientos hombres con Diego de Mora para servir al emperador; lo cual sabido por Bartolomé de Villalobos, que estaba en Tumpis, recogió toda la gente que pudo, y se metió la tierra adentro para irse por la Sierra a Gonzalo Pizarro; pero en el camino le prendieron los suyos mismos, y le persuadieron a que trocase las manos y el ánimo, se volviese a Piura, y tuviese aquel lugar

por su magestad, como lo tenía por Gonzalo Pizarro. El viendo que no le estaba mal, lo aceptó aunque contra su voluntad si se puede decir así. Lo mismo acaeció en Puerto Viejo donde estaba Francisco de Olmos por teniente de Gonzalo Pizarro, que sabiendo los que se habían reducido al servicio de su magestad, se fué a Huayallqui con algunas personas de confianza, y disimulando a lo que iba, ganó por la mano a Manuel Estacio, que estaba allí por teniente de Gonzalo Pizarro: y le dió puñaladas antes que el otro se las diese a él, y alzó bandera por su magestad. Y desta manera se redujeron todas aquellas gentes, tenientes y capitanes de Gonzalo Pizarro, con la nueva sola de las ordenanzas revocadas, y del perdón general, que no fueron menester otras persuasiones.

Todo lo cual supieron Gonzalo Pizarro y los suyos, que así como iban sucediendo las cosas y estas desgracias en su disfavor, así le daban las nuevas por días y horas; con lo cual estaban tan escandalizados como tenían la razón, porque veían que toda la tierra les negaba, y de los que consigo tenían sospechaban lo mismo, que habían de hacer lo que los otros. Consultaron algunas cosas que les convenía; pero en tanta confusión y alboroto, antes erraban que acertaban en su provecho, que una de las cosas que hicieron fué quemar cinco navíos muy buenos que en el puerto tenía, y los demás bageles menores que había. Lo cual mandó Gonzalo Pizarro por persuasión del licenciado Cepeda, y del licenciado Benito de Carvajal, que eran los que más con él podían; y como más letrados en leyes que en la milicia, le persuadieron a que se quemasen diciéndole, que era bien quitar las ocasiones a los que quisiesen negarle, que hallando navíos y bageles en el puerto se le huirían muchos; y no teniendo en qué irse, le seguirían mal de su grado.

Esta quema de los navíos fué en ausencia de Carvajal, que faltó siete u ocho días de la compañía de Gonzalo Pizarro, que había ido a proveer otras cosas de importancia veinte leguas de los Reyes. Cuando volvió y supo lo que se había hecho, lloró tiernamente la pérdida de los navíos, y entre otras cosas dijo a Gonzalo Pizarro: vuesa señoría mandó quemar cinco ángeles que tenía en su puerto para guarda y defensa de la costa del Perú, y para ofensa y destruición de sus enemigos: fuera bien que siquiera reservaran uno para mí, que con él me atreviera a servir a vuesa señoría de manera que se diese por satisfecho de mi servicio, y todo el mundo me hubiera envidia; porque yo entrara con él con buena copia de arcabuceros, y saliera a recibir a los contrarios, que según es de creer, han de traer la gente fatigada y enferma, según lo certifica la esperiencia, que tenemos de Panamá y de toda la costa que hay de allá acá, según es achacosa y enferma, y los arcabuces dellos han de venir mal aderezados por el poco uso, y han de traer la pólvora humedecida, flaca y de poco efecto, por lo cual valía más un navío de vuesa señoría que cuatro de los contrarios. Los émulos de Carvajal que eran los dos licenciados, decían en secre-

to a Gonzalo Pizarro que se podía sospechar que Carvajal dijese aquello, y le pesase de la quema de los navíos, por habérsele quitado el instrumento en que poderse huir; pero adelante veremos cuán mejor consejo era el de Carvajal que el de los letrados, y como lo vió Gonzalo Pizarro, por clara esperiencia de lo que sucedió, como se dirá. (5)



(5) Relación anónima cit. c. LXIII

CAPITULO VII

EL PRESIDENTE SALE DE PANAMA Y LLEGA A TUMPIS. LORENZO DE ALDANA LLEGA AL VALLE DE SANTA. ENVIA ACECHADORES CONTRA GONZALO PIZARRO. EL CUAL NOMBRA CAPITANES Y LES HACE PAGAS, Y UN PROCESO QUE CONTRA EL PRESIDENTE SE HIZO.

EL licenciado Pedro de la Gasca. presidente de su magestad, habiendo despachado a Lorenzo de Aldana y a sus compañeros en los cuatro navíos que fueron al Perú, recogió toda la gente, armas, caballos y bastimento que pudo haber de toda la comarca para ir en pos de los suyos. Entre los que le acudieron fué un famoso soldado llamado Pedro Bernardo de Quiróz, natural de Andujar, que años antes había pasado a las Indias, y había servido a su magestad en las islas de Barlovento, Cartagena y Tierra-Firme, y había sido alferez: diéronle entonces el mismo oficio, que no hubo plaza de capitán: sirvió en él muy principalmente en todo lo que se ofreció en las guerras con Gonzalo Pizarro, y después sirvió con nombre de capitán en las de don Sebastian de Castilla, y en las de Francisco Hernandez Girón, que mereció le hiciesen merced de un repartimiento de indios llamados Cacha, en la ciudad del Cosco, con cierta pensión para las lanzas que entonces se inventaron para guarnición del reino. Con este caballero acudieron otros muchos caballeros y soldados nobles, y más nobles de todas aquellas regiones marítimas, a servir a su magestad en tanto número, que pasaron de quinientas personas. Lo cual visto por el presidente, le pareció no haber menester el socorro que había pedido a México y a otras partes, y así volvió a escribir al visorey don Antonio de Mendoza, y a los demás gobernadores, dándoles cuenta de todo lo hasta allí sucedido, y que no le enviasen la gente que había pedido, que le parecía no sería menester. Habiendo despachado esto y dejado proveído lo necesario para el gobierno de Panamá y el Nombre de Dios, y escrito a su magestad con larga relación de todo lo hasta entonces sucedido en su servicio, se partió con toda

la armada para el Perú; y aunque en aquellos primeros senos de aquel mar tuvo algunas tormentas, no le estorbaron su viage Siguiendo su navegación encontró a Pedro Fernandez Paniagua, que le llevaba la respuesta de Gonzalo Pizarro. Holgó mucho con él, y mucho más de saber la intención que los que estaban con Gonzalo Pizarro tenían de servir a su magestad, y pasarse a su bando luego que viesen tiempo y lugar. Con el regocijo de esta nueva no quiso leer la carta de Gonzalo Pizarro, por no oir alguna libertad si se la escribía, y así la mandó quemar y siguió su navegación con toda prosperidad hasta que llegó a Tumpis, donde lo dejaremos, por decir de Lorenzo de Aldana que iba con sus cuatro navíos a la ciudad de los Reyes, y de la alteración que a Gonzalo Pizarro causó saber que le había negado.

Lorenzo de Aldana siguiendo su navegación salió de Trujillo la costa arriba; llevaba en sus navíos alguna gente enferma, y pasando adelante llegó al rio que llaman de Santa, hizo aguage; de allí envió por tierra a un fraile mercenario llamado fray Pedro de Ulloa, a hacer saber a Gonzalo Pizarro la nueva de su venida, y que debajo deste color hablase a las personas en quien conociese buena intención, y les avisasen que saliesen al puerto de los Reyes, como mejor pudiesen, que por la costa andarían los bateles de los navíos a recoger la gente que así huyese. Todo lo cual supo Gonzalo Pizarro: mandó recoger aparte al religioso, y que no tratase ni hablase con persona alguna en público ni en secreto. Quejóse gravemente de Lorenzo de Aldana de la traición que le había hecho negando la patria y la amistad que siempre Gonzalo Pizarro le había mostrado; y que si siguiera el parecer de los principales de su campo le hubiera muerto mucho tiempo antes. Sobre esto le culpaban todos los suyos públicamente, diciendo que él tenía la culpa de no haberles creído.

Publicada al descubierto la ida de Lorenzo de Aldana a los Reyes, y la entrega de la armada de Gonzalo Pizarro al de la Gasca, mandó Gonzalo Pizarro pregonar guerra, tocar atambores y alistar la gente, y nombrar capitanes, y darles pagas y socorros: en común a todos, y en particular aventajó a muchos soldados nobles y famosos, a mil y a dos mil pesos de ventaja según los méritos de cada uno. Hizo reseña general, salió el mismo a pie por general de la infantería, en la cual iban, como lo dice Zárate, libro sesto capítulo once, mil hombres todos tan bien armados y aderezados como se han visto en Italia en la mayor prosperidad della, porque ninguno había demás de las armas, que no llevase calzas y jubon de seda y muchos de tela de oro y de brocado, y otros bordados y recamados de oro y plata, con mucha chapería de oro por los sombreros, especialmante por los frascos y cajas de los arcabuces. Los capitanes de la gente de a caballo que Gonzalo Pizarro nombró, fueron el licenciado Cepeda y el licenciado Carvajal, porque los tenía por más prendados en su favor y amistad. Los capitanes de arcabuceros fueron Juan de Acosta, Juan Velez de Guevara y Juan de la Torre. Capitanes de piqueros fueron Hernando

Bachicao, y Martín de Almendras y Martían de Robles. Maese de campo sobre todos Francisco de Carvajal, como antes lo era, y que tuviese una compañía de arcabuceros de los que siempre le habían seguido. El estandarte entregó a Antonio Altamirano con ochenta de a caballo que lo guardasen. Algunos capitanes sacaron cifras en sus banderas con el nombre de Gonzalo Pizarro, y encima del nombre una corona de rey: una de las cifras era una G y una P enlazada una con otra: otro capitán sacó un corazón con el nombre de Pizarro. Las banderas las hicieron todas de nuevo de diversos colores. Usaron por orden de Francisco de Carvajal, en aquella milicia (lo que no he visto por acá en la guerra) que todos los soldados de cada compañía, traían en el sombrero entre las plumas por divisa una banderilla de los colores de su bandera; por la cual cada uno era conocido de qué compañía era, y aunque no trujesen plumas, traían la banderilla por pluma. Solo Carvajal no quiso hacer bandera nueva; sacó la vieja de sus victorias pasadas, porque se las representase a sus soldados para que se esforzasen a ganar otras mayores. Dió Gonzalo Pizarro grandes pagas y socorros a los capitanes, dió a cuarenta y a cincuenta, y a sesenta mil pesos para que socorriesen a sus compañías como ellas eran de infantería o de caballería. Compró todos los caballos y yeguas, machos y mulas que pudo haber para encabalgar su gente, y los pagó; y otras cabalgaduras que no pagó (como lo dice uno de los autores) fué la causa que muchos mercaderes de aquella ciudad de los Reyes se alistaron por soldados por no mostrar flaqueza manifiesta; y pasados algunos días se rescataron por las armas y caballos que tenían, y el que no los tenía daba el dinero que podían valer; y Gonzalo Pizarro y sus ministros lo habían por bien, por no llevar a nadie contra su voluntad, porque ningún soldado forzado hace buena guerra. En este aparato de guerra salió el licenciado Cepeda con una máquina de leyes, por hacer lisonja a Gonzalo Pizarro, y fué juntar todos los letrados que allí había, y proponerles que se hiciese un proceso criminal contra el licenciado de la Gasca y contra Pedro de Hinojosa, y los demás sus capitanes por haber entregado la armada de Gonzalo Pizarro al presidente, y a él por haberla recebido.

Sobre esto se tomaron testigos de que había sido traición y latrocinio de los capitanes haber dado la armada de Gonzalo Pizarro que le había costado más de cien mil pesos, y haberla recibido el presidente siendo agena. Fulminado el proceso, sentenciaron a muerte y a ser arrastrados y hechos cuartos todos los culpados: firmó Cepeda la sentencia, pidieron a Gonzalo Pizarro que como Gobernador de aquel imperio también la firmase él y todos sus ministros: llegando al maese de campo Francisco de Carvajal a que firmase, y diciéndole el licenciado Cepeda que convenía mucho su firma. Carvajal se sonrió como haciendo mofa de la instancia con que Cepeda lo pedía, y dijo: sin duda ninguna debe de importar alguna cosa muy grande que no la alcanzamos nosotros, en que se firme esta sentencia; y volviéndose a

él le dijo: señor, firmando estos señores letrados y yo la sentencia ¿ejecutarse ha luego como en ella se contiene?, ¿morirán luego aquellos caballeros malhechores? Respondió Cepeda: no señor, pero es bien que esté firmada y pronunciada la sentencia para ejecutarla cuando los prendamos. Carvajal se rió entonces muy al descubierto, dando grandes carcajadas de risa, y dijo: a fé de buen soldado que según la instancia que se ha hecho, yo entendía, que firmando yo la sentencia había de caer un rayo al mismo punto y matarlos todos juntos allá donde están: que si yo los tuviese presos, no me daría un clavo por la sentencia ni por las firmas, que sin ellas los pondría yo como vuesa merced quiere. Con esto dijo otras muchas cosas de burla y donaire, como él las sabía decir.

El licenciado Polo, de quien atrás hemos hecho mención que se halló en esta congregación, dijo aparte a Gonzalo Pizarro, que no le convenía que aquella sentencia se firmase ni se publicase, lo uno por que el licenciado Gasca era sacerdote de misa y quedaban descomulgados todos los que firmasen la sentencia de su muerte, y lo otro, porque se había de esperar que muchos capitanes de los que se entregaron a Gasca se habían de volver a él porque habían sido forzados por Pedro de Hinojosa; los cuales sabiendo que estaban sentenciados a muerte y pronunciada la sentencia, le negarían de veras y serían enemigos mortales. Con esto se suspendió aquel auto y quedó la sentencia firmada de solo el licenciado Cepeda. (6)

———

(6) Relación Anónima. cit. c LXII. Montesinos *Anales* año de 1546; Gomara. Ob cit. c CLXXVIII, Zárate Ob cit lib. VI c IX; Herrera Ob. cit Dec VIII lib. III c III.

CAPITULO VIII

GONZALO PIZARRO ENVIA A JUAN DE ACOSTA CONTRA LORENZO DE ALDANA. LAS ASECHANZAS QUE ENTRE ELLOS PASARON. LA MUERTE DE PEDRO DE PUELLES.

EN la furia de las consultas, procesos y sentencias tan impertinentes y ridiculosas, que los letrados procuraban fulminar y pronunciar, tuvo noticia Gonzalo Pizarro de los cuatro navíos en que Lorenzo de Aldana y los demás capitanes iban hacia la ciudad de los Reyes, que subían la costa arriba, y que habían salido ya de Trujillo. Mandó que el capitan Juan de Acosta con otros cincuenta de a caballo, arcabuceros escogidos, fuesen la costa abajo a impedir que los navíos de Lorenzo de Aldana tomasen agua ni leña, ni desembarcasen en puerto alguno. Juan de Acosta llegó hasta Trujillo, donde no osó parar más de un día, temiendo no viniese Diego de Mora, que estaba en Cassamarca, y le hiciese algún daño: volvióse por la costa arriba deseando y procurando prender alguna gente que de los navíos de Lorenzo de Aldana saltase en tierra. Lorenzo de Aldana por otra parte, teniendo por sus espías noticias de Juan de Acosta, le armó una emboscada de más de cien arcabuceros metidos en un cañaveral, por donde Acosta había de pasar, para que le matasen o prendiesen y hiciesen todo el daño que pudiesen. Juan de Acosta andando en sus asechanzas dió con una cuadrilla de gente de los navíos que salía a hacer agua, mató tres o cuatro de ellos, prendió otros tantos, y otros catorce o quince se le pasaron de su grado y se fueron con él; de los cuales supo la emboscada que le tenían armada y se apartó de ella; y los de Lorenzo de Aldana no osaron salir a él a quitarle la presa, aunque eran más en número, porque no llevaban tan buena provisión de pólvora y lo demás necesario para los arcabuces; y también porque ellos iban a pie y los enemigos a caballo y la tierra era un arenal muerto. Juan de Acosta envió a Gonzalo Pizarro los que se le pasaron; el cual los trató con mucho amor y regalo, proveyéndoles de

armas, caballos y dineros, de los cuales supo la mucha falta de mantenimientos que los cuatro navíos llevaban, y la poca gente que en ellos había quedado; porque toda la demás la habían echado en tierra por enferma e inútil, y otros muchos habían muerto y echádolos a la mar; y los que iban, iban dolientes y mal parados, sin armas ni munición, y que no tenían nueva del presidente, ni sabían de él, ni cuando vendría; y que les parecía que no vendría en todo aquel año. Con estas nuevas tan certificadas, holgaron mucho Gonzalo Pizarro y los suyos; pero por otra parte considerando las faltas y menoscabos que llevaba la gente de los cuatro navíos, entendió Gonzalo Pizarro muy al descubierto, cuán mal consejo había sido el de los suyos en persuadirle que quemase los cinco navíos que tenía, y la mucha razón que Francisco de Carvajal tuvo de reprenderlo diciendo, que valía más un navío de los que él llevara contra Lorenzo de Aldana, que los cuatro que él traía contra ellos. Juan de Acosta llegó al puerto de Huaura, donde dice Palentino que hay tanta abundancia de sal, la que podría proveer a toda Italia, Francia y España, y por cosa admirable lo escribe, y dice que es muy buena sal.

Sabiendo Gonzalo Pizarro como iba Juan de Acosta a los Reyes, y lo que Diego de Mora había hecho en Trujillo, le pareció enviar al licenciado Carvajal con trecientos hombres a prevenir que Lorenzo de Aldana saltase en tierra, ni tomase agua, ni otro bastimento; y que por otra parte castigase a Diego de Mora, y hiciese todo lo que les conviniese para su empresa. Proveído todo lo necesario para la jornada, y apercibido el licenciado Carvajal para irse, lo estorbó el maese de campo Francisco de Carvajal diciendo que no era buen consejo, porque el licenciado se le había de huír y llevarse toda aquella gente; que si había perseverado con él hasta entonces, había sido por vengar la muerte de su hermano el fator· y que ahora viéndose perdonado de los delitos pasados, y que las ordenanzas estaban revocadas, y que todos sus parientes eran criados del rey en oficios calificados y preeminentes, no había duda sino que se le había de huir, trayendo a la memoria cuán sin culpa suya lo habían tenido con la soga a la garganta para darle garrote. A estas persuasiones de Francisco de Carvajal ayudó mucho Juan de Acosta; porque luego que supo la nueva provisión que se hacía, vino a toda diligencia a contradecirla y a querellarse de su agravio: por lo cual Gonzalo Pizarro mudó parecer, y envió a Juan de Acosta que hiciese lo que el licenciado Carvajal había de hacer. Juan de Acosta fué su viage, y llevó trecientos hombres como le fué mandado, sintió en muchos dellos flaqueza y ánimo de huírsele; certificóle esto la huída de doce soldados de los más nombrados que llevaba: y sus amigos con mentiras o verdad, le avisaron que había otros que pretendían lo mismo, y que era caudillo de ellos Lorenzo Mejía de Figueroa, yerno del conde de la Gomera, al cual degolló no más de con este indicio. Este caballero casó con doña Leonor de Bobadilla, mujer que fué de Nuño Tobar,

teniente general del gobernador Hernando de Soto, en la jornada que hizo para la conquista de la Florida, como largamente lo dijimos en la Historia de la Florida. Tuvo un hijo y una hija, la cual se llamó doña María Sarmiento; casó en el Cosco con Alonso de Loayza, vecino de aquella ciudad: la noche de sus bodas fué el levantamiento de Francisco Hernandez Girón, como en su lugar diremos con el favor divino. El hijo se llamó Gonzalo Mejía de Figueroa, caballero, que aunque mozo fué de toda buena enseñanza, fué condiscípulo mio en la gramática: murió muy temprano dejando mucha lástima a los que le conocían, por la buena esperanza que dél tenían. A Juan de Acosta dejaremos en su viage y a todos los demás de la costa, por decir lo que sucedió en Quitu a Pedro de Puelles. El cual teniendo noticia de la revocación de las ordenanzas, y perdon de todos los delitos pasados, por graves que fuesen, le pareció gozar de las bulas reales y reducirse al servicio del rey, negando a Gonzalo Pizarro, por quien tanto había hecho en las ocasiones pasadas.

Pedro de Puelles imaginaba hacer un convite solemne a toda su gente y capitanes, y proponerles lo que le convenía en reducirse al servicio de su magestad, pues estaban perdonados de sus delitos pasados y revocados de las ordenanzas. Esto supo Rodrigo de Salazar el Corcovado, de un soldado famoso llamado Diego de Urbina, a quien Pedro de Puelles en secreto como a su amigo había dado cuenta Rodrigo de Salazar viendo que aquel negocio estaba hecho, quiso para sí la honra de aquella hazaña, y que Pedro de Puelles no la ganase con el presidente ni con su magestad haciéndole servicio tan calificado, como era reducirle trecientos soldados escogidos que consigo tenía. Quiso ganarle por la mano, y tomar para sí la honra y fama que el otro pretendía. Dió cuenta de su propósito a cuatro amigos particulares que tenía, cuyos sobre-nombres sin nombres propios eran Bastida, Tirado, Hermosilla, Morillo: y por estos apellidos eran conocidos: díjoles lo que Pedro de Puelles pensaba hacer, y que era bien que ellos gozasen el premio de reducir aquella gente al servicio de su magestad. Para lo cual convenía que matasen a Pedro de Puelles: y así lo acordaron entre todos, y otro día, que era domingo, fueron todos cinco bien de mañana a casa de Pedro de Puelles, diciendo que el capitán Salazar iba a visitarle y a acompañarle hasta la iglesia para oir misa. Pedro de Puelles con mucho agradecimiento pidió que entrasen en su aposento, que aún no se había levantado. Los cuatro entraron, y Rodrigo de Salazar se quedó a la puerta, que no quiso entrar hasta ver como salía el hecho aún que hay quien diga que sí entró; pero yo oí muchas veces este cuento a los que hablaban dél y de otros semejantes y lo referían como decimos. A Pedro de Puelles mataron los cuatro a estocadas y puñaladas, y con ellos salió a la plaza el capitán Rodrigo de Salazar, apellidando la voz del rey y su servicio a que todos los de la ciudad acudieron con mucha voluntad y ánimo. (7)

(7) Relación anónima cit. c. LXI.

CAPITULO IX

UN DESAFIO SINGULAR SOBRE LA MUERTE DE PEDRO DE PUELLES. LA ENTRADA DE DIEGO CENTENO EN EL COSCO, Y SU PELEA CON PEDRO MALDONADO.

RODRIGO de Salazar y sus compañeros trataron luego de ir todos con brevedad a buscar al presidente Gasca, y así fueron en pos dél, y le alcanzaron en el valle de Sausa, donde (aunque anticipemos este paso de su lugar) Rodrigo de Salazar y sus compañeros y amigos fueron recibidos del presidente con mucho aplauso, y mucha loa y agradecimiento del servicio que a su magestad habían hecho, prometiéndole la gratificación el tiempo adelante. Diego de Urbina que era amigo de Pedro de Puelles, viendo que por haber descubierto a Rodrigo de Salazar el secreto de su amigo gozaba de aquellos favores que eran derechamente del difunto, acusado de su conciencia y lastimado de la muerte de su amigo, mostró al descubierto su pasión, y el enojo que contra Rodrigo de Salazar tenía, y dijo en público que todo lo que atrás se ha dicho de la intención de Pedro de Puelles en servicio de su magestad, y que él había dado noticia della a Rodrigo de Salazar. El cual como hombre cauteloso y astuto, aunque había negado al visorey Blasco Núñez Vela, y huídose a Gonzalo Pizarro, y seguídole hasta entonces en todo lo pasado, viendo que si Pedro de Puelles reducía aquella gente al servicio de su magestad, a él no se lo habían de agradecer ni se habían de acordar dél, determinó hacer lo que hizo por llevarse la gloria agena, como lo había hecho en prender a don Diego de Almagro el mozo siendo su ministro, por verle perdidoso; porque siempre (como en el caso presente) con mañas, cautelas y traiciones había seguido el refrán que dice: viva quien vence. Sobre la cual dijo Diego de Urbina que le desafiaba a batalla singular donde le haría confesar por la boca ser verdad lo que le decía.

Rodrigo de Salazar que no fiaba tanto de sus armas y esfuerzo que osase salir a campo con un hombre tan principal y valiente como

Diego de Urbina, y que era verdad que él le había descubierto el secreto de Pedro de Puelles, que fué causa de su muerte, fiando más de su habilidad y astucia que de su espada y lanza, respondió que era verdad todo lo que Diego Urbina decía de Pedro de Puelles; pero que con todo eso se había anticipado a matarle por sospechas que tuvo, que pues Pedro de Puelles dilataba el hecho, que podría arrepentirse entre tanto que llegaba el día señalado. Con lo cual y con que el presidente lo aprobó, quedaron satisfechos. Diego de Urbina y otros soldados principales que eran de su bando, y dijeron que la causa era bastante para haberle muerto. Otros dijeron que se habían satisfecho con muy flacas razones para desafío de batalla singular, y que a muertos y a idos hay muy pocos amigos.

El capitán Diego Centeno que dejamos en el camino con determinación de ir sobre el capitán Antonio de Robles, que con mucha gente estaba en el Cosco por Gonzalo Pizarro; y aunque el atrevimiento de acometer a un hombre que tenía trecientos soldados bien armados parecía antes temeridad que esfuerzo, porque no llevaba más de cuarenta y ocho hombres, y esos mal armados, y los más a pie como gente que había salido de cuevas y cavernas, donde se habían metido huyendo de Carvajal. Todavía se atrevió a seguir su viage, porque Alonso de Hinojosa, ofendido, como atrás dijimos, de que Gonzalo Pizarro enviase a Antonio de Robles en su lugar, solicitó a los hombres principales que en el Cosco había, y todos escribieron a Diego Centeno prometiéndole serían en su favor y ayuda si fuese a aquella ciudad contra Antonio de Robles. Con esto se esforzaron mucho los de Diego Centeno y siguieron su viage a toda diligencia. Antonio de Robles sabiendo que el enemigo iba cerca t ató de resistirle. Consultó con sus capitanes el cómo, y envió a correr el campo a un hombre de quien él mucho fiaba, llamado Francisco de Aguirre; el cual se alargó todo lo que pudo hasta toparse con Diego Cen eno seis leguas de la ciudad y le dió aviso de la determinación y orden de Antonio de Robles, dónde y cómo pensaba armar su escuadrón para resistirle la entrada. El capitán Diego Centeno y los que con él iban, que los más principales eran Pedro Ortiz de Zárate, Francisco Negral, Luis de Ribera, Diego Alvarez, Alonso Pérez de Esquivel, acordaron que la entrada y el acometimiento fuese de noche para asombrar con el ruido a los enemigos; y para que los amigos que eran casi todos los de Antonio Robles, con la oscuridad de la noche no peleasen y se pasasen a su bando

Usaron de un ardid de guerra muy galano y fué que quitaron los frenos a las cabalgaduras que llevaban y de las jáquimas y arzones de la sillas les colgaron mechas encendidas, mandaron a los indios de su servicio que las llevasen por delante, y en llegando a tal puesto las apretasen malamente para que entrasen corriendo. La entrada por donde habían de entrar, era la calle que en la descripción de la ciudad llamamos del Sol, que sale al medio de la plaza mayor. Dada

esta orden a los indios. Diego Centeno y los suyos fueron por otra calle que está al poniente de la que hemos dicho que sale al rincón de la plaza. Antonio de Robles sabiendo el asalto que su enemigo le hacía de noche, formó un escuadrón de trecientos hombres en medio de la plaza, puso la frente dél a la boca de la calle del Sol, porque no había otra por donde los enemigos pudiesen entrar, sino era rodeando mucha tierra. Los indios criados de Diego Centeno, entraron con las cabalgaduras haciendo grandísimo ruido, que parecía de mucha más gente que la que iba. Entraron en la plaza y rompieron el escuadrón de Antonio de Robles sin que ellos pudiesen advertir con quien peleaban: porque cuando salieron a recibir los caballos, los hallaron sin dueños y se vieron confusos. A este punto asomó por la otra calle Diego Centeno con su gente y acometió al escuadrón contrario por el lado derecho con ruido de voces y grita, y con disparar los pocos arcabuces que llevaban. A este tiempo estaban en las casas que eran de Hernando Pizarro, que ahora son de la santa Compañía de Jesús, un hombre llamado Pedro Maldonado, hombre pacífico y quieto, que no profesaba la soldadesca y ni presumía della, estaba rezando las Horas de nuestra Señora, cuyo devoto era. Oyendo el arma, metió las Horas en el seno y con su espada ceñida y una pica que acertó a hallar a mano, salió a la plaza y el primero con quien topó fué Diego de Centeno, y sin saber quién era, le dió un picazo y le atravezó la mano izquierda, y el segundo golpe le tiró a los muslos y le hirió en el muslo izquierdo, y no se le pasó, porque el hierro de la pica era un hierro antiguo de los que llamaban de orejas, que demás de la punta con que hería tenía a los lados dos vueltas a semejanza de la pintura que llaman Flor de Lis, y por tener aquellos cornezuelos a los lados no pasó el hierro el muslo: pero al tirar, que Pedro Maldonado hizo de la pica para dar otro golpe, asieron los cornezuelos de la cuchillada de las calzas que eran de terciopelo y dió con Diego Centeno en tierra. A este tiempo un page suyo, ya hombre, cuyo nombre se me ha ido de la memoria, que iba en su guardia viendo a su señor caído, dió a Pedro Maldonado un arcabuzazo de que cayó tendido en el suelo, más luego se levantó para pelear con Diego Centeno. Entre tanto llegaron otros al socorro de Diego Centeno, y rindieron a Pedro Maldonado, y le desarmaron y siguieron su victoria, que ya de la gente de Antonio de Robles, unos se habían huído de su escuadrón y los más se habían pasado al rey. Y así no acaeció en aquel trance otro hecho notable que contar, sino el de Pedro Maldonado y del Capitán Diego Centeno, a los cuales yo conocí y no se derramó aquella noche otra gota de sangre, sino la de aquel famoso varón.

CAPITULO X

UN CASO MARAVILLOSO SOBRE LA PELEA DE PEDRO MALDONADO. LA MUERTE DE ANTONIO DE ROBLES. LA ELECCION DE DIEGO CENTENO POR CAPITAN GENERAL. LA REDUCION DE LUCAS MARTIN AL SERVICIO DEL REY. LA CONCORDIA DE ALONSO DE MENDOZA CON DIEGO CENTENO.

PEDRO Maldonado era el hombre más alto y más corpulento que yo he visto allá ni acá: no murió del pelotazo ni salió herido dél, aunque cayó en el suelo. porque según después pareció, la Virgen María nuestra Señora, cuyo devoto él era, quiso librarle de aquella muerte, porque la pelota dió en las Horas que llevaba en el seno; en las cuales (como dijimos) estaba rezando cuando se tocó el arma, y él salió a la pelea, y el grandísimo golpe de la pelota le derribó como si fuera un niño. Yo ví las Horas años después, que hallándome cerca de Pedro Maldonado, a una misa de las que cada sábado se cantan a la Madre de Dios en aquella su casa de las Mercedes, se las pedí diciendo que tenía deseos de ver las Horas del milagro, que así las llamaron comunmente desde aquel día; él me las dió y yo las abrí, y la pelota entró por el principio de las Horas y horadó y rompió del todo las primeras treinta o cuarenta hojas, y otras tantas adelante remolió en redondo y otras doce o quince más adelante rompió a la larga en el tamaño de la pelota; y la postrera hoja de estas así rotas era la que estaba antes de la misa de nuestra señora: que en aquellos tiempos imprimían en las Horas que llamaban de Nuestra Señora, no solamente el oficio de la Virgen y la misa, sino otras muchas devociones, cuantas querían los impresores; porque entonces no había la calificación de los libros que ahora hay desde el santo Concilio de Trento acá. Las Horas eran del tamaño de un Diurnal ordinario de los que ahora se usan.

No hubo más pelea aquella noche que la de Pedro de Maldonado y del capitan Diego Centeno, aunque los autores dicen que la hubo con muertos y heridos; pero fueron engañados por los relatores, y

yo lo vi casi por vista de ojos, porque dentro de seis días vine a la ciudad con mi tío Juan de Vargas, y con el capitán Rodrigo de Pantoja, y otros nueve españoles que estaban treinta leguas del Cosco en un repartimiento de indios y toda la familia de mi padre, esos pocos que éramos, estábamos con ellos ahuyentados de los de Pizarro, que no osábamos parar en la ciudad. Mi tío y los demás españoles fueron luego al Cosco a servir a su magestad; mi madre y yo y los demás fuimos en pos de ellos, y luego otro día que llegamos fuí a besar las manos al capitán Diego Centeno de parte de mi madre, y me acuerdo que le ví la mano izquierda envuelta en una banda de tafetán negro, sobre la venda blanca de la herida, y le hallé en pié porque la herida del muslo tampoco fué peligrosa: posaba en las casas que eran de Hernando Bachicao que ahora son de don Luis Palomino. Y esto pasó pocos días después de la fiesta del Santísimo Sacramento, año de mil y quinientos y cuarenta y siete, y lo escribimos originalmente cerca de los mismos días del año de seiscientos e cinco; y por tanto digo que casi lo vi por vista de ojos.

Toda la pelea fué como entre amigos: porque si hubieran de pelear como los historiadores dicen que pelearon, mal pudieran resistir cuarenta y ocho hombres tan mal armados como iban (pues ellos mismos dicen que muchos de ellos llevaban las dagas atadas en puntas de varas largas en lugar de picas o lanzas) a trecientos hombres bien armados que Antonio de Robles tenía.

El capitán Antonio de Robles viéndose perdido y desamparado se entró huyendo en el convento del divino San Francisco, no el que ahora es, que está al poniente de la ciudad, sino el que entonces había al oriente della, de donde otro día lo mandó sacar Diego Centeno, no con intento de matarle porque era hombre blando y nada cruel, sino reducirle al servicio de su magestad.

Pero Antonio de Robles que (como dice Zárate) era mozo de poca edad y de bajo entendiniento viendo que no le ahorcaban luego, le pareció que todavía se era caudillo y cabeza de la ciudad, dijo muchos atrevimientos, favoreciendo el partido de Gonzalo Pizarro y muchas desvergüenzas contra el servicio de su magestad: por lo cual enfadado Diego Centeno mandó que le cortasen la cabeza, en lo cual quiso honrarle contra la opinión de muchos que entendían que lo mandara ahorcar aunque él era hijodalgo.

Algunos que eran muy devotos de Gonzalo Pizarro se huyeron aquella noche del Cosco y a toda diligencia vinieron a Rimac, y le dieron la nueva de la pérdida de su capitán y de su gente, de que Gonzalo Pizarro sintió mucha pena y dolor, aunque lo disimuló por entonces, y proveyó lo que adelante diremos. Sabida la victoria del capitán Diego Centeno acudió toda la gente que había escondida y retraída en la comarca del Cosco, en más de cuarenta y cincuenta leguas al derredor della. Vinieron muchos vecinos principales y muchos soldados nobles y famosos, que con los que había en el Cosco se jun-

taron más de quinientos hombres: los cuales de común consentimiento, eligieron a Diego Centeno por capitán general de todos ellos. El cual nombró capitanes de infantería y caballería, de lo cual haremos mención cuando hablemos de la batalla de Huarina.

Habiendo reformado el capitán general Diego Centeno su gente, se volvió al Collao con determinación de ir sobre Alonso de Mendoza (que estaba en la villa de Plata por Gonzalo Pizarro) con propósito de reducirle al servicio de su magestad por bien o por mal cuando no pudiese de otra manera.

La victoria de Diego Centeno se supo en la ciudad de Arequepa en muy breve tiempo, donde estaba un capitán llamado Lucas Martín Vegaso, vecino de aquella ciudad, al cual envió Gonzalo Pizarro después de la batalla de Quitu, por su teniente, que residiese en ella Este capitán sin saber lo que había pasado en el Cosco, determinó. llevar a Gonzalo Pizarro ciento y treinta hombres que tenía consigo para servirle con ellos. A pocas leguas de la ciudad le prendieron los suyos mesmos que deseaban reducirse al servicio del rey, e iban de mala gana con el capitán, echáronle prisiones porque no se les huyese.

Luego que llegaron a Arequepa, de vuelta supieron el buen suceso de Diego Centeno; y como todos eran amigos, se fueron a Lucas Martín y le persuadieron que trocase el ánimo y hiciese de grado lo que había de hacer por fuerza, y se redujese al servicio del rey, que ellos le restituirían en su primer lugar, y le llevarían por capitán, y dirían a Diego Centeno que todos iban a servir a su magestad. Lucas Martín vino en ello aunque por fuerza, según él mismo lo publicaba después.

En Arequepa hallaron aquellos soldados treinta o cuarenta mil pesos que Lucas Martín enviaba a Gonzalo Pizarro: todos los tomaron y repartieron entre sí y se fueron a Diego Centeno. El cual los recibió con mucho agradecimiento de el servicio que a su magestad hacían, y todos juntos fueron a los Charcas en busca de Alonso de Mendoza, el cual salió de aquella provincia con trecientos hombres para venirse a juntar con Gonzalo Pizarro.

Hallándose cerca los unos de los otros, el capitán general Diego Centeno deseando escusar todo rompimiento de batalla le escribió una carta pidiéndole, olvidadas todas las pasiones y enemistades pasadas que en tiempo de los alcances de Alonso de Toro y de Francisco de Carvajal tuvieron, se pasase al servicio del rey y dejase a Gonzalo Pizarro porque se había declarado contra su magestad; y que lo hiciese siquiera por no ganar nombre de traidor a su rey natural.

Con esta carta y embajada envió una dignidad de la iglesia del Cosco, que fué el maestre escuela Pedro Gonzales de Zárate, que lo había sacado de su iglesia para medianero desta paz y concordia y de cualquiera otra que se ofreciese, porque era persona de autoridad, prudencia y consejo para todo

Entre tanto que el maestre escuela estaba detenido dando trazas con Alonso de Mendoza sobre la concordia y reducción al servicio de su magestad, que no se acababa de determinar porque se le había de mal negar a Gonzalo Pizarro, recibió el general Diego Centeno los despachos que el presidente le envió con el poder que de su magestad llevaba para gobernar aquel imperio, y con la revocación de las ordenanzas y el perdón de todos los delitos pasados. Todo lo cual envió Diego Centeno a toda diligencia al maestre escuela su embajador para que lo mostrase a Alonso de Mendoza; porque vió cuán eficaz había de ser aquello para reducirlo aunque estuviera mucho más prendado. No le salió vano el pensamiento a Diego Centeno, porque luego que Alonso de Mendoza vió los despachos, mudó propósito, y determinó pasarse al servicio del rey, y capituló con el maestre escuela que él se reducía al bando de Diego Centeno, y se juntaría con él; pero que había de ser con condición que quedase por capitán general de la gente que tenía para la mandar y gobernar como hasta allí lo había hecho, y sus soldados eran trecientos de los escogidos muy bien armados y encabalgados. Diego Centeno aceptó el partido que no quiso reparar en el inconveniente, que era ver dos generales en ejército de una misma nación; y así se juntaron los unos y los otros con gran fiesta y regocijo que de ambas partes hubo: viéndose (como dice Agustín de Zárate) con tanta pujanza que tenía más de mil hombres, acordaron de ir a buscar a Gonzalo Pizarro y tomarle cierto paso para que no fuese por él y esperarle allí; porque no le convenía pasar adelante porque llevaban falta de comida. Dejarlos hemos en su paso, que era cerca de Huarina donde se dió después aquella sangrienta batalla, y pasarnos hemos a hablar del presidente Pedro Gasca que le dejamos navegando en el mar del Sur. (8)

(8) Gutiérrez de Santa Clara. Historia de las Guerras Civiles del Perú tomo IV c. XXXVII a XL.

CAPITULO XI

EL PRESIDENTE LLEGA Á TUMPIS. LAS PROVISIONES QUE ALLI HIZO. GONZALO PIZARRO ENVIA A JUAN DE ACOSTA CONTRA DIEGO CENTENO. LORENZO DE ALDANA LLEGA CERCA DE LOS REYES, Y GONZALO PIZARRO TOMA JURAMENTO A LOS SUYOS.

CON las dificultades de su navegación llevó el presidente salvamento al puerto de Tumpis con toda su armada, que solo un navío se le quedó, por no ser tan buen velero de la bolina como los otros, cuyo capitán era don Pedro Cabrera; el cual viendo que no podía arribar ni pasar adelante por falta de su navío, tomó el puerto de la Buena Ventura y por tierra caminó apriesa como los pocos que llevaba y alcanzó al presidente en Tumpis ocupado en la provisión de los bastimentos y lo demás necesario para su ejército, porque tenía cerca de quinientos hombres. Allí recibió muchas cartas de personas graves, así vecinos como capitanes y soldados, a los cuales respondió con mucho agradecimiento y promesas de gratificación de parte de su magestad. Proveyó que Pedro de Hinojosa, su capitán general, fuese adelante con la gente de guerra hasta Cassamarca a juntarse con los capitanes y gente que allí había. Mandó que Pablo de Meneses fuese con la armada costeando la costa arriba, y él con la gente que le pareció necetaria para la seguridad de su persona caminó por los llanos hasta llegar a Trujillo, donde tuvo nuevas de los capitanes y personages que habían acudido al servicio de su magestad de los puestos y lugares dónde cómo le estaban esperando. Envió mensageros a todas partes mandándoles que se recogiesen y caminasen por la sierra, hasta llegar al valle de Cassamarca y allí esperasen lo que se les ordenase. Proveído todo esto caminó por los llanos enviando sus corredores delante para que avisasen de lo que hubiese y le asegurasen el camino.

Entre tanto que pasaban estas cosas, por el presidente y su ejército supo Gonzalo Pizarro el sucesor del Cosco, la victoria de Diego Cen-

teno, y la muerte de Antonio de Robles, y la prisión de Lucas Martín Vegazo, de que recibió grandísima pena; porque veía que de todas partes se iba cayendo el edificio que pensaba tener fabricado para ser gobernador de aquel imperio. Envió a llamar a toda priesa a su capitán Juan de Acosta, que como dijimos había ido hácia Trujillo con gente para remediar los daños que por aquella parte asomaban. Francisco de Carvajal en esta coyuntura cortó la cabeza a Antonio Altamirano, alférez general de Gonzalo Pizarro, porque con las nuevas del buen suceso de Diego Centeno, se había trocado mostrando mucha tibieza en el servicio de Gonzalo Pizarro en todo lo que se le mandaba, y esto bastó para quitarle la vida. El estandarte que él tenía se lo dieron a don Antonio de Ribera. Llegado que fué Juan de Acosta mandó apercibir trecientos hombres que fuesen con él sobre Diego Centeno: nombró por capitán de caballos a Martín de Olmos, y por capitán de arcabuceros a Diego Gumiel, los cuales yo conocí; y por capitán de piqueros nombró a Martín de Alarcón, y por maese de campo a Paez de Soto Mayor, y a Juan de Acosta (que yo también conocí) eligió por general de todos ellos; envíolos al Cosco por el camino de la sierra, con propósito de salir pocos días después por el camino de los llanos a hacer guerra por todas partes a Diego Centeno, de quien mostraba tener mayor queja, porque decía que él había sido uno de los primeros y de los que más le solicitaron e importunaron a que aceptase el oficio de procurador general de todo aquel reino, y que ahora con solo las nuevas falsas o verdaderas de que eran perdonadas y revocadas las ordenanzas, le había negado con la misma diligencia y presteza que había puesto en elegirle y seguirle hasta verle nombrado por procurador y gobernador del Perú; y que lo mismo habían hecho todos los que habían sido en levantarle; pero que él esperaba en Dios que los castigaría y con su propio hecho le vengaría dellos.

Estas quejas y otras semejantes hablaba Gonzalo Pizarro con sus íntimos amigos, más en lo público mostraba todo buen ánimo como siempre lo tuvo en sus mayores trabajos; y así lo dicen los historiadores en su favor cuando lleguen a este paso.

A estas quejas y malos sucesos añadió la fortuna otros peores; porque cuando ella empieza a mostrar su disfavores no se contenta con dar pocos. Ordenó que en aquella coyuntura y sazón llegase Lorenzo de Aldana con sus cuatro navíos a quince leguas de la ciudad de los Reyes, donde aunque iba bien desproveído de gente y bastimento estuvo con mucha seguridad y contento, porque supo que Gonzalo Pizarro había quemado los navíos que tenía en el puerto. Con lo cual quedó en toda paz y quietud, y cobró ánimo para llegar hasta el puerto de los Reyes; porque su intención no era de pelear, sino de recoger en sus bateles la gente que de Gonzalo Pizarro se huyese. La nueva de su llegada a Huaura se supo en los Reyes, y causó gran escándalo en toda ella. Gonzalo Pizarro viendo que todos le ha-

bían negado, temiendo que los que tenía consigo también le habían de negar, quiso asegurarse dellos con la fuerza de la religión; y así por orden del licenciado Cepeda, de quien salió esta prevención y consejo, hizo llamamiento de todos los vecinos, señores de indios, que había muchos y muy principales de todas las ciudades que todavía permanecían con él. Llamó asimismo a los capitanes y caballeros y soldados principales que había muchos y les hizo una plática diciendo el cargo y la obligación que todos ellos y todos los de aquel imperio le tenían, por haberse puesto y pasado tantos peligros, guerra, hambre y trabajos por defenderles sus vidas, y los indios que por gracia y merced del marqués don Francisco Pizarro, su hermano, poseían, mirasen cuán justificada tenían su causa con haber enviado mensageros a dar cuenta a su magestad de todo lo sucedido en la tierra, y que el presidente los había detenido y engañado a sus capitanes, y concertádose con ellos y tomádole su armada, que le había costado un gran tesoro; y últimamente había entrado en su jurisdicción, y echaba por el reino cartas de muchos perjuicio contra todos los de aquel imperio, y que traía intención de hacerles guerra. Por todo lo cual él pretendía resistirle la entrada porque así convenía a todos que después de entrado el presidente en la tierra y tomado posesión della haría lo mismo que Blasco Núñez Vela; ejecutaría las ordenanzas, castigaría a los delincuentes que se hubiesen hallado en todo lo de atrás; por tanto quería saber de todos y de cada uno dellos su intención, porque no quería hacer fuerza a nadie en lo que no quisiesen seguir; que les encargaba y rogaba cada uno dijese al descubierto si querían seguirle o no, que al que no quisiese ir con él, desde luego le daba licencia para que se fuese a sus indios o al presidente si quisiese y los que quisiesen quedar con él y seguir tan justa demanda, le habían de dar su fe y palabra, en ley de hijodalgo, y debajo de juramento, en ley de cristianos, de guardar y cumplir las promesas, como se le hacían. A esto respondieron todos que morirían con él, y por él cien muertes, y lo juraron y firmaron en un cartulario largo, que de todo esto sacó escrito el licenciado Cepeda, que fué el primero que firmó. Francisco de Carvajal, como hombre tan discreto y de tanta esperiencia de semejantes cosas, reía, burlaba, y mofaba en secreto con sus amigos, y les decía: vosotros veréis cómo se cumplen las promesas, y cómo se respeta la magestad del juramento: decía otras muchas cosas que si la tuviéramos escogidas, pudiéramos hacer un galano discurso, como los fueron los de aquel hombre en todos propósitos, que cierto fué rarísimo en el mundo.

CAPITULO XII

ENVIANSE REHENES DE UNA PARTE A OTRA CON ASTUCIAS DE AMBAS PARTES. HUYENSE DE GONZALO PIZARRO MUCHOS HOMBRES PRINCIPALES.

DOS días después de este auto llegaron al puerto de los Reyes los cuatro navíos de Lorenzo de Aldana, que causaron grandísimo alboroto en la ciudad. Gonzalo Pizarro mandó tocar arma y recogió la gente en la plaza, que eran más de seiscientos hombres; pareciole que era más seguro salir al campo; porque la gente que no le era aficionada, viéndose a vista de todos no se le huiría. Asentó su real una legua de la ciudad y otra del puerto; puso corredores de a caballo para que no se le huyesen; y por salir de confusión y saber lo que pretendía Lorenzo de Aldana, le envió un vecino de los Reyes, llamado Juan Fernandez, con orden que se quedase con él por rehenes de otro caballero, que Lorenzo de Aldana le enviase para tratar con él la razón de su venida, y saber su intención. De los navíos enviaron al capitán Peña, el cual llevó a Gonzalo Pizarro el poder que el presidente llevaba, y el perdón general que su magestad a todos los culpados hacía, y la revocación de las ordenanzas, y que de palabra le persuadiese lo que importaba obedecer a su magestad, y sujetarse a su voluntad, pues no gustaba que él gobernase aquel imperio. En este paso, dice el Palentino, que pasó lo que atrás dijimos, de las bulas. Engañáronle en la relación porque ya en este tiempo era pasada la ocasión y sazon de consultar en poderes ni bulas como ellos las llamaron, que ya entonces no había sino escándalo, alboroto y confusión, y ánimo de huirse todos, como se verá en el discurso de la historia. Gonzalo Pizarro respondió con palabras de enojo al recaudo que el capitán Peña le dió, y dijo: que Lorenzo de Aldana y Pedro de Hinojosa, y todos los demás que se le habían dado por muy amigos, esos le habían hecho traición, y dado causa que a él le llamasen traidor, habiendo justificado su causa con enviar embajadores a su magestad, y darle cuenta de todo lo

sucedido, y que nunca su intención fué de ofender a su rey, sino de aplacar la tierra y quitar los inconvenientes de ella para su mayor servicio. Con esto dijo otras muchas cosas, como hombre lastimado, quejándose de que los que le daban por mal amigos, y los que él había hecho hombres con cargos y oficios le hubiesen vendido tan injustamente. Mandó que el capitán Peña no hablase con nadie, y que estuviese recogido en el toldo de don Antonio de Ribera, porque no diese noticia a nadie de los despachos que había traído, que no quiso que se publicasen. Dicen los autores que aquella noche le tentó Gonzalo Pizarro sobre que diesen orden como pudiese haber el navío de Lorenzo Aldana, porque ganado aquel los demás eran suyos, y que les prometió cien mil pesos por el hecho, y que el capitán Peña respondió, que no era él persona que por ningún interés había de hacer traición semejante ni se le debía proponer. Gonzalo Pizarro lo envió otro día salvo y seguro a los navíos, donde con Juan Fernandez se trataron otras cautelas y engaños, que tuvieron más efecto que el que se propuso el capitán Peña, y fué, que Lorenzo de Aldana, sabiendo del capitán Peña, que Gonzalo Pizarro no había querido publicar los despachos que le envió, pareciéndole que todo el buen suceso de su jornada consistía en que se publicase entre los vecinos y soldados el perdón de su magestad y la revocación de las ordenanzas, autorizado por instrumento público de escribano, porque hasta entonces no se sabía en los Reyes más de por la carta que el presidente dijimos había escrito a Gonzalo Pizarro; para lo cual hizo sacar a toda diligencia dos traslados del perdón y de la revocación y con otras muchas cartas que a personas particulares tenía escritas, se las entregó todas a Juan Fernandez, con aviso e instrucción de lo que había de decir a Gonzalo Pizarro, y hacer con los papeles. Llegado ante él le apartó aparte, y en secreto le dijo: que Lorenzo de Aldana le había hecho grandes promesas porque trujese el perdón y la revocación, y que en secreto lo publicase entre los vecinos, capitanes y soldados, para que negándole a él se pasasen al bando del presidente; y yo, dijo Juan Fernandez, por entretener a Lorenzo de Aldana con vanas esperanzas, le dí palabra de hacerlo, y recibí estos papeles para entregárselos a vuesa señoría, porque no le había de hacer traición, fiando de mí su persona, salud y estado, como lo fió, enviándome a sus enemigos por rehenes de otro; la cual confianza yo he tenido en mucho para dejarla por calidad y cantidad a mis herederos. Con esto dijo otras lisonjas, para descuidar a Gonzalo Pizarro de cualquiera sospecha o malicia que dél pudiese tener. Gonzalo Pizarro, como hombre noble, ageno de cautelas y maldades, porque no cabían en su pecho, se las creyó todas y hizo de él toda confianza, y le agradeció el haberle entregado los papeles, y concibió dél mucho crédito para lo de adelante. Con lo cual Juan Fernandez publicó sus papeles entre los que le pareció, y dió las cartas que quiso a los que le eran amigos, y las que eran de personas no seguras, las hizo perdedizas, y las echó por entre puertas y

ventanas; de manera, que como todos andaban ya conjurados contra Gonzalo Pizarro, no se perdió ninguna, y todas hicieron su efecto como luego veremos.

La publicidad de las cartas, y las muchas promesas que en ellas se hacían, y un aviso que Lorenzo de Aldana dió en ellas, que todos los que quisiesen huirse a la mar, donde él estaba, hallarían los barcos en la Ribera para recibirlos, alborotó la gente de Gonzalo Pizarro de manera que todos eran sospechosos, que casi no había entre ellos de quien poderse fiar nada; porque los primeros que se le huyeron fueron los que más prendas habían metido con Gonzalo Pizarro; y como él tenía su real en el campo, y había publicado que quería caminar por los llanos, muchos hombres principales que habían salido desapercibidos para caminar, tuvieron ocasión de pedirle licencia para volver a la ciudad a proveerse de lo necesario para seguirle en su viaje. Los más principales de estos fueron Vasco de Guevara, Martín de Meneses, Nicolás de Ribera, Hernán Bravo de Laguna, Diego Tinoco, Francisco de Ampuero, Alonso de Barrio-Nuevo, Diego de Escobar, Francisco de Barrio-Nuevo, Alonso Ramirez de Sosa, que todos tenían indios en la ciudad de los Reyes, o en el Cosco, y sin estos otros muchos soldados de cuenta. Gonzalo Pizarro les dió la licencia, y ellos fueron a sus casa , y tomando lo que habían menester. en lugar de volver a Gonzalo Pizarro como se lo habían prometido, le negaron y caminaron hácia Trujillo, de lo cual, avisado Pizarro, por las guardas, mandó al capitán Juan de la Torre. que por veinte arcabuceros de confianza fuese en pos dellos para volverlos o matarlos, si no quisiesen volver; el cual los siguió y caminó más de ocho leguas, y no pudiendo alcanzarlos se volvió, y en el camino topó a Hernan Bravo de Laguna, que se había detenido con intención de esconderse en la ciudad en casa de un pariente suyo; pero viendo él y el pariente el riesgo que ellos y todos los de su casa corrían. si los enemigos volviesen y le hallasen en ella, acordaron que fuese en pos de sus compañeros Juan de la Torre en el camino. Trújolo ante Gonzalo Pizarro, el cual lo remitió a Francisco de Carvajal, para que lo ahorcase. Una señora muy principal, mujer de Nicolás de Ribera, uno de los huídos llamada doña Inés Bravo, mujer de gran valor y de toda bondad, sabiendo que traían preso a Hernan Bravo. que era su primo hermano, y que sin duda lo habían de matar, fué a toda diligencia al real de Gonzalo Pizarro, acompañada de su propio padre; y aunque se veía participante de la culpa del marido y del primo que le habían negado, no dudó de ponerse a los ojos de Gonzalo Pizarro, confiando en el ánimo piadoso que este caballero tenía para los que le pedían misericordia; y así, puesta de rodillas, se la pidió derramando muchas lágrimas. Gonzalo Pizarro a toda priesa la levantó del suelo, y aunque al principio se mostró duro en la concesión del perdón, al fin, acudiendo los circunstantes con la misma súplica, la concedió y dió la seña ordinaria que en semejantes casos solía dar, que era la gorra con la medalla que

en ella traía. Lleváronsela a toda priesa a Francisco Carvajal, y llegaron a tan buen tiempo, que ya tenía Hernan Bravo puesta la soga a la garganta al pié de un árbol, de donde lo habían de ahorcar. Carvajal admitió el perdón de Gonzalo Pizarro a fuerza de los ruegos que le hicieron los que con él estaban; porque todos se hallaban obligados a favorecer el partido de aquella señora, y así escapó Hernan Bravo de Laguna, que yo conocí largamente, y le dejé vivo en la ciudad del Cosco con un repartimiento de indios, aunque no de los grandes.

En este paso el contador Agustín de Zárate, habiendo dicho lo mismo, libro sexto, capítulo diez y seis, añade lo que se sigue. Y aconteció sobre el perdón otro paso digno de notar, que un capitán del mismo Gonzalo Pizarro, llamado Alonso de Cáceres, que se halló junto a él al tiempo que concedió la vida a Hernán Bravo, le besó en el carrillo, diciendo a grandes voces: ¡oh príncipe del mundo! mal haya quien te negare hasta la muerte, como quiera que dentro de tres horas él y el mismo Hernan Bravo, y otros algunos, se huyeron, lo cual se tuvo por cosa maravillosa, porque parecía que aún no había tenido tiempo para respirar del trance en que se había visto, teniendo la soga a la garganta, &c. (9)



(9) Relación anónima cit. c. LVII; Gutiérrez de Santa Clara Ob. cit t. IV c. XLV y XLVI.

CAPITULO XIII

MARTIN DE ROBLES USA DE UN ENGAÑO CON QUE SE HUYE.

LA huida de tanta gente noble y principal, y que eran los primeros que habían forzado a Gonzalo Pizarro a que volviese por sus vidas y haciendas causó gran alboroto en su real; porque como el mismo Zárate dice, había entre ellos personas que habían seguido a Gonzalo Pizarro desde el principio y metido con él grandes prendas, y en quien nunca se pudo sospechar que le habían de negar ni faltar; con lo cual estaba Gonzalo Pizarro tan alterado y enojado, que nadie osaba parecer ante él Mandó a los guardas que alcanzasen a los que hallasen fuera del real: ahorcaron a un pobre soldado porque le hallaron dos camisas vestidas, porque era indicio de huirse; y aunque tan pobre no faltó quien le denunciase. Y para mayor escándalo de Gonzalo Pizarro, y de sus aficionados, sucedió que la noche siguiente a lo que se ha dicho, el capitán Martín de Robles, con astucia, para tener achaques de ir a la ciudad con buena apariencia. envió a avisar de secreto a Diego Maldonado. el rico, vecino y corregidor del Cosco, que Gonzalo Pizarro quería matarle, que así lo había consultado con sus capitanes; por tanto, que se pusiese en cobro que no podía hacerle más servicio por el amistad que había entre ambos. Diego Maldonado lo creyó por haber sido uno de los vecinos del Cosco. que se huyeron de Gonzalo Pizarro para venir a servir al visorey, como atrás queda dicho. Después de lo cual le habían dado un riguroso tormento sobre ciertas cartas echadizas que en el toldo de Gonzalo Pizarro se hallaron cuando iba a dar la batalla de Quitu, de lo cual él no había tenido culpa, porque después se halló quién lo había hecho. Sin esto ahora últimamente, Gonzalo Pizarro había muerto por sospechas a Antonio Altamirano, íntimo amigo suyo.

Por estas causas y por temor de la muerte tan cruel que entre ellos andaba aquellos días, creyó Diego Maldonado el aviso de Martín Robles, y sin esperar que le ensillasen su caballo, aunque los tenía

muy buenos, y sin descubrirse a ningun criado suyo, solo con su espada y capa salió de su toldo y del real, y con ser hombre de más de sesenta y ocho años caminó a pie toda la noche hasta llegar a unos cañaverales que estaban tres leguas de la mar donde estaban los navíos y en ellos se escondió; pero temiendo que otro día habían de ir a buscarle y le habían de matar en hallándole, y cuando que esto no acaeciese había de perecer allí dentro de hambre y sed, se salió del cañaveral y acertó a ver un indio que pasaba cerca, llamóle y dióle cuenta de su necesidad. El indio doliéndose dél con la natural piedad que todos tienen, lo llevó a la mar, y a la orilla hizo una balsa de enea, de las que atrás contamos que los indios hacen para pasar los ríos y navegar lo poco que navegan por la mar, y en ella se pusieron ambos como en un caballo, y remando el indio fueron a los navíos con gran peligro de ser ahogados, a lo menos Diego Maldonado, porque cuando llegaron a ellos, ya la balsa iba casi deshecha por el mal recaudo que habían tenido de cordeles para atar la Enea. Así escapó el buen Diego Maldonado, que fué de los primeros conquistadores, y yo le dejé vivo en el Cosco. Luego otro día, bien de mañana, fué Martín de Robles al toldo de Diego Maldonado, a ver como había tomado su recaudo falso; y hallando que se había huído aquella noche, fué a Gonzalo Pizarro, mostrándose muy de su bando y muy leal en su servicio, y le dijo: Señor, Diego Maldonado se ha huído; paréceme que pues vuesa señoría ve por horas la disminución de su ejército, y los que a cada paso se le huyen, debía alzar de aquí su real y caminar hácia donde tiene determinado, que es a Arequepa, y que no dé vuesa señoría licencia a persona alguna para que vaya a la ciudad a proveerse de lo necesario, porque con este achaque se le huirán todos, y será bien evitarlo. Y porque los de mi compañía no la piden sino que dén ejemplo a los demás, quiero ir a la ciudad, permitiéndolo vuesa señoría con alguno de los míos, de los más de confianza que están desproveídos, para que en mi presencia se provean de lo necesario sin que yo lo pierda de vista; y de camino pienso ir al convento de Santo Domingo donde me dicen que está Diego Maldonado, y sacarle dél y traerlo a vuestra señoría, para que mandándole castigar públicamente no se atreva nadie a huirse de hoy más. A Gonzalo Pizarro le parecieron bien aquellas palabras porque eran en su favor, y confiando en las muchas prendas que Martín de Robles había metido en aquellos negocios; pues había preso al visorey, y perseguídole hasta su muerte, le dijo: que fuese a la ciudad y que hiciese en todo como se lo había dicho. Martín de Robles, ante todas cosas, tomó los caballos de Diego Maldonado, como bienes confiscados de traidor y los suyos propios; y llamando de su compañía los que tenía por más amigos que eran más de treinta, se fué a la ciudad de los Reyes, y sin hacer pausa en ella, se fueron todos la vía de Trujillo, diciendo públicamente, que iban a buscar al presidente, y que Gonzalo Pizarro era un tirano.

Estas nuevas llegaron al real de Gonzalo Pizarro, y admiraron de manera que muchos no las quisieron creer, porque les parecía imposible que Martín de Robles negase a Gonzalo Pizarro, habiéndose mostrado tan de su bando en todas las ocasiones, hasta allí sucedidas. Pero certificados de el hecho, temían que aquel día se habían de huir todos los que quedaban, o que matarían a Gonzalo Pizarro, por acabar el hecho de golpe, que ya no les faltaba otra cosa por hacer. Más nadie imaginó matarle, porque la bondad de aquel caballero no daba lugar a que nadie lo pensase; contentábanse con negarle y huírsele, y ninguno pretendió más.

Gonzalo Pizarro lo mejor que pudo apaciguó el escándalo, mostrando tener en poco todos los que se le habían huído, y afirmando que con solo diez buenos amigos que le quedasen, tenía ánimo de conservarse y de conquistar de nuevo todo el Perú: palabras son del Palentino, del capítulo sesenta y cuatro.



CAPITULO XIV

LA HUIDA DEL LICENCIADO CARVAJAL, Y LA DE GABRIEL DE ROJAS, Y DE OTROS MUCHOS VECINOS Y SOLDADOS FAMOSOS.

NO cesó la huída de los de Gonzalo Pizarro con la de Martín Robles, antes apresuró la que otros deseaban hacer; porque luego la noche siguiente se huyó Lope Martín Pereira, de nación lusitana, que yo conocí; era de los primeros conquistadores. Lo cual sabido por Gonzalo Pizarro, quiso asegurar su real, a lo menos por la parte de la ciudad, y así mandó al licenciado Carvajal, de quien con tanta razón por las prendas metidas debía confiar que con su compañía, que era de gente de a caballo, guardase aquel cuartel porque nadie se fuese por él; lo cual le salió en contra de lo que pretendía, porque antes fué a abrir las puertas de su campo y dar lugar a que todos los de su real se le fuesen, que no escusar el daño que temía: porque el licenciado Carvajal haciéndose mucho del bando de Gonzalo Pizarro, como siempre lo había hecho hasta aquella hora, viendo entonces la gente sosegada, trocó las manos, y con todos los de su compañía y con Pedro Suarez de Escobedo, y Francisco de Escobedo, y Gerónimo de Escobedo, sus sobrinos, aquellos que con su huída, causaron (como atrás se dijo) la muerte del fator Illen Suarez de Carvajal, tío de ellos, se fué del real, camino de Trujillo. En compañía dellos fueron el licenciado Polo y Marcos de Retamoso, un famoso alférez; y Francisco de Miranda, y Hernando de Vargas, y otros muchos soldados de gran nombradía. La huída destos no fué tan secreta que no se rugiese por los más cercanos de aquel cuartel; a cuyo ejemplo se fué Gabriel de Rojas, a quien poco antes había dado Gonzalo Pizarro su estandarte, quitándoselo a don Antonio de Ribera, por dejarlo por su teniente en la ciudad de los Reyes, como lo dejó por la mucha confianza que dél tenía, por el parentesco, y por las prendas metidas en esta trapaza y quimera. Con Gabriel de Rojas se huyeron otros muchos, y entre ellos sus dos sobrinos Gabriel Bermudez y Gomez de Rojas, que eran

personas de calidad; y esto fué sin que nadie lo sintiese, porque el cuartel por do salieron era el que guardaba el licenciado Carvajal y pensaba Gonzalo Pizarro y todos los suyos que estaba muy seguro en su poder; pero sabida por la mañana su huída, y la de Gabriel de Rojas y los demás, lo sintió como tenía razón, especialmente por haberle negado el licenciado Carvajal, sobre la cual hacía grandes imaginaciones, buscando cuál hubiese sido la causa de su disgusto y desabrimiento; pesábale de no haberle casado con doña Francisca Pizarro su sobrina, como alguna vez se había tratado, que le parecía le hubiera prendado con el parentesco para siempre. También imaginaba si se había agraviado, porque envió en su lugar al capitán Juan de Acosta, habiéndole nombrado a él para aquella jornada; y desto se quejó a Carvajal, culpándole que por su consejo y persuación había hecho aquel trueque y mala provisión. Carvajal respondió, que pues el licenciado había tenido atrevimiento a huirse en su presencia, donde si lo sintieran corría peligro su vida, que mucho mejor se fuera estando lejos dél y le hiciera mayor daño, llevándose trecientos hombres que le encomendaba. De la misma manera que se vinieron a vuesa señoría, cuando tuvieron necesidad dél, para que volviera por sus haciendas, vidas y honras, y como negaron a su emperador y persiguieron a su visorey hasta matarle, de esa misma manera, y los mismos que hicieron aquello, niegan y venden ahora a vuesa señoría, y se huyen dél porque no le han menester, que les han asegurado ya lo que tenían perdido; que estos tales, ni allá ni acá, no adoran otro ídolo, ni tienen otro rey sino al interés. A vuestra señoría han pagado como quien son, y a ellos les pagarán sus mismos hechos como lo merecen.

Esto dijo aquel maese de campo y yo vi el tiempo adelante cumplido su pronóstico en los más dellos y en casi todos, que muy pocos de los principales murieron de muerte natural, sino violenta, en los levantamientos que después hubo. La ida del licenciado Carvajal acabó de quitar el ánimo del todo a los de Gonzalo Pizarro, porque imaginaron que pues le negaba aquel caballero que tantas prendas había metido en aquella máquina, hasta cortar la cabeza del visorey Blasco Núñez Vela, debía de estar muy de quiebra el partido de Gonzalo Pizarro, y así determinaron irse muchos, como lo hicieron. Otro día caminando el ejército, se huyeron a escondidas todos los que pudieron y llegó a tanto la rotura y el atrevimiento, que a vista de todo el campo y del mismo Gonzalo Pizarro pusieron los piés a sus caballos dos soldados famosos, el uno llamado Pedro Villadan, y el otro Juan Lopez; iban dando voces apellidando la voz de su magestad, y que Gonzalo Pizarro muriese como tirano. Poco después hicieron lo mismo otros dos, el uno dellos llamado Francisco Guillada, y el otro Juan Paez de Soria; no quiso Gonzalo Pizarro enviar tras ellos, porque no habían de ir para volverlos aunque los alcanzasen, sino para irse con ellos. Temiendo esto, se dió priesa Gonzalo Pizarro a caminar por los llanos, la vía de Arequepa, y por el camino se le huían muchos infan-

tes arcabuceros dejando sus arcabuces, porque los de Pizarro se contentasen con las armas y no fuesen en pos dellos. Huyéronsele tantos, que como dice Agustín de Zárate, libro sexto, capítulo diez y siete, no llevaba más de doscientos hombres cuando llegó a la provincia de Nanasca, que está sesenta leguas de los Reyes. Francisco de Carvajal, como tan práctico capitán, recogía los arcabuces y cualesquiera otras armas, que los huídos dejaban para armar otros soldados si se le viniesen.

CAPITULO XV

LA CIUDAD DE LOS REYES ALZA BANDERA POR SU MAGESTAD. LORENZO DE ALDANA SALE A TIERRA, Y UN GRAN ALBOROTO QUE HUBO EN LOS REYES.

NO se contentó la mala fortuna con perseguir a Gonzalo Pizarro con tantos como se le huyeron de su ejército, que habiendo tenido pocos días antes mil hombres de guerra en la ciudad de los Reyes, no tuviera ahora más de doscientos, sino que ordenó que los que él había dejado en aquella ciudad por más amigos, y de quien más confianza tenía, así por las prendas que le habían dado, como por el parentesco que con él tenían, le negasen y se pasasen al bando del rey, que dos días después que Gonzalo Pizarro caminó hacia Arequepa, don Antonio de Ribera que había quedado en los Reyes por su teniente, y los alcaldes Martín Pizarro y Antonio de León y otros vecinos, que unos con achaques de vejez, y otros con achaque de enfermedad, fingiendo más de la que tenían, habían alcanzado licencia de Gonzalo Pizarro para quedarse, dando en precio y trueque de sus personas sus armas y caballos. Estos tan viejos y enfermos, viendo que ya el enemigo estaría doce o quince leguas de ellos, sacaron el estandarte de la ciudad en pública plaza, y recogiendo la gente que pudieron, alzaron la ciudad por su magestad, y pregonaron la provisión del presidente y el perdón general de todos.

En este paso, dice el Palentino, que se hizo este auto por orden de Gonzalo Pizarro, que así lo dejó mandado, porque no ganasen honra en haberse ido al rey los que a él se le habían huído, aunque él mismo lo contradice, diciendo, que no es de creer, sino que fué invención de alguna gente maliciosa; pero el hecho pasó así, que Gonzalo Pizarro lo mandó, y por eso dejó por su teniente a don Antonio de Ribera, a quien tanto amaba, así por el parentesco como por los servicios que al marqués don Francisco Pizarro, su hermano, y a él les había hecho, porque con alzar la ciudad por su magestad (después de él ido) gana-

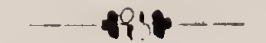
se honra y crédito con el presidente Gasca; porque bien sabía Gonzalo Pizarro que perdiéndolos él de vista, le habían de negar y hacer lo que hicieron como los demás sus capitanes y tenientes habían hecho en diversas partes del reino; y quiso que esto fuese por su orden aunque secreto, porque importaba a don Antonio de Ribera, y porque quedaba en su poder de sobrina doña Francisca Pizarro, hija del marqués don Francisco Pizarro.

Hecho este levantamiento de la ciudad, avisaron dello a Lorenzo de Aldana, el cual lo estimó y solemnizó con alegría increíble, porque no esperaba que los de aquella ciudad se redujeran tan presto, y así estaba metido buen trecho en la mar con todo buen recato, recogiendo todos los que se le iban, para lo cual tenía en la costa al capitán Juan Alonso Palomino, con cincuenta soldados en tierra, y los bateles a punto, para que él y ellos se recogiesen si lo hubiesen menester; porque temía que Gonzalo Pizarro había de revolver aquella ciudad sabiendo lo que en ella pasaba, y para saber con brevedad la venida de Pizarro si volviese, puso en el camino doce de a caballo de los que se le habían huído, que según andaba la sospecha eran tenidos por más fieles los que se le habían pasado por haber negado a Gonzalo Pizarro, que los que tenía consigo. Proveyó que el capitán Juan de Illanes fuese en una fragata la costa adelante al Sur, y donde pudiese echase en tierra un religioso y un soldado que consigo llevase para que diesen al capitán Diego Centeno los despachos del presidente y la relación de todo lo que en aquel imperio pasaba, y muchas cartas para personas particulares del bando de Diego Centeno, y otras para los hombres señalados que andaban en compañía de Juan de Acosta para que los indios la sembrasen por la tierra y llegasen a manos de aquellos a quien iban. Estas cartas hicieron mucho daño a Juan de Acosta como adelante veremos.

El capitán Lorenzo de Aldana, (que yo conocí, de quien adelante diremos algunas cosas suyas en particular) proveía dende la mar lo que se ha dicho sin osar saltar en tierra, porque según andaban turbados estos dos elementos, temía no hubiese alguno que se atreviese a matarle e irse a Gonzalo Pizarro; porque entre los muchos que hemos dicho que se fueron al rey, hubo algunos que de el bando del rey se fueron a Gonzalo Pizarro, que los historiadores nombran. Temía Lorenzo de Aldana que alguno de estos no presumiese acometer un hecho tan hazañoso como fuera matarle. Con este recelo se estuvo quedo en la mar, hasta que supo que Gonzalo Pizarro estaba ochenta leguas de la ciudad de los Reyes, que cuando él lo supo estaba ya más de ciento y diez. Entonces saltó en tierra con todos los suyos. Los de la ciudad , capitanes y soldados, aunque habían pocos, hasta los niños, salieron a recebirle con gran solemnidad. Dejó la armada a cargo del alcalde ordinario Juan Fernandez hechas las solemnidades que se requerían para entregársela. Entró en la ciudad donde procuró haber las armas y munición que pudiese para la guerra. En este tiem-

po le dieron nueva que Gonzalo Pizarro volvía sobre aquella ciudad; y aunque el hecho si lo miran bien era imposible para no hacer caso de la nueva, pero el miedo no les dió lugar a hacer conjeturas en su favor, sino que la creyeron y aún entendieron que estaba el enemigo cuatro leguas de allí; y viendo que no eran poderosos para resistirlos que no tenían caballos para huir por tierra, se fueron a la mar a guarecerse en los navíos; y los que tenían cabalgaduras se fueron a Trujillo por el camino real: otros, a quienes no dió el miedo tanto lugar, se dividieron y escondieron en lugares secretos, como en cañaverales y estancias, cada uno do mejor le parecía; y desta suerte anduvieron perdidos una noche y un día, hasta que tuvieron nueva cierta de que la pasada era falsa. Recogiéronse a la ciudad, los que no se habían alejado tanto della.

Agustín de Zárate dice, cómo salió Lorenzo de Aldana a tierra, a nueve de septiembre del año quinientos y cuarenta y siete, donde lo dejaremos por hablar de Juan de Acosta que seguía su camino por la sierra hacia el Cosco, con los trecientos soldados que llevaba, con maese de campo nombrado, y con alferez general, y con capitanes de arcabuceros y piqueros, como si fuera un ejército de treinta mil hombres.



CAPITULO XVI

AL CAPITAN JUAN DE ACOSTA SE LE HUYEN SUS CAPITANES Y SOLDADOS. GONZALO PIZARRO LLEGA A HUARINA: ENVIA UN RECAUDO A DIEGO CENTENO Y SU RESPUESTA.

YENDO cerca del Cosco Juan de Acosta y los suyos, tuvieron las nuevas de los malos sucesos de Gonzalo Pizarro, y de la mucha gente que se le había huído; y aunque Juan de Acosta procuró encubrir las nuevas no pudo, porque algunos de sus soldados habían recebido las cartas que por la tierra se habían sembrado, y sabían lo que pasaba, más no osaban comunicarlo unos con otros por no dar sospechas de sí. Más cuando ya se declaró la mala nueva por todos, el maese de campo Paez de Sotomayor y el capitan Martín de Olmos, que yo conocí, determinaron cada uno de por sí, matar a Juan de Acosta sin osarse declarar el uno al otro, hasta que por conjeturas vinieron a entenderse y lo trataron y dieron parte a algunos de sus soldados de confianza. Más no fué tan secreto que no lo sintiese Juan de Acosta, y se recatase dellos poniendo doblada guarda de sus amigos, para su persona.

De lo cual sospecharon mal los dos capitanes, y sabiendo que un día de aquellos estaba Juan de Acosta muy encerrado en su toldo hablando en secreto con el capitan Martín de Almendras y otro grande amigo suyo llamado Diego Gumiel, y temiendo que tratasen de matarlos acordaron huirse ellos ya que no podían matar a Juan de Acosta; y así, luego al punto, pasando la palabra en secreto de unos a otros, se apercibieron treinta hombres. y puestos a caballo con sus armas salieron del real a vista de todos, y caminaron hacia los Reyes.

Los principales destos fueron Paez de Sotomayor, y Martín de Olmos, y el alferez general Martín de Alarcón, Garcí Gutierrez de Escobar, Alonso Rengel, Hernando de Alvarado, Martín Monge, y Antonio de Avila y Gaspar de Toledo. Juan de Acosta los siguió, y alcanzó tres o cuatro dellos, y los mató, y viendo que era trabajo per-

dido el seguirles, volvió su camino y llegó al Cosco, donde quitó las varas a los alcaldes ordinarios que Diego Centeno había dejado, y puso otros de su mano.

Allí tuvo aviso de Gonzalo Pizarro que como mejor pudiese fuese hácia Arequepa a juntarse con él. Juan de Acosta salió del Cosco, y a doce leguas que había andado se le huyó una noche su capitán Martín de Almendras, de quien él hacía mucha confianza y llevó consigo treinta hombres de los mejores que tenía; el cual volvió al Cosco y siguió las varas de alcaldes ordinarios a los que Juan de Acosta dejó, como si importara aquello la victoria de toda aquella guerra. Con esto se vino hácia los Reyes, dejando bien admirado a Juan de Acosta de que un hombre como aquel negase a Gonzalo Pizarro, que le había tratado como a hijo por respeto de Francisco de Almendras su tío, que mató Diego Centeno. Juan de Acosta no osó seguir a Martín de Almendras porque no se fuesen todos los suyos tras él; antes siguió su camino a mayores jornadas que hasta allí había llevado, donde también se le huyeron muchos de dos y de tres en tres; de manera que cuando llegó a juntarse con Gonzalo Pizarro en Arequepa, no llevaba más de cien hombres, como lo dice el Palentino libro segundo, capítulo sesenta y ocho; y Zárate, libro sexto, capítulo diez y ocho. Allí consultaron lo que harían en defensa de sus vidas que ya no les quedaba otra cosa que perder; porque la honra ya la daban por perdida, pues los llamaban traidores contra su rey, y sus haciendas estaban en poder de sus enemigos.

Acordaron Pizarro y sus capitanes seguir su camino por do estaba el general Diego Centeno, porque no había otro para pasar donde pretendían ir, que era alguna entrada de las muchas que hay al oriente del Perú en aquellas bravas montañas que los indios llaman Anti. querían si pudiesen, ganar alguna provincia, donde acabar la vida si los dejasen; y cuando no pudiesen haber esto, pretendían pasar al reino de Chili, y ayudar a conquistar a aquellas naciones belicosas, imaginando que podría ser que por aquel servicio, viéndoles ya fuera del Perú les perdonasen los delitos pasados. Y cuando Diego Centeno no les dejase pasar, pretendían aventurarse a darle batalla, a vencer o morir, aunque sabía que le hacía ventaja en la gente de guerra que consigo tenía. Con esta determinación salió de Arequepa, y por sus jornadas llegó cerca de Huarina por do pasaba el camino para el viaje de las montañas.

El capitán Diego Centeno que supo la ida de Gonzalo Pizarro, dejó el sitio que tenía fortificado y quemó la puente del Desaguadero de la laguna Titicaca, porque el enemigo no se le fuese por ella; y por atajarle todos los pasos le salió al encuentro con determinación de darle batalla, porque fiaba según la mucha y buena gente que llevaba, de haber con facilidad la victoria.

Gonzalo Pizarro que temía venir a las manos por la ventaja que en su enemigo sentía, le envió un mensagero con una carta en que le

traía a la memoria la compañía y amistad antigua en la conquista del Collao y los Charcas, y los muchos beneficios que entonces y después le había hecho; particularmente en perdonarle la vida cuando mató a Gaspar Rodriguez y a Felipe Gutierrez, sabiendo por la lista de los confederados que era él uno de los principales; y que con todo eso le había perdonado contra el parecer de todos sus enemigos: que se acordase que habia sido uno de los primeros y principales procuradores de aquel reino, que le había nombrado por general procurador cuando lo hubieron menester, y después por gobernador, y que le había seguido hasta la ciudad de los Reyes y no lo había dejado hasta verlo nombrado gobernador del Perú. Que olvidado todo lo pasado se juntasen ambos y tratasen con maduro consejo de lo que les convenía, pues era en beneficio comun de todos ellos y de toda la tierra, que le haría todo el partido que quisiese cómo a propio hermano. Con esta carta envió un soldado, llamado Francisco Voso, marido de Juana Leyton, de quien atrás hicimos mención, que por ser persona muy allegada a Francisco de Carvajal lo eligieron por más confidente.

El cual como dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo segundo, dió la carta a Diego Centeno y se ofreció a servirle, y le avisó cómo Diego Alvarez su alferez se carteaba con Gonzalo Pizarro, al cual Diego Centeno dejó de castigar, porque ya en aquella sazón el mismo Diego Alvarez lo había descubierto a Diego Centeno diciendo, que lo había hecho por otros fines en provecho dellos: y Diego Centeno respondió a las cartas de Gonzalo Pizarro con gran comedimiento agradeciéndole los ofrecimientos y reconociendo las buenas obras que dél había recebido; y diciendo que pensaba satisfacerle de todas con aconsejarle y pedirle por merced considerase el estado de los negocios y la gran merced que su magestad les hacía a él y a todos en perdonar lo pasado, y que si quisiese venir a juntarse con él y reducirse al servicio de su magestad, le sería buen intercesor con el presidente, para que le hiciese los mejores y más honrados partidos que hubiese lugar sin que peligrase su persona ni hacienda, certificándole que si el negocio tocara a otro cualquiera que no fuera su magestad, ninguno mejor amigo ni ayudador hallara que en él. Otras cosas y cumplimientos de esta calidad dijo en su carta. Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

CAPITULO XVII

DIEGO CENTENO ESCRIBE AL PRESIDENTE CON EL PROPIO MENSAGERO DE PIZARRO. LA DESESPERACION QUE EN EL CAUSO. EL PRESIDENTE LLEGA A SAUSA, DONDE LE HALLO FRANCISCO VOSO.

DIEGO Centeno viendo el buen ánimo que Francisco Voso tenía de servir a su magestad, pues se le había ofrecido sin pedírselo, y le había descubierto un tan gran secreto como el de su alferez, le pareció fiar dél un mensaje que deseaba hacer al presidente, y así escribió luego una carta larga, dándole cuenta de todo lo hasta allí sucedido, y como tenía atajado a Gonzalo Pizarro para que no se pudiese ir por parte alguna. Dijo la gente que tenía de pie y de caballo, y la poca que Gonzalo Pizarro traía, y que esperaba no se le iría de las manos. Así mesmo le dió cuenta del recaudo que Francisco Voso llevó, y le envió la propia carta de Gonzalo Pizarro, para que fuese testigo abonado de todo lo que le decía. Dió cuenta Diego Centeno a Francisco Voso de lo que respondía a Gonzalo Pizarro, y le dijo que fiaba dél aquel recaudo para que lo llevase al presidente; y porque no le faltase en qué ir, le dió mil pesos en oro, y le dijo: que en llegando al real de Gonzalo Pizarro, y habiéndole dado su respuesta la relación de todo lo que Gonzalo Pizarro le pidiese, comprase luego de secreto la mejor mula o macho que en todo el real se hallase, y a toda diligencia fuese en busca del presidente, donde quiera que estuviese, y le diese aquel despacho y la razón de todo lo que en el un ejército y en el otro había, pues lo sabía bien , y para que lo pudiese certificar Diego Centeno, le dió cuenta de la gente y armas que consigo tenía; y porque no faltase el premio al oficio de espía doble, le dió una cédula firmada de su nombre, por la cual en nombre de su magestad, le hacía merced de un repartimiento, aunque pequeño de indios, que en el distrito de Arequepa había vacos. Sobre lo cual también escribió al presidente, suplicándole confirmase la cédula, porque el ánimo y servicio de Francisco Voso lo merecía.

Francisco Voso volvió a Gonzalo Pizarro, el cual sabiendo que iba cerca, envió a Francisco de Carvajal, su maese de campo, para que le examinase y sacase de raiz todo lo que Diego Centeno y él habían hablado y tratado, confiando que Francisco Voso, como a su patrón, no negaría nada a Francisco de Carvajal; el cual le preguntó y repreguntó todo lo que le convenía saber, y Francisco Voso le respondió muy cumplidamente, y dió cuenta muy por menudo de los capitanes de pie y de caballo, y del número de soldados, y le dijo: que Diego Centeno le había dicho todo aquello, hasta decir lo que en su carta le respondía a Gonzalo Pizarro, y como le sería muy buen padrino con el presidente, para que le perdonase la vida y la hacienda, y le hiciese toda buena comodidad si se redujese al rey.

Francisco de Carvajal habiendo oído esto, llevó a Francisco Voso ante Gonzalo Pizarro, y le refirió todo lo que le había dicho, el cual oyendo que Diego Centeno le ofrecía su padrinazgo y mercedes, dijo que no las quería recibir de quien las había recibido de mano de sus hermanos y de la suya; y por no ver en la carta alguna otra razón semejante, no quiso leerla, antes como hombre desesperado de todo partido, la mandó quemar en público, porque no se tratase de concierto alguno, y apercibió a Francisco Voso que dijese, que Diego Centeno traía no más de setecientos hombres, porque los suyos no se desanimasen sabiendo tenía mil y docientos.

Francisco Voso habiendo cumplido con su buen despacho y mensajería, aquel mismo día compró por medio de un amigo suyo, sin descubrirle el secreto para qué era, una mula por ochocientos pesos, y la noche siguiente se fué en ella y amaneció doce leguas del real en busca del presidente, sin ir a Arequepa donde tenía su muger e hijos. Gonzalo Pizarro se admiró grandemente cuando supo su huida, y dijo a Francisco de Carvajal aparte: que no sabía qué era la causa de que más aína le negasen aquellos de quien él más confiaba por las prendas que con él habían metido en aquel hecho, pues Francisco Voso siendo su criado le negaba. Carvajal le dijo: que no se admirase, que de los flacos de ánimo era, viéndose culpados, desear con mayores ansias el perdón de sus delitos, que así lo habían hecho hasta entonces los que más de veras le habían seguido; y por el contrario le habían quedado los que menos prendas habían puesto, y que eso tenía este miserable mundo, que ninguno hacía honra a otro por méritos suyos, sino por su necesidad: y viéndose fuera della, negaba todos los beneficios recibidos.

Gonzalo Pizarro viendo por la huida de Franscisco Voso el trato doble que Diego Centeno le había hecho, se desdeñó de todo quejándose de su ventura, que los que más beneficios habían recibido dél le fuesen más ingratos; y así se apercibió para caminar y dar batalla a morir o vencer, porque ya no había para qué tratar más de partidos.

El presidente, que lo dejamos caminando de Trujillo para los Reyes, tenía nuevas por horas de lo que Gonzalo Pizarro hacía en

aquella ciudad, y como se le habían ido muchos de su compañía, pues como estos mismos fuesen a parar donde él estaba, y le diesen cuenta muy particular de todo, y supiese que Gonzalo Pizarro se había ido por la costa hácia Arequepa, envió a mandar a los capitanes que estaban en Cassamarca caminasen con la gente que tenían con buen orden y concierto hasta el valle de Sausa; porque fué informado que aquel sitio estaba en buen parage, así para proveerse de bastimentos, como para que acudiese la gente que hubiese por la comarca, y la que de Gonzalo Pizarro se le huyese. Proveído esto pasó adelante en su camino, y a pocas jornadas supo cuán perdido iba Gonzalo Pizarro, y que no llevaba más de docientos hombres, que eran los que no se le habían podido huir, y que Juan de Acosta iba asímismo roto y perdido, porque de trecientos soldados que sacó de los Reyes, se le habían huido los docientos con sus capitanes, y que la ciudad de los Reyes había tomado a voz del rey, y que Lorenzo de Aldana la tenía a buen recaudo con lo de la mar y sus navíos. Alentado y esforzado el presidente con estas nuevas, envió nuevos mensageros a su capitán general Pedro de Hinojosa con la relación dellas, mandándole que se diese priesa a llegar a Sausa, y él por no perder tiempo en su viage, no quiso entrar en la ciudad de los Reyes.

Tomó el camino de la sierra y fué a Sausa, donde halló sus capitanes, que le recibieron con gran fiesta y regocijo de verlo entre ellos. Allí paró el presidente muchos días haciendo provisión de bastimentos y de armas de todas suertes, y para forjarlas armó fraguas, buscó oficiales; en suma, hizo todas las diligencias que en tal caso pertenecen a un buen capitán, y sus ministros le ayudaban con toda prontitud y ánimo, porque el enemigo se destruyese del todo, porque no volviesen a caer en su poder los que le habían negado.

Estas buenas andanzas y prosperidades acrecentó Francisco Voso con las buenas nuevas que del ejército de Diego Centeno y con las malas que del de Gonzalo Pizarro significó al presidente, como testigo de vista del uno y del otro, con que echó el colmo al contento que todos tenían. Dióle las cartas de Diego Centeno, y la cédula de su repartimiento de indios, la cual confirmó luego el presidente, y fué desgraciado Francisco Voso, en que el repartimiento no fuese el mejor del Perú, que también se lo dieran, en albricias de las buenas nuevas que les llevó, con las cuales trataban los capitanes y ministros del ejército, de que no se juntase más gente ni que hubiese ejército, sino que se deshiciese, pues bastaba el de Diego Centeno para destruir y acabar a Gonzalo Pizarro. Dejarlos hemos en sus consultas y regocijos para contar la batalla cruel de Huarina, que pasó en aquellos mismos días.



CAPITULO XVIII

DETERMINA PIZARRO DAR BATALLA. ENVIA A JUAN DE ACOSTA A DAR UNA ARMA DE NOCHE. DIEGO CENTENO ARMA SU ESCUADRON, Y PIZARRO HACE LO MISMO.

LA ira y el desdén combatieron grandemente a Gonzalo Pizarro y a sus capitanes, de ver que tratándose de paces y amistades engañasen a su mensagero para que fuese espía doble contra su propio señor; de lo cual ciegos de enojo propusieron seguir su camino en demanda de una entrada; y si Diego Centeno se le pusiese delante para atajarle su viage, pelear con él hasta morir o vencer.

Esta determinación salió de la consulta que Pizarro tuvo con sus capitanes y maese de campo sobre la huída de Francisco Voso. Apercibieron sus armas, aunque no habían llevado descuido en ellas, e así caminaron hacia Huarina, y primero echaron fama que iban por otro camino por divertir a Diego Centeno, y para que lo creyese enviaron a Francisco de Espinosa para que apercibiese indios y bastimentos por aquella vía; más Diego Centeno tuvo noticia, por vía de los indios, del camino de Espinosa y del viage de Gonzalo Pizarro, porque los indios andaban muy solícitos en traerle nuevas de todo lo que Pizarro hacía, y esto era por orden y mandado de don Cristóbal Paullu Inca, de quien atrás hemos hecho larga mención.

Sabiendo Diego Centeno el camino que Gonzalo Pizarro llevaba, le salió al encuentro por atajarle, y llegaron tan cerca los unos con los otros, que los corredores se hablaron y se volvieron a los suyos a dar noticia de los contrarios. Diego Centeno que lo supo, mandó apercibir su gente y que velase toda la noche siguiente en escuadrón, porque temió no le diese Francisco de Carvajal alguna trasnochada, semejante a las muchas que en los alcances pasados le había dado, pero no se escusó de una arma que Juan de Acosta le dió a media noche con veinte arcabuceros, que puso en tan gran alboroto su real, que dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo segundo, que

muchos del escuadrón acudieron a los toldos, y otros de la gente de Valdivia huyeron dejando las picas, y que Juan de Acosta se volvió sin perder alguno de los suyos, y se entró en su real.

Hasta aquí es de Zárate. Lo que dice de gente de Valdivia es, que el capitán Pedro de Valdivia tuvo noticia en Chili de las alteraciones que en el Perú había: vino por la mar a verlas con algunos de los suyos, y llegando a la costa del Perú, supo la caída de Gonzalo Pizarro, y que el presidente Gasca estaba en Sausa para ir contra Pizarro, determinó de ir allá a servir a su magestad, y por ir más a la ligera echó su gente en tierra con orden de que se fuesen a juntar con Diego C nteno, y éstos son los que Zárate nombra.

Otro día siguiente a lo que se ha dicho, caminaron los de Diego Centeno y los de Gonzalo Pizarro hasta ponerse a vista unos de otros donde formaron sus escuadrones. Diego Centeno que llevaba mil docientos y doce hombres, según Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y ochenta y dos, aunque Zárate dice que pocos menos de mil: y el Palentino dice que más de novecientos: yo siempre oí decir que eran mil y docientos, los docientos y sesenta de caballo, y ciento y cincuenta arcabuceros, y casi ochocientos piqueros. Toda la infantería de piqueros y arcabuceros puso en un escuadrón con sus mangas de arcabuceros a los lados, aunque por ser ellos tan pocos eran las mangas flacas.

Iban por capitanes de infantería Juan de Vargas, hermano de Garcilaso de la Vega, mi señor, y Francisco de Retamoso, y el capitán Negral, y el capitán Pantoja, y Diego Lopez de Zúñiga. Estos cinco capitanes y sus alfereces a sus lados siniestros, iban en la primera fila, delante del escuadrón más de veinte pasos.

Luego se seguían otras once hileras de la gente más lucida que había, que iban por vanguardia del escuadrón. En pos destos iban los abanderados, sus banderas en las manos: luego se seguía la demás gente por su orden, arcabuceros entre piqueros

A la mano derecha de su escuadrón de infantería puso Diego Centeno tres compañías de caballos, cuyos capitanes fueron Pedro de los Rios, natural de Córdova, de la muy noble sangre que deste apellido hay en esta ciudad, y Antonio de Ulloa, natural de Cáceres, caballero nobilísimo: con ellos iba Diego Alvarez, natural de Almendral, alferez general del estandarte real. Diego Centeno por estar enfermo no entró en el escuadrón ni se halló en la batalla; estaba en unas andas a la mira. En este escuadrón iban ciento y sesenta de caballo con orden de chocar con el escuadrón de infantería de Gonzalo Pizarro por el lado izquierdo. A la mano izquierda del escuadrón de la infantería formó Diego Centeno otro escuadrón de noventa y siete caballos de la gente de Arequepa y de la gente de la villa de la Plata, cuyos capitanes eran Alonso de Mendoza, y Gerónimo de Villegas: con ellos iba el maese de campo Luis de Ribera, y por sargento mayor de este ejército iba un caballero llamado Luis García de San Mamés.

De la otra parte formó su escuadrón el maese de campo Francisco de Carvajal, flor de la milicia del Perú, si se empleara en el servicio de su rey, que esto solo le desdoró y fué causa de que los historiadores escribiesen tanto mal dél: hombre tan esperimentado en la guerra y tan diestro en ella, que sabía a cuantos lances había de dar mate a su contrario, como lo sabe un gran jugador de ajedrez que juega con un principiante. Con su esperiencia formó su escuadrón en un llano muy llano: llevaba cuatrocientos hombres, antes menos que más, aunque los historiadores dicen que cerca de quinientos, habiendo dicho poco antes que cuando Gonzalo Pizarro llegó a Arequepa no llevaba más de docientos hombres, y que Juan de Acosta no llevaba más de ciento cuando se juntó con él.

Lo cierto es, que metió en esta batalla cerca de cuatrocientos hombres, los ochenta y cinco de caballo, y los sesenta piqueros, y los docientos y cincuenta arcabuceros; pero los autores aumentan la gente de Pizarro y disminuyen la contraria, por no dar tanta gloria a Francisco de Carvajal, que con tan pocos venciese a tantos, ni tanta ignominia a Diego Centeno que fuese vencido de tan pocos; pero no alcanzaron el secreto ni la causa de la victoria del uno, ni del daño del otro, que luego diremos.

Formó un escuadrón pequeño de sus pocos infantes en un llano limpio y raso de todo impedimento que estorbase sus arcabuces: iban por capitanes dellos el capitán Diego Guillen y Juan de la Torre, y el mismo Francisco de Carvajal, que tenía una muy lucida compañía de arcabuceros; y Juan de Acosta, aunque era capitán de caballos, que aquel día trocó los suyos por los del capitán bachiller Guevara, que por estar cojo no pudo pelear a pie sino a caballo. Estos cuatro eran capitanes de arcabuceros, y Hernando Bachicao era capitán de los sesenta piqueros: formó sus mangas de arcabuceros a un lado y a otro del escuadrón.

Por capitanes de caballo iban el mismo Gonzalo Pizarro armado de una muy buena cota, y sobre ella unas coracinas de terciopelo verde que yo le conocí y sobre las armas llevaba una ropilla de terciopelo carmesí acuchillada: iban a sus lados el licenciado Cepeda, que era capitán de caballos, y el bachiller Guevara.

Este escuadrón de caballos mandó el maese de campo Francisco de Carvajal que se pusiese al lado derecho de su escuadrón de infantería, no por derecho sino atrás del escuadrón más de cincuenta pasos, porque quería tener desembarazado el sitio de los lados y delantera de su escuadrón para jugar libremente de su arcabucería, porque en ella tenía la confianza de su victoria.

Iba armado Carvajal como hombre de caballo con cota y coracinas y una celada que llaman borgoñona, con visera calada barnizada con el barniz negro que solían dar a las guarniciones de las espadas. Sobre las armas llevaba una ropilla de paño verde muy astrosa; iba en un rocin común, de los caballos desechados, parecía un soldado

muy pobre; quiso ir desconocido. Desta manera andaba ordenando su escuadrón, acudiendo a los lados y a la frente muy a menudo para ponerle en orden y mandar lo que conviniese.

Así estuvieron formados ambos escuadrones más de seiscientos pasos en medio el uno del otro. Los de Diego Centeno imaginaban por tan suya la victoria, que muchos dellos, cuando salieron del real para ponerse en escuadrón, mandaron a sus indios de servicio, que tuviesen aderezada la comida con doblada ración que la ordinaria, porque decían que habían de traer a sus amigos los vencidos a comer con ellos.

Los indios en contra desta vana esperanza les decían a sus amos: señor, mira, dónde quieres que llevemos este hato, antes que se lo lleven los enemigos, porque aquellos pocos te han de vencer; y decíanlo con tanto ahinco y tan certificado, que algunos españoles con el enojo de oírselo estuvieron por poner las manos en ellos, y así renegando con ellos se fueron a poner en su escuadrón: uno de ellos fué Martin de Arbierto, que yendo hablando con un amigo suyo sobre este mal prodigio, llegó a ellos Gonzalo Silvestre, que le certificó le habían dicho lo mismo sus indios, y habiendo dado pocos pasos adelante, vieron venir a Juan Julio de Ojeda, vecino del Cosco, y de los primeros conquistadores del Perú, que venía dando voces diciendo: voto a tal que he estado por matar mis indios, porque me han dicho que hemos de ser hoy vencidos. Estos perros no sé como lo pueden saber, sino es que como hechiceros hablen con los diablos. A este punto llegó otro vecino del Cosco que se llamaba fulano Carrera, diciendo lo mismo. Por otro cabo venía otro soldado principal con lo propio, de manera que fueron seis o siete los que trujeron el mal pronóstico de sus indios y renegando de ellos se pusieron en el escuadrón de caballos que iba a mano izquierda de su escuadrón de infantería



CAPITULO XIX

LA BATALLA DE HUARINA Y EL ARDID DE GUERRA DEL MAESE DE CAMPO CARVAJAL, Y LOS SUCESOS PARTICULARES DE GONZALO PIZARRO Y DE OTROS FAMOSOS CABALLEROS.

LOS dos escuadrones estuvieron buen espacio de tiempo mirándose el uno al otro sin hacer movimiento alguno. Entonces envió Gonzalo Pizarro un capellán suyo llamado el P. Herrera a requerir a Diego Centeno que le dejase pasar y no le necesitase a dar batalla; y cuando no le concediese esto, le protestase todo el daño y muertes que della sucediesen. El capellan fué con un crucifijo en la mano; pero no le dejaron llegar, sospechando que iba a reconocer el orden, que Diego Centeno tenía en su escuadrón. El obispo del Cosco y Diego Centeno que estaban juntos enviaron por él; y habiéndole oído, le mandaron prender y llevar a la tienda del obispo.

El escuadrón de Diego Centeno sabiendo los requerimientos del clérigo, teniendo la victoria por suya, quiso ganar honra en ser el primero en acometer al contrario; y así salió de su puesto marchando para el enemigo: y habiendo andado más de cien pasos hicieron alto. Francisco de Carvajal que le convenía estarse quedo, y deseaba que llegasen los enemigos a él, por incitarlos a que le acometiesen, envió a Juan de Acosta con treinta arcabuceros a que trabase escaramuza con ellos, y que siempre fingiese retraerse porque los enemigos viniesen en pos dél. De la otra parte salieron otros tantos arcabuceros y escaramuzaron unos con otros aunque sin daño alguno, porque no alcanzaban las pelotas por la mucha distancia que había en medio.

Francisco de Carvajal (como lo dicen los historiadores, particularmente Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo tercero, por estas palabras) viendo que el campo de Diego Centeno estaba parado pretendió sacarle de paso: mandó que su gente marchase diez pasos adelante con gran espacio. Lo cual viéndolos Diego Centeno hubo alguno de ellos que dijeron que ganaban con ellos honra sus enemigos.

y comenzaron todos a marchar, y el campo de Gonzalo Pizarro se paró, y viendo venir los contrarios, el capitán Carvajal mandó disparar algunos pocos arcabuces para provocar al enemigo que disparase de golpe como lo hizo; y la infantería de Centeno comenzó a marchar a paso largo caladas las picas y a disparar segunda vez los arcabuceros sin hacer ningún daño, porque había trecientos pasos de distancia. Carvajal no permitió que ningun arcabuz suyo disparase hasta que tuvo los contraríos poco más de cien pasos de sí, que mandó disparar la arcabucería, y los arcabuceros, que eran muchos y muy diestros, de la primera rociada mataron más de ciento y cincuenta hombres, y entre ellos dos capitanes; de suerte que se comenzó a abrir el escuadrón: y de la segunda vez se desbarató de todo punto, y comenzaron a huir sin orden.

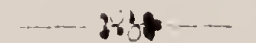
Hasta aquí es de Zárate, escrito en suma el principio y el medio y casi todo el fin de aquella batalla, y lo mismo sin discrepar nada en el hecho, dicen Gomara y el Palentino. Yo pasaré adelante con lo propio que ellos escriben, y diré particularidades que en aquella batalla pasaron. que las oí a los de un bando y del otro. La instancia que Carvajal hizo para que sus enemigos le acometiesen, estándose él a pie quedo, y la razón que para ello tuvo, fué porque sus arcabuceros, aunque no eran más de docientos y cincuenta, tenían consigo más de seiscientos y casi setecientos hombres. Que Carvajal como tan diestro y prudente en la guerra prevenía lo que había menester para sus necesidades mucho antes que le sucediesen; porque como atrás apuntamos recogió y guardó con mucho cuidado las armas de los que se le huían, principalmente los arcabuces; siete u ocho días antes de la batalla los mandó aderezar con todo cuidado, y los repartió por sus soldados. que casi todos llevaron a tres arcabuces, y algunos hubo que llevaron cuatro; y porque no podían caminar yendo cargados con tres y cuatro arcabuces, ni usar dellos llevándolos a cuestas, hizo los ardides que supo para que el enemigo viniese a él y no él al enemigo. Y porque se vea la destreza deste hombre, mezclada con gracia y donaire en todo cuanto hacía y decía, diremos en particular dos dichos que dijo aquellos mismos días.

El uno fué, que dos días antes de la batalla fué a él un famoso soldado de los suyos y le dijo: mande vuesa merced darme un poco de plomo para hacer pelotas, que no las tengo para el día de la batalla. No puedo creer dijo Carvajal que un soldado tan principal como vuesa merced esté sin pelotas viendo los enemigos tan cerca. El soldado replicó: cierto, señor, que no las tengo. Carvajal respondió: vuesa merced me ha de perdonar y dar licencia para que no lo crea, porque para mí es imposible que vuesa merced esté sin ellas. El soldado viéndose tan apretado dijo: a fe de buen soldado, señor, que no tengo más de tres. Carvajal dijo: bien decía yo, que siendo vuesa merced quien es no había de estar sin pelotas. Suplico a vuesa merced que de esas tres me preste la una que le sobra para dársela a otro que no tenga

ninguna; y con la una de las dos que le quedan mate hoy un pájaro, y el día de la batalla matase con la otra un hombre, y no tire más tiro. Dijo esto Francisco de Carvajal dando a entender, que si cada uno de sus arcabuceros matase un hombre tendría cierta la victoria. Mas no por eso dejó de proveer muy largamente a aquel soldado, y a todos los demás de lo que hubiesen menester de pólvora y pelotas, y otras armas. y con estos donaires trataba con sus más familiares, y para sus enemigos tenía otras gracias muy pesadas.

El segundo dicho fué una plática breve que hizo a sus arcabuceros cuando vió cerca sus enemigos, persuadiéndoles que tirasen de la cinta abajo y no a la cabeza ni a los pechos. Díjoles: mirad señores, que la pelota que pasa por alto, aunque no sea sino dos dedos por cima del enemigo va perdida y no es de provecho; y la que va por bajo aunque de diez pasos antes del contrario, le ofende no solamente la pelota pero todo cuanto consigo lleva por delante. Demás desto hacéis otra ganancia en herir a vuestro enemigo en los muslos y piernas, porque por maravilla hombre herido de arcabuz en ellas, puede tenerse en pie, sino que se cae luego, que es lo que nos conviene; y el que acierta a herirse en los brazos o en el cuerpo, si no es la herida mortal, todavía se tiene en pie. Con este documento mandó disparar sus arcabuces cuando vió los enemigos a cien pasos, como dice Zárate; y fué tan grande, tan cruel y terrible la rociada de pelotas que les echaron, que en la primera hilera de los capitanes y alfereces, y en las once hileras que antes de las banderas iban de la gente escogida del ejército, no quedaron diez hombres en pie, que todos cayeron muertos o heridos, que fué una gran lástima. También hicieron daño en el escuadrón de caballos, en que iban por capitanes Alonso de Mendoza y Gerónimo de Villegas que derribaron diez o doce caballeros, y uno de ellos fué fulano Carrera que atrás nombramos. El maese de campo Luis de Ribera, viendo que si los caballeros iban poco a poco los matarían todos antes que llegasen a los enemigos, mandó que aquel escuadrón de caballos arremetiese y chocase con los caballos de Gonzalo Pizarro. El cual aunque vió venir sus contrarios, se estuvo quedo, que no salió a ellos, porque tenía orden de su maese de campo que así lo hiciese, porque diese lugar a que sus arcabuces ofendiesen a sus enemigos antes que llegasen a encontrarle. Pero cuando vió que los caballos de Diego Centeno habían pasado del derecho de su escuadrón de infantería, salió como treinta pasos a recibirle el encuentro. Los de Diego Centeno como iban con la pujanza de una carrera larga llevaron a los de Gonzalo Pizarro de encuentro y los atropellaron como si fueran ovejas. y cayeron caballos y caballeros (como lo dicen los historiadores, y yo con ellos) sin quedar diez hombres en los caballos. Uno dellos fué Gonzalo Pizarro: el cual viéndose solo se fué a guarecer a su escuadrón de infantería. Tres caballeros famosos que le conocieron fueron sobre él para matarle o rendirle. El uno se llamaba Francisco de Ulloa, y el otro Miguel de Vergara, y el otro Gonzalo

Silvestre. Este cayó al lado derecho de Gonzalo Pizarro, y Miguel de Vergara al lado izquierdo, y Francisco de Ulloa iba al lado de Miguel de Vergara. Los dos que iban más cerca de Gonzalo Pizarro le iban dando grandes estocadas por los costados; más como iba bien armado no le ofendieron. El Miguel de Vergara iba dando grandes voces diciendo: mío es el traidor de Pizarro; mío es el traidor de Pizarro. Desta manera iban todos cuatro corriendo al escuadrón de infantería. El caballo de Gonzalo Silvestre era el que más ofendía a Gonzalo Pizarro; porque con la priesa que su dueño le daba llevaba la barba puesta sobre la cadera del caballo de Gonzalo Pizarro y no le dejaba correr; y como él lo sintiese, volvió el cuerpo con una hacha de armas de asta corta que llevaba colgada de la muñeca de la mano derecha; y con ella dió tres golpes al caballo, los dos fueron en los hocicos, que se los cortó hasta los dientes por el un lado y el otro de las ventanas, y el terecro fué encima de la cuenca del ojo derecho y le rompió el casco aunque no le quebró el ojo; y esto iba haciendo Gonzalo Pizarro con un desenfado y una desenvoltura como si fuese en un juego de cañas. Así se lo oí al mismo Gonzalo Silvestre que contaba muchas veces este paso de aquella batalla, y sin el a otros muchos de los que se hallaron en ella Desta manera llegaron todos cuatro al escuadrón de la infantería. (10)



(10) Relación anónima cit c. LXIV; El Palentino ob. cit. parte I. lib. II c. LXXIX; Pedro Pizarro. *Relación* COL URTEAGA-ROMERO págs. 168 a 170 Ed. Lima. 1918, Zárate. Ob cit lib. VIII c. III; Herrera ob cit. Déc. CIII lib. IV c. II; Gomara c CLXXXI. Montesinos *Anales* año 1597; Gutiérrez de Santa Clara ob. cit. t IV.

CAPITULO XX

PROSIGUE LA CRUEL BATALLA DE HUARINA. HECHOS PARTICULARES QUE SUCEDIERON EN ELLA, Y LA VICTORIA POR GONZALO PIZARRO

LOS de Pizarro conociéndole, alzaron las picas para recibirle: a este punto viendo Gonzalo Silvestre que no le había ofendido con las muchas estocadas que en el costado le había dado, bajó la mano y dió de punta una herida al caballo en el cuadril derecho, más fué tan pequeña que no fué nada; tanto que después ya en sana paz hablándose de aquella herida, no osaba el mesmo que la dió decir que él la había dado, porque no dijesen que había sido tan ruin el brazo como la herida. Los de Gonzalo Pizarro habiéndole recebido en su escuadrón, salieron a matar a los que le seguían: dieron dos picazos en el rostro al caballo de Gonzalo Silvestre que le hicieron enarbolarse: a este punto le dieron otro picazo que le atravesaron ambos brazos por los molledos. El caballo por huir de sus enemigos revolvió sobre los pies, y con la fuerza del revolver quebró la pica que tenía atravesada en los brazos, y salieron él y su dueño de aquel peligro no con más daño del que se ha dicho. A Miguel de Vergara, le fué peor, porque con el cebo que llevaba de pensar que era suyo el traidor de Pizarro, como él lo decía, se entró con él tres o cuatro hileras dentro en el escuadrón, donde lo hicieron pedazos a él y a su caballo.

Francisco de Ulloa no libró mejor, porque al tiempo que revolvía su caballo para huirse, salió del escuadrón un arcabucero que puso la boca del arcabuz en el riñón izquierdo de Ulloa, y allí lo disparó y lo pasó de una parte a otra: a este punto o todo junto, sucedió que otro soldado dió una cuchillada al caballo de Francisco de Ulloa, y lo desjarretó de ambas piernas por encima de los corvejones, y era tan bueno el caballo de color rucio (todas estas particularidades oí hasta los colores de los caballos), que así como estaba herido salió con su dueño encima más de cincuenta pasos de donde lo hirieron, y allá fuera cayeron ambos muertos. Esto fué el encuentro de los caballos

de Diego Centeno y Gonzalo Pizarro, que fué tan cruel, que otro día después de la batalla se contaron ciento y siete caballos muertos en el espacio donde fué el encuentro, que de ciento y ochenta y dos que eran de la una parte y otra, quedaron muertos los ciento y siete en poco más espacio que dos hanegas de tierra, sin los que fueron a caer más lejos: y fué mi padre el que los contó; y por ser el caso tan bravo y cruel, cuando la primera vez se habló del no lo querían creer los circunstantes hasta que dijo el que lo contaba, que Garcilaso de la Vega era el que había contado los caballos muertos· entonces lo creyeron con grande admiración de caso tan estraño.

Los caballeros de Diego Centeno viendo encerrado a Gonzalo Pizarro en su escuadrón de infantería, revolvieron sobre los pocos caballeros que habían quedado suyos, y los mataron casi todos, y cantaron victoria por sí. Uno de los muertos fué el capitán Pedro de Fuentes que fué teniente de Gonzalo Pizarro en Arequepa: dióle otro caballero con una porrra de las que los indios tenían en su milicia a dos manos un golpe encima de la celda, tan bravo que el pobre Pedro de Fuentes resurtió de la silla más de media vara de medir en alto, y cayó muerto en el suelo, con la cabeza hecha pedazos dentro en la celada, que el golpe se la abolló toda.

También maltrataron al capitán licenciado Cepeda, que lo tuvieron rendido y lo hirieron malamente en el rostro, que le dieron una cuchillada que le cruzó toda la cara por medio de las narices. Yo le ví después en el Cosco con la herida ya sana; pero traía sobre la señal un parche de tafetán negro de un dedo en ancho de una parte a otra del rostro. A este tiempo Hernando Bachicao, que era capitán de piqueros de Gonzalo Pizarro, oyendo cantar victoria a los de Centeno, disimuladamente con la revuelta grande que había, se pasó a los de Diego Centeno y hizo testigos de como se pasaba al servicio del rey. El otro escuadrón de caballos de Diego Centeno que estaba a la mano derecha de su escuadrón de infantería, cuyos capitanes eran Pedro de los Rios y Antonio de Ulloa, arremetió al escuadrón de la infantería de Gonzalo Pizarro para chocar con él por el lado izquierdo, como le fué mandado desde el principio de la batalla; pero los enemigos le enviaron tan buena rociada de pelotas, que mataron al capitán Pedro de los Rios y a otros muchos antes que llegasen a ellos: los que quedaron, torcieron su viage y no quisieron cerrar con el escuadrón por verlo tan fortalecido de picas y arcabuces, que como no había recebido daño de los enemigos, se estaba entero: pasaron por todo el lado izquierdo y por la retaguardia del escuadrón de Gonzalo Pizarro, donde recibieron mucho daño, porque por todas partes estaba aquel escuadroncillo guarnecido de «illapas», que como está dicho en lengua de indios significa relámpagos, truenos y rayos, que tales fueron aquellos arcabuces para el nobilísimo y hermoso ejército del general Diego Centeno, que cierto iba en él la mayor parte de los caballeros y de los caballos buenos que en aquel tiempo había en el Perú, y casi todos

perecieron en aquella desdichada y cruel batalla. Gonzalo Pizarro quiso salir de su escuadrón a pelear con los de a caballo y hacer lo que pudiese hasta morir. Carvajal que lo entendió le dijo: estése vuesa señoría quedo, que no le conviene hacer eso, déjeme a mí solo que yo le daré sus enemigos vencidos, huídos y muertos que ya falta poco. Los caballeros de Diego Centeno se juntaron todos habiendo pasado los unos por el un lado del escuadrón de Gonzalo Pizarro y los otros por el otro; más no por eso se libraron, que Carvajal mandó a los de la retaguarda que les tirasen a toda priesa y así lo hicieron, y mataron muchos dellos, y les obligaron a que desamparasen el puesto y huyesen por los campos; y fué tan breve este reencuentro, que apenas acabaron de cantar la victoria los de Diego Centeno, cuando la cantaron los de Gonzalo Pizarro. Lo cual viendo Hernando Bachicao se volvió a su escuadrón haciendo muy del victorioso. Uno de los caballeros que iban huyendo, natural de Herrera de Alcántara. cuyo nombre ha borrado de la memoria el olvido, pasó por delante del escuadrón de Gonzalo Pizarro, donde acertó a estar Francisco de Carvajal encima de su cuartago, como lo habemos dicho. y sin conocerle. más de por hacer algo, le tiró una cuchillada yendo corriendo y le dió en la visera de la celada, y como el brazo fuese bueno y la espada también, entró buena pieza por ella: pero no alcanzó a herirle. El golpe y la señal que hizo fué tan notable, que se admiraron los que la vieron, y después de la batalla, ya en sana paz, mostró Carvajal a Gonzalo Pizarro la celada y le dijo: ¿qué le parece a vuesa señoría? ¡cuál me parara aquel caballero, si no yo tuviera esta defensa! De la infantería de Diego Centeno murió la tercia parte como atrás se ha dicho; otra tercia parte se desmandó oyendo cantar victoria a los suyos, a ver si podría saquear el real de Gonzalo Pizarro, y saquearon mucha parte dél, y fué causa de que con más facilidad se perdiese aquella batalla, porque olvidado el pelear, se ocupaban en tomar lo que hallaban. Otros pocos infantes que quedaron, que no pasaban de sesenta, llegaron a terciar las picas con los de Gonzalo Pizarro: entonces salió a pelear con ellos Juan de Acosta. Un soldado de Diego Centeno. que se decía fulano Guadramiros, que yo conocí, alto de cuerpo y bien dispuesto, aunque hombre pacífico, que no presumía de la soldadesca sino de la urbanidad, le dió un picazo en la gola, y echando la pica en ella, dió con él de espaldas tan gran golpe, que Juan de Acosta al dar en el suelo, levantó ambas piernas en alto. A este tiempo llegó un negro, que también conocí, que se decía fulano Guadalupe, y le dió una cuchillada en ambás piernas por las pantorrillas, que por ser el negro pequeño y ruinejo, y la espada del negro tan ruin como su amo, no se las cortó ambas, pero todavía le hirió en ellas aunque poco. Los de Pizarro arremetieron con los pocos de Centeno y los mataron casi todos. A Guadramiros y a Guadalupe guareció Juan de Acosta que no los matasen, poniéndose delante dellos, dando voces a los suyos diciendo, que aquellos merecían mucha honra y merced.

Como he dicho los conocí yo, y después en el Cosco ví a Guadalupe por soldado arcabucero en una de las compañías de Gonzalo Pizarro, lleno de plumas y galas, más ufano que un pavo real, porque todos le hacían honra por su buen ánimo. Perdonénseme estas particularidades que parecen niñerías, pero pasaron así, y por ser yo testigo de vista dellas las cuento.

CAPITULO XXI

LOS MUERTOS Y HERIDOS QUE DE AMBAS PARTES HUBO, Y OTROS SUCESOS PARTICULARES, Y DE LO QUE CARVAJAL PROVEYO DESPUES DE LA BATALLA.

EL lance de Guadramiros fué el postrero de aquella batalla, con que se acabó de reconocer la victoria por parte de Gonzalo Pizarro; murieron de su bando menos de cien hombres, los setenta y tantos fueron los de caballo, que de los infantes no murieron quince: quedaron heridos, como se ha dicho, el capitán Cepeda y Juan de Acosta, y el capitán Diego Guillén. De parte de Diego Centeno murieron en la batalla más de trecientos y cincuenta, y entre ellos el maese de campo y todos los capitanes de infantería y sus alfereces. y la gente más lucida que en ella iba, y Pedro de los Rios, capitán de caballos, y el alférez general Diego Álvarez: todos estos quedaron muertos en el campo. Salieron otros trecientos y cincuenta, de los cuales murieron más de ciento y cincuenta por el mal recaudo que había de cirujanos, medicinas y regalos, y por ser la tierra tan fria, como lo es siempre en aquella región con ser la Tórrida Zona. Gonzalo Pizarro salió a seguir el alcance con otros siete u ocho que iban con él en caballos estropeados: fueron a los toldos de Diego Centeno más por mostrar que habían vencido, que por no seguir el alcance, ni ofender a los huídos, que como dice Gomara, capítulo ciento y ochenta y dos, quedaron tan deshechos que no siguieron el alcance los vencedores A un lado de la batalla, en aquel gran llano, había una cienegueta larga y angosta, de treinta o cuarenta pasos de ancho y baja, que apenas hundían los caballos los cascos. Antes que llegasen a la ciénaga, uno de los de Pizarro dijo a otro de los de Centeno (que iba entre ellos todo cubierto de sangre, él y su caballo): caballero, ése caballo caerá presto; de que pesó mucho al de Centeno, porque deseaba salir de entre sus enemigos, y tenía la esperanza en su caballo que era muy bueno,

Este era Gonzalo Silvestre de quien otras veces hemos hecho mención, y me contó este paso sin otros desta batalla: díjome que en aquel paso volvió el rostro a mano izquierda, y que vió a Gonzalo Pizarro y a los suyos que iban en ala poco a poco hácia los toldos de Centeno, y que Gonzalo Pizarro iba santiguándose, y diciendo a voz alta: Jesus que victoria; Jesus que victoria, repitiéndolo muchas veces. Poco antes que entrasen en la ciénaga, se llegó a Gonzalo Silvestre un soldado de Pizarro, que se decía Gonzalo de los Nidos, a quien el Silvestre, en la batalla había rendido, y porque le pidió misericordia no le había hecho mal ninguno, sino dejádolo ir libre. Conociendo ahora que Gonzalo Silvestre era de sus contrarios, a grandes voces dijo: muera este traidor, muera este traidor, que es de los traidores. El Silvestre volvió a él y le dijo: caballero, dejadme por amor de Dios que, según vamos heridos, mi caballo y yo, presto moriremos sin que vos nos matéis. No, voto a tal, dijo el otro, sino que habéis de morir a mis manos. Gonzalo Silvestre le miró, y reconociendo que era el que había rendido en la batalla, le dijo: cortesía, caballero, que poco ha que la usé con vos. Entonces alzando más la voz dijo el Nidos: vos sois el bellaco? Voto a tal que por el mismo caso os he de matar, y sacaros el corazón y echárselo a los perros. Gonzalo Silvestre me decía en este paso, que si como aquel soldado le hablaba tan mal le hablara por otro término, se le rindiera, por lo que el otro le había dicho, que caería presto su caballo; pero que de verle tan descortés, tan ingrato y desconocido, se había indignado a no rendirse si su caballo le ayudase. Las razones dichas pasaron entre ellos mientras pasaban la ciénaga, que por el atollar de los caballos no llegaron a las manos: salidos della, Gonzalo Silvestre tentó su caballo con las espuelas para ver como estaba: el caballo dió un brinco para adelante como si no tuviera mal ninguno y juntamente dió un bufido y una cabezada por alto y echó sobre su amo mucha sangre de las heridas que en el rostro llevaba; lo cual visto por Gonzalo Silvestre hizo que huía corriendo al galope, por sacar al otro de entre los suyos. El Nidos iba tras él dando voces: muera el traidor que huye! Cuando estuvieron buen trecho apartados de Gonzalo Pizarro, revolvió el Silvestre sobre él y le dió un cintarazo con un mal verdugo que llevaba, que había quitado a un negro en la batalla, por haber quebrado en ella dos espadas que llevaba, una ceñida y otra colgada al arzón, que desta manera entraban los buenos soldados en las batallas, en aquellos tiempos, con armas dobladas. No hirió al Gonzalo de los Nidos, pero envióla bien asombrado, que iba huyendo a los suyos pidiendo socorro y diciendo: que me matan!, que me matan!, porque el cobarde nunca tiene manos sino lengua. Gonzalo Pizarro viendo un hecho tan animoso, envió uno de los suyos que se decía Alonso de Herrera, a que por buenas palabras y buen comedimiento le trujese aquel soldado que deseaba hacerle honra por su buen esfuerzo. Alonso de Herrera fué a él, y por mucha priesa que daba a su caballo nunca lo pudo sacar del trote, porque iba

tal de heridas que poco después se cayó muerto. Iba dando voces y diciendo: caballero, volved acá, volved acá, que voto a tal, que os haga mas merced el gobernador mi señor en un día, que el rey en toda su vida. Gonzalo Silvestre aguijó su caballo sin curar de responderle. Este cuento oí a los que iban con Gonzalo Pizarro, y también se lo oí a Gonzalo Silvestre, y de relación de todos ellos lo escribo aquí.

Gonzalo Pizarro siguiendo el alcance de su victoria, no quiso llegar al real de Diego Centeno, porque sintió que sus soldados lo andaban saqueando a toda furia; volvióse al suyo que también lo habían saqueado los de Centeno, cuando pensaron tener la victoria por suya, que entonces tomaron muchos caballos, mulas y machos en que pudieron huirse. Francisco de Carvajal siguió por otra parte el alcance, no para matar españoles rendidos con porras que dos negros suyos llevaban, con que dice el Palentino capítulo ochenta, que mató más de ciento. Que cierto es cosa rigurosa, que quiera nadie adular y lisonjear con decir tanto mal de otro, no lo habiendo hecho, pues le basta al lisonjero decir bien del lisonjeado, aunque en él no lo haya. Carvajal no mató a nadie después de la batalla, contentóse con solo la victoria, que por haberla alcanzado él por su buena maña e industria (como fué notorio) quedó satisfecho por entonces y tan ufano de su hazaña, que se loaba de haber muerto el solo día de la batalla más de cien hombres, y pudiera decir que a todos los que murieron en ella, pues los mató su buen arte militar. Francisco Lopez de Gomara capítulo ciento y ochento y tres, glosa este dicho de aquel maese de campo diciendo: Francisco de Carvajal se alabó de haber muerto por su contentamiento el día de la batalla cien hombres, y entre ellos un fraile de misa: crueldad suya propia, si ya no lo decía por gloria de la victoria que se atribuía el vencimiento a sí, &c. Hasta aquí es de Gomara.

Francisco de Carvajal quedando con tanta honra, fama y gloria, dió antes en regalar y cariciar a sus enemigos, que en perseguirlos; porque luego otro día después de la batalla, sabiendo que habían quedado heridos algunos hombres principales de Diego Centeno, muy declarados servidores de su magestad, y que los suyos mismos por amistad los tenían escondidos en sus toldos, curándolos, dió en buscarlos con toda diligencia, y todos entendían que era para matarlos.

Halló ocho dellos: el uno fué Martín de Arbieto, natural de Viscaya, hombre noble y valiente, que atrás hemos hecho mención dél y la haremos adelante; el otro fué un caballero natural de Salamanca, llamado Juan de San Miguel; el otro fué otro caballero natural de Zafra, que había por nombre Francisco Maraver. Yo los conocí todos tres, y los otros cinco de cuyos nombres no me acuerdo. A todos los halló muy mal heridos, y a cada uno habló en particular, y entre otras caricias les dijo: que le pesaba mucho de verlos tan mal tratados, que les suplicaba mirasen por su salud y le pidiesen lo que para ellos hubiesen menester, que les prometía de acudirles como a propios

hermanos, y que cuando hubiesen cobrado la salud, si quisiesen irse, les empeñaba su fé y palabra, de darles licencia muy sin pesadumbre, y si quisiesen quedar con él, tendría cuenta con servirles toda su vida.

Sin esto que pasó en particular, mandó echar bando por todo el ejército, que todos los soldados de Diego Centeno que hubiesen quedado heridos, pidiesen lo que hubiesen menester, de medicinas y dineros, que se les proveería como a los mismos del gobernador su señor. Hizo esto Francisco de Carvajal por traer los soldados a su devoción, que bien sabía que tenían más fuerza los beneficios que el castigo y crueldades, las cuales usaba con sus enemigos declarados y con los que él llamaba tejedores.

CAPITULO XXII

GONZALO PIZARRO MANDA ENTERRAR LOS MUERTOS. ENVIA MINISTROS A DIVERSAS PARTES. LA HUIDA DE DIEGO CENTENO, Y SUCESOS PARTICULARES DE LOS VENCIDOS.

LUEGO que Gonzalo Pizarro volvió a su real, halló en él a mi padre y le pidió el caballo Salinillas, para que curasen el suyo de la pequeña herida que Gonzalo Silvestre le dió, porque lo tenía en mucho, y en el de mi padre dió vuelta al campo, y mandó recoger los muertos y heridos que en él había, que los más estaban despojados de los vestidos que tenían. Que los indios haciendo a toda ropa sin tener respeto a enemigos ni amigos, les habían despojado. Los muertos mandó enterrar en aquel llano en diez o doce hoyos que hicieron en el campo. A los capitanes y hombres nobles (que de la una parte y de la otra murieron) enterraron en el pueblo llamado Huarina, que estaba cerca de allí, por quien a esta batalla dijeron la de Huarina. Allí los enterraron en una iglesia que los indios tenían hecha, donde les enseñaban la doctrina cristiana cuando había lugar de oilla. Cuatro años después estando ya aquel imperio en paz, y habiéndose fundado el pueblo de españoles, que llaman la ciudad de la Paz, los llevaron a ella y los enterraron en la iglesia mayor, con mucha solemnidad de misas y sacrificios, que duraron muchos días, a cuyos gastos acudieron todos los caballeros del Perú, porque a todos les tocaban los difuntos, o por parentesco o por amistad. Habiendo cumplido Gonzalo Pizarro con los muertos y heridos, proveyó luego otro día ministros que fuesen a diversas partes a lo que les convenía para su empresa. Envió a Dionisio de Bobadilla a la villa de Plata, a recoger la que hallase, y la trujese para socorrer su gente. Diego de Carvajal, llamado el Galán, fué a la ciudad de Arequepa a lo mismo; y el capitán Juan de la Torre fué al Cosco. Todos tres llevaron cada treinta arcabuceros, y comisión para recoger la gente que hallasen y volver con ella donde Gonzalo Pizarro estuviese.

Diego Centeno que ha mucho que no hablamos dél, no estuvo para entrar en la batalla por su enfermedad, que como lo dicen los autores, estaba seis veces sangrando de dolor de costado. Viendo ahora que los suyos iban de caída se apeó de las andas en que estaba y subió en un caballo cerca de sí que tenía y con el temor de la muerte y amor de la vida, que es natural a todos, se puso en huida sin esperar al obispo; y por desmentir a Carvajal y a sus mañas y ardides de que tenía larga esperieneia, no quiso ir por camino real; que ni fué por el del Cosco ni por el de Arequepa, sino por esos desiertos, solo con un sacerdote que llamaban el Padre Viscaíno, y salió a la ciudad de los Reyes, sin que Carvajal ni alguno de los suyos supiese por dónde fué, sino que pareció encantamiento. Y aunque en el camino supo que el presidente Gasca estaba en el valle de Sausa, no quiso ir allá (contentóse con escribirle con el Padre Viscaíno), porque le era forzoso llegar a la ciudad de los Reyes, para adornarse de lo necesario conforme a la calidad de su persona y del ministerio que había ejercitado. Así lo dejaremos en los Reyes, por volver a Francisco de Carvajal, que fué corriendo el alcance, como dicen los autores, con deseo de toparse con don fray Juan Solano, obispo del Cosco, de quien andaba muy indignado: porque como él decía habiendo de estarse en su iglesia rogando a Dios por la paz de los cristianos, anduviese en el ejército de Diego Centeno, hecho maese de campo; más no pudiendo haberle, que no se sabe cómo le fuera con él, ahorcó a un hermano suyo, llamado fulano Jiménez, y a un fraile compañero del obispo, y pasó adelante camino de Arequepa, donde lo dejaremos por decir algo de los que huyeron de la batalla, para que por esto poco que dijéremos se vea lo que en otras partes pasaría, de duelos y mala ventura de los que iban huyendo heridos y maltratados, sin regalo, ni médico, ni medicinas, ni aún una choza en que abrigarse aquella noche del escesivo frío que en aquellos desiertos perpetuamente hace; que cierto solo imaginarlo causa horror.

Gonzalo Silvestre habiendo escapado de los de Gonzalo Pizarro fué a su toldo, y lo primero que pidió a sus indios fué el herramental del caballo, que entonces y muchos años después usaban caminar los españoles con aderezo de herrar sus caballos (si por los caminos se les desherrasen): llevaban unas talegas de cuero con docientos clavos y cuatro herraduras aderezadas, y un martillo y tenazas y pujavante; porque como los pueblos de los españoles están tan lejos unos de otros, que el más cercano está sesenta leguas del otro, y los caminos sean tan ásperos, conveníanles andar prevenidos por aquel menester (ahora me dicen que en cada venta hay recaudo, que los venteros españoles lo tienen), y que de aquel uso antiguo también se me pegó a mí algo, que yo sabía herrar y sangrar los caballos de casa de mi padre cuando se ofrecía caminar. Pidió Gonzalo Silvestre este recaudo, porque para caminar era el más necesario, luego pidió una capa de grana, que entonces se usaba mucho vestir la gente noble de

grana; con esto se fué dejando sus indios de servicio muy llorosos y quejosos de que no les hubiese querido creer, cuando le decían que habían de ser vencidos, por haber puesto en cobro la ropa. El los dejó sin hacer cuenta de nada, y por aquellos campos vió gente sin número, así españoles como indios, que iban huyendo sin saber dónde poder escapar, más de como la ventura los llevaba. Entre los cuales, a poco más de un cuarto de legua del real, alcanzó un español herido, que iba sobre un rocinejo de poca cuenta: y entre otras heridas, llevaba una encima del riñón derecho: iba caballero echado sobre el pescuezo del rocín, porque no podía ir enhiesto. Una india de su servicio iba con él a pie: llevaba la mano izquierda en la herida de su señor, y en la derecha un palillo, con que iba aguijando al rocin, y decía a su amo: esfuérzate, señor, a huir destos traidores, y no temas que yo te deje hasta verte sano. Gonzalo Silvestre pasó adelante, y alcanzó otros muchos con hartos duelos, que por ser este paso el más notable lo contamos. A poco más de tres leguas le anocheció, y él se apartó del camino o senda que llevaba y se fué a una hoya grande, donde había algunas matas y yerba verde, que su caballo pudiese comer, porque no llevaba cosa de comida ni para sí ni para su caballo. Allí se apeó y quitó el freno al caballo; el cual iba tan muerto de hambre que ni dejaba yerba ni mata que no royese, de que su dueño holgaba muy mucho, y se daba por contento de su ayuno con la cena del caballo. Dentro de dos horas habían llegado donde él estaba más de veinte españoles, dellos heridos y dellos bien sanos; con ellos vinieron más de otros veinte indios, que le fueron de mucho provecho, porque luego hicieron candela y partieron con los españoles de algún maíz que para sí traían Los heridos no sabían que hacer para curarse, sino dar gemidos de dolor de las llagas, que hombre hubo entre ellos, que entre él y su caballo tenían veinte y tres heridas, dellas grandes y dellas chicas. Proveyóles Dios en esta necesidad, que entre otros indios vieron venir uno cargado con una petaca que allá hacen de paja de forma de arca, que podemos llamarle baúl. Fueron a él entendiendo que traía algún regalo de comida u otra cosa de estima; y cuando abrieron la petaca la vieron llena de velas de sebo, que el indio debió de tomar del saco del real, aquel baúl, entendiendo que tenía alguna riqueza dentro; porque en aquellas petacas solían los españoles traer de camino y en las guerras, todo lo que tenían, porque son maneruelas para la carga que un indio suelle llevar. Los indios de servicio que los españoles tenían consigo, dijeron a sus amos: que se podían curar con aquel sebo, y ellos mismos lo derritieron en dos cascos de hierro que sus amos acertaron a llevar, y trujeron del estiércol del ganado de aquella tierra, que por aquellos campos había mucho, y hecho polvo lo mezclaban con el sebo, y así caliente cuanto se podía sufrir, lo echaban en las heridas, y las llenaban por hondas que estuviesen; y con lo mismo curaron sus caballos, y se consolaron con la merced que Dios les hizo de aquel remedio, que fué tal, que sin más cura ni otra medicina alguna,

sanaron los de aquella cuadrilla: y así lo contaban después por gran maravilla del Señor de las Misericordias Pasada la media noche se pusieron en camino, y se dividieron unos de otros, porque el enemigo no los siguiese sabiendo que iba cuadrilla de gente.

Dende a quince dias topó Gonzalo Silvestre el Español, que iba herido, y a su india con él. Estaba sano y bueno, en un poblezuelo de indios de quince o veinte casas, donde la india lo había llevado por ser de su parentela: y así le curaron todos y le regalaron como pareció. Estos sucesos pasaron en aquellos desiertos, de que tuve particular relación. Otros semejantes y mayores, como cada uno puede imaginar, pasarían en otras partes, de lo que no tuve noticia, y por tanto no las escribo; y con esto me conviene volver al sitio de la batalla a decir algo sobre lo que los tres autores describen de Garcilaso de la Vega, mi señor, que hizo en aquella batalla.



CAPITULO XXIII

EL AUTOR DA SATISFACION DE LO QUE HA DICHO, Y EN RECOMPENSA DE QUE NO LE CREAN, SE JACTA DE LO QUE LOS HISTORIADORES DICEN DE SU PADRE.

FRANCISCO Lopez de Gomara, capítulo ciento y ochenta y dos, contando la batalla de Huarina, y habiendo dicho los muertos y heridos que hubo, dice: Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo, &c.

Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo tercero, contando la misma batalla, dice: viendo la gente de caballo el desbarate de la infantería, arremetieron con sus contrarios, en los cuales hicieron mucho daño y mataron el caballo a Gonzalo Pizarro, y a él derribaron en el suelo sin hacerle otro daño, &c. Diego Fernandez, vecino de Palencia, libro segundo, capítulo setenta y nueve, hablando de la misma batalla dice lo que se sigue.

Pedro de los Ríos y Antonio de Ulloa dieron por el otro lado, en los de caballo, sin dar en la gente de pie como se les había mandado; y fué de tal manera que casi derribaron toda la gente de Pizarro, que no quedaron diez en la silla, y como hombres que tenían por cierta la victoria, comenzaron a desbalijar los contrarios y rendirlos, y quitarles las armas. Fué en este encuentro derribado Gonzalo Pizarro, y Garcilaso (que había quedado en la silla) se apeó y le dió su caballo y le ayudó a subir: y el licenciado Cepeda estuvo rendido. Hernando Bachicao, creyendo estar por Diego Centeno la victoria, se huyó y pasó a la parte de Centeno, &c.

Todo esto dicen aquellos autores de mi padre. Yo he escrito de aquella batalla lo que realmente pasó: que tomar Gonzalo Pizarro el caballo de mi padre, no fué en el trance de la batalla, sino después della; pero no me espanto que los historiadores tuviesen otra relación, porque yo me acuerdo que algunos mestizos, condiscípulos míos de la escuela me decían, que habían oído decir de mi padre lo que Diego

Fernandez dice, que se apeó y le dió el caballo, y le ayudó a subir. Sobre lo cual para desengañar al vulgo hizo mi padre (después de la batalla de Sacsahuana) información ante la justicia con fiscal criado, y presentó veinte y dos testigos, todos de los de Diego Centeno, y ninguno de Pizarro, que dijeron que cuando Gonzalo Pizarro pidió el caballo a mi padre, en media legua a la redonda, ya no había hombre de los de Centeno con quien pelear, y que la herida del caballo de Pizarro, era tan pequeña que no dejara de pelear todo el día si fuera menester. También oí decir entonces, que le pasó a Gonzalo Plzarro, y a su caballo lo que dijimos que sucedió al caballo de Francisco de Ulloa, que lo dejarretaron por encima de los corvejones. Lo cual asimismo fué conseja; que aquel caballo de Gonzalo Pizarro murió veinte y dos leguas de donde se dió la batalla, que venía ya sano de la herida, pero flaco y debilitado por la mucha dieta que le habían dado; y aunque el albeitar había apercibido al caballerizo de Gonzalo Pizarro que se decía fulano Mescua, natural de Guadalajara, que yo conocí, que no dejasen hartar al caballo de agua simple porque se la daban con brebage de harina de maíz, y esa tasada. El caballerizo se descuidó de mandárselo al indio que lo llevaba de diestro, enmantado y muy arropado por el mucho frío que en aquella tierra perpetuamente hace, y el indio no sabiendo el aviso del albeitar, al pasar de un arroyo dejó al caballo hartarse de agua cuanta quiso· de suerte que un cuarto de legua de allí se cayó muerto pasmado; y todo esto se averiguó con la información dicha.

De manera, que no sin causa escribieron los historiadores lo que dicen, y yo escribo lo que fué, no por abonar a mi padre, ni por esperar mercedes, ni con pretensión de pedirlas, sino por decir verdad de lo que pasó. Porque deste delito, que aplican a Garcilaso, mi señor, yo tengo hecha la penitencia sin haber precedido culpa; porque pidiendo yo mercedes a su magestad por los servicios de mi padre, y por la restitución patrimonial de mi madre, que por haber muerto en breve tiempo la segunda vida de mi padre quedamos los demás hermanos desamparados, y viéndose en el Consejo real de las Indias las probanzas que de lo uno y de lo otro presenté, hallándose convencidos aquellos señores con mis probanzas, el licenciado Lope García de Castro (que después fué por presidente al Perú) estando en su tribunal me dijo· ¿qué merced queréis que os haga su magestad, habiendo hecho vuestro padre, con Gonzalo Pizarro, lo que hizo en la batalla de Huarina, y dádole aquella tan gran victoria? Y aunque yo repliqué que había sido testimonio falso que le habían levantado, me dijo tiénenlo escrito los historiadores, y ¿queréislo vos negar? Con esto me despidieron de aquellas pretensiones y cerraron las puertas a otras que después acá pudiera haber tenido por mis particulares servicios, que por la misericordia de Dios, y por el favor de los señores y caballeros que he tenido, particularmente por el de don Alonso Fernandez de Córdova y Figueroa, marqués de Priego, señor de la casa

de Aguilar, y por el de don Francisco de Córdova (que Dios tiene en su gloria), hijo segundo del gran don Martín de Córdova, conde de Alcaudete, señor de Montemayor, capitán general de Oran, he servido a la real magestad con cuatro conductas de capitan, las dos del rey don Felipe Segundo, de gloriosa memoria; y las otras dos del serenísimo príncipe don Juan de Austria, su hermano (que es en gloria), que me hicieron merced dellas mejorándome la una de la otra, como a porfía el uno del otro, no por hazañas que en su servicio hice, sino porque el príncipe reconoció en mí un ánimo y prontitud de darle contento con mi servir, de que dió cuenta a su hermano. Y con todo esto pudieron los disfavores pasados tanto, que no osé resucitar las pretensiones y esperanzas antiguas nis las modernas. También lo causó escapar yo de la guerra tan desbalijado y adeudado, que no me fué posible volver a la corte, sino acogerme a los rincones de la soledad y pobreza, donde (como lo dije en el Proemio de nuestra historia de la Florida) paso una vida quieta y pacífica, como hombre desengañado y despedido deste mundo y de sus mudanzas, sin pretender cosa dél: porque ya no hay para qué, que lo más de la vida es pasado, y para lo que queda proveerá el Señor del universo, como lo ha hecho hasta aquí. Perdónenseme estas impertinencias, que las he dicho por queja y agravio que mi mala fortuna en este particular me ha hecho: y quien ha escrito vidas de tantos, no es mucho que diga algo de la suya.

Volviendo pues a lo que los autores escriben de mi padre, digo que no es razón que yo contradiga a tres testigos tan graves como ellos son, que ni me creerán ni es justo que nadie lo haga siendo yo parte: yo me satisfago con haber dicho verdad, tomen lo que quisieren, que sino me creyeren, yo paso por ello, dando por verdadero lo que dijeron de mi padre, para honrarme y preciarme dello, con decir que soy hijo de un hombre tan esforzado y animoso, y de tanto valor, que en un rompimiento de batalla, tan rigurosa y cruel como aquella fué, y como los mismos historiadores lo cuentan, fuese mi padre de tanto ánimo, esfuerzo y valentía, que se apease de su caballo, y le diese a su amigo y le ayudase a subir en él; y que juntamente le diese la victoria de una batalla tan importante como aquella, que pocas hazañas ha habido en el mundo semejantes.

Este blasón y trofeo tomaré para mí por ser la honra y fama cosa tan deseada y apetecida de los hombres, que muchas veces se precian de lo que le imputan por infamia. Que no faltará quien diga que fué contra el servicio del rey: a lo cual diré yo, que un hecho tal, en cualquier parte que se haga, por sí solo sin favor ageno, merece honra y fama. Y con tanto volvamos a los que huyeron della, que uno dellos fué el obispo del Cosco, que se apartó de Diego Centeno, sin aguardar el uno al otro, y vino a su iglesia catedral, aunque no la vió por la priesa que llevaba. En su compañía venía Alonso de Hinojosa y Juan Julio de Hojeda, y otras cuarenta personas principales entre vecinos

y soldados, que aunque los ví en aquella ciudad, no me acuerdo de sus nombres; los tres ya nombrados conocí. El obispo, como en otra parte dije, se aposentó, con otros catorce o quince, en casa de mi padre, y luego otro día bien de mañana se juntaron en la plaza menor de aquella ciudad, junto al convento de nuestra Señora de las Mercedes, y se fueron a toda diligencia camino de los Reyes, porque el capitán Juan de la Torre iba en seguimiento dellos, de quien hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIV

LO QUE JUAN DE LA TORRE HIZO EN EL COSCO, Y LO QUE OTROS MALOS MINISTROS EN OTRAS DIVERSAS PARTES HICIERON.

EL capitán Juan de la Torre, yendo en seguimiento de los que huyeron de la batalla, llegó a la ciudad del Cosco, donde hizo justicia de Juan Vasquez de Tapia, que había sido alcalde ordinario por el rey en aquella ciudad: también ahorcó a un asesor suyo que llamaban el licenciado Martel. Murieron por inadvertencia propia, porque teniendo a Diego Centeno por victorioso, por la ventaja que tenía a Gonzalo Pizarro, habían hecho muchas demostraciones en servicio del rey contra los tiranos. Y fueron tan mal considerados, que con ver al obispo ir huyendo, se quedaron en la ciudad, y esperaron a Juan de la Torre que les castigó su ignorancia Sin lo cual echó bando que perdonaba a todos los soldados de Diego Centeno que quisiesen asentarse en la lista de su compañía Recogió las armas que pudo, apercibió grande aparato de arcos triunfales y otras ostentaciones magníficas, para recebir a Gonzalo Pizarro en aquella ciudad, donde pretendía ir a gozar de su victoria Procuró Juan de la Torre para el gasto de el ejército recoger todo el bastimento que pudiese, para lo cual envió ministros a diversas partes. Entre ellos fué Pedro de Bustincia (que era un hombre noble, casado con doña Beatris Coya, hija legítima de Huaina Capac) a la provincia de Antahuailla, porque ella y sus comarcanas son abundantes de comida. Enviaron a este caballero a aquel ministerio porque entendían que los caciques y sus vasallos por el respeto y amor de la princesa su muger, y le servirían mejor, y acudirían con más voluntad a darle el bastimento que les pidiese. Pero el fué tan desgraciado y en su propia vida mal considerado, pues causó su muerte pudiéndola escusar, como adelante diremos.

Dionisio de Bobadilla que fué por orden de Gonzalo Pizarro a la villa de Plata, habiendo recogido la que pudo haber de la hacienda de

Gonzalo Pizarro, y de la de su hermano Hernando Pizarro, y de el tributo de los repartimientos de Indios que estaban confiscados, porque sus dueños andaban en servicio del rey, que era una gran suma de oro y plata, volvió con ella a toda diligencia y halló a Gonzalo Pizarro en el Cosco, donde fué bien recebido por el socorro que llevaba para los soldados.

Diego de Carvajal, llamado el Galan, que fué a Arequepa con la misma comisión que Bobadilla, maltrató en aquella ciudad muchas mugeres (como lo dice el Palentino, capítulo ochenta y uno) porque sus maridos se habían señalado en el servicio de su magestad y en la amistad de Diego Centeno; y dice que las saqueó hasta despojarlas de sus vestidos, y que él y uno de sus compañeros, llamado Antonio de Viezma, forzaron dos de ellas, las cuales tomaron soliman en venganza de la afrenta que les habían hecho, a imitación de la buena Lucrecia que se mató por otro tanto.

Todo lo cual no es gala sino maldad y tiranía, y hechos tan abominables, que no se hallan nombres que les competan: que el que alcanza renombre de galan lo ha de ser en todo, no solo en galas y arreos sino en obras y palabras, tales que fuercen a todos a amarle. Más ellos pagaron poco después su maldad como lo merecían. No anduvo mejor sino peor, si peor puede ser, un Francisco de Espinosa que hizo el mismo viage y pasó a los Charcas. Por los caminos fué robando cuanto halló, que según aquel autor fueron más de sesenta mil ducados; y en Arequepa mató dos españoles, y uno dellos tenía indios; y en la villa de la Plata ahorcó un regidor y un alguacil, y todos cuatro a título de que habían servido al rey. Y en el camino volviéndose al Cosco quemó vivos siete indios, con achaque de que habían avisado de su ida a ciertos españoles que se huyeron.

Todo lo cual hizo sin comisión alguna de Gonzalo Pizarro que para ello llevase, ni de su maese de campo, ni de otro ministro suyo, sino solo por ganar gracias y hacer ostentaciones, para mostrarse muy aficionado servidor de quien no se lo agradeció, antes cuando lo supo, lo aborreció, porque Gonzalo Pizarro no gustaba de semejantes crueldades, como no gustó de muchas de las de Francisco de Carvajal. Pero este Francisco de Espinosa lo pagó como los otros dos, según diremos en su lugar.

Y para que se pierda el enfado y mal gusto que tantas maldades habrán causado a los oyentes, será bien digamos una obra generosa (porque haya de todo) que un hombre mal infamado hizo en aquellos mismos días, para que se vea que no fué tan malo como los historiadores le pintan.

CAPITULO XXV

LO QUE FRANCISCO DE CARVAJAL HIZO EN AREQUEPA, EN AGRADECIMIENTO DE LOS BENEFICIOS QUE EN AÑOS PASADOS RECIBIO DE MIGUEL CORNEJO.

EL maese de campo Francisco de Carvajal se nos ofrece para que digamos dél alguna cosa buena, de cuantas otras escriben y dicen que hizo malas. Atrás le dejamos, que iba camino de Arequepa en seguimiento de los que había vencido. Los de aquella ciudad así de los que escaparon de la batalla de Huarina como de los pocos que en ella vivían, que por todos serían hasta cuarenta hombres, sabiendo que Carvajal iba hacia ellos, huyeron de la ciudad y tomaron el camino de los Reyes por la costa de la mar. Francisco de Carvajal que supo la huida de ellos, luego que entró en la ciudad, sin descansar una hora, envió tras ellos un famoso soldado suyo con veinte y cinco arcabuceros de los que se tenían por discípulos de tal maestro, y él por escelencia los llamaba hijos; los cuales se dieron tan buena diligencia, que a dos jornadas alcanzaron a los que iban huyendo; y sin que alguno dellos se les escapase lo volvieron todos a Arequepa. Entre ellos venía un hombre noble, conquistador de los primeros, y vecino de aquella ciudad, llamado Miguel Cornejo, el cual en años pasados había hecho un regalo y beneficio a Francisco de Carvajal, luego que entró en el Perú, antes de que tuvieran indios ni fama en la tierra. Y fué que caminando Francisco de Carvajal con su muger doña Catalina Leyton y una criada y dos criados que iban a los Charcas, llegaron a Arequepa: y como en aquellos tiempos ni muchos años después no hubiese mesones de hospedería en todo el Perú, que aún cuando yo salí dél, año de mil y quinientos y sesenta, no los había, sino que los caminantes se iban a posar a casa de los vecinos naturales de su tierra o de su provincia, que en aquellos tiempos había tanta generosidad en los señores de vasallos de aquella tierra, que bastaba este título para recebirlos en sus casas y hacerles todo buen hospedage,

no solamente días y semanas, sino también meses y años, dándoles de comer y de vestir hasta que se habilitaban a ganar de comer por sus personas ejercitándose en granjerías, como todos hacían. Pues como Francisco de Carvajal no tuviese en aquella ciudad pariente ni amigo ni conocido donde ir a recogerse, se estuvo mucho espacio, que pasó de tres horas, en un rincón de aquella plaza a caballo con toda su familia. Lo cual notado por Miguel Cornejo (que miró en ello yendo a la iglesia, y volviendo segunda vez a la plaza) se fué a él y le dijo: qué hace vuesa merced aquí, que ha más de tres horas que le ví como ahora está? Carvajal dijo: señor, como no usan mesones en esta tierra, ni yo tengo pariente ni hombre conocido en esta ciudad, no sé dónde irme a posar, y así, me estoy aquí. Miguel Cornejo replicó: teniendo yo casa no hay necesidad de meson para vuesa merced, que mi posada será suya, donde le serviremos con todas nuestras fuerzas como lo verá. Diciendo esto se lo llevó a su casa y le hizo todo buen hospedage, y los tuvo en ella hasta que el marqués don Francisco Pizarro dió un repartimiento de indios a Francisco de Carvajal en aquella ciudad, porque fué uno de los hombres señalados que don Antonio de Mendoza, visorey de Méjico, envió en socorro del marqués don Francisco Pizarro cuando lo pidió en la aflicción que estuvo en el levantamiento del príncipe Manco Inca, como en su lugar dijimos.

Sabiendo Francisco de Carvajal que entre los que traían presos venía Miguel Cornejo, mandó que se los llevasen todos donde él estaba, y habiéndolos reconocido, se apartó con Miguel Cornejo en un aposento a solas, y se le querelló tiernamente diciendo: señor Miguel Cornejo, ¿por tan ingrato y desconocido me tiene vuesa merced, que habiéndome hecho la merced y beneficios que en años pasados en esta misma ciudad me hizo, no esperase de mí que se los había de agradecer y servir en cualquiera ocasión que me hubiese menester? ¿Tan olvidadizo soy que no me había de acordar, de que me ví en esa plaza con mi muger y familia sin saber dónde ir a posar, y que vuesa merced en aquella necesidad tan grande me llevó a su casa y me hospedó en ella muchos días y meses, hasta que el marqués don Francisco Pizarro, de gloriosa memoria, me la dió propia? ¿Tan de poco momento fueron los regalos que vuesa merced nos hizo en su casa, que los había de olvidar en ningún tiempo? Pues para que vuesa merced sepa cuán en la memoria los he traído y traigo siempre, le hago saber que tuve muy larga y cierta noticia de dónde y cómo se escondió Diego Centeno, en el repartimiento de vuesa merced, y la quebrada y cueva donde estuvo encerrado, y que los indios de vuesa merced le alimentaban.

Todo lo cual disimulé y dí a entender que no había llegado a mi noticia por no dar pena a vuesa merced, y por no enemistarle con el gobernador mi señor, que lo tenía consigo; que bien pudiera yo entonces enviar dos docenas de soldados que fueran divididos por tres o cuatro partes y me trujeran a Diego Centeno, y por vuesa merced le

hice aquel beneficio con ser tan mi enemigo, y no hice cuenta dél por entonces: porque de un hombre que había elegido una cueva por guarida, no había para qué hacer caso, que cuando él saliera della como salió y presumió ser contra el gobernador mi señor, presumía yo de volverlo a encerrar en otra cueva más estrecha, como últimamente lo hice en la batalla de Huarina con el ayuda de Dios y el de mis señores y amigos. Pues habiendo respetado por vuesa merced a un enemigo tan grande como Diego Centeno, ¿cuánto más respetara su persona y la de sus amigos y conocidos y a toda esta ciudad por vivir vuesa merced en ella? Cierto no perderé esta queja de vuesa merced mientras viviere; y para que se certifique en lo que he dicho, le doy licencia para que se vaya a su casa y mire por su salud con toda quietud y contento, y asegure esa ciudad y a todos los que trujo consigo, que por vuesa merced quedan libres y exentos de todo el castigo y pesadumbre que les pudiera hacer. Con esto despidió Francisco de Carvajal a Miguel Cornejo, y apaciguó la ciudad, que estaba muy temerosa de algún cruel castigo por mucho que en las ocasiones pasadas sus vecinos y moradores se habían mostrado y señalado en el servicio del rey, y en favor de Diego Centeno. Este cuento de Carvajal y Miguel Cornejo oí en particular sin la pública voz y fama a Gonzalo Silvestre, que era el mayor enemigo que Carvajal tuvo, y por el contrario amicísimo de Diego Centeno, y compañero suyo en todas sus adversidades y desdichas, hasta la fin y muerte de Diego Centeno que adelante diremos. Doy testigo tan fidedigno, porque ni en abono ni en mal suceso de nadie pretendo adular a quien quiera que sea, añadiendo o quitando de lo que fué y pasó en hecho de verdad.

Francisco de Carvajal habiendo recogido lo que en Arequepa halló de provecho, de armas y caballos y gente, se volvió donde Gonzalo Pizarro estaba, que iba ya camino del Cosco, que por la mucha dificultad de heridos y enfermos que quedaron de la batalla, no había podido salir tan presto de Huarina. Y porque es cosa que debe quedar en memoria, es de saber, que los hombres ricos y principales que estaban con Gonzalo Pizarro viendo los muchos heridos que de los de Diego Centeno quedaron, repartieron entre sí los mas lastimados, y los curaron llevándolos a sus toldos y por los caminos. Mi padre tomó a su cargo doce dellos, murieron los seis en el camino y los otros escaparon con la vida: dos dellos conocí yo, el uno se decía Diego de Tapia, un hidalgo muy honrado y virtuoso, que se mostró muy agradecido de lo que por él se hizo. Cuando me vine a España lo dejé en casa de Diego de Silva, mi padrino de confirmación. El otro se decía Francisco de la Peña, en quien mostró su complexión habérsele puesto el nombre de Peña, y no por apellido; porque entre otras heridas que en la batalla le dieron, sacó tres cuchilladas en la mollera, todas juntas: había de la primera a la postrera tres dedos de casco, el cual quedó quebrado y malparado, de manera que fuese menester quitárselo,

El ministro que hacía oficio de cirujano, aunque no lo era, no teniendo mejor recaudo para quitar el casco, se lo arrancó con unas tenazas de albeitar, y así lo curó, y con ser la cura tan estraña, él se mostró mucho más feroz y estraño en su complexión, porque sanó de aquellas heridas y de las demás, sin calentura ni otro accidente que tuviese, ni dejase de comer de todo cuanto a las manos podía haber: lo cual se contaba después por cosa monstruosa, quizá nunca jamás vista ni oída, y le llamaban Francisco Peña, y no de la Peña; y con tanto será bien nos volvamos al presidente.



CAPITULO XXVI

LA ALTERACION QUE EL PRESIDENTE Y SU EJERCITO RECIBIO CON LA VICTORIA DE GONZALO PIZARRO, Y LAS NUEVAS PREVENCIONES QUE HIZO.

QUE las prosperidades y buenas andanzas de la vida presente y sus esperanzas sean breves y caducas, se mostró bien en el valle de Sausa, donde dejamos al presidente y a todo su ejército en grandes fiestas y regocijos con mucho contento y placer, por las buenas nuevas que Francisco Voso les llevó de la pujanza y ventaja que el ejército de Diego Centeno hacía al de Gonzalo Pizarro, en gente, armas, y caballos. Por las cuales nuevas el presidente y los de su consejo trataban no solo de no juntar más gente, sino deshacer el ejército y despedir los soldados que de tan lejas tierras y provincias habían venido, porque les parecía que era supérfluo y demasiado el gasto que con ellos se hacía, pues el enemigo estaría ya vencido, muerto y deshecho.

Estas consultas pasaron tan adelante, que estuvo determinado que el ejército se deshiciese, como lo dice el contador Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo cuarto, por estas palabras: y en este tiempo le vinieron nuevas al presidente del desbarato de Diego Centeno, lo cual sintió mucho, aunque en lo público mostraba no tenerlo en nada con grande ánimo, y todos los de su campo esperaban lo contrario de lo que sucedió; tanto que muchas veces habían sido de parecer que el presidente no juntase ejército, porque solo el de Diego Centeno bastaba a desbaratar a Gonzalo Pizarro, &c.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. La buena fortuna del presidente y mala de su adversario, causaron que no se publicase la consulta ni saliese en público el mandato, porque si se ejecutara fuera muy dificultoso y trabajoso rehacer una máquina tan grande de gente y bastimentos como la que se deshacía. A esta sazón y coyuntura llegó el obispo del Cosco a Sausa con la mala nueva del desbarate y

pérdida de Diego Centeno, de que dió larga relación como quien la vió por vista de ojos. El presidente y todos los vecinos que tenían indios lo sintieron gravísimamente, porque la guerra que tenían ya por acabada se les encendía de nuevo, con tanta pujanza, valor y reputación del enemigo, que lo imaginaban y tenían por invencible, y ellos también se daban ya por vencidos dél.

A los capitanes y soldados no se les dió pena alguna la mala nueva, antes se holgaron con ella, porque el común caudal de los soldados es la guerra; que cuanto más ella dura, tanto más honra y premio esperan sacar della, principalmente en aquel imperio del Perú, que los capitanes y soldados no pretendían menos galardón que repartimientos de indios y ser señores de vasallos. El presisente por no desanimar los suyos (más de lo que lo estaban) disimuló su pena lo mejor que pudo, y les hizo una breve plática diciendo: que no se admirasen de semejantes sucesos y desgracias, que eran cosas muy propias de la guerra, sino que diesen muchos loores a Dios, porque él entendía que la divina Magestad había permitido que Gonzalo Pizarro hubiese aquella victoria, para dársela a ellos mayor contra el mismo Pizarro; y que para alcanzar esta merced todos hiciesen en sus oficios y cargos, lo que les convenía, acudiendo con cuidado a ordenar y prevenir lo necesario para contrastar un enemigo tal. Díjoles que a caballeros tan valerosos y tan esperimentados en guerras no tenía él necesidad de exhortar, sino seguir el ejemplo y tomar el consejo que en caso tan grave le diesen; que bien satisfecho estaba que todo iría encaminado al servicio de su rey y señor, el cual les gratificaría conforme a sus grandes servicios, haciéndoles señores de todo aquel imperio.

Acabada la plática ordenó que el mariscal Alonso de Alvarado fuese a Rimac a recoger la gente que allí había quedado, y traer la artillería de los navíos y ropa de España, dineros, armas y caballos, y todo lo que pudiese haber para la guerra. Mandó que con más diligencia (aunque hasta allí no había habido descuido) acudiesen los ministros a sus ministerios a hacer los arcabuces y la pólvora y juntar plomo y hacer picas, celadas, barbotes y coseletes de cobre, que los hacían los indios plateros con mucha facilidad. Los ministros destas cosas acudían con gran prontitud a sus cargos, porque eran hombres escogidos para ellos: asimismo envíólos el presidente al capitan Alonso Mercadillo, y en pos dél a Lope Martín, lusitano, con cincuenta hombres para que fuesen a Huamanca, y pasasen adelante hácia el Cosco todo lo que pudiesen para recoger y amparar los que viniesen huyendo de los de Diego Centeno. Dejaremos al presidente en sus provisiones, por decir de Gonzalo Pizarro que lo dejamos en el campo de Huarina, donde hubo aquella famosa victoria.

CAPITULO XXVII

EL LICENCIADO CEPEDA Y OTROS CON EL PERSUADEN A GONZALO PIZARRO A PEDIR PAZ Y CONCIERTO AL PRESIDENTE, Y SU RESPUESTA. LA MUERTE DE HERNANDO BACHICAO. LA ENTRADA DE GONZALO PIZARRO EN EL COSCO

GONZALO Pizarro, habiendo cumplido con los difuntos como se ha dicho, pretendió ir al Cosco, más no pudo cumplir el deseo en muchos días por el impedimento de los muchos heridos que llevaba. Pasaron mucho trabajo con ellos él y sus ministros, porque no podían caminar sino a jornadas muy cortas. En aquel camino trujo a la memoria el licenciado Cepeda a Gonzalo Pizarro una promesa que en días pasados le había hecho, acerca de tratar de paz y concierto con el presidente Gasca, cuando se ofreciese razón y oportunidad, y le dijo: que entonces le era muy acomodada para alcanzar cualquiera buen partido. Deste parecer fueron otros muchos con Cepeda. porque el negocio se trató en junta de mucha gente principal, y los más dellos deseaban paz y quietud, y le apretaron mucho en ello, tanto que Gonzalo Pizarro se indignó, como lo dice Gomara, capítulo ciento y ochenta y tres, por estas palabras.

En Pucarán hubieron enojo Pizarro y Cepeda, sobre tratar del concierto con Gasca, diciendo Cepeda ser entonces tiempo, y trayéndole a la memoria que se lo había prometido en Arequepa. Pizarro siguiendo el parecer de otros y su fortuna, dijo que no convenía, porque tratando en ello, se lo tendrían a flaqueza, y se le irían los que allí tenía, y les faltarían los muchos amigos que con Gasca estaban. Garcilaso de la Vega, con algunos, fueron del parecer de Cepeda.

Hasta aquí es de Gomara. Gonzalo Pizarro desechó el parecer de Cepeda, que le fuera saludable, y tomó el que después le dieron sus capitanes Juan de Acosta, Diego Guillen, Hernando Bachicao, y Juan de la Torre, que eran mozos y valientes; y con la victoria tan hazañosa de la batalla de Huarina se tenían por invencibles, y no

querían tratar de concierto, porque no se contentaban con menos que con todo el imperio del Perú. Dos días después de esta consulta llegó el maese de campo Francisco de Carvajal de la jornada que hizo a Arequepa; y otros dos días después dió garrote al capitán Hernando Bachicao, por haberse pasado en la batalla de Huarina al bando de Diego Centeno, que aunque Carvajal supo aquel mesmo día el hecho, dilató el castigo por no enturbiar una victoria tan hazañosa (como la que alcanzó) con muerte de un capitán suyo, tan antiguo y de tan de su bando como lo fué Hernando Bachicao. Con estos sucesos y el trabajo que daban los heridos, llegaron al Cosco Gonzalo Pizarro y los suyos.

El capitán Juan de la Torre le tenía hecho un solemne recebimiento, con muchos arcos triunfales, puestos por las calles por do había de pasar, hechos de muchas y diversas flores, de varias y lindas colores que los indios solían hacer en tiempo de sus reyes Incas. Entró primero la infantería cada compañía de por sí, las banderas tendidas y ellos puestos por su órden de tres en tres cada fila; los capitanes delante de sus soldados. Luego entró la caballería por la misma orden: mucho después de alojada la gente de guerra, entró Gonzalo Pizarro acompañado solamente de sus criados y de los vecinos que andaban con él. No quiso entrar con sus soldados, porque no dijesen que triunfaba de sus enemigos. A su entrada repicaron las campanas de la catedral y de los conventos, aunque entonces había pocas. Los indios de la ciudad por el orden de sus barrios y naciones, estaban en la plaza aclamando a grandes voces, llamándole Inca y otros renombres de magestad, que a sus reyes naturales solían decir en su triunfos; porque fué orden del capitán Juan de la Torre que así lo hiciesen, como en tiempo de sus Incas. Hubo música de trompetas y ministriles, que los tuvo Gonzalo Pizarro en extremo buenos. Entró en la iglesia de nuestra Señora de las Mercedes a adorar el Santísimo Sacramento, y a la imagen de la Virgen su Madre, Nuestra Señora. De allí fué a pie hasta su posada a las casas que fueron de su teniente y maese de campo Alonso de Toro, calle en medio del convento mercenario. Yo entré en la ciudad con ellos, que el día antes había salido a recebir a mi padre hasta Quespicancha, tres leguas del Cosco. Parte del camino fuí a pie, y parte me llevaron dos indios a cuestas, remudándose a veces. Para la vuelta me dieron un caballo y quien lo llevase de diestro, y ví todo lo que le he dicho, y pudiera así mismo decir en cuales casas se aposentaron los capitanes, cada uno de por sí, que los conocí todos, y me acuerdo de las casas con haber casi sesenta años que pasó lo que vamos escribiendo, porque la memoria guarda mejor lo que vió en su niñez que lo que pasa en su edad mayor. Luego que Gonzalo Pizarro y los suyos entraron en el Cosco, el maese de campo Francisco de Carvajal entendió en despachar y proveer lo que convenía para llevar la guerra adelante. Procuró rehacer las armas que se gastaron en la batalla de Huarina: hizo mucha pólvora, juntó mucho plomo,

aderezó los arcabuces que tenía sobrados, que eran muchos, porque recogió todos los que dejaron en la batalla los de Diego Centeno, así los que murieron como los que huyeron: puso gran diligencia en que se aderezasen con todo cuidado y curiosidad, porque entre todo género de armas ofensivas estimaba los arcabuces, y decía que no en balde se lo habían dado los gentiles a su Dios Jupiter, por armas que hieren y matan, así de lejos como de cerca. Hizo labrar picas aunque no de fresno, que no lo hay por allá, pero de otras maderas tan buenas y más fuertes. Hizo traer mucho algodón para hacer mechas: en suma, no dejó cosa alguna por menuda que fuese que no previniese para su tiempo y sazon, y él solo andaba en todo ello, que no quería fiar nada de ministros, por temer descuido en ellos· acudía a estos ministerios con tanta solicitud y diligencia, que nunca le hallaban ocioso, y parecía que no comía ni dormía.

Andaba siempre en una mula crecida, de color entre pardo y bermejo: yo no le ví en otra cabalgadura en todo el tiempo que estuvo en el Cosco antes de la batalla de Sacsahuana Era tan continuo y diligente en solicitar lo que a su ejército convenía, que a todas horas del día y de la noche le topaban sus soldados haciendo su oficio y los agenos; e imaginando Carvajal que habían de murmurar de su mucha diligencia al pasar por ellos, con el sombrero en la mano (en lugar de beso las manos) les decía: lo que hoy pudieres hacer no lo dejes para mañana, y esto traía casi siempre en la boca; y si le preguntaban, cuándo comía y cuándo dormía, respondía: a los que quieren trabajar para todo les sobra tiempo.

Entre estos ejercicios porque no faltase ninguno de los suyos, hizo Francisco de Carvajal una de las suyas, y fué, que en el Cosco dió garrote a una mujer noble de las de Arequepa, que como muger después de la batalla de Huarina, hablaba desatinos contra Gonzalo Pizarro, diciendo que se habían de acabar sus tiranías, como las de otros más poderosos, que habiendo alcanzado mayores victorias que la suya se habían perdido, sobre lo cual daba por ejemplo los griegos y romanos antiguos: y esto decía en público tan de ordinario, y tan sin temor ni recato, que fué causa que Carvajal le ahorcase de una ventana de su posada después de haberla dado garrote. (11)



(11) *Gomara* Ob. cit. c. CLXXXII; El Palentino. Ob, cit. parte I lib. II c. LXXXVIII.

CAPITULO XXVIII

LA PRISION Y MUERTE DE PEDRO DE BUSTINCIA. LOS CAPITANES QUE EL PRESIDENTE ELIGIO. COMO SALIO DE SAUSA Y LLEGO A ANTAHUAILLA.

EN castigo y venganza de la muerte que se ha referido, parece que permitió Dios que en aquellos mismos días se ejecutase otra semejante en el ejército real, porque Francisco de Carvajal no se loase de haber hecho una hazaña tan triste y tan fea como fué matar una muger, de lo cual pesó mucho a Gonzalo Pizarro; y así lo dijo en secreto a sus amigos, aunque no lo dió a entender a su maese de campo; el cual porque Gonzalo Pizarro no le estorbase el matarla si lo supiese, quitándosela de las manos, como lo había hecho con otros, la ahogó dentro en su aposento sin ruido alguno, y después mandó que la colgasen de la ventana. La muerte que sucedió a esta es la de Pedro de Bustincia; y fué que andando recogiendo los bastimentos en Antahuailla y su comarca, como atrás se dijo, supieron los capitanes Alonso Mercadillo y Lope Martín que iban a lo mismo, que Pedro de Bustincia estaba en Antahuailla. Acordaron que Lope Martín se adelantase y diese una trasnochada y prendiese a Bustincia, si ser pudiese, que les importaba mucho para saber del estado del enemigo y de sus pretensiones. Lope Martín se dió tan buena maña, que aunque llevaba menos gente que Pedro de Bustincia tenía, con la trasnochada lo prendió, a que ayudó no poco ser de los de Diego Centeno los doce de sus compañeros, los cuales como gente vencida por Gonzalo Pizarro, holgaban de cualquiera pérdida suya, y así no pelearon ni hicieron resistencia alguna. Lope Martín los prendió todos y mató tres dellos; el uno que era de los de Pizarro, por mostrarse más atrevido que los demás, murió en la pelea, aunque hubo poca. Los otros dos que eran levantiscos, porque los tuviesen por bravos soldados, sin mirar por su salud, se loaron haber muerto diez hombres en la batalla de Huarina, con que causaron su muerte. Sospechóse

que serían de los heridos y rendidos los que mataron, porque ellos no tenían talle de otra hazaña. Los doce soldados que eran de Diego Centeno, soltó Lope Martín, y los de Pizarro llevó presos, y a Pedro de Bustincia con ellos: iba muy ufano por haber hecho tan buena presa. El presidente la tuvo en mucho, y se informó de los de Diego Centeno del estado de Gonzalo Pizarro y de las particularidades que de su ejército deseaba saber. Pedro de Bustincia no se contentó con verse preso en poder del presidente, sino que le pareció que en aquella su prisión, en medio de sus enemigos era gran hazaña, hablar mucho en loor de la empresa de Gonzalo Pizarro; y tanto habló, que causó su muerte, y fué la misma que Carvajal dió a doña María Calderón, como atrás se dijo, que fué darle garrote, porque no hubiese desigualdad de una parte a otra, ni en la manera de las muertes, ni en la causa de ellas.

El licenciado Pedro de la Gasca, presidente de la magestad imperial, que había hecho llamamiento de los capitanes y soldados que había en Quitu, Cassamarca, Rimac y otras partes, habiéndolos recibido todos, y habiendo proveído que el mariscal Alonso de Alvarado (como atrás se apuntó) fuese a la ciudad de los Reyes a recoger toda la gente, armas y caballos, y dineros, y ropa de España que pudiese haber, y la trujese para socorrer el ejército, y que juntamente trujese la artillería de los navíos; y últimamente habiendo recogido todo el bastimento que pudo, determinó salir de Sausa, en busca de Gonzalo Pizarro; y para que su gente fuese bien ordenada, nombró capitanes y ministros para el buen gobierno del ejército; como lo dicen todos los tres historiadores, y en particular lo que dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo cuarto, es lo que se sigue.

Fué ordenado el campo en esta forma: Pedro Alonso de Hinojosa quedó por general, según y de la manera que lo era al tiempo que entregó la armada en Panamá. El mariscal Alonso de Alvarado fué nombrado por maese de campo; y el licenciado Benito de Carvajal por alférez general; y a Pedro de Villavicencio por sargento mayor Y por capitanes de gente de caballo don Pedro Cabrera, y Gomez de Alvarado y Juan de Saavedra, y Diego de Mora, y Francisco Hernandez, y Rodrigo de Salazar, y Alonso de Mendoza. Por capitanes de infantería a don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Hernando Mejía de Guzman, Juan Alonso Palomino, Gomez de Solis, Francisco Mosquera, don Hernando de Cárdenas, el adelantado Andagoya, Francisco de Olmos, Gomez Darias, el capitan Porcel, el capitan Pardavel y el capitan Serna. Nombró por capitán de artillería a Gabriel de Rojas. Tenía consigo al arzobispo de los Reyes y a los obispos de Cosco y Quito y al provincial de santo Domingo fray Tomás de San Martín, y al provincial de la orden de la Merced y a otros muchos religiosos, clérigos y frailes. En la última reseña que mandó hacer, halló que tenía setecientos arcabuceros y quinientos piqueros,. y cuatrocientos de caballo, caso que desde entonces hasta que llegó a

Saquisahuana, se recogieron hasta llegar a número de mil y novecientos hombres; y así salió el campo de Sausa a veinte y nueve de diciembre del año de mil y quinientos y cuarenta y siete, caminando en buena orden la vía del Cosco, para tentar por donde había menos peligro de pasar el río de Abancai.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. De manera que sin las cuatro cabezas principales, que son el general, y el maese de campo, el alférez general y el sargento mayor, fueron siete los nombrados para capitanes de la caballería, y trece para los de infantería, sin el capitán de la artillería, todos muy nobles y principales (los más dellos conocí yo), con los cuales salió el presidente de Sausa, y siguió su camino en demanda del enemigo. Llegó a la ciudad de Huamanca, hallóla muy desproveida de bastimento, por lo cual le fué necesario pasar adelante apriesa, hasta la provincia Antahuailla, con intención de invernar allí; porque como se ha dicho, ella y todas las de su comarca son abundantes de comida. En aquel lugar paró el presidente con todo su ejército a esperar al mariscal Alonso de Alvarado, que le llevaba el socorro, y a otros muchos capitanes y soldados, que sabía que iban en demanda del ejército real, que eran tantos, que como atrás lo ha dicho Agustín de Zárate, llegaban al número de trescientos hombres, de los cuales diremos en el capítulo siguiente.



CAPITULO XXIX

LOS HOMBRES PRINCIPALES, CAPITANES Y SOLDADOS QUE FUERON A ANTAHUAILLA A SERVIR A SU MAGESTAD. Y LOS REGOCIJOS QUE ALLI HICIERON.

EL presidente estuvo alojado en Antahuailla más de tres meses. En todo este tiempo recogió mucha gente, que de todas partes le acudía: entre ellos fué uno Alonso de Mendoza que escapó de la batalla de Huarina; su llegada al ejército fué en Sausa (que se nos olvidó de decirlo en su lugar) y así fué uno de los nombrados, como atrás se dijo, para capitan de caballos. Mes y medio después que el presidente entró en Antahuailla llegó el mariscal Alonso de Alvarado con cien soldados y la artillería y parte del socorro de dineros, arma y ropa de Castilla que llevaba. Otra parte del mismo socorro que dejó atrás llevó el contador Juan de Cáceres, con que socorrió la necesidad de los soldados, que era mucha. Asímesmo llegó el licenciado Pedro Ramirez, oidor de la audiencia de Nicaragua, con doce de a caballo que iban con él, y dejaban ciento y veinte infantes que en pos dellos caminaban a pie, y entraron ocho días después del oidor. Asimesmo llegó el adelantado Belalcazar con otros veinte de a caballo que habían caminado más de cuatrocientas leguas. También llegó el capitan Diego Centeno, con treinta caballeros de los suyos que escaparon de la de Huarina, y se juntaron con él por los caminos; uno de ellos fué Gonzalo Silvestre, su grande amigo y compañero en sus trabajos. Sin los nombrados fueron otros muchos soldados de menos cuenta, que por todos llegaron a número de trescientos hombres. El presidente holgó mucho con ellos por ver su ejército tan florido y aumentado, y que de tan lejas tierras viniesen a servir a su magestad. Particularmente holgó de ver y conocer al capitan Diego Centeno, qur por su mucha lealtad y buenas artes de ánimo y cuerpo, que era gentil hombre y de buen rostro.

De los últimos que llegaron al ejército fué Pedro de Valdivia gobernador de Chile, con otros ocho de a caballo. En cuyo loor, el Palentino y Agustín de Zárate, dicen por unas mesmas palabras lo que se sigue; y las de Zárate, libro séptimo, capítulo quinto, son estas.

Habiendo salido el presidente del valle de Sausa, llegó a su campo el capitán Pedro de Valdivia, que como arriba está dicho, era gobernador en la provincia de Chile, y había venido de allá por mar para desembarcar en la ciudad de los reyes, para llevar gente, y munición y ropa con que se acabase de hacer la conquista de aquella tierra. Y como desembarcando supo el estado de los negocios, se aderezó él y los que con él venían, porque traían muy grande abundancia de dineros, y se fué en rastro del presidente hasta se juntar con él, lo cual se tuvo a buena dicha, porque aunque con el presidente estaba gente, y capitanes muy principales y ricos, ninguno había en la tierra que fuese tan práctico y diestro en las cosas de la guerra como Valdivia, ni que así se pudiese igualar con la destreza y ardides del capitán Francisco de Carvajal; por cuyo gobierno e industria se habían vencido tantas batallas por Gonzalo Pizarro, especialmente la que dió en Huarina contra Diego Centeno, cuya victoria se atribuyó por todos al conocimiento de la guerra que Francisco de Carvajal tenía, por lo cual todo el campo del presidente estaba atemorizado, y cobraron grande ánimo con la venida de Valdivia.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, el cual loando a Pedro de Valdivia, loa mucho más a Francisco de Carvajal, y con mucha razón, porque en la milicia fué eminentísimo sobre todos cuantos han pasado al Nuevo Mundo. El historiador Diego Fernandez, vecino de Palencia, habiendo dicho lo que de Pedro de Valdivia se ha referido, dice lo que se sigue, sacado a la letra, libro segundo, capítulo ochenta y cinco, y porque cualquiera discreto curioso lector deseara saber la causa de la venida de Pedro de Valdivia, y que conviene para mejor entendimiento de la narración de la historia, la quiero aquí poner, que fué desta manera.

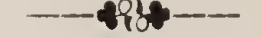
Estando el gobernador Pedro de Valdivia en las provincias de Chile, tuvo nueva como Gonzalo Pizarro estaba alzado contra el servicio de su magestad, y aun quieren decir (y así es) que había recebido cartas de Gonzalo Pizarro, lo cual disimuló Pedro de Valdivia como si nada supiera. Y pidió prestado oro a las personas que entendió que lo tenían, diciendo que quería este empréstito para enviar a Francisco de Villagra al Perú, para hacer gente, y para acabar de hacer aquella conquista; y aunque lo procuró mucho ninguno le quiso prestar cosa alguna. Por lo cual Pedro de Valdivia disimuladamente juntó a todos y díjoles: que pues de su voluntad no le querían emprestar el oro que les había pedido, que se fuesen al Perú todos los que quisiesen, que él les daba licencia para ello, por razón que visto allá

que llevaban oro, se acreditase la tierra y viniese gente a ella. Y desta suerte muchos se dispusieron a venir al Perú, y se fueron a embarcar al puerto de Valparaíso (que es diez leguas de la ciudad de Santiago) y con ellos Francisco de Villagra, que era la persona que del Perú había de volver con gente. Y Valdivia quedóse en la ciudad de Santiago: y ya que todos fueron partidos, y que entendió que estarían aprestados para hacer su viage, salió de noche secretamente, y llegó a tiempo que todos estaban embarcados y que habían hecho una armada a la lengua del agua. Y allí Pedro de Valdivia hizo guisar muy bien de comer y enviólos a convidar que serían hasta veinte personas, los cuales vinieron todos; y acabada la comida hablólos, encomendándoles mucho a Francisco de Villagra (que tenía en lugar de hijo), diciendo que pues él iba con ellos a traer gente para la defensa de la tierra, les rogaba que si Villagra tuviese allá necesidad de algun oro se lo prestasen: todos prometieron de hacerlo con gran voluntad. Lo cual hecho, Valdivia salió de la ramada disimulado hacia la mar, donde estaba un barco, en el cual se entró, y se fué al navío y tomó todo el oro que llevaban, que sería más de ochenta mil castellanos, y hizo asentar lo que a cada uno tomaba. Y metió luego consigo en el navío a Gerónimo de Alderete, Gaspar de Villaroel, Juan de Cepeda, y al capitan Jofre, Luis de Toledo, don Antonio Beltran, Diego García de Cáceres, Vicencio de Monte, Diego Oro y a su secretario, ante quien hizo cierta protestación de como iba a servir a su magestad contra la rebelión de Pizarro, y dejando en tierra a aquellos que tomó el oro, luego con estos se hizo a la vela, dejando por su teniente general a Francisco de Villagra. Y llegados al Perú, tuvo nueva como el presidente iba camino del Cosco, y viniéronse derechos a Lima, donde se proveyeron de todo lo necesario, y de allí se fueron a Andahuailas, donde sabían que todo el ejército estaba esperando a que aflojasen las lluvias, y entrase la punta del verano, para de allí caminar y dar fin a las cosas de la guerra.

Hasta aquí es de Diego Fernandez Palentino, que escribió esta particular hazaña semejante a otras que hoy se usan en el mundo, a que los ministros del demonio dan color con la nueva enseñanza que han inventado, llamada razón de estado.

Por la venida de Pedro de Valdivia y de tanta gente noble, de capitanes y soldados, y particularmente por alentar al capitán Diego Centeno y a los suyos, que con la memoria de la pérdida pasada andaban melancólicos, hicieron grandes regocijos y fiestas muy solemnes. Jugaron cañas, corrieron sortija, aunque con falta de lanzas de ristre. Los regocijos hicieron el efecto que dicen de la música, que alegran a los que estaban alegres y entristece a los tristes. El presidente con todo su ejército invernó en Antahuailla; fué muy riguroso el invierno de muchas aguas, que por el continuo llover se pudrieron los toldos que por acá llaman tiendas, y por el alojamiento poco y malo que

había para la gente común, y por ser ellos bisoños y nuevos en la tierra enfermaron muchos: empero por la buena provisión de un hospital que el presidente había prevenido, cuyo ministro principal era un religioso trinitario llamado fray Francisco de la Rocha, natural de Badajoz, murieron pocos. (12)



(12) Anónimo. *Relación,* cit. Segunda parte c. II p. 169; Zárate ob. cit. lib. VII; c. IV; El Palentino, ob. cit. Parte I, lib. II, c. LXXXII y sigs; Cieza de León. Crónica c. XC.

CAPITULO XXX

SALE EL EJERCITO DE ANTAHUAILLA. PASA EL RIO AMANCAI. LAS DIFICULTADES QUE SE HALLAN PARA PASAR EL RIO DE APURIMAC. PRETENDEN HACER CUATRO PUENTES. UN CONSEJO DE CARVAJAL NO ADMITIDO POR GONZALO PIZARRO.

PASADA la furia del invierno determinó el presidente salir de Antahuailla e ir en demanda de Gonzalo Pizarro que estaba en el Cosco. Caminó con su ejército hasta el río de Amancai, que los españoles llaman Abancai, que está veinte leguas de aquella ciudad. Hallaron la puente quemada, que entonces como hemos dicho, todas las de aquel imperio eran hechas de criznejas de mimbres. Trataron de hacerla, y con facilidad la acabaron por ser el río estrecho, particularmente por donde eran los estribos de la puente. Pasando aquel río entraron en consulta por dónde pasarían el de Apurimac que era el dificultoso. Desconfiaron de pasarlo por el camino real, porque por allí viene ya el río muy ancho, que con ser lo más estrecho el sitio donde están los estribos. hay del uno al otro más de doscientos pasos. Hallaron asimismo otro inconveniente mayor; y fue, que aquel camino por tener pocos pueblos de indios, y esos pobres, era falto de comida: con esto acordaron que pasase el ejército por una de tres puentes que hiciesen el río arriba, que por las sierras tan bravas por donde pasa, viene por allí el río muy acanalado y estrecho, donde se pueden hacer las puentes con más facilidad. El un puesto de aquellos se llama Cotapampa, y el otro más arriba se dice Huacachaca, y el último Accha. Para ir a cualquiera de estos tres sitios era el camino muy dificultoso, casi imposible de poderse andar con ejército formado, por la mucha aspereza de aquellas sierras. increíble a quien no las ha visto; más con todo esto determinaron pasar por ellas porque no había otro camino. Acordaron para divertir al enemigo que fingiesen hacer puentes en todas cuatro partes; porque Gonzalo Pizarro no supiese de cierto por donde había de pasar el ejército; y así

mandaron a los indios que llevasen los materiales a aquellos cuatro sitios, como si bastaran quince o veinte cargas de mimbre para cada puente, siendo necesarias para cualquiera dellas tres y cuatro mil cargas de mimbre de rama, y de otra muchedumbre de sogas y maromas, que toda esta máquina y mucha más se hace para cada puente a costa de los pobres indios. Los sitios de las puentes encomendaron a personas particulares para que allí hiciesen juntar los materiales; y como lo dice el Palentino, capítulo ochenta y seis: Pedro Alonso Carrasco fué con gente a la del camino real, y Lope Martín a Cotapampa; y don Pedro Puertocarrero y Tomás Vásquez fueron a Accha; y Antonio de Quiñones y Juan Julio de Ojeda a Guacachaca. A todos estos caballeros conocí, que eran vecinos del Cosco, y los cuatro dellos de los primeros conquistadores; y aunque proveyeron estas cosas, determinaron que el pasar el río fuese por Cotapampa, porque por allí había menos inconvenientes que por las otras partes, y que esto se guardase con mucho secreto porque el enemigo no lo supiese. Aquellos personajes fueron a sus puestos, y pusieron por obra lo que se les ordenó; y el presidente caminó con su ejército con increíble trabajo por la aspereza de la sierra, y por la mucha nieve que aquellas sierras tienen, que según los autores muchos españoles perdieron con ella la vista. Ya en otra parte hemos dicho que no la pierden para siempre, sino que es un accidente como mal de ojos, que dura tres, cuatro días. Dejarlos hemos en su camino y en sus diligencias por decir algo de las que Franscico de Carvajal en estos mesmos días maquinaba, y trazaba para el sustento y aumento del estado de Gonzalo Pizarro.

Luego que el presidente salió de Antahuailla con el ejército para ir al Cosco, lo supo Gonzalo Pizarro, que por horas sabía donde llegaba y lo que hacía: porque en tiempo de guerra no hay que fiar secreto de los indios en común, porque hacen oficio de espía doble, que como no saben cual parte ha de vencer, quieren agradarlas ambas, dándoles cuenta y aviso de lo que en la una y en la otra pasa: porque después la parte victoriosa no les haga mal por no haberlo hecho: y esto creo que lo hemos dicho ya en otra parte, y lo repetimos aquí por el mucho encarecimiento, que uno de los historiadores hace del secreto que el presidente en este paso encomendaba a indios y a españoles. Gonzalo Pizarro, aunque supo que el presidente iba a buscarle, no hizo diligencia alguna para cortarle los caminos ni defenderle los pasos dificultosos, habiéndolos tantos y tan ásperos, sino que se estaba quedo, descuidado de todo, cuidando solamente de dar batalla al de la Gasca, en la cual fiaba, por las muchas victorias que él y los suyos en el discurso de aquella guerra habían alcanzado. Por otra parte Francisco de Carvajal, su maese de campo, que de día y de noche velaba y estudiaba en su milicia, como Gonzalo Pizarro quedase por señor de aquel imperio, ya que habían pasado cosas tan grandes en aquella pretensión: viendo al presente que no tenía cuidado o de cosa alguna sino de la batalla venidera, se fué a él y pidiéndole atención y consi-

deración a lo que quería proponer, le dijo: señor, mirando los sucesos pasados y los presentes en el estado en que están, y el riesgo y peligro que en las batallas hay de ganar o perder, me parece que vuesa señoría no la diese, sino que procurase dilatar y entretener la guerra, hasta ver claramente asegurado su partido. Para lo cual haré ahora el discurso que podrá haber en él un ejército y en el otro, para que no se me niegue cuan en servicio de vuesa señoría es lo que le dijere, y cuanto asegura su pretensión y lo que todos deseamos.

A vuesa señoría le conviene para alcanzar victoria de sus enemigos, salir de esta ciudad dejándola despoblada; quebrados los molinos, alzada la comida. desterrados los moradores della, alzadas las mercaderías y quemado todo lo que no pudiere llevar consigo; de manera que no quede cosa alguna de provecho para sus contrarios. Dos mil hombres son los que vienen contra vuesa señoría, los mil dellos son marineros, grumetes. y otra gente tal, que todos vienen desnudos, descalzos y muertos de hambre. Traen su esperanza puesta en llegar a esta ciudad para remediar su hambre, y desnudez; y hallándola tal como he dicho, desmayarán del todo, y el presidente no los pudiendo sustentar los despedirá por fuerza como a gente inútil.

Vuesa señoría también despedirá a los de Diego Centeno, que como gente vencida, nunca le han de ser buenos amigos. Puede llevar consigo más de quinientos hombres, que después de la batalla de Huarina se han venido muchos soldados a nuestro ejército por gozar de las victorias de vuesa señoría: será toda gente escogida que ninguno dellos le faltará ni le negará en cualquiera ocasión que se ofrezca. Echará a una mano y a otra del camino dos mangas de a cincuenta arcabuceros cada una, que vayan veinte y treinta leguas apartados de vuestro ejército, recojiendo cuanto ganado toparen, y cuanto bastimento hallaren, y lo que no pudiesen llevar lo dejarán quemado y destruído, de manera que no sea de provecho para sus enemigos. La gente de vuesa señoría irá comiendo cabritos, terneras, y corderos del ganado de la tierra, y todos los demás regalos que hay en las provincias que tenemos por delante. Sus enemigos no pueden seguirle con el ejército que ahora traen de dos mil hombres. por el mucho estorbo que causan, y por ser la mitad dellos gente inútil; y los otros mil con que le pueden seguir, irán muertos de hambre. por no hallar comida por los caminos, y la que les pueden traer será de cien leguas y más lejos. porque también ellos dejaron consumidos los bastimentos de las provincias donde estuvieron, y por donde pasaron, y cada día se han de alejar más dellas.

No pueden seguir a vuesa señoría con mil hombres juntos, por el estorbo de tanta gente. Si quisieren alcanzarle han de dividirse en dos partes; a cualquiera dellas que vuesa señoría quiera acometer. le tiene ventaja; y cuando no quiera pelear con ellos, puede andarse holgando de provincia en provincia, entreteniendo la guerra, hacién-

dola muy galana, hasta cansar a sus enemigos y forzarles a que se rindan, o le ofrezcan buenos y aventajados partidos.

Gonzalo Pizarro desechó este consejo tan saludable, diciendo que era cobardía retirarse del enemigo, no conociéndole ventaja señalada; y que era deslustrar y desdorar las victorias pasadas, y aniquilar la honra y fama que por ellas se había ganado. Carvajal respondió: no es perder honra, sino aumentar la que se ha adquirido, que los grandes capitanes diestros en la guerra, deben entretenella con arte y maña militar hasta menoscabar y quebrantar al enemigo sin ponerse, a riesgo de batalla, en la cual no hay certidumbre alguna de victoria como se podrá ver por muchas que en el mundo se han dado: particularmente nos lo muestra la batalla de Huarina, que vuesa señoría venció tan en contra de la esperanza de sus enemigos; pues habían mandado a sus criados que doblasen la ración de aquel día, para los que pensaban llevar rendidos de los nuestros: mire vuestra señoría que aquella victoria más se ganó por merced particular que Dios le hizo, que no por fuerza ni industria humana; y no es lícito tentar a Dios que haga semejantes milagros a cada paso. Gonzalo Pizarro dijo: que todavía se le hacía de mal volver las espaldas a sus enemigos, que quería probar y esperar su buena ventura. Que la que le había dado tantas vitorias sin consentir jamás que fuese vencido, no le negaría la última. Con esto acabaron su plática, con mucho sentimiento de Francisco de Carvajal de que no aceptase tan buen consejo. El Palentino, capítulo ochenta y ocho, refiriendo parte de este coloquio, dice, que entre otras cosas le dijo Carvajal: haga vuesa señoría lo que digo, y a estos de Diego Centeno, démosles sendas lanzas de Centeno, y váyanse porque estos son rendidos, y nunca serán buenos amigos, y sin ellos no estará bien el retraernos.

Todas son palabras de Diego Fernandez, y ellas muestran bien haberlas dicho Francisco de Carvajal, que para todos propósitos las tenía tales aquel varón, nunca jamás bien conocido, ni de los suyos ni de los agenos. La causa porque Gonzalo Pizarro no creyó ni tomó este consejo tan bueno de Francisco de Carvajal, ni otros semejante como adelante veremos, fué porque este maese de campo perdió el crédito con su general, el día que en la ciudad de los Reyes, como atrás se dijo, entraron en consulta Gonzalo Pizarro y sus capitanes, sobre si recibirían o no al presidente Gasca; y Carvajal dijo entonces, que eran muy buenas bulas aquellas, que le parecían que las tomasen y gozasen dellas, hasta ver por entero los poderes que el presidente llevaba. Por estas palabras se apoderó de Gonzalo Pizarro la sospecha, y le hizo creer que Carvajal hacía a dos manos y tenía dos caras; porque aquel parecer era contra todo el gusto, y pretensión de Gonzalo Pizarro, que no quería que nadie le aconsejase, que hubiese otro gobernador donde él pensaba que lo era, y se tenía por tal. Y como sea cosa natural aborrecer la compañía en el mandar y reinar, bastó una imaginación tan sin fundamento para que Carvajal perdiese su cré-

dito, y se imaginase de él cosa atan agena de su condición y obras. Y fué de tal manera, que ni las maravillas que en su servicio después hizo, ni la vitoria de la batalla de Huarina, no fueron parte para restituirle en el lugar que antes tenía. Y fué tan cruel esta sospecha, que también dañó al mismo Pizarro, que por no creer a Carvajal ni tomar sus consejos, se perdió más aina: que si los admitiera, pudiera ser (como lo decían los que sabían estos secretos) que tuviera mejor suceso. (13)

(13) Anónimo *Relación*, Segunda parte, cc. III y IV; p. 171 y sigs.

CAPITULO XXXI

LOPE MARTIN ECHA LAS TRES CRIZNEJAS DE LAS PUENTES. LOS ESPIAS DE GONZALO PIZARRO CORTAN LAS DOS. EL ALBOROTO QUE CAUSO EN EL EJERCITO REAL. CARVAJAL DA UN AVISO A JUAN DE ACOSTA PARA DEFENDER EL PASO DEL RIO.

LOS caballeros nombrados para hacer las puentes fueron a sus puestos y recogieron los materiales necesarios. Lope Martín, lusitano, que le cupo la suerte de Cotapampa, habiendo hecho las criznejas necesarias, sabiendo que el ejército estaba una jornada de allí, echó la tres criznejas que sirven de suelo, aunque tenía orden que no echase ninguna hasta que llegase el presidente.

Más él por mostrar su buena diligencia, se anticipó un día, de lo cual se causó mucha pesadumbre a todo el ejército, y en particular al presidente y a sus ministros principales, porque a los espías de Gonzalo Pizarro, que andaban por aquel rio mirando lo que en él se hacía, viendo echadas las criznejas y el poco cuidado que había en guardarlas, se atrevieron la noche siguiente tres españoles, y ocho indios de los domésticos, que llaman Yanacuna a cortar las criznejas, y se pusieron a ello, con machetes que llevaban para lo que se les ofreciese y con fuego que les ayudase a cumplir su deseo. Cortaron las dos dellas antes que llegara el socorro de la otra banda. Con esto se fueron los espías al Cosco a dar cuenta a Gonzalo Pizarro de lo que pasaba, y ellos habían hecho, que fué mucho más de lo que dellos se esperaba. En este paso, capítulo ochenta y siete, dice el Palentino lo que se sigue, sacado a la letra.

Yendo caminando el presidente llegó fray Martín (lego de la orden de Santo Domingo) y díjole, como el día antes Lope Martín había echado tres criznejas, y que la noche pasada habían llegado tres soldados de Pizarro con indios, y habían echado fuego y quemado las dos, y que luego habían huído. Recibió grandísima pena el presidente desto, así porque se había perdido autoridad de haber tenido tan

poco tiento y prudencia en echar criznejas tan antes de tiempo, como de haber habido tanto descuido en guardarlas; y lo que mayor pena le dió fué creer que ya tenían aviso los contrarios; y que en tanto que el campo llegaba a la puente y se ponía en estado de pasar por ella, tenían tiempo los enemigos de venir a estorbar que se hiciese, o a lo menos que no pasasen; y que desta manera, o pasarían a gran riesgo, o serían forzados ir a pasar por Accha, de que resultaría grandes inconvenientes y mucho trabajo, y se perdería ánimo y reputación de su parte, y lo ganarían sus contrarios; y que también podrían tener noticia del camino que habían de llevar, y les podrían estorbar el camino por Accha. Consideradas, pues, estas cosas, parecía que el remedio de todo estaba en la brevedad; y así acordó que tras Valdivia y el capitán Palomino, partiese luego el general con las compañías de Pablo de Meneses y Hernan Mejía (que eran de arcabuceros) y que procurasen (si fuese posible) llegar a la puente aquella noche, así para procurar de pasar en balsas de la otra parte, para defender que no se quemase la crizneja que quedaba, como también para ayudar a extender las criznejas y hacer la puente; y que asimismo fuese Gabriel de Rojas con la artillería, para que con los indios della y su industria ayudase a las cosas de la puente; y dió orden que otras compañías fuesen siguiendo al general; y disimulando el presidente, que salía platicando cosas con el general, se fué con él; y echándole luego menos los obispos y otras muchas personas, se partieron tras él, quedando el mariscal con el campo, &c.

Hasta aquí es del Palentino. Dejaremos al presidente y a sus capitanes en el camino, y en las diligencias que hacían para reparar la puente, por decir lo que en aquellos mismos días y horas Gonzalo Pizarro y los suyos hacían, y lo que su maese de campo Francisco de Carvajal maquinaba y trazaba en su imaginación para los casos que según su milicia entendía que habían de suceder, para tenerlos prevenidos. Es así que luego que los espías de Gonzalo Pizarro le dieron cuenta de lo que en el rio Apurimac pasaba, mandó llamar a consejo a su maese de campo y capitanes, y les dió cuenta de lo que las espías decían, pidiéndoles parecer de lo que en aquel caso harían contra el enemigo, y a quien enviarían que defendiese el paso del río, y hiciese lo demás, según que las ocasiones y lances de la guerra se le ofreciesen. Francisco de Carvajal habló primero que otro alguno, y dijo: señor, esta jornada es mía y no hay para qué tratar de quien haya de ir, porque de derecho es mía. Gonzalo Pizarro dijo: mira, padre, que os he menester cerca de mí para lo que adelante se ofreciere: tenemos capitanes mozos y valientes, que cualquiera dellos podrá hacer ésta jornada. Carvajal replicó diciendo: señor, esta empresa es mía, suplico a vuesa señoría no me la quite, que mi buena fortuna me la ha ofrecido para honrarme con ella en los postreros días de mi vida, y para dar fin a nuestra pretensión con la ruina y destruición de nuestros enemigos; que yo prometo a vuesa señoría a fé

de buen soldado, que si me concede esta petición, de traerle dentro de cuatro días la corona de este imperio y ponérsela en la cabeza; y pues vuesa señoría tiene larga esperiencia del grande ánimo y deseo que tengo en verlo levantado en esta magestad. (de lo cual mis pequeños servicios le han dado largo testimonio) le suplico muchas y muchas veces no me niegue esta merced, pues la pido para grandeza de vuesa señoría y gloria mía y de todos los vuestros.

Gonzalo Pizarro volvió a decir lo mismo que había dicho, y que muy conocida tenía su voluntad y muy en la memoria sus hazañas, y que mediante ellas tenía el puesto en que estaba; pero que no quería verlo alejado de sí, por tenerle en lugar de tan buen padre, y con esto mandó que se votase sobre quien iría aquella jornada. De común parecer fué elegido el capitán Juan de Acosta, porque sintieron que Gonzalo Pizarro gustaría dello, que ya otras veces, como la historia lo dice, lo había enviado a semejantes empresas, y lo tenía elegido para las mayores y de más importancia que se ofreciesen, porque lo tenía por valiente, y lo era cierto; pero al capitán y caudillo, le conviene con la valentía ser diestro, prudente y sabio en la guerra, de lo cual faltaba a este capitán lo que le sobraba a su maese de campo. Los consejeros de los poderosos por la mayor parte son aduladores, que dan el consejo conforme al gusto y voluntad que el príncipe tiene, y no conforme a su necesidad.

El maese de campo Francisco de Carvajal, viendo la elección de Juan de Acosta, se volvió a él y le dijo: señor capitan, vuesa merced es tan dichoso como yo desdichado, pues me quitan la gloria, honra y fama que había de ganar en esta jornada, y se la dan a vuesa merced; y pues que así lo manda mi fortuna, quiero decirle lo que yo había de hacer para que vuelva con victoria y traiga la corona de este imperio que prometí al gobernador mi señor. Vuesa merced sale desta ciudad a las nueve del día: la puente está nueve leguas de aquí; hanse de andar poco más de siete caminando a paso moderado, ni largo, ni corto; llega a las dos de la tarde a tal parte, que son cuatro leguas de aquí donde puede parar una hora a merendar y dar de comer a las cabalgaduras. De allí sale a las tres de la tarde, y yendo a paso corto porque le conviene llegar tarde, llegará a las nueve de la noche a lo alto de la cuesta que está desta parte del río. Poco más abajo de la cumbre, legua y media de la puente, pegada al camino, está una hermosa fuente de muy linda agua. Llegando allí pare vuesa merced, y cene toda su gente, y mande que le hagan una cama de cuatro colchones con sábanas de Holanda y acuéstese en ella, y ponga alrededor de sí media docenas de arcabuces cargados y sin pelotas, que no las ha de haber menester. El presidente y los suyos con toda la diligencia que hicieren, no pueden llegar a la puente hasta tal hora del día; y aunque todos los diablos del infierno salgan a ayudarles a hacer la puente, no pueden echar la primera crizneja hasta tal hora de la tarde, y la segunda echarán ya de noche.

Empezarán a pasar a las nueve de la noche; subirán la cuesta arriba sin orden ni concierto porque no temen que hayan enemigos cerca, porque no se han de persuadir que hayamos hecho la diligencia que hemos dicho.

Llegarán los delanteros cerca de la cama de vuesa merced a las doce de la noche muertos de sed,¡con ansia de llegar a beber de la fuente A aquella hora mandará vuesa merced disparar los arcabuces que tuviere alrededor de su cama: hecho esto sin hacer otra cosa más, ni ver enemigo alguno, se vuelva a esta ciudad y pondremos la corona al gobernador mi señor: este fué el orden y aviso que el maese de campo Francisco de Carvajal, como tan práctico y esperimentado en la guerra, dió al capitán Juan de Acosta, el cual lo hizo tan en contra, que se perdió la corona y la vida de todos ellos, como adelante se verá.

Ordenaron que llevase docientos soldados, los más escogidos que tenía, y fuesen a caballo, y treinta lanzas con ellos, sin impedimento alguno, más de la comida necesaria para la gente y las cabalgaduras. Que aunque dijo Carvajal que hiciese cama de cuatro colchones con sábanas de Holanda, y los arcabuces sin pelotas, fué por facilitar la jornada: por dar a entender que sin tomar trabajo extraordinario y sin matar enemigos, solo con darles una arma verdadera, los había de desbaratar y vencer. Y decir que aunque todos los diablos del infierno saliesen a ayudarles, fué por encarecer la diligencia y solicitud que sus contrarios podían tener en hacer la puente, que estas maneras de hablar tenían en todas ocasiones aquel bravo soldado y gran capitán. (50)



CAPITULO XXXII

EL PRESIDENTE LLEGA AL RIO APURIMAC. LAS DIFICULTADES Y PELIGROS CON QUE LO PASARON. JUAN DE ACOSTA SALE A DEFENDER EL PASO. LA NEGLIGENCIA Y DESCUIDO QUE TUVO EN TODA SU JORNADA.

POR mucha priesa que el presidente y sus capitanes se dieron en su camino, no pudieron llegar aquel día a la puente; pararon dos leguas della, donde les anocheció; más luego que salió la luna volvieron a su camino, y mucha parte dél caminaron a pie por la aspereza de la tierra. Llegaron a la puente a las ocho del día, y con toda la diligencia que hicieron, no pudieron echar la primera crizneja hasta las doce, y la segunda echaron a la siete de la tarde; luego dieron en hacer el suelo de la puente con mucha rama, y sobre ella madera menuda, tejida una con otra como un zarzo de cañas; y a las diez de la noche empezaron a pasar los primeros, y también pasaron unos pocos soldados en una balsa que hicieron de la madera que llaman maguey, que es muy liviana, a semejanza de la caña-heja, que por acá se cría, aunque aquella es cogida para balsas: es más gruesa que la pierna de un hombre. Pasan la balsa con sendas sogas largas, asidas della, tirando a una parte y a otra del río. Los caballos pasaron a nado con grandísimo trabajo y peligro de ahogarse, porque por aquel parage no tenía el río entrada llana para que las bestias entrasen a él, y por tanto apretaron los caballos malamente y les forzaron a que se echasen al río como despeñados. El río con su mucha furia los arrebataba y daba con ellos en otras peñas, donde hacía codo y daba vuelta. En esta tormenta se ahogaron, como lo dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo quinto, más de sesenta caballos, y otros muchos salieron estropeados; y aunque en aquel sitio no podían pelear a caballo por la aspereza de él, hicieron aquella cruel diligencia de pasarlos, recelando y temiendo no viniese el enemigo antes que todos hubiesen pasado el río; que cierto tenían mucha razón de temerlo, porque el paso es peligrosísimo para haberlo de pasar en tiempo de guerra y los enemigos cerca;

porque para defenderlo y ganar honra en él, como Francisco de Carvajal lo pretendía, y se le aseguraba, es muy favorable al defensor del paso, y muy al contrario al que lo ha de pasar, por las dificultades que el río y todo aquel sitio tiene, y las cuestas tan largas y ásperas que a una banda y a otra están, que son de dos leguas de subida y bajada casi perpendicular, que yo las he visto, y no en balde se quejó Carvajal cuando pidió esta jornada y se la negaron. Que entre otras palabras dijo: que su buena fortuna se la había ofrecido para honrarle con ella en los postreros días de su vida, y para dar fin a su pretensión con la ruina y destruición de sus enemigos. Que Carvajal como tan experiementado en la guerra y que había visto todos los pasos por donde el enemigo podía entrarle, se prometía con certidumbre la victoria en cualquiera de los pasos, principalmente en el de Cotapampa, por ser más áspero y dificultoso que los otros.

Con las diligencias y trabajos referidos pasó la mitad del ejército hasta la media noche; y los primeros, puestos por su orden como mejor pudieron, subieron la cuesta arriba con deseo de llegar a lo alto della, antes que los enemigos lo tomasen, que era lo que más temían; y ganado aquel puesto, facilitaban y aún aseguraban la subida de todo el ejército. Yendo los primeros a media cuesta, se tocó una arma falsa, que no se supo quien la dió; causó tanto escándalo, turbación y alboroto, que aún los que no habían pasado el río, muchos dellos a pie y a caballo huyeron sin ver de quien, como si los fueran alanceando, y de esta manera se alteraron todos, que los capitanes Porcel, Pardave, y el capitán de la artillería Gabriel de Rojas, y otros muchos soldados de cuenta, que eran de retaguardia, y estaban en el cuerpo de guardia de la otra parte del río, viendo huir los que huían tan desatinadamente, dijeron todos a una: si esta arma es verdedera todos somos perdidos esta noche. Quiso la fortuna que como era falsa se aplacó en breve, y los huídos volvieron a su lugar, y todos se dieron más apriesa a seguir su camino. Los delanteros que subían la cuesta, también se alborotaron y huyeron con el arma, pero asegúraronse presto, sabiendo que era falsa, y caminando apriesa llegaron antes que amaneciese a la fuente donde los había de esperar Juan de Acosta, si guardara el orden de Francisco de Carvajal, que según el parecer de aquel varón, consistía la victoria de aquella jornada en aquel paso. Los que llegaron pasaron adelante, habiendo bebido con gran ansia del agua de la fuente, y llegando a lo alto de la cuesta, se pusieron luego en escuadrón; mas eran tan pocos y sin capitán, que cincuenta enemigos que los acometieran los desbarataran En breve tiempo llegaron más y más soldados, porque el general Pedro de Hinojosa, y el gobernador Pedro de Valdivia, que habían pasado la puente y estaban en lo bajo de la cuesta, les daban priesa y les animaban a que subiesen a lo alto. La otra mitad del ejército que estaba en la otra parte del río, por el alboroto recebido, no pudo pasar la puente hasta las nueve del día con la artillería, que la pasaron con mucho trabajo.

Luego caminaron a toda diligencia en pos de los suyos, donde los dejaremos, por decir de Juan de Acosta que salía del Cosco para defender el paso del río.

Aquel capitán, despachado por su maese de campo, salió de la ciudad con docientos arcabuceros a caballo y treinta lanzas, toda gente escogida. Caminó las cuatro leguas primeras, y allí paró sin pretender pasar adelante, bien olvidado de la orden que se le dió, y en aquel puesto hizo noche, donde estuvo tan descuidado y negligente, que dió ánimo y lugar a que se le huyesen dos soldados que dieron aviso de su ida. Otro día a más de las siete de la mañana, siguió su camino muy en contra del orden que Carvajal le dió, cuando lo elijieron por capitán de esta jornada. Aquel día se le huyó otro soldado que se decía Juan Núñez de Prado, natural de Badajoz, que dijo cuán cerca quedaba el enemigo, y el orden que Carvajal le había dado de lo que debía hacer, midiendo el camino y el tiempo por horas y leguas, de lo cual se espantaron muy mucho los del presidente, y mucho más cuando oyeron decir que había de dar el arma a tal hora de la noche, porque les parecía que no había faltado cosa alguna de las que Carvajal había dicho que sucederían en el campo del presidente. Decían, que pues con una arma falsa habían sentido tanto alboroto, ¿qué fuera dellos si fuera verdadera? Por esta negligencia de Juan de Acosta culparon a Gonzalo Pizarro de mal considerado, por no haber defendido aquellos pasos como lo escribe Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo cuarto, que habiendo dicho el escuadron que los del presidenre hicieron de indios y negros, dice lo que se sigue:

Y así cuando Juan de Acosta envió a reconocer la gente, creyó que había número tan desigual, que no los osó acometer, y se volvió por más gente, y entretanto el presidente hizo pasar todo el campo por la puente, que ya estaba acabada de aderezar; en lo cual se entendió el gran descuido que Gonzalo Pizarro tuvo, en no ponerse tan cerca que pudiese estorbar la pasada, porque solo cien hombres que pusiera en cada paso, fueran parte para defenderlo.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate, con que acaba aquel capítulo. Y tiene razón en lo que dice, que cierto los pasos son tan dificultosos que no hay encarecimiento que baste a pintarlos como ellos son. Viéndose Juan de Acosta, no lejos de la descendida de aquel mal paso según la relación de los corredores, se adelantó con seis de a caballo a correr el campo y descubrir los enemigos. Hallóles que estaban ya en lo alto de la cuesta, pero tan temerosos que para que el enemigo pensase que era mucha más gente, como lo dicen los historiadores, hicieron subir en las cabalgaduras a sus indios y negros, y les dieron lanzas y partesanas, y los pusieron en escuadrón formado. Y para que el enemigo no conociese la canalla, pusieron en la vanguardia tres o cuatro filas de españoles. los más bien armados que encubriesen los negros e indios. Y de los infantes hicieron otro escuadrón cerca el uno del otro. Juan de Acosta, engañado de su vista, no quiso tentar la

pelea; y aunque los autores dicen que envió a pedir socorro de trecientos arcabuceros, fué por entretener a Gonzalo Pizarro, porque imaginase que podía hacer algo; pero él no hizo cosa alguna de cuantas hiciera Carvajal si lo dejaran ir aquella empresa, que era de las suyas. Y aunque le enviaron el socorro, cuando se juntó con Juan de Acosta, viendo que no podía ofender a los del presidente, se retiró sin hacer cosa alguna y sin disparar siquiera un arcabuz, y fué a priesa al Cosco y dió cuenta a Gonzalo Pizarro de todo lo que había sucedido, y que el presidente estaba ya cerca dellos.



CAPITULO XXXIII

GONZALO PIZARRO MANDA ECHAR BANDO PARA SALIR DEL COSCO. CARVAJAL PROCURA ESTORBARSELO CON RECORDARLE UN PRONOSTICO ECHADO SOBRE SU VIDA. EL PRESIDENTE CAMINA HACIA EL COSCO. EL ENEMIGO LE SALE AL ENCUENTRO.

GONZALO Pizarro viendo el poco o ningún fruto que Juan de Acosta había hecho en su empresa, determinó salir a recebir al presidente y darle batalla, porque en ella tenía puesta toda su esperanza, por las victorias que siempre habían alcanzado, así de indios como de españoles. Mandó echar bando que para el día cuatro estuviesen todos apercibidos para ir a Sacsahuana, cuatro leguas de la ciudad, lo cual se mandó sin orden de Francisco de Carvajal, el cual habiéndolo sabido, fue muy alterado a Gonzalo Pizarro y le dijo: en ninguna manera conviene que vuesa señoría salga a recebir a su enemigo, que es aliviarle el trabajo que trae, y quitarle mucha parte dél, y tomarlo para sí y para los suyos, en lugar de aumentárselo al contrario. Suplico a vuesa señoría me crea y fie algo de mí. Pizarro le respondió, que tenía elegido en Sacsahuana un sitio tal y tan bueno para dar batalla, donde sus enemigos no podían acometerle sino por delante, y que con su artillería sin llegar a las manos esperaba desbaratarles. Carvajal replicó: señor, de esos lugares fuertes hay muchos a cada paso en esta tierra, y yo sabré cuando vuesa señoría me lo mande, escogerlo tal que nos asegure la victoria. Lo que yo pretendo es, que estas cuatro leguas que vuesa señoría sale a recebir a su enemigo, las ande hacia atrás y le espere en el sitio llamado Orcos, que está cinco leguas de aquí y ande el enemigo las unas y las otras, que en la retirada destas cinco leguas verá vuesa señoría la confusión, pesadumbre y trabajos que a sus contrarios les causa, y la dificultad que tendrán para seguirle; y cuando vuesa señoría lo haya visto, podrá elegir lo que mejor le estuviere, o darles batalla como lo desea, o llevar adelante su retirada, como yo lo tengo suplicado, y de nuevo lo suplico

que vuesa señoría se retire, en lugar de salir a recebirles, aunque no sea más de por no menospreciar lo que dice en su favor, ni favorecer lo que dice en su daño un pronóstico que los astrólogos judiciarios (como es notorio) han hecho en los sucesos de vuesa señoría y en su vida. que han dicho que tal año della corre vuesa señoría grandísimo riesgo de perdella; pero que si sale dél vivirá otros muchos en gran felicidad. El año de los de la vida de vuesa señoría con el cual nos amenazan, es el que tenemos presente y tan cerca de cumplirse, que no le falten muchos meses ni aún semanas, y pues el pronóstico es tan en contra como el favor de vuesa señoría siga y favorezca lo que es en beneficio de su vida: y huya y abomine lo que le es en daño, siquiera hasta ver cumplirse el plazo, porque no se queje de si mismo, ni de ocasión a que sus aficionados presentes y venideros lo lloren de lástima, de que no mirase estas cosas como se debe mirar, que aunque las astrologías no tienen bastante certificación de lo que dicen para que las crean, todavía me parece que es bien dejar pasar los términos (si se puede hacer) para ver si se mienten o dicen verdad. A vuesa señoría no le fuerza necesidad alguna a dar batalla; antes por muchas causas y razones está obligado a dilatarla para cobrar más ventajas sobre las que hoy tiene ¿Quién nos hace fuerza a aventurar lo que podemos asegurar con andarnos holgando de tierra en tierrra con mucho gusto y regalo nuestro y a mucha costa y pesar de nuestros enemigos. siquiera hasta ver pasado este año astrológico que tanto nos amenaza y tanto nos promete? Gonzalo Pizarro habló pocas palabras, y en suma dijo, que en ninguna manera le aconsejase retirarse poco ni mucho, ni lejos ni cerca, porque no convenía a su reputación y honra, sino seguir su ventura y dar fin a lo que tenía determinado, que era esperar a su enemigo en Sacsahuana, y dar la batalla sin mirar en luna ni en estrellas. Con esto acabaron su plática, y Carvajal salió muy afligido de ella diciendo entre sí y entre sus amigos: que era fatal determinación que el gobernador su señor tenía en el término de su vida, y así lo entendían todos de ver que tan precipitadamente sin mirar por su salud y estado se fuese a entregar a sus enemigos: decían que no era falta de entendimiento, pues lo tenía bastante, sino que debía de ser sobra de influencia de signos y planetas que le cegaban y forzaban a que pusiese la garganta al cuchillo. pues no admitía consejo tan saludable como el de su maese de campo.

Volviendo al presidente, que nos conviene trocar muchas veces las manos de una parte a otra como tejedor, para que de ambas se haga la tela, decimos: que con la retirada del capitan Juan de Acosta quedó el campo libre para que el ejército real pudiese caminar sin recelo de enemigos: más por el mucho estorbo que llevaba con la artillería, munición y bastimento, no pudo salir de aquel puesto hasta el cuarto día, que los tres fueron menester para que todo aquel carruaje subiese la cuesta del río y llegase donde el ejército estaba. El presidente mandó luego que caminasen y pasasen adelante con mucha

orden y diligencia; más por mucha que los ministros ponían, por el grande estribo que llevaban, no podían caminar todo lo que quiseran que la mayor jornada fué de dos leguas, y las más fueron de una, y a cada jornada paraban un día y dos hasta que llegaba la retaguardia.

Entre tanto Gonzalo Pizarro daba priesa a los suyos para salir del Cosco, e ir a Sacsahuana a esperar a su enemigo y darle batalla. Sus capitanes, que todos eran mozos y valientes, no teniendo más atención que a su valentía, y confiados en ella, daban priesa a la salida por ver el fin de aquella jornada que con ella se imaginaban ya ser señores del Perú. Empero a Francisco de Carvajal y a los de su bando y opinión, que era la gente más considerada y más allegada a razón de guerra, se le hacía muy de mal salir a recebir al enemigo, principalmente no llevando gente de quien fiar tan confiadamente la vida, y todo el resto, como Gonzalo Pizarro lo fiaba de los que tenía consigo, siendo más de los trecientos dellos de los de Diego Centeno, gente rendida de tan poco tiempo atrás, que muchos dellos todavía traían parches en la heridas. Los cuales como enemigos, antes habían de procurar su destruición que desear su aumento; para lo cual el día de la batalla en lugar de pelear habían de huir y quitar el ánimo y esfuerzo a los fieles amigos de Gonzalo Pizarro.

Con estas consideraciones andaban muy descontentos; y el maese de campo Francisco de Carvajal siempre que se ofrecía volvia a disuadir a Gonzalo Pizarro a ver si pudiese retraerle de su intención a que no se pusiese en tan clara y manifiesta destruición de su vida, hazañas y honra y todo su ser. Más como Dios lo ordenase, según los contrarios decían, que las culpas de Gonzalo Pizarro los llevasen al castigo merecido, no quiso seguir otro parecer sino el suyo. Lo cual dió tanto disgusto a sus aficionados, que propusieron en su ánimo de negarle en pudiendo. Acerca desto doy fé, que después de la batalla de Sacsahuana ya en sana paz, hablándose destos sucesos, oí a algunos hombres principales de los que entonces andaban con Gonzalo Pizarro que si se retirara, como se lo aconsejaba su maese de campo, no le negaran hasta morir, porque tenían por oráculo a aquel hombre, y de sus consejos militares por su mucho saber y larga esperiencia esperaban todo buen suceso y prosperidad. Gonzalo Pizarro obstinado en su mal daño, salió de la ciudad del Cosco a los últimos de marzo de mil y quinientos y cuarenta y ocho años, y en dos días fué a Sacsahuana (aunque no hay más de cuatro leguas) por el mucho estorbo que llevaba con el bastimento, artillería y carruage, que quiso ir bien proveido de todo lo necesario; porque si el enemigo se detuviese en su camino, no padeciese hambre o necesidad de alguna cosa de las forzosas que un ejército ha menester. Y aunque como se ha dicho hizo esta jornada contra la voluntad de los más de sus amigos, no osaron contradecírsela, porque vieron que estaba resuelto y determinado de hacerla; y así casi todos se confirmaron con el propósito de mirar cada uno lo que en su particular le conviniese, que era negar a Gon-

zalo Pizarro, porque veían bien que él iba a entregarse a la muerte, que le estaba llamando muy apriesa en lo mejor y más felice de su vida, pues andaba en los cuarenta años y dos de su edad, y había vencido cuantas batallas indios y españoles le habían dado; y últimamente seis meses antes (aun no cumplidos) había alcanzado la victoria de Huarina, con la cual encumbrado sobre todos los famosos del Nuevo Mundo. Estas prosperidades y las que pudiera esperar, y su vida con ellas, llevo á enterrar al valle de Sacsahuana.

——— ———

CAPITULO XXXIV

LLEGAN A SACSAHUANA LOS DOS EJERCITOS: LA DESCONFIANZA DE GONZALO PIZARRO DE LOS QUE LLEVABA DE DIEGO CENTENO. Y LA CONFIANZA DEL PRESIDENTE DE LOS QUE SE LE HABIAN DE PASAR. REQUERIMIENTOS Y PROTESTACIONES DE PIZARRO, Y LA RESPUESTA DE GASCA. DETERMINAN DAR BATALLA; Y EL ORDEN DEL ESCUADRON REAL.

ASENTO Gonzalo Pizarro su ejército en una rinconada que en aquel valle se hace de un río (aunque pequeño) que pasa por él, y de una sierra áspera, que ambos vienen a juntarse en punta, y queda allí el sitio de tal manera fuerte, que ni por un lado ni por el otro, ni por las espaldas le podían acometer. El río tenía por la banda de las sierras unas muy altas barrancas; entre ellas y el mismo río mandó Gonzalo Pizarro asentar los toldos, porque el llano que estaba entre la barranca y la sierra quedase desembarazado para formar allí su escuadrón. El presidente que como dijimos iba a paso muy corto, llegó tres días después de Gonzalo Pizarro, y otros tres gastaron en algunas escaramuzas que hubo entre la gente suelta de la una parte y de la otra; pero no hubo cosa de momento de poderse contar. Entretanto acabó de llegar al llano todo el ejército imperial, que por la aspereza de la sierra por donde iban y por el mucho estorbo que llevaban no pudieron llegar antes. Otros dos días estuvieron a la mira los unos y los otros sin acometerse, más de estar muy recatados Gonzalo Pizarro y sus capitanes, de que no se le huyese alguna gente y se pasase al presidente. Que para salir a recebir a sus contrarios con determinación de darle batalla, parece que no convenía tener tan poca confianza de los que llevaban consigo Pero Gonzalo Pizarro (aunque tarde) tuvo esta desconfianza por los que de Diego Centeno iban en su ejército que eran más de trecientos por los cuales dijo Francisco de Carvajal que les diese sendas lanzas de Centeno y que los enviase con Dios, porque de enemigos rendidos no se podía asegurar jamás que fuesen

buenos amigos para fiar dellos la hacienda, la vida y la honra todo junto. Esta desconfianza de Gonzalo Pizarro también la dice Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y ochenta y seis, por estos términos.

Salió pues Pizarro con mil españoles y más, de los cuales los docientos llevaban caballos, y los quinientos y cincuenta arcabuces: más no tenía confianza de todos. por ser los cuatrocientos de aquellos de Centeno; y así tuvo mucha guarda en que no se le fuesen, y alanceaba a los que se le iban, &c.

Hasta aquí es de aquel autor. Por el contrario el presidente estaba con grandísima confianza de los que se le habían de venir de sus enemigos, particularmente del licenciado Cepeda, del cual, como lo dice el mismo autor en el mismo capítulo que es bien largo, tenía promesa, que se la envió con fray Antonio de Castro, de la orden de los predicadores, que en aquellos tiempos fué prior en Arequepa, diciendo que si Gonzalo Pizarro no viniese en concierto alguno, que él se pasaría al servicio del emperador a tiempo que deshiciese a Pizarro, &c.

Con esta confianza entró el presidente en consulta con sus capitanes si sería bien dar batalla o escusarla, por vedar las muertes que de ambas partes podía haber; y aunque todos quisieran que no hubiera batalla, les pareció por otra parte que no era bien dilatarla por la necesidad que tenían de los bastimentos y de leña, y aun de agua, que la traían de muy lejos De todo lo cual estaban los enemigos muy abundantes, y temían el presidente y sus capitanes no se fuesen los suyos a los contrarios, forzados de hambre; y por tanto acordaron que otro día se diese la batalla. Gonzalo Pizarro envió aquel mismo día requerimientos y protestaciones al presidente, como lo dice el mismo autor en el capítulo alegado por estas palabras.

Envió Pizarro dos clérigos, uno tras otro, a requerir a Gasca por escrito, que le mostrase si tenía provisión de el emperador en que le mandase dejar la gobernación; porque mostrándosela originalmente él estaba presto de la obedecer y dejar el cargo y aún la tierra. Pero si no se la mostrare que protestaba darle batalla, y que fuese a su culpa y no a la suya. Gasca prendió a los clérigos, avisado que sobornaban a Hinojosa y a otros· y respondió que se diese enviándole perdón para él y para todos sus secuaces, y diciéndole cuánta honra habría ganado en hacer al emperador revocar las ordenanzas si quedaba por servidor y en gracia de su magestad como solía, y cuánta obligación le tendrían todos dándose sin batalla; unos por quedar perdonados, otros por quedar ricos, otros por quedar vivos, ca peleando suelen morir. Más era predicar en desierto por su gran obstinación y de los que le aconsejaban ca estaban como desesperados o se tenían por nvencibles, y a la verdad ellos estaban en muy fuerte sitio y tenían gran servicio de ndios y comida.

Hasta aquí es de Gomara sacado a la letra, donde dice en suma lo que hemos dicho a a larga; y lo que dice que tenían gran servicio

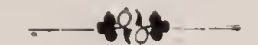
de indios, es así, que todos los indios generalmente servían a Gonzalo Pizarro con grandísima afición, por lo que atrás dijimos que tuvieron por hijos del sol, y hermanos de sus reyes Incas a los primeros españoles que allá fueron, y así les llamaron Incas; y como Gonzalo Pizarro fué uno de ellos, y hermano del marqués don Francisco Pizarro, nunca le perdieron el amor y respeto. que como a Inca le tenían, y a su muerte le lloraron tiernamente.

La noche antes de la batalla determinó Juan de Acosta de ir con cuatrocientos arcabuceros, y acometer el ejército imperial, a ver si podía soldar algo de la quiebra y negligencia que en la jornada pasada tuvo. Porque entre los soldados que a ella fueron se murmuraba largamente su descuido y poca o ninguna milicia. Y Francisco de Carvajal cuando supo los sucesos que hubo de la una parte y de la otra, lloró su desventura, que le hubiesen quitado la mayor hazaña que su fortuna al cabo de su vejez le había ofrecido para colmo de sus hazañas. Estando Juan de Acosta apercibido para dar la encamisada, supieron que se había huído un soldado de Diego Centeno; y sospechando que habría dado aviso de la ida de Acosta dejaron de ir y a Gonzalo Pizarro no le pesó dello por parecerle que lo más seguro para alcanzar la victoria, era dar batalla campal, y no armas y rebatos nocturnos. Y así lo dice Gomara en este paso que dijo a Juan de Acosta: Juan, pues lo tenemos ganado, no la queráis aventurar, que fué soberbia y ceguera para perderse.

Hasta aquí es de Gomara. La soberbia y ceguera de Pizarro y de sus capitanes, fué imaginar que todos habían de pelear como ellos; y que haciéndolo así todos, no podían perder la victoria; pero sucedióles en contra, que ni pelearon los se que tenían por valientes ni los reputados por cobardes.

El soldado que se huyó de Gonzalo Pizarro dió aviso al ejército real que Juan de Acosta y los suyos quedaban percibidos para venir encamisados a darle arma y batalla. Obligó al presidente y a todo su ejército a estar puestos en escuadrón toda la noche, donde pasaron tanto frío, que (como lo dicen los autores Gomara y Zárate) se les caían las lanzas de las manos, que no las podían tener de frío. Luego que amaneció, que fué el día noveno de abril de mil y quinientos y cuarenta y ocho años, se pusieron en escuadrón los del rey mejorados de como habían estado la noche antes. Pusieron toda la infantería junta con sus capitanes ya nombrados, con dos mangas de arcabuceros a una mano y a otra. Al lado izquierdo de la infantería pusieron docientos caballos, con los capitanes Diego de Mora, Juan de Saavedra, Rodrigo de Salazar, y Francisco Hernandez Girón, a quien Zárate llama Aldana. Y al lado derecho iban los capitanes Gomez de Alvarado, y don Pedro Cabrera, y Alonso Mercadillo, con otros docientos de a caballo para guarda del estandarte real, que el licenciado Carvajal alférez general, llevaba, e iba con estos capitanes. A la mano derecha dellos (buen espacio en medio) iba el capitán Alonso de Mendoza;

con él iba Diego Centeno: tenían en su compañía sesenta caballeros, que los más dellos o casi todos eran de los que escaparon de la batalla de Huarina; que como compañeros en los trabajos y adversidades pasadas, no quisieron otro capitán sino a Alonso de Mendoza. Estos se pusieron cerca del río para socorrer a los que por aquella banda viniesen huyendo, que bien sabían que por todas partes había de haber gente que se pasase al ejército real; y por aquella banda corrían más peligro los huídos. El capitán Gabriel de Rojas trabajaba en bajar la artillería al llano, que se hacía con mucha dificultad por la aspereza de la sierra. El general Pedro de Hinojosa y el maese de campo Alonso de Alvarado, y el sargento mayor Pedro de Villavicencio, y el gobernador Pedro de Valdivia con ellos, andaban ordenando los escuadrones. A las espaldas de todos ellos, estaba el presidente con los tres obispos, el de los Reyes, y el de el Cosco, y el de Quitu, y los provinciales de la orden de los Predicadores, y el de nuestra Señora de las Mercedes, sin otro mucho número de clérigos y frailes que andaban en el ejército. En resguardo de todos ellos estaban cincuenta de a caballo, porque si viniese a ellos algún desmandado hubiese quien los defendiese.



CAPITULO XXXV

SUCESOS DE LA BATALLA DE SACSAHUANA HASTA LA PERDIDA DE GONZALO PIZARRO.

DE la otra parte Gonzalo Pizarro, luego que esclareció el día, mandó tocar arma, y que subiese la gente al llano, que está entre la barranca del río y la sierra, para formar allí su escuadrón. Mandó subir la artillería y plantarla en un puesto eminente. Mandó al licenciado Cepeda, como lo dice Gomara, que ordenase la batalla; porque el maese de campo Francisco de Carvajal, como hombre desdeñado de que Gonzalo Pizarro no hubiese querido seguir su parecer y consejo (dándose ya por vencido) no quiso aquel día hacer oficio de maese de campo como solía; y así fué a ponerse en el escuadrón con su compañía, como uno de los capitanes de la infantería; y así los historiadores no hacen mención dél en lo que fué ordenar la gente.

Andando todos muy diligentes para ponerse cada uno en su puesto, Garcilaso mi señor, salió de entre ellos, y con achaque de que el indio que había de llevar la lanza no se la hubiese llevado, bajó hacia el río dando voces al indio; y luego que se encubrió con la barranca del río, fué hacia el escuadron real, y habiendo pasado una ciénaga pequeña que estaba entre los dos escuadrones, y bajaba al rio, subió la barranca, y fué al descubierto de ambos ejércitos a presentarse al presidente. El cual lo recibió y lo abrazó con mucha alegría y contento, y le dijo: señor Garcilaso, siempre esperé que vuesa merced había de hacer semejante servicio a su magestad, y en tal ocasión, Garcilaso, mi señor, respondió: señor, como prisionero sin libertad, no he podido servir a su magestad ni a vuesa señoría antes de ahora, que nunca me faltó el ánimo de hacerlo. Gonzalo Pizarro cuando supo que se había ido Garcilaso, le pesó mucho; pero mostró no sentirlo por no desmayar los suyos; y topándose con un primo hermano de mi padre, que se decía Gomez Suarez de Figueroa, le dijo: Garcilaso se nos ha ido, ¿paréceos que queda bien librado si vencemos? Díjolo así, porque todavía esta-

ba engañado de su falsa esperanza que había de alcanzar victoria; más no tardó nada en venir el desengaño. La ida de mi padre fué, como se ha dicho, aunque dos de los historiadores nombran primero al licenciado Cepeda, y luego a mi padre y a otros, como que fueron juntos; pero no tuvieron la relación por su discurso cómo pasó el hecho. El otro historiador lo cuenta como lo hemos dicho, y nombra primero a Garcilaso mi señor, y a un primo suyo, y a otros con ellos; y dice que fué mucho desman para Gonzalo Pizarro, y prosiguiendo dice: y luego tras estos vino también huyendo el licenciado Cepeda. Garcilaso de la Vega mi señor, se fué solo sin compañía alguna, y para irse así lo previno antes: que luego que Gonzalo Pizarro asentó su real en aquel sitio, que fué tres días antes que el presidente llegase, salió mi padre a reconocer el campo y ver por donde pudiese irse más a su salvo, porque bien sabía que Gonzalo Pizarro y sus capitanes andaban muy a la mira de los que pudiesen huírseles. Y mi padre para tener achaques de apartarse dellos, mandó al indio que le había de llevar la lanza que no la llevase, sino que se estuviese en la tienda para venirle a buscar como lo hizo. Y fué encubierto con la barranca, porque no le viesen los del escuadrón que estaban en lo alto. Todo esto le oí yo a él mismo cuando después, ya en toda paz, se hablaba de los trances y sucesos que en aquellos tiempos pasaron. También oí a Garcilaso mi señor, que después que Gonzalo Pizarro le tomó su caballo Salinillas, en la batalla de Huarina, como atrás se dijo, que de industria se había estado sin comprar caballo de estima, porque Gonzalo Pizarro viéndole a pie le volviese su caballo, o le diese otro de los suyos, que los tenía tales; y así sucedió el hecho, que cuatro días antes que Gonzalo Pizarro saliese del Cosco para la batalla de Sacsahuana, le envió el caballo Salinillas, y que cuando lo vió en su casa, le pareció que se lo había traído un angel del cielo. Hemos dicho estas particularidades, no por abonar a mi padre, que ya eso está pasado en cuenta, como en otra parte dijimos, sino por decir verdad en todo suceso, contándolo por sus días, horas y momentos, que no pretendo agraviar a nadie, quitándole su lugar y poniéndole otros con él, que no hay para qué hacerlo, que no es de historiadores sino decir verdad llanamente; y con esto volveremos al discurso de aquella batalla.

El escuadrón de Gonzalo Pizarro se ordenó como mejor le pareció al licenciado Cepeda. Por la banda de la sierra salió una manga de sus arcabuceros a escaramuzar con los contrarios. Los capitanes Hernan Mejía de Guzman, y Juan Alonso Palomino, salieron a ellos con sus compañías de arcabuceros, y les hicieron retirar, aunque sin daño alguno de las partes. Entre tanto jugaba la artillería de ambos ejércitos: la de Gonzalo Pizarro no hacía efecto porque el escuadrón del presidente estaba puesto en un bajo como hoya. La artillería pasaba por alto: la del presidente estaba en muy buen puesto, que señoreaba todo el campo del contrario, donde dicen los historiadores que metieron muchas balas, y que mataron dos hombres y es así, y el uno dellos

era page de Gonzalo Pizarro. El licenciado Cepeda que andaba ordenando el escuadrón, y deseaba pasarse al presidente, fingió que iba a reconocer otro mejor sitio que el que tenía el escuadrón; y viéndose algún tanto apartado, dió de espuelas al caballo, que era muy hermoso de color castaño oscuro, e iba encubertado todo el cuello y pechos, y caderas de cuero de vaca, galanamente aderezado, teñido de negro, que parecía muy bien, así por la novedad del ornato como por la singularidad de él, que fué tan solo: que en aquellos tiempos, ni después acá, hasta que salí de aquella tierra, no ví otro caballo encubertado. Y aún a aquel y a su dueño hizo daño la honra de la cubierta; porque yendo corriendo (ya buen espacio de los de Pizarro) salió en su seguimiento Pedro Martín de Don Benito, en un caballazo largo y seco como un palo, que también se lo conocí; era zaino, y en un tranco alcanzaba más tierra que otros en tres o cuatro; y así alcanzó al licenciado Cepeda a la entrada del atolladero, que estaba cerca del escuadrón real y dió una lanzada al caballo en las caderas, de que cayó en el cieno, y otra al caballero en el muslo derecho, y lo acabara de matar si no vinieran al socorro cuatro caballeros de los de Alonso de Mendoza que, como dijimos, se habían puesto en aquel sitio para semejantes lances. La cubierta dañó al caballo, que si no fuera por ella, corriera más, y se librara Pedro Martín de Don Benito, que era un vejazo seco, duro y avellanado. El cual, habiendo hecho aquel lance, se volvió a priesa a los suyos,y el licenciado Cepeda, mediante el socorro que llegó a tan buen tiempo, salió de la ciénaga, y fué a besar las manos al presidente. El cual los recibió con grandísima alegría, como lo muestra Gomara, capítulo ciento y ochenta y seis, por estas palabras.

Gasca abrazó y besó en el carrillo a Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido a Pizarro con su falta.

Hasta aquí es de Gomara. Entretanto se pasaron otros muchos soldados, unos por una banda y otros por otra, como se hallaban así los de a caballo como los de a pié. Entre ellos acertó a ir Martín de Arvieto, de quien hicimos mención en la batalla de Huarina, y prometimos decir en particular algunas cosas suyas; sea una dellas ésta: Iba en un buen caballo a la brida con una lanza de ristre, que pocas se usaron en aquella tierra entonces ni después Junto a Martín Arvieto iba un soldado llamado Pedro de Arenas, natural del Colmenar de Arenas, hombre de pequeña estatura, muy pulido, hombre de bien, y por ende buen soldado (que yo conocí después); iba en una yegua muy galana, remendada de blanco y alazano, pequeña de cuerpo también como su amo; la cual era más para pasear las calles de la corte que para entrar en batalla. Martín de Arvieto iba deteniendo su caballo, para no desamparar al que se había puesto debajo de su amparo. Pedro Martín de Don Benito, que había alanceado cuatro o cinco peones, viendo que se iban los dos de a caballo, salió tras ellos para lancearlos. Martín de Arvieto que iba delante de su compañero pasó la ciénaga facilmente: la yegua de Pedro de Arenas se entrampó en

ella y para salir apriesa dió dos o tres vaivenes, de manera que dió con su amo en el lodo, porque la silla iba floja, mal cinchada, y era de la brida. Arvieto que lo vió, volvió a pasar la ciénaga, y se puso en derecho de Pedro Martín de Don Benito, porque no matase al amigo. Pedro Martín, viendo que Arvieto iba a pelear con él, paró su caballo y se detuvo quedo. Martín de Arvieto le dijo entonces: pasa adelante villano ruin, veremos quien mamó la mejor leche; pero Martín no aceptó el desafío, y sin hablar palabra se volvió a los suyos En una de las salidas semejantes que Pedro Martín hizo le alcanzó una pelota desmandada, y le pasó la mano derecha, y se le cayó la lanza, y sin ella se fué a Gonzalo Pizarro, y le dijo: yo estoy ya de ningún provecho para el servicio de vuesa señoría, diciendo esto se fué a poner con los últimos de a caballo. Entretanto que pasaban estas cosas, no cesaban de pasarse al escuadrón real los soldados que podían, así infantes como caballos. Francisco de Carvajal, viendo que por no haberle creido, Gonzalo Pizarro se iba perdiendo a toda pricsa, empezó a cantar en voz alta.

Estos mis cabellicos madre, dos a dos me los lleva el aire. Y no cesó de cantar haciendo burla de los que no habían admitido su consejo, hasta que no quedó soldado alguno de los suyos. De la manga de arcabuceros que estaban a la mano derecha del escuadrón de Gonzalo Pizarro, salieron treinta y tantos arcabuceros, mostrándose muy fieles, dando a entender que iban a trabar escaramuza con los contrarios; más viéndose algo apartado de los suyos, corrieron a toda furia a meterse en el escuadrón real, y estos y los que antes se habían huído, todos decían al general y a sus ministros que no saliesen a pelear, sino que se estuviesen quedos. que muy presto se pasarían todos los de Pizarro y lo dejarían solo, y así salió el hecho; porque Gonzalo Pizarro mandó a treinta de a caballo que fuesen en pos de los peones y los detuviesen; más ellos lo hicieron tan esforzadamente, que se fueron a entregar a los del presidente así como los infantes. De los arcabuceros que estaban a la siniestra del escuadrón de Pizarro se huyeron otros cuarenta, y ninguno de los de Pizarro se atrevió a seguirles, porque los arcabuceros iban a buen paso concertado, volviendo atrás el rostro con ánimo de defenderse y ofender a los que se atreviesen a contradecirles. También dejaron de seguirlos, porque Alonso de Mendoza y Diego Centeno, con los sesenta caballos que allí tenían, pasando la ciénaga, se habían puesto más cerca para socorrer los que por aquella parte se fuesen a ellos. Carvajal no cesaba de su canto, que a cada cuadrilla que se les iba lo entonaba de nuevo. Los piqueros que estaban en el escuadrón, viendo los arcabuceros que del un lado y del otro del escuadrón se habían huído, y que ellos no podían fingir que iban a escaramuzar con los contrarios, soltaron las picas todos a una y echaron a huir por diversas partes, con que se acabó de deshacer el escuadrón de Gonzalo Pizarro. Esta fué la batalla de Sacsahuana (si se puede llamar batalla), en la que no hubo golpe de espada ni encuentro de

lanza, ni tiro de arcabuz de enemigo a enemigo, ni otra más pelea que la que se ha referido. Y fué tan breve la ruina de Gonzalo Pizarro, que se gastará más tiempo en leer este capítulo,que se gastó en pasar los trances que en él se cuentan. De la parte de Pizarro, como lo dice Gomara, murieron diez o doce: estos murieron a manos de Pedro Martín de Don Benito y de otros ministros semejantes, que atajaban los que se huían, que los del presidente no mataron ninguno de los enemigos; que aunque los historiadores dicen que estaban los escuadrones a tiro de arcabuz, era a tira más tira, que había más de quinientos pasos en medio. De la parte contraria murió solo uno, por descuido de otro de los suyos, que le dió un pelotazo.



CAPITULO XXXVI

GONZALO PIZARRO SE RINDE POR PARECERLE MENOS AFRENTOSO QUE EL HUIR. LAS RAZONES QUE ENTRE EL PRESIDENTE PASARON. LA PRISION DE FRANCISCO DE CARVAJAL.

EL postrer lance de la pérdida de Gonzalo Pizarro fué el que hicieron los piqueros en derribar las picas en el suelo y huir por todas partes, con lo cual sus capitanes y él quedaron pasmados, porque no imaginaban tal. Gonzalo Pizarro, volviendo el rostro a Juan de Acosta que estaba cerca dél, le dijo: ¿qué haremos hermano Juan? Acosta, presumiendo más de valiente que de discreto, respondió: señor, arremetamos y muramos como los antiguos romanos. Gonzalo Pizarro dijo: mejor es morir como cristianos. Gomara dice en este paso, capítulo ciento y ochenta y seis: fué palabra de cristiano y ánimo de esforzado, quiso rendirse antes que huir: ca nunca sus enemigos le vieron las espaldas, &c. Poco más abajo dice: iba muy galán y gentil hombre, sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas, con una sobre-ropa de raso bien golpeada, y un capacete de oro en la cabeza, y un barbote de lo mismo, &c.

Hasta aquí es de Gomara. Agustín de Zárate añade, que la ropa que llevaba sobre las armas era de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapas de oro, y que dijo a Juan de Acosta: pues todos se van al rey, y yo también, &c. Diciendo esto caminó hacia el escuadrón real con los capitanes que quisieron seguirle, que fueron Juan de Acosta, y Maldonado, y Juan Velez de Guevara, que Diego Guillen se había pasado al presidente. Yendo así se encontró con Pedro de Villavicencio, y viéndole ir bien acompañado, le preguntó quién era; y sabiendo que era el sargento mayor le dijo: yo soy Gonzalo Pizarro y me rindo al emperador. Diciendo esto le entregó un estoque que llevaba en la mano, que la lanza, como lo dice Zárate, la había quebrado en su misma gente que se le huía. Villavicencio estimó en mucho la buena suerte que le cupo, y así con muy buenas palabras le rindió las

gracias de la merced que le hacía en entregársele: y en reconocimiento della no quiso pedirle la espada y daga que llevaba ceñida, que era de mucho valor, porque toda la guarnición era de oro. Poco más adelante encontraron a Diego Centeno, el cual se vino a Gonzalo Pizarro y le dijo: mucho me pesa de ver a vuesa señoría en este trance.

Gonzalo Pizarro se sonrió tanto cuanto, y dijo: no hay que hablar en eso, señor capitan Diego Centeno: y yo he acabado hoy, mañana me llorarán vuesas mercedes. Sin hablar más palabra se fueron hasta donde estaba el presidente, el cual los recibió como lo dicen los tres autores, cuyas palabras pondremos aquí, las de cada uno de por sí, sacadas a la letra. Zárate, libro séptimo, capítulo séptimo, dice: y así fué llevado al presidente, y pasó con él ciertas razones, y pareciéndole aquellas desacatadas, le entregó a Diego Centeno, que le guardase, &c.

Las de Gomara, capítulo ciento y ochenta y seis son éstas: Villavicencio, alegre con tal prisionero, lo llevó luego, así como estaba a Gasca, el cual entre otras cosas le dijo: si le parecía bien haberse alzado con la tierra contra el emperador. Pizarro dijo: señor, yo y mis hermanos la ganamos a nuestra costa, y en querella gobernar como su magestad lo había dicho, no pensé que erraba. Gasca entonces dijo dos veces, que le quitasen de allí con enojo: dióle en guarda a Diego Centeno que se lo suplicó, &c. Las razones del Palentino, capítulo noventa, son las que se siguen:

Gonzalo Pizarro fué llevado al presidente, a quien (siendo apeado) hizo su mesura: el presidente le quiso consolar, juntamente con representarle su yerro; a lo cual Pizarro se mostró obstinado y duro, respondió, que él había ganado aquella tierra, y coloreando en alguna manera, lo que había hecho, daba sus disculpas, y hablando de tal suerte, que forzó al presidente a responderle áspero; porque le pareció que convenía satisfacer a tantos como le oían; y le dijo: que no le bastaba andar fuera de la fidelidad que debía a su príncipe, sino que aún en aquel tiempo se le quisiese mostrar ingrato y obstinado; y que habiendo su magestad hecho merced a su hermano el marqués de lo que le dió, con que a él y a sus hermanos debía hecho ricos de muy pobres, y levantándolos del polvo de la tierra, también lo desconociese; especialmente que en el descubrimiento de la tierra él no había hecho nada, y que su hermano, que lo había hecho todo, había siempre mostrado bien cuan entendida tenía la merced que su magestad le había hecho, no solo mostrándosele fiel, empero muy acatado; y sin aguardar el presidente que a esto le diese respuesta alguna, dijo al mariscal que se lo quitase de delante, y le entregó a Diego Centeno.

Hasta aquí es del Palentino. Y porque estos tres autores, cada uno de por sí, se muestran escasos en este paso, que no quieren decir por entero lo que pasó, lo diremos historialmente cómo sucedió.

Llegando Gonzalo Pizarro donde el presidente estaba, que lo halló sólo con el mariscal, que los demás magnates se habían retirado

lejos, por no ver al que habían negado y vendido, le hizo su acatamiento a caballo como iba, que no se apeó porque todos estaban en sus caballos, y el presidente hizo lo mismo, y le dijo: si le parecía bien haberse alzado con la tierra del emperador, y héchose gobernador della contra la voluntad de su magestad, y muerto en batalla campal a su visorey. Respondióle: que él no se había hecho gobernador, sino que los oidores a pedimento de todas las ciudades, de aquel reino, se lo habían mandado y dádole provisión para ello en confirmación de la cédula que su magestad había dado al marqués su hermano, para que nombrase gobernador que lo fuese después de sus días; y que su hermano le había nombrado a él como era público y notorio, y que no era mucho que fuera gobernador de la tierra que ganó; y que lo del visorey también se lo mandaron los oidores que lo echase del reino, diciendo que así convenía a la paz y quietud de todo aquel imperio y al servicio de su magestad, y que él no lo había muerto, sino que los agravios y muertes que hizo tan aceleradas y tan sin razón y causa, habían forzado a que los parientes de los muertos las vengasen; y que si dejaran pasar los mensageros que él enviaba a su magestad a darle cuenta de los sucesos pasados (que fueron los que le vendieron y causaron que le llamasen traidor) su magestad se diera por muy servido, y proveyera de otra manera. porque todo lo que entonces hizo y ordenó, había sido por persuasión y requerimientos de los vecinos y procuradores de las ciudades de todo aquel reino, y con parecer y consejo de los letrados que en él había.

Entonces le dijo el presidente que se había mostrado muy ingrato y desconocido a las mercedes que su magestad había hecho al marqués su hermano, con los cuales los había enriquecido a todos ellos, siendo pobres como lo eran antes, y levantándolos del polvo de la tierra, y que en el descubrimiento de la tierra él no había hecho nada. Gonzalo Pizarro dijo: para descubrir la tierra bastó mi hermano solo, más para ganarla como la ganamos a nuestra costa y riesgo, fuimos menester todos los cuatro hermanos, y los demás nuestros parientes y amigos. La merced que su magestad hizo a mi hermano fué solamente el nombre y título de marqués, sin darle estado alguno, si no ¿díganme cuál es? Y no nos levantó del polvo de la tierra, porque dende que los godos entraron en España, somos caballeros hijosdalgo de solar conocido. A los que no son, podrá su magestad con cargos y oficios levantar del polvo en que están; y si éramos pobres por eso salimos por el mundo y ganamos este imperio y se lo dimos a su magestad, pudiéndonos quedar con él, como lo han hecho otros muchos, que han ganado nuevas tierras.

Entonces ya enojado el presidente, dijo dos veces en alta voz: quítenmelo de aquí, quítenmelo de aquí, que tan tirano está hoy como ayer. Entonces se lo llevó consigo Diego Centeno, que como se ha dicho, se lo había pedido al presidente. Los demás capitanes enviaron a otras partes donde los guardasen y tuviesen a recaudo. Francisco

de Carvajal aunque ya viejo de ochenta y cuatro años, por el natural odio que a la muerte se tiene, se puso en huida con deseo (si pudiese) de alargar algunos días más los de su vida. Iba en un caballo mediano, castaño y algo vejezuelo, que yo conocí, y le llamaban Boscanillo: había sido muy lindo caballo de obra. Al pasar de un arroyo pequeño de los muchos que hay en aquella campaña, que tenía siete u ocho pasos de bajada y otros tantos de subida algo áspera, el caballo descendió con alguna priesa, porque el huir se lo mandaba así, y pasando el arroyo tomó mas furias para subir por la cuesta arriba. Carvajal por su mucha edad y por sus muchas carnes, que era muy grueso de cuerpo, no pudo ayudar al caballo, que con asirse a las crines bastaba; antes se ladeó a un lado y llevó al caballo tras sí, hasta que cayeron ambos en el arroyo, y el caballo le tomó una pierna debajo, que no pudo levantarse, y así le hallaron los suyos mesmos que iban huyendo; los cuales holgaron mucho con su prisión, y entre todos acordaron de llevarlo preso al presidente, para que por tal presente les perdonasen sus delitos.



CAPITULO XXXVII

LO QUE PASO A FRANCISCO DE CARVAJAL CON DIEGO CENTENO Y CON EL PRESIDENTE, Y LA PRISION DE LOS DEMAS CAPITANES.

A la grita de los que llevaban preso a Carvajal se juntaron otros muchos de los del presidente por ver y conocer un hombre tan famoso como Francisco de Carvajal; y en lugar de consolarle en su aflicción, le pegaban las mechas encendidas en el pescuezo, y procuraban meterlas entre la camisa y las carnes. Yendo así vió al capitan Diego Centeno, que habiendo puesto a buen recaudo en su tienda a Gonzalo Pizarro, que le dejó encomendado a media docena de amigos suyos, soldados principales, que mirasen por él, se volvía al campo, y viendo Carvajal que pasaba Diego Centeno, sin mirar en él, le llamó en voz alta y le dijo: señor capitán Diego Centeno, no tenga vuesa merced a pequeño servicio este que le hago en presentarme a vuesa merced. Quiso decir, según buena malicia, que entre capitanes y soldados se debía estimar muy mucho que un maese de campo que tantas veces le había vencido hasta la batalla de Huarina, ahora se le presentase prisionero, para que se satisfaciese de las pérdidas pasadas y triunfase del enemigo. Diego Centeno volviendo el rostro a él, le dijo, que le pesaba mucho de verle en aquel trabajo. Carvajal respondió: yo creo a vuesa merced, que siendo tan caballero y tan cristiano hará como quien es; y no hablemos más en ello, sino que vuesa merced mande que estos gentiles hombres no hagan lo que vienen haciendo, que era lo de las mechas. Viendo algo de ello Diego Centeno, que aún en su presencia se desvergonzaban hacerlo, porque les parecía que siendo Carvajal tan su enemigo holgaría Diego Centeno de cualquier mal que le hiciesen, arremetió a ellos y dióles muchos cintarazos, porque toda era gente vil y baja, de los marineros y grumetes que iban en aquel ejército, pues hacían obras y cosas tan viles a quien las merecía muy en contra.

Diego Centeno habiendo apartado de Carvajal aquella picardía mandó a dos soldados de los que iban con él que le acompañasen y no consintiesen que se le hiciese mal trato alguno. Yendo todos así toparon con el gobernador Pedro de Valdivia, el cual, sabiendo que traían a Francisco de Carvajal, quiso llevárselo a presentar al presidente para ir ante él con tal prisionero, y se lo pidió a Diego Centeno; el cual se lo dió y dijo, que habiéndolo presentado se lo enviase a su tienda porque quería ser alcaide de Francisco de Carvajal: dijo esto Diego Centeno por parecerle que en cualquiera otra parte que estuviese, no faltarían desvergonzados y descomedidos que le maltratasen, por vengarse de algunos agravios recebidos. Pedro de Valdivia lo puso ante el presidente, el cual le reprendió sus tiranías y crueldades, y que las hubiese hecho en deservicio de su rey; a todo lo cual Francisco de Carvajal no respondió palabra, ni hizo semblante de humillarse, ni muestra de escuchar lo que le decían, como que no hablasen con él, antes estuvo mirando a una parte y a otra, con un mirado tan grave y señoril, como que fuera señor de cuantos tenía delante; lo cual visto por el presidente, mandó que lo llevasen de allí, y lo llevaron a la tienda de Diego Centeno, y le pusieron en un toldo de por sí aparte, donde no se vieron más él y Gonzalo Pizarro.

A los demás capitanes y oficiales prendieron todos de ellos aquel día, y de ellos otros adelante, que no se escapó ninguno; solo el capitán Juan de la Torre estuvo escondido en el Cosco, cuatro meses, en una choza pajiza de un indio criado suyo, de tal manera, que en todo este tiempo no se supo cosa alguna de él, como si se le hubiera tragado la tierra, hasta que un español lo descubrió por desgracia, no sabiendo que era él, y lo ahorcaron como a los demás aunque, tarde.

CAPITULO XXXVIII

LAS VISITAS QUE FRANCISCO DE CARVAJAL TUVO EN SU PRISION, Y LOS COLOQUIOS QUE PASARON ENTRE EL Y LOS QUE IBAN A TRIUNFAR DE EL.

TODO lo que se ha dicho de los sucesos de la batalla de Sacsahuana, pasó hasta las diez del día nueve de abril de mil y quinientos y cuarenta y ocho años; que como se empezó tan de mañana, a esta hora estaba ya todo sosegado. Luego el presidente proveyó dos capitanes que fuesen al Cosco, así a prender a los que hubiesen huido de la batalla. como a mirar y estorbar que no hubiese algunos atrevidos que quisiesen saquear la ciudad Aquella misma tarde fueron muchas personas principales, así capitanes como soldados, a visitar los presos; dellos por amistad que habían tenido, dellos por parentesco, y dellos por ser de una patria. Unos iban a consolarles, otros por su interés a saber si dejaban algo escondido que pudiesen heredar: solamente en los que visitaron a Francisco de Carvajal faltaron esos respetos, que ni tuvo amigo, pariente ni patriota, que entonces sus más amigos huían del; más no por eso dejaron de visitarle muchos caballeros muy principales, particularmente algunos dellos que eran mozos libres y traviesos, los cuales iban más a burlar y a triunfar dél, que no a consolarle. Más como Francisco de Carvajal era tan discreto y malicioso, conociéndoles la intención, triunfó e hizo escarnio dellos, como luego diremos, refiriéndose a algunos cuentos que se me acuerdan de los que pasaron aquel día: que de algunos dellos hacen mención los historiadores, aunque no como pasaron sino muy de otra manera; yo añadiré otros que ellos callan.

Estando Carvajal en su prisión llegó a él un mercader, y mostrando mucho sentimiento le dijo: los soldados de vuesa merced me robaron en tal parte tantos mil ducados de mercadería, vuesa merced como capitan dellos está obligado a restituírmelos; yo le encargo la conciencia, que pues ha de morir presto me pague esta deuda. Carvajal

mirándose a sí, vió en los tiros del talavarte la vaina que le dejaron cuando le quitaron la espada, y sacándola de su lugar se la dió al mercader diciéndole: toma esto, hermano. para principio de paga, que no me han dejado otra cosa. Díjole esto para darle a entender su simplicidad de pedirle restitución de millares de ducados, a quien no poseía más que una vaina de espada. Poco después que aquel se fué entró otro con la misma demanda. Carvajal no teniendo con qué le pagar respondió, que no se acordaba deber otra deuda, sino medio real a una bodegonera de la Puerta del Arenal de Sevilla. Dijo esto por responder con un disparate a otro tal, como era pedirle restitución a quien, como ellos lo habían visto, no le habían dejado ni capa, ni sombrero con que cubrir la cabeza, que todo se lo habían saqueado los vencedores. Que bien mirado lo más rico del despojo de aquel día fué lo que Carvajal perdió; porque siempre traía su hacienda consigo, y esa en oro y no en plata, porque hiciese menos bulto. Por estas dos demandas y respuestas se podrán sacar otras que hubo aquel día, que las dejaremos por decir otras de gente más calificada. Es así que entre otros entró un caballero muy principal, y capitán de su magestad; era muy alegre y regocijado, gran cortesano, presumía burlarse con todos porque tenía caudal para cada uno; y entre otras sus hazañas era muy apasionado de Venus y Ceres, y esto muy al descubierto. Habiendo hablado algún espacio con Francisco de Carvajal, al fin de la plática le dijo: vuesa merced ha manejado cosas muy graves para la conciencia, mire que le han de quitar presto la vida, conviénele hacer examen della, y arrepentirse de sus pecados, y confesarlos, y pedir a Dios perdón para morir como cristiano, y que Dios le perdone. Carvajal respondió: vuesa merced lo ha dicho como muy buen cristiano y como muy caballero que es. Suplico a vuesa merced tome el mismo consejo para sí, que le conviene tan bien como a mí, y hágame merced de traerme un vaso de aquel brebage que aquellos indios están bebiendo. El caballero oyendo tal respuesta, se levantó de su asiento para no oir más, y fué donde los indios estaban, y tomando un vaso del brebage se lo llevó a Carvajal. El cual lo recibió y por cumplir con el caballero bebió un trago, y luego echó el vaso lejos de sí. Con esto se fué el caballero bien pagado de sus buenos consejos, y tan corrido, que después cuando se burlaba con algunos de sus amigos y le apretaba mucho, le decía el amigo: alto, alto, vamos a Carvajal que él nos pondrá en paz. Con esto le hacían callar, que no acertaba a hablar. Otro caballero muy calificado y más mozo que el pasado, y más libre y exento en sus mocedades y travesuras, que se preciaba de la publicidad dellas, dijo a Carvajal casi lo mismo que el pasado, mostrándose muy celoso de su enmienda para haber de morir. Carvajal le respondió: vuesa merced lo ha dicho como un santo que es, y por esto dicen comunmente que cuando los mozos son muy grandes bellacos, después cuando hombres son muy hombres de bien. Con esto le hizo callar que no se atrevió a decirle más, porque le hablaba muy al descu-

bierto. A otro caballero le sucedió peor, que había ido más por vengarse de cierta pesadumbre que en tiempos pasados le había dado, que no a consolarle, lo cual entendió Carvajal por el término con que le habló, que le dijo: beso las manos de vuesa merced señor maese de campo. Aunque vuesa merced me quiso ahorcar en tal parte (no haciendo yo caso dello) vengo a que me mande en que le sirva, que lo que yo pudiere lo haré de muy buena voluntad, sin mirar en mi agravio. Carvajal le dio: qué puede vuesa merced hacer por mí, que se me ofrece con tanto fausto y magnificencia? Puede darme la vida, ni hacer otra cosa alguna en mi favor? Cuando le quise ahorcar, podíalo hacer; pero no le ahorqué, porque nunca maté hombre tan ruin como vuesa merced: ¿no sé yo lo que puede? Para qué me quiere vender lo que no tiene? Váyase con Dios antes que le diga más. Desta manera atropellaba y triunfaba de los que pensaban triunfar dél, que nunca en todo su mayor poder mostró tanta autoridad, gravedad y señorío como aquel día de su prisión. Lo que hemos dicho pasó con aquellos caballeros, que yo los conocí todos tres, y me acuerdo de sus nombres, pero no es razón que los nombremos aquí, sino cuando hubieren hecho grandes hazañas. Fueron después vecinos del Cosco, señores de vasallos de los mejores repartimientos que en aquella ciudad hubo.



CAPITULO XXXIX

LOS CAPITANES QUE JUSTICIARON, Y COMO LLEVARON SUS CABEZAS A DIFERENTES PARTES DEL REINO.

PASADOS los coloquios referidos, sucedió otro muy diferente con un soldado que se decía Diego de Tapia, que yo conocí, de quien hicimos mención en nuestra Historia de la Florida, libro sexto, capítulo diez y ocho, el cual había sido soldado de Carvajal, de su propia compañía, y muy querido suyo, porque era buen soldado y muy agil para cualquier cosa. Era pequeño de cuerpo y muy pulido en todo, y se le había huído a Carvajal antes de la batalla de Huarina. Puesto delante dél lloró a lágrima viva, con mucha ternura y pasión, y entre otras cosas de mucho sentimiento le dijo: señor mío, padre mío, mucho me pesa de ver a vuesa merced en el punto en que está; pluguiera a Dios señor mío, que se contentaran con matarme a mí, y dejaran a vuesa merced con la vida, que yo diera la mía por muy bien empleada. Oh señor mío, cuanto me duele verlo así: si vuesa merced se huyera como yo me huí, no se viera como se ve. Carvajal le dijo: que creía muy bien en su dolor y sentimiento; y le agradecía muy mucho su voluntad, y el deseo de trocar su vida por la agena, que bien mostraba la amistad que habían tenido. Y a lo de la huída le dijo: hermano Diego de Tapia, pues que éramos tan grandes amigos, ¿porqué cuando os huisteis no me lo digisteis, y nos fuéramos ambos? Dió bien que reir su respuesta a los que le conocían, y le causó admiración ver cuán en sí estaba para responder a todo lo que se le ofrecía. Todo esto y mucho más pasó el día de la batalla con Francisco de Carvajal. Gonzalo Pizarro estuvo solo, que no le vió nadie, porque él lo mandó así, sino fué Diego Centeno y otros seis o siete soldados principales que estaban con él guardándole.

El día siguiente se hizo justicia de Gonzalo Pizarro y de su maese de campo y capitanes, los que prendieron el día de la batalla, y como dice Gomara, capítulo ciento y ochenta y siete, fueron Juan de Acosta,

Francisco Maldonado, Juan Velez de Guevara, Dionisio de Bobadilla Gonzalo de los Nidos, a quien dice que le sacaron la lengua por el colodrillo, y no dice por qué: y fué por grandes blasfemias que dijo contra la magestad imperial. A todos estos y a otros muchos ahorcaron que aunque eran hijosdalgo, no quisieron guardarles su preeminencia. porque fueron traidores a su rey. Después de ahorcados les cortaron las cabezas para enviarlas a diversas ciudades del reino. La de Juan de Acosta y Francisco Maldonado se pusieron en el rollo de la plaza del Cosco, en sendas jaulas de hierro; yo las ví allí aunque uno de los autores (que es el Palentino) capítulo noventa y uno, diga que la de Acosta llevaron a la ciudad de los Reyes. La de Dionisio de Bobadilla y otra con ella llevaron a Arequepa, donde su cumplió muy por entero el pronóstico que la buena Juana de Leyton echó al mismo Bobadilla, cuando llevó a aquella ciudad la cabeza de Lope de Mendoza, que le dijo que muy presto le quitarían de allí y pondrían la suya en el mismo lugar; así se cumplió muy a la letra. Diéronse priesa a ejecutar la justicia en Gonzalo Pizarro y sus ministros. porque temían, como dicen los autores, que mientras él vivía no estaba segura la tierra. A Pizarro condenaron a quitar la cabeza por traidor, y que le derribasen las casas que tenía en el Cosco, y sembrasen de sal, y pusiesen un pilar de piedra con un letrero que dijese: estas son las casas del traidor don Gonzalo Pizarro, &c.

Todo lo cual ví yo cumplido. y las casas eran las que le cupieron en el repartimiento que de aquella ciudad se hizo cuando la ganaron él y sus hermanos: y el sitio en lengua de indio se llamaba Coracora, que quiere decir hierbasal. Gonzalo Pizarro, el día de su prisión como se ha dicho, estuvo en la tienda del capitán Diego Centeno, donde le trataron con el mismo respeto que en su mayor prosperidad y señorío. No quiso comer aquel día aunque se lo pidieron; casi todo él lo gastó en pasearse a solas muy imaginativo; y a buen rato de la noche dijo a Diego Centeno: señor, estamos seguros esta noche? Quiso decir si le matarían aquella noche o aguardarían al día venidero, porque bien entendía Gonzalo Pizarro que las horas eran años para sus contrarios hasta haberle muerto. Diego Centeno que lo entendió dijo: vuesa señoría puede dormir seguro, que no hay que imaginar en eso. Ya pasada la media noche se recostó un poco sobre la cama y durmió como una hora; luego volvió a pasearse hasta el día, y con la luz de él pidió confesor, y se detuvo con él hasta el medio día, donde le dejaremos por pasarnos a Francisco de Carvajal, para decir lo que hizo aquel día, que no anduvo tan desatinado, como uno de los autores le hace, sino muy en contra, como yo lo diré, no por obligación de beneficios, que cosa mía hubiese recebido de Francisco de Carvajal; antes deseó matar a mi padre después de la batalla de Huarina. y procuró hallar causas para ello, sacadas de sus imaginaciones y sospechas; y conforme a esto antes había de decir yo mal dél que volver por su honra: pero la obligación del que escribe los sucesos de sus tiempos para dar cuenta

dellos a todo el mundo, me obliga y aún fuerza, si se puede decir, a que sin pasión ni aflicción diga la verdad de lo que pasó; y juro como cristiano que muchos pasos de los que hemos escrito los he acortado y cercenado por no mostrarme aficionado o apasionado en escribir tan en contra de lo que los autores dicen, particularmente el Palentino que debió ir tarde a aquella tierra, y oyó al vulgo muchas fábulas compuestas a gusto de los que las quisieron inventar, siguiendo sus bandos y pasiones.

Estas cosas que he dicho, y otras que diré tan menudas que pasaron en aquellos días las oí en mis niñeces a los que hablaban en ellas que en aquel tiempo y años después, no había conversación de gente noble que en poco o mucho no se hablase destos sucesos. Después en edad madura, las oí a persona y personas que fueron guardas de Francisco de Carvajal y de Gonzalo Pizarro: que las tiendas donde estuvieron presos estaban muy cerca la una de la otra, y aquellos soldados que los guardaban, que eran de los principales, se pasaban de la una a la otra remudándose; y así lo vieron todo, y lo contaban en particular, como testigos de vista.

Y para que se vea la diferencia que hay de lo que este autor dice de aquellas particularidades de Carvajal y Gonzalo Pizarro, que les sucedieron después de presos, a las que hemos dicho, y adelante diremos, me pareció sacar aquí algunas de las que él dice, que ellas mismas dicen que son pláticas de la hez del vulgo, no hechos ni dichos de gente tan principal y discreta como la que de la una parte y de la otra se nombra. Lo que se sigue, sacado a la letra, es del capítulo noventa: luego trujeron al presidente a Francisco de Carvajal (que en el alcance habían tomado y caído en una ciénaga, debajo de su caballo) al cual traía Pedro de Valdivia, y venía tan cercado de gentes ofendidas, que le querían matar, que apenas el presidente le podía defender, y daba Carvajal a entender que quisiera que allí le mataran; y así rogaba afectuosamente que no les impidiesen para que le dejasen de matar. Llegó a este tiempo el obispo del Cosco, y le dijo: Carvajal por qué matasteis mi hermano? (Lo cual decía por Jimenez su hermano, que después de la Huarina le había ahorcado). Carvajal respondió, no le maté yo. Y tornándole a preguntar el obispo ¿pues quién le mató? dijo Carvajal, su ventura. De lo cual enojado el obispo (y representándosele entonces la muerte de su hermano) arremetió a él, y diole tres o cuatro puñadas en el rostro. Asimesmo llegaba mucha gente, y le decían injurias y oprobios, representándole cosas que había hecho, a lo cual todo Carvajal callaba: y Diego Centeno reprendía, por lo cual Carvajal le miró y le dijo: señor, ¿quién es vuesa merced que tanta merced me hace? A lo cual Centeno respondió: ¿qué no conoce vuesa merced a Diego Centeno? Dijo entonces Carvajal: por Dios, señor, que como siempre vi a vuesa merced de espaldas que agora teniéndole de cara no le conocía (dando a entender que siempre había dél huído), lleváronle luego preso, y todavía Centeno (aún con lo que

Carvajal le había dicho) se le iba ofreciendo mucho y le decía que si había en qué hacer alguna cosa por él, se lo dijese, porque lo haría con toda voluntad; aunque él no lo hiciera estando en el estado que él estaba. A lo cual Carvajal, llevándole entonces al toldo do había de estar preso, reparó un poco y dijo: señor Diego Centeno, no soy tan niño o muchacho, para que con temor de la muerte cometa tan gran poquedad y liviandad, como sería rogar a vuesa merced hiciese algo por mí. Y no me acuerdo, buenos días ha, tener tanta ocasión de reirme, como del ofrecimiento que vuesa merced me hace; y con esto lo metieron preso en un toldo.

De todo el ejército real no murió sino tan solamente un hombre en la batalla; y de Gonzalo Pizarro murieron quince; porque así como Dios puso los medios (por quien El es, y por los méritos y santo celo que su magestad tuvo para usar de benignidad con Gonzalo Pizarro y los suyos) así de su bendita y poderosa mano dió el fin con tan poco derramamiento de sangre, habiendo de entrambas partes mil y cuatrocientos arcabuceros, y diez y siete tiros de campo, y más de seiscientos de a caballo, y mucho número de piqueros. Porque como los del campo real vieron luego tan desechos y perdidos sus contrarios, y sin resistencia alguna, no hicieron más que prenderlos, &c.

En el capítulo siguiente, que es el noventa y uno, habiendo dicho la sentencia que dieron a Gonzalo Pizarro, dice lo que se sigue: y aunque algunos dieron parecer, e insistieron que se debían hacer cuartos y ponerlos por los caminos del Cosco, el presidente no lo consintió, por el respeto que al marqués su hermano se le debía. Murió bien, mostrando arrepentimiento de los yerros que contra Dios, y su rey y prójimos había cometido.

Este mismo día se hizo justicia de Francisco de Carvajal. Fué arrastrado y hecho cuartos, que se pusieron alrededor del Cosco, y se mandó poner su cabeza en Lima, con la de Gonzalo Pizarro y que se derribase la casa que en Lima tenía, y se sembrase de sal y pusiese letrero. Este Francisco de Carvajal, allende de lo que de él hemos referido, estuvo desde que le prendieron hasta que de él se hizo justicia, tan sin turbación como lo estaba en tiempo de toda su prosperidad. Habiéndole notificado la sentencia, y todo lo que en ella se contenía, dijo sin alteración alguna: basta matar. Preguntó Carvajal aquel día por la mañana, que de cuantos habían hecho justicia, y como le dijeron que de ninguno, dijo, con mucho sociego: muy piadoso es el señor presidente, porque si por nosotros hubiera caído la suerte, ya tuviera yo derramados por este asiento los cuartos de novecientos hombres. Acabóse con gran dificultad que se confesase; y persuadiéndole, decía, que él se entendía, y que había poco que se había confesado; y tratando con él de restitución se reía dello, diciendo: en eso no tengo que confesar; porque juro a tal que no tengo otro cargo, sino medio real que debo en Sevilla a una bodegonera de la Puerta del Arenal, del tiempo que pasé a Indias. Al tiempo que le metían en una petaca, en

lugar de serón, dijo con mucho descuido: niño en cuna, y viejo en cuna. Llegado ya al lugar que de él se había de hacer justicia, como iban tantos a verle, y embarazaban al verdugo, les dijo: señores, dejen vuesas mercedes hacer justicia. En todo mostró morir, más como gentil, que como cristiano.

Hasta aquí es del Palentino: debió de oírlo a algunas personas que querían mal a Carvajal, agraviados de él; que no pudiendo vengarse en su persona, quisieron vengarse en su fama.

CAPITULO XL

LO QUE HIZO Y DIJO FRANCISCO DE CARVAJAL EL DIA DE SU MUERTE; Y LO QUE LOS AUTORES DICEN DE SU CONDICION Y MILICIA.

VOLVIENDO a lo que este autor dice, no es de creer que un obispo tan religioso como el del Cosco, diese de puñadas con tanta publicidad, ni en secreto, a un viejo de ochenta y cuatro años, ni que el capitán Diego Centeno, siendo discreto, de buen juicio y entendimiento, se ofreciese con tanto ahinco a un hombre que sabía que lo habían de justiciar dentro de pocas horas. Ni Francisco de Carvajal, de quien todos tres los historiadores escriben tantas hazañas, tantos dichos sentenciosos, tan discretos como en todas ocasiones los decía, en tiempo que pretendía mostrar más su ser y valor, dijese cosas tan torpes como las referidas: que cierto el autor las debió de oír a algunos que componían lo que en esta ciudad (que no lo he oído en otra parte) llaman tronicas, que son mentiras compuestas para hacerlas creer por verdades, que toda esta significación dan al nombre Tronica. Francisco de Carvajal no fingió desconocer a Diego Centeno, sino que le habló como hemos dicho, que yo lo oí a los que aquel día iban con el uno y con el otro, y no de los viles. Y aunque Gomara dice casi lo mismo, capítulo ciento y ochenta y siete, aunque por otros términos, de quien el Palentino lo pudo tomar. Es así que un soldado de los más principales y famosos del Perú, que vino a España poco después que salió la historia de Gomara, topándose con él en Valladolid, entre otras palabras que hablaron sobre este caso le dijo: ¿que por qué había escrito y hecho imprimir una mentira tan manifiesta no habiendo pasado tal? Con éstas le dijo otras palabras que no se sufre ponerlas aquí. A las cuales respondió Gomara, que no era suya la culpa sino de los que daban las relaciones nacidas de sus pasiones. El soldado le dijo, que para eso era la discreción del historiador, para no tomar relación de los tales ni escrebir mucho, sin mirar mucho, para no difamar con sus escritos a los que merecen toda honra y loor. Con esto se apar-

tó Gomara muy confuso, y pesante de haber escrito lo que levantaron a Carvajal, en decir que no conocía a Diego Centeno. Ni Carvajal dijo las bravatas de derramar los cuartos de novecientos hombres por aquellos campos, que no era tan loco ni tan vano como eso. Yo diré lo que oí a los que se hallaron con él aquel mismo día, entre los cuales me crié dende los nueve años (que los cumplí un día después del que hablamos) hasta los veinte cumplidos que salí de mi tierra. Volviendo pues a nuestra historia, es así que luego que fué de día, Francisco de Carvajal envió a llamar a Pedro Lopez de Cazalla, secretario del presidente Gasca. y con él habló muy despacio a solas, y al fin de la plática sacó tres esmeraldas finísimas, que estaban horadadas como cuentas; las dos mayores eran de forma de huevo, y la otra era redonda. Teníalas atadas en el brazo izquierdo. Con ellas en la mano, tomando la mayor dellas a parte dijo: señor secretario, esta es de los herederos de Antonio Altamirano, está apreciada en cinco mil pesos. que son seis mil ducados; suplico a vuesa merced mande que se vuelva a su dueño. Estotra es de fulano (el nombre se me ha ido de la memoria) está apreciada en cuatro mil pesos: también mandará vuesa merced que se le vuelva. Estotra, que es la menor, es mía, que me costó antes de la guerra dos mil pesos; suplico a vuesa merced mande que se venda, y lo que dieren por ella se dé de limosna por las misas que pudieran decirse por mi ánima, para que nuestro Señor se duela della, y me perdone. El secretario doliéndose de él le dijo: señor Francisco de Carvajal, si vuesa merced quiere hacer alguna más restitución, yo le ofrezco diez mil pesos de mi hacienda, y los daré a quién y como vuesa merced lo ordenare. Carvajal dijo: señor, yo no levanté esta guerra, ni fuí causa de ella: antes por no hallarme en ella (que estaba de camino para irme a España) huí muchas leguas: no pude escaparme, seguí la parte que me cupo, como lo pudiera hacer cualquiera buen soldado, y como lo hice en servicio del emperador. cuando fuí sargento mayor de el licenciado Vaca de Castro, gobernador que fué de su magestad en este imperio. Si ha habido robos de una parte a otra, forzoso es haberlos en la guerra. Yo no robé a nadie, tomaba lo que me daban de su voluntad· y al cabo de la jornada también me quitaron a mí eso y esotro, quiero decir, lo que me dieron, y lo que antes de la guerra yo tenía. Todo lo cual remito a la infinita misericordia de Dios nuestro Señor, a quien suplico, por quien es, perdone mis pecados, y a vuesa merced guarde, y prospere, y le pague la limosna que me hacía, que yo estimo la voluntad en todo lo que tal obra se debe estimar. Con esto acabaron su plática, y el secretario se fué. Después de medio día el secretario le envió un confesor, que se lo había pedido Carvajal, con el cual estuvo confesándose toda la tarde, que aunque los ministros de la justicia fueron dos y tres veces a dar priesa para ejecutar la sentencia, Carvajal se detuvo confesando todo lo que pudo, por no salir de día, sino de noche. Más no pudo alcanzar su deseo, porque al oidor Cianca y al maese de campo Alonso de Alvarado, que eran los jueces,

se les hacían días y semanas los momentos. Al fin salió y a la puerta de la tienda lo metieron en una petaca (que ya en otra parte dijimos como son) en lugar de serón y lo cosieron, que no le quedó fuera más de la cabeza, y ataron el serón a dos acémilas, para que lo llevasen arrastrando. A dos, tres pasos, los primeros que las acémilas dieron, dió Carvajal con el rostro en el suelo: y alzando la cabeza como pudo dijo a los que estaban en derredor: señores, miren vuesas mercedes que soy cristiano. Aún no lo había acabado de decir cuando lo tenían en brazos, levantado del suelo más de treinta soldados principales de los de Diego Centeno. A uno de ellos en particular le oí decir en este paso, que cuando arremetió a tomar el serón, pensaba que era de los primeros, y que cuando llegó a meter el brazo debajo de él, lo halló todo ocupado, y asió de uno de los brazos que habían llegado antes, y que así lo llevaron en peso hasta el pie de la horca que le tenían hecha: y que por el camino iba rezando en latin; y por no entender este soldado latín, no sabía lo que rezaba, y que dos clérigos sacerdotes que iban con él le decían de cuando en cuando encomiéndese vuesa merced a Dios. Carvajal respondía: así lo hago, señor, y no decía otra palabra. De esta manera llegaron al lugar donde lo ahorcaron, y él recibió la muerte con toda humildad, sin hablar palabra ni hacer ademán alguno. Así acabó el bravo Francisco de Carvajal, de quien a su muerte Francisco Lopez de Gomara, capítulo ciento y ochenta y siete, dice estas palabras.

Había ochenta y cuatro años; fué alferez en la batalla de Ravena, y soldado del gran capitán, y era el más famoso guerrero de cuantos españoles han a Indias pasado aunque ni muy valiente ni diestro.

Hasta aquí es de Gomara. No sé qué más destreza ni valentía ha de tener un maese de campo que saber vencer batallas y alcanzar victorias de sus enemigos. Dicen los historiadores que era natural de una aldea de Arévalo, llamada Ragama; no se sabe de qué linage: fué soldado toda su vida, y alferez en la de Rávena, como se ha dicho: hallóse en la prisión del rey de Francia en Pavia, y en el saco de Roma, donde por haber peleado como buen soldado, no hubo nada del saco, porque es ordinario que mientras pelean los buenos soldados, saquean y gozan de la presa los no tales. Así le acaeció a Carvajal. Viéndose desamparado del provecho tres o cuatro días después del saco, acertó a entrar en casa de un notario de los principales, donde halló mucha cantidad de procesos, e imaginando que podría ser que le valiesen algo, llevó cinco o seis cargas de acémilas de los procesos a su posada. Pasada la furia de el saco, acudió el notario a su casa, hallóla saqueada de lo que pensó que estaba seguro que nadie se acudiciaría a ello; hizo diligencia por sus papeles, y habiéndolos hallado los concertó en más de mil ducados que dió a Francisco de Carvajal, con los cuales él se fué a Méjico, y llevó a doña Catalina Leyton, su muger; aunque como atrás se dijo, no falta quien diga que no lo era, pero fué su muger, y por tal fué respetada en general de todos los del Perú, y ella era mu-

ger honrada y noble, que este apellido Leyton es muy noble en el reino de Portugal. De Méjico pasó Carvajal al Perú, como atrás se ha dicho. En el discurso de su vida tuvo su milicia por ídolo, que adoraba en ella, preciándose más de soldado que de cristiano; y así todos los tres autores lo condenan, pero no fué tan malo como ellos dicen, porque como buen soldado presumía de hombre de su palabra, y era muy agradecido de cualquier beneficio, dádiva o regalo que le hiciesen por pequeño que fuese. Agustín de Zárate, entre otras cosas dice de Carvajal, libro quinto, capítulo catorce, lo que se sigue:

Era hombre de mediana estatura, muy grueso y colorado, diestro en las cosas de la guerra por el gran uso que de ella tenía. Fué mayor sufridor de trabajos que requería su edad, porque a maravilla no se quitaba las armas de día y de noche; y cuando era necesario tampoco se acostaba y dormía, más de cuando en cuando recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza. Fué muy amigo de vino, tanto que cuando no hallaba de lo de Castilla, bebía de aquel brebage de los indios más que ninguno otro español que se haya visto. Fué muy cruel de condición; mató mucha gente por causas muy livianas, y algunos sin ninguna culpa, salvo por parecerle que convenía así para conservación de la disciplina militar; y a los que mataba eran sin tener de ellos ninguna piedad, antes diciéndoles donaires y cosas de burla, y mostrándose con ellos muy bien criado y comedido. Fué muy mal cristiano, y así lo mostraba de obra y de palabra. Hasta aquí es de Agustín de Zárate.

CAPITULO XLI

EL VESTIDO QUE FRANCISCO DE CARVAJAL TRAIA, Y ALGUNOS DE SUS CUENTOS Y DICHOS GRACIOSOS.

EL maese de campo Francisco de Carvajal, preciándose de su soldadesca, traía casi de ordinario en lugar de capa, un albornoz morisco de color morado, con un rapacejo y capilla que yo se la ví muchas veces. En la cabeza traía un sombrero aforrado de tafetán negro y un cordoncillo de seda muy llano, y en él puestas muchas plumas blancas y negras de las alas y colas de las gallinas comunes, cruzadas unas con otras en derredor de todo el sombrero, puestas en forma de X. Traía de ordinario esta gala por dar ejemplo con ella a sus soldados, que una de las cosas que con más efectos le persuadía, era que trujesen plumas, cualesquiera que fuesen;porque según decía era gala y divisa propia de los soldados, y no de los ciudadanos, porque en estos era argumento de liviandad, y en aquellos de bizarría; y que el soldado que las traía, prometía de su ánimo y valentía que se mataría con uno y que esperaría a dos, y no huiría de tres; y que esto no era dicho suyo, sino refran muy antiguo de la soldadesca en favor de las plumas. Tuvo Francisco de Carvajal cuentos y dichos graciosos, que en todas ocasiones y propósitos los dijo tales; holgara yo tenerlos todos en la memoria para escrebirlos aquí, porque fuera un rato de entretenimiento. Diremos los que se acordaren y los más honestos porque no enfade la indecencia de su libertad, que la tuvo muy grande.

Topándose Carvajal nuevamente con un soldado muy pequeño de cuerpo, de mal talle y peor gesto, dijo: ¿como se llama vuesa merced? El soldado respondió: fulano Hurtado. Carvajal dijo: aún para hallado no eres bueno, cuanto más para hurtado.

Andando Francisco de Carvajal en una de sus jornadas de guerra topó un fraile lego, y como entonces no los había legos en aquella tierra, ni sé que ahora los haya, sospechando que era espía quiso ahorcarle, y por hacerlo con alguna más certificación, le convidó a comer;

y para esperimentar si era fraile o no, mandó que le diesen de beber en un vaso mayor que los ordinarios, para ver si lo tomaba con ambas manos o con una, y viéndole beber a dos manos, se certificó que era fraile, y le dijo: beba, padre, beba, que la vida le dá: beba que la vida le dá: díjole esto, porque si no bebiera así, se certificaba en su sospecha, y le ahorcaba luego.

Teniendo Francisco de Carvajal preso a uno de sus grandes contrarios, y queriéndole ahorcar el preso como amenazándole con la causa de su muerte, le dijo. mande vuesa merced decirme al descubierto, ¿porqué me mata? Carvajal, entendiendo su intención, respondió: muy bien entiendo a vuesa merced, que quiere calificar su muerte para alegarla y dejarla en herencia: sepa que le ahorco porque es muy leal servidor de su magestad, vaya en buena hora, que él lo recibirá en servicio y lo gratificará muy bien. diciendo esto lo mandó ahorcar luego.

Andando Carvajal por el Collao, topó con un mercader que llevaba catorce o quince mil pesos de mercadería de España empleados en Panamá. Carvajal le dijo: hermano, según usanza de buena guerra, toda esa hacienda es mía. El mercader que era diestro e iba apercibido para los peligros que se le ofreciesen, le dijo: señor, en guerra y en paz es de vuesa merced esta mercadería, porque en nombre de ambos hice el empleo en Panamá para que la ganancia la partamos entre los dos; y en señal de esto le traigo a vuesa merced desde Panamá dos botijas de vino tinto, y dos docenas de herrage con su clavo, para sus acémilas (que en aquellos tiempos, como en otra parte dijimos, valía cada herradura un marco de plata): diciendo esto envió por el vino y por el herrage, y entretanto mostró a Carvajal una escritura de la compañía de ambos.

Carvajal recibió el vin y el herrage, y lo estimó en mucho; y mostrándose agradecido quiso honrar al compañero, dióle conduta de capitán, y mandamiento para q e por los caminos le sirviesen los indios y diesen lo necesario para su viage; y que en Potocsi ningún mercader abriese su tienda ni vendiese cosa alguna hasta que su compañero hubiese despachado toda su hacienda. Con estos favores fué el mercader muy ufano y vendió como quiso, e hizo una ganancia muy grande de más de treinta mil pesos; y para asegurarse de Carvajal volvió en su busca, y habiéndole hallado, le dijo en suma: señor, ocho mil pesos se ganaron en la compañía, traigo aquí los cuatro de vuesa merced. Carvajal haciendo muy del mercader, por dar que reir a sus soldados, dijo: no quiero pasar por esa cuenta hasta ver el libro del Empleo. El mercader lo sacó y leyó las partidas, en las cuales hubo piezas de brocado y de terciopelo, raso y damasco, paños finos de Segovia, Holanda y Ruan, y todo lo demás que llevaban de España, con sus precios. A las últimas partidas decía una de ellas, tres docenas de peines, en tanto,

Carvajal habiendo callado hasta allí, dijo: tené, tené, volvé a leer esa partida; y habiéndola oído, volvió el rostro a los suyos y les dijo: no les parece a vuesas mercedes que este compañero me carga mucho estos peines? Los soldados rieron mucho, porque no habiendo reparado en los otros precios, tantos y tan grandes, reparase en el de los peines, y vieron que lo había hecho por darles que reir. Con esto se acabó la compañía, y Carvajal recibió su parte de ganancia, y envió al compañero muy regalado y favorecido; y así lo hacía siempre que le daban algo. Este cuento u otro semejante, cuenta un autor muy de otra manera.

Persiguiendo Francisco de Carvajal al capitán Diego Centeno, en los alcances tan largos que le dió, prendió un día tres soldados de sus contrarios, ahorcó los dos, que eran de más cuenta, y llegando al tercero, que era estrangero, natural de Grecia y se decía Maese Francisco, y hacía oficio de cirujano, aunque no lo era, dijo: a este que es más ruin, ahórquenmelo de aquel palo más alto. Maese Francisco le dijo: señor. yo no he hecho enojo alguno a vuesa merced ¿para qué quiere matar a un hombre tan ruin como yo, que le puedo servir de curar sus heridos, que soy gran maestro de cirugía? Carvajal viéndole tan cuitado. le dijo: anda vete, que yo te perdono, hecho y por hacer, y ve luego a curar mis acémilas, que ese es el oficio que tu sabes: con esto se escapó Maese Francisco y pasados algunos meses se huyó y sirvió a Diego Centeno. Carvajal después de la batalla de Huarina, volvió a prenderle, y mandó que lo ahorcasen luego. Maese Francisco le dijo: vuesa merced no me ha de matar, que en tal parte me perdonó lo hecho y por hacer, y hame de cumplir su palabra como buen soldado, pues se precia tanto de serlo. Carvajal le dijo: válgate el diablo, ¿y de eso te acuerdas ahora? Yo te la cumplo, vé luego a curar las acémilas y húyete cuantas veces quisieres: que si todos los enemigos del gobernador mi señor fueran como tú, no los tuviéramos por tales. Este cuento de maese Francisco, quiere un autor que fuese con un fraile de misa: en la relación le trocaron los sugetos.

En los alcances que dió a Diego Centeno, prendió un día tres soldados de los que él llamaba tejedores, que a sus necesidades para socorrerlas se pasaban de la una parte a la otra: y estos eran los que él no perdonaba si los cogía; mandó que los ahorcasen: ahorcados los dos, el tercero por obligarle con algo a que le perdonase, haciéndose su criado le dijo: perdóneme vuesa merced siquiera, porque he comido su pan: y era que muchas veces como su soldado, había comido con Carvajal a sumesa. El cual dijo: maldito sea pan tan mal empleado, y volviéndose al verdugo, le dijo: a este caballero, porque ha comido mi pan, ahórcamelo de aquella más alta rama. Y porque no sea el capítulo tan largo lo dividiremos en dos partes.

CAPITULO XLII

OTROS CUENTOS SEMEJANTES: Y EL ULTIMO TRATA DE LO QUE LE PASO A UN MUCHACHO CON UN CUARTO DE LOS DE FRANCISCO DE CARVAJAL.

OTRO día saliendo del Cosco, yendo hacia el Collao, llevaba trecientos hombres en escuadrón formado, que muchos días por su pasatiempo, y por ejercitar sus soldados en la milicia, llevaba su gente así puesta en orden. A poco más de una legua de la ciudad, se apartó un soldado del escuadrón y se fué detrás de unas peñas que están cerca del camino, a las necesidades naturales. Carvajal que iba el último del escuadrón para ver como caminaba la gente, fué en pos del soldado y le riñó, que por qué había salido de la orden. El soldado se disculpó con su necesidad. Carvajal le respondió diciendo: pesar de tal, el buen soldado del Perú, que por ser del Perú tiene obligación a ser mejor que todos los del mundo, ha de comer un pan en el Cosco y echarle en Chuquisaca. Dijo esto, por encarecer la soldadesca, que por lo menos hay del un camino al otro docientas leguas en medio.

Otra vez caminando Carvajal con seis o siete compañeros, le trujeron una mañana una pierna de carnero asada, del ganado mayor de aquella tierra, que tiene mas carne en un cuarto que medio carnero de los de España. Un compañero de los que iban con él, que se decía Hernan Pérez Tablero, grande amigo de Carvajal, se puso a hacer el oficio de trinchante; y como mal oficial, cortó unas tajadas muy grandes. Carvajal que las vió le dijo: ¿qué cortáis Hernan Pérez?; respondió: para cada compañero su tajada. Carvajal le dijo: bien decís que harto ruin será el que volviere por más.

Francisco de Carvajal, volviendo victorioso de los alcances que dió al capitán Diego Centeno, en regocijo de su victoria hizo un banquete en el Cosco a sus más principales soldados, y como entonces valía el vino a más de trecientos pesos el arroba, los convidados se

desmandaron; y como en gente no acostumbrada a beberlo, hubo algo de sus efectos; de manera que algunos quedaron dormidos en sus asientos, y otros fuera dellos como acertaron a caer, y otros donde pudieron acomodarse. Doña Catalina Leyton, que saliendo de su aposento los vió así, haciendo escarnio dellos dijo: Guay del Perú, y cual están los que le gobiernan. Francisco de Carvajal que le oyó dijo: calla, vieja ruin, dejadlos dormir dos horas, que cualquiera dellos puede gobernar medio mundo.

Otra vez tenía preso un hombre rico por ciertas cosas que le habían dicho dél: más no hallando bastante averiguación, aunque él no lo había menester para despachar los enemigos, lo entretuvo en la prisión. El preso viendo que se dilataba le ejecución de su muerte, imaginó que podría rescatar su vida por algún dinero, porque era notorio que en semejantes ocasiones Carvajal tomaba lo que le daban, y hacía amistad. Con este pensamiento envió el preso a llamar un amigo suyo, y le encomendó que le trujese dos tejos de oro que tenía en tal parte, y habiéndolo recebido, envió a suplicar con el amigo a Carvajal, y requerirle que le oyese los descargos que tenía contra los que le acusaban. Carvajal fué a verle, porque la prisión era dentro en su casa. El preso le dijo: señor, yo no tengo culpa en lo que me acusan; suplico a vuesa merced se sirva de esta miseria y me perdone por amor de Dios, que yo le prometo serle de hoy más muy leal servidor, como vuesa merced lo verá Carvajal tomando los tejos, dijo en alta voz para que le oyesen los soldados que estaban en el patio: O señor! teniendo vuesa merced su carta de corona tan calificada y auténtica, ¿por qué no me la mostró antes? Váyase vuesa merced en paz y viva seguro, que ya que seamos contra el rey, no es razón que lo seamos contra la iglesia de Dios.

Atrás en su lugar dijimos brevemente como Francisco de Carvajal dió garrote a doña María Calderón, y la colgó de una ventana de su posada. No dijimos entonces las razones que de una parte a otra se dijeron, para ir con la corriente de la historia, y no ser aquel lugar de gracias: ahora se pondrán las que allí faltaron. Doña María Calderón, aunque estaba en poder de sus enemigos hablaba muy al descubierto contra Gonzalo Pizarro y sus tiranías, y no era otra su plática ordinaria sino decir mal dél. Carvajal que lo supo, la envió amonestar una y dos y más veces, que se dejase de aquellas gracias, que ni eran discretas ni provechosas para su salud. Lo mismo le dijeron otras personas que temían su mal y daño. Doña María Calderón, en lugar de refrenarse y corregirse, habló de allí en adelante con más libertad y desacato; de manera que obligó a Carvajal a ir a su posada para remediarlo, y le dijo: ¿sabe vuesa merced, señora comadre (que cierto lo era) como vengo a darle garrote? Ella usando de sus donaires, y pensando que Carvajal se burlaba con ella, respondió: vete con el diablo, loco borracho, que aunque sea burlando no lo quiero oir. Carvajal dijo: no burlo cierto, que para que vuesa merced no hable

tanto y tan mal, vengo a que le aprieten la garganta; y para que vuesa merced lo crea, mando y requiero a estos soldados etiopes que le den garrote: que eran tres o cuatro negros que siempre traía consigo para semejantes hazañas; los cuales la ahogaron luego, y la colgaron de una ventana que salía a la calle. Carvajal, pasando por delante della, alzó los ojos y dijo: por vida de tal, señora comadre, que si vuesa merced no escarmienta desta, que no sé que me haga.

Estuvo Carvajal una temporada alojado en una ciudad de aquellas; tenía sus soldados aposentados entre los moradores della; ofrecióse salir de allí con su gente a cierta jornada, y al cabo de dos meses volvió a la ciudad. Un oficial celoso, que en el alojamiento pasado había tenido un soldado por huésped, salió a hablar a Carvajal, y le dijo: señor, suplico a vuesa merced que el huesped que me hubiere de echar no sea fulano. Carvajal que lo entendió, inclinó la cabeza en lugar de respuesra.

Llegando a la plaza aposentó sus soldados, diciéndoles a cada uno: vuesa merced vaya a casa de fulano, y vuesa merced a la de zutano; que con esta facilidad los alojaba a donde quiere que iba, como si tuviera la lista de los moradores por escrito. Llegando al soldado señalado. le dijo: vuesa merced irá a casa de fulano (que era lejos de la casa del primer huesped) El soldado respondió: señor, yo tengo huesped conocido donde ir. Carvajal replicó: vaya vuesa merced donde le digo, y no a otra parte. Volvió a porfiar el soldado, y le dijo: yo no tengo necesidad de nueva posada iré donde me conocen. Carvajal inclinando la cabeza con mucha mesura, le dijo: vaya vuesa merced donde le envío, que allí le servirán muy bien: y si más quiere ahí está doña Catalina Leyton. El soldado viendo que le alcanzaban los pensamientos, y proveían a sus deseos. sin hablar más palabra fué donde le mandaron.

A Francisco de Carvajal le cortaron la cabeza para mandarla a la ciudad de los Reyes y ponerla en el rollo de aquella plaza con la de Gonzalo Pizarro. Su cuerpo hicieron cuartos, y los pusieron (con los de los otros capitanes que pasaron por la misma pena) en los cuatro caminos reales que salen de la ciudad del Cosco. Y porque en el capítulo treinta y siete del libro cuarto, prometimos un cuento en comprobación de la ponzoña que los indios de las islas de Barlovento usaban en sus flechas, hincándolas en cuartos de hombres muertos, diremos lo que ví en uno de los cuartos de Francisco de Carvajal, que estaba puesto en el camino de Collasuyu, que es al mediodía del Cosco.

Es así que saliéndonos un domingo diez o doce muchachos de la escuela, que todos éramos mestizos, hijos de español y de india, que ninguno llegaba a los doce años, viendo el cuarto de Carvajal en el campo, dijimos todos a una: vamos a ver a Carvajal. Hallamos el cuarto que era uno de sus muslos; tenía buen pedazo del suelo lleno de grasa, y estaba ya corrompida la carne, de color verde. Estando todos en derredor mirándole, dijo uno de los muchachos: ¿más que

no le osa tocar nadie? Salió otro diciendo: más que sí; más que no. Y esta porfía duró algún tanto, dividiéndose los muchachos en dos bandos; unos al sí y otros al no En esto salió un muchacho que se decía Bartolomé Monedero, que era más atrevido y más travieso que los demás. Y diciendo, no le he de osar yo tocar! le dió con el dedo pulgar de la mano derecha un golpe, de manera que entró todo el dedo en el cuarto. Los muchachos nos apartamos de él diciendo, cada uno: bellaco, sucio, que te ha de matar Carvajal: Carvajal te ha de matar por ese atrevimiento. El muchacho se fué a una acequia de agua que pasaba allí cerca, y lavó muy bien el dedo y la mano, fregándola con el lodo, y así se fué a su casa. Otro día lunes, nos mostró en la escuela el dedo hinchado, todo lo que entró en el cuarto de Carvajal, que parecía traía un dedil de guante puesto en él. A la tarde trujo toda la mano hinchada con mucha alteración hasta la muñeca: otro día martes amaneció el brazo hinchado hasta el codo, de manera que tuvo necesidad de dar cuenta a su padre de lo que había pasado con Carvajal Acudieron luego a los médicos, ataron el brazo fortísimamente por encima de lo hinchado, sajáronle la mano y el brazo, y hicieron otros grandes medicamentos contra ponzoña; más con todo eso estuvo muy cerca de morirse Al cabo escapó y sanó, y luego en cuatro meses no pudo tomar la pluma en la mano para escrebir. Todo esto causó Carvajal después de muerto, que semeja a lo que hacía en vida; y es prueba de la ponzoña que usaban los indios en sus flechas.



CAPITULO XLIII

COMO DEGOLLARON A GONZALO PIZARRO. LA LIMOSNA QUE PIDIO A LA HORA DE LA MUERTE, Y ALGO DE SU CONDICION Y BUENAS PARTES.

RESTA decir la muerte lastimera de Gonzalo Pizarro, el cual gastó todo aquel día en confesar, como atrás queda apuntado, que lo dejamos confesando hasta el medio día· lo mismo hizo después que comieron los ministros, más él no quiso comer, que se estuvo a solas hasta que volvió el confesor, y se detuvo en la confesión hasta muy tarde. Los ministros de la justicia yendo y viendo daban mucha priesa a la ejecución de su muerte. Uno de los más graves enfadado de la dilación que había, dijo en alta voz: ea no acaban de sacar ya ese hombre? Todos los soldados que lo oyeron, se ofendieron de su desacato, de tal manera que le dijeron mil vituperios y afrentas, que aunque me acuerdo de muchas dellas, y yo le conocí, no será razón que las pongamos aquí ni digamos su nombre. El se fué sin hablar palabra antes que hubiese algo de obra, que se temió lo hubiera, según la indignación y enojo que aquellos soldados mostraron de su descomedimiento. Poco después salió Gonzalo Pizarro, subió en una mula ensillada que le tenían apercibida; iba cubierto con una capa; y aunque un autor dice, con las manos atadas, no se las ataron: un cabo de una soga echaron sobre el pescuezo de la mula por cumplimiento de la ley. Llevaba en las manos una imagen de nuestra Señora, cuyo devotísimo fué: iba suplicándole por la intercesión de su alma. A medio camino pidió un Crucifijo· un sacerdote, de diez o doce que le iban acompañando que acertó a llevarlo, se lo dió. Gonzalo Pizarro lo tomó y dió al sacerdote la imagen de nuestra Señora, besando con gran afecto lo último de la ropa de la imágen. Con el Crucifijo en las manos sin quitar los ojos dél, fué hasta el tablado que le tenían hecho para degollarle, do subió, y poniéndose a un canto dél, habló con los que le miraban, que eran todos los del Perú, soldados y vecinos, que no faltaron sino los magnates que le negaron; y aún dellos había algunos

disfrazados, díjoles en alta voz: señores, bien saben vuesas mercedes, que mis hermanos y yo ganamos este imperio: muchos de vuesas mercedes tienen repartimientos de indios, que se los dió el marqués mi hermano: otros muchos los tienen que se los dí yo. Sin esto, muchos de vuesas mercedes me deben dineros, que se los presté; otros muchos los han recebido de mí, no prestados sino de gracia. Yo muero tan pobre, que aún el vestido que tengo puesto es del verdugo que me ha de cortar la cabeza: no tengo con qué hacer bien por mi ánima. Por tanto suplico a vuesas mercedes que los que me deben dineros, de los que me deben, y los que no me los deben, de los suyos, me hagan limosna y caridad de todas las misas que pudieren que se digan por mi ánima: que espero en Dios, que por la sangre y pasión de nuestro Señor JESUCRISTO su hijo, y mediante la limosna que vuesas mercedes me hicieren, se dolerá de mí y me perdonará mis pecados: quédense vuesas mercedes con Dios. No había acabado de pedir su limosna cuando se sintió un llanto general con grandes gemidos y sollozos, y muchas lágrimas que derramaron los que oyeron palabras tan lastimeras. Gonzalo Pizarro se hincó de rodillas delante del Crucifijo que llevó, que lo pusieron sobre una mesa que había en el tablado. El verdugo, que se decía Juan Enriquez, llegó a ponerle una venda sobre los ojos. Gonzalo Pizarro le dijo: no es menester, déjala. Y cuando vió que sacaba el alfange para cortarle la cabeza, le dijo: haz bien tu oficio hermano Juan. Quiso decirle que lo hiciese liberalmente, y no estuviere martirizándole, como acaece muchas veces. El verdugo respondió: yo se lo prometo a vuesa señoría. Diciendo esto, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenia, cerca de un palmo y redonda, que se usaba entonces traerlas sin quitarles nada; y de un revés le cortó la cabeza con tanta facilidad, como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algún espacio en caer en el suelo. Así acabó este buen caballero. El verdugo como tal, quiso desnudarle por gozar de su despojo; más Diego Centeno que había ido a poner en cobro el cuerpo de Gonzalo Pizarro, mandó que no llegase a él, y le prometió una buena suma de dinero por el vestido; y así lo llevaron al Cosco y lo enterraron con el vestido, porque no hubo quien se ofreciese a darle una mortaja. Enterráronlo en el convento de nuestra Señora de las Mercedes, en la misma capilla donde estaban los dos Don Diegos de Almagro, padre e hijo, porque en todo fuesen iguales y compañeros, así en haber ganado la tierra igualmente como en haber muerto degollados todos tres, y ser los entierros de limosna y las sepulturas una sola, habiendo de ser tres: que aún la tierra parece que les faltó para haberlos de cubrir. Fueron igualados en todo por la fortuna, porque no presumiese alguno dellos más que el otro, ni todos tres más que el marqués don Francisco Pizarro, que fué hermano del uno y compañero del otro, que lo mataron (como atrás se dijo) y le enterraron asimismo de limosna: y así todos cuatro fueron hermanos y compañeros en todo y por todo. Paga general del mundo, como lo de-

cían los que miraban estas cosas desapasionadamente) a los que más y mejor le sirven, pues así fenecieron los que ganaron aquel imperio llamado Perú.

De esta limosna que Gonzalo Pizarro pidió a la hora de su muerte (con ser el caso tan público como se ha referido) no hace mención della ninguno de los tres autores; debió ser por no lastimar tanto los oyentes. Yo propuse escrebir llanamente lo que pasó, y así lo hago.

Pasada la tormenta desta guerra, todos los vecinos de aquel imperio cada cual en la ciudad do vivía, hicieron decir muchas misas por el ánima de Gonzalo Pizarro, así por haberlas él pedido en limosna, como por cumplir algo de la general obligación y deuda que cada uno y todos en común le debían, por haber muerto por ellos. Su cabeza y la de Francisco de Carvajal llevaron a la ciudad de los Reyes, que su hermano el marqués don Francisco Pizarro fundó y pobló, y en sendas jaulas de hierro las pusieron en el rollo que está en la plaza della.

Gonzalo Pizarro y sus cuatro hermanos, de los cuales la Historia ha hecho larga mención, fueron naturales de la ciudad de Trujillo, en la provincia llamada Estremadura, madre estremada, que ha producido y criado hijos tan heroicos, que han ganado los dos imperios del Nuevo Mundo, Méjico y Perú: que don Hernando Cortés, marqués del Valle, que ganó a Méjico también fué estremeño, natural de Medellin. Y Vasco Nuñez de Balboa, que fué el primer español que vió la mar del Sur, fué natural de Jerez de Badajoz; y don Pedro de Alvarado que después de la conquista de Méjico pasó al Perú con ochocientos hombres; y Garcilaso de la Vega, que fué por capitán de ellos; y Gomez de Tordoya: fueron naturales de Badajoz. Y Pedro Alvarez Holguín y Hernando de Soto, y Pedro del Barco, su compañero, y otros muchos caballeros de los apellidos Alvarado y Chaves, sin otra mucha gente noble que ayudaron a ganar aquellos reinos, los más dellos fueron estremeños: que como las principales cabezas fueron de Estremadura llevaron consigo los más de sus naturales. Y para loa y grandeza de tal patria, bastará mostrar con el dedo sus famosos hijos y las heroicas hazañas dellos, loarán y engrandecerán la madre que tales hijos ha dado al mundo. Fué Gonzalo Pizarro del apellido y genealogía de los Pizarros, sangre muy noble e ilustre en toda España; y el marqués del Valle, don Hernando Cortés, fué de la misma sangre y parentela que su madre se llamó doña Catalina Pizarro; de manera que a esta genealogía se le debe dar la gloria y honra de haber ganado aquellos dos imperios.

Gonzalo Pizarro y sus hermanos demás de ser hombres de tan principal linage fueron hijos de Gonzalo Pizarro, capitán de hombres de armas, en el reino de Navarra, oficio tan preeminente, que todos los soldados de la tal compañía han de ser hijosdalgo notorios o de ejecutoria. En testimonio de lo cual digo que yo conocí un señor de los Grandes de España, que fué don Alonso Fernandez de Córdova y

Figueroa, marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar, con el mismo oficio de capitán de caballos del reino de Navarra, y lo tuvo hasta su fin y muerte, y se honraba mucho con la soldadesca de tal plaza.

Fué Gonzalo Pizarro gentil hombre de cuerpo, de muy buen rostro, de próspera salud, gran sufridor de trabajos como por la historia se habrá visto. Lindo hombre de a caballo de ambas sillas, diestro arcabucero y ballestero: con un arco de bodoquies pintaba lo que quería en la pared. Fué la mejor lanza que ha pasado al Nuevo Mundo según conclusión de todos los que hablaban de los hombres famosos que a él han ido.

Precióse de buenos caballos y los tuvo bonísimos. Al principio de la conquista del Perú tuvo dos castaños; el uno llamaron el Villano, porque no era de tan buen talle, pero bonísimo de obra; al otro llamaron el Zainillo: hablando dél un día en conversación los caballeros de aquel tiempo, a uno de ellos, que había sido camarada de Gonzalo Pizarro le oí estas palabras: cuando Gonzalo Pizarro, que haya gloria, se veía en su Zainillo, no hacía más caso de escuadrones de indios que si fueran de moscas. Fué de ánimo noble y claro, y limpio, ageno de malicias, sin cautelas ni dobleces; hombre de verdad, muy confiado de sus amigos o de los que pensaba que lo eran, que fué lo que lo destruyó. Y por ser ageno de astucias, maldades y engaños, dicen los autores que fué de corto entendimiento. No lo tuvo sino muy bueno, y muy inclinado a la virtud y honra. Afable de condición, universalmente bien quisto de amigos y enemigos: en suma tuvo todas las buenas partes que un hombre noble debe tener. De riquezas ganadas por su persona, podemos decir que fué señor de todo el Perú, y pues lo poseyó y gobernó algún espacio de tiempo con tanta justicia y rectitud, que el presidente lo alabó como atrás se ha dicho. Dió muchos repartimientos de indios, que valían a diez y a veinte, y a treinta mil pesos de renta, y murió tan pobre como se ha referido. Fué Gonzalo Pizarro buen cristiano, devotísimo de nuestra Señora la Virgen María, madre de Dios, y el presidente lo dijo en la carta que le escribió. Jamás le pidieron cosa diciendo por amor de nuestra Señora, que la negase por muy grave que fuese. Teniendo esperiencia de esto Francisco de Carvajal y sus ministros, cuando habían de matar a alguno de sus contrarios que lo mereciese, apercibían y proveían con tiempo que no llegase nadie a pedir a Gonzalo Pizarro la vida de aquel tal; porque sabían que pidiéndosela por nuestra Señora, no se la había de negar aunque fuese quien quisiese. Por sus virtudes morales y hazañas militares, fué muy amado de todos; y aunque convino quitarle la vida (dejando aparte el servicio de su magestad), a todos en general les pesó de su muerte, por sus muchas y buenas partes; y así después jamás oí que nadie hablase mal dél, sino todos bien y con mucho respeto como a superior. Y decir el Palentino, que hubo algunos que dieron parecer, e insistieron, en que se debía hacer cuartos y ponerlos por los caminos del Cosco, y que el presidente no lo consintió, fué rela-

ción falsísima que dieron al autor, porque nunca tal se imaginó; que si hubiera pasado tal, después, de sana paz, se hablara en ello, como se hablaba en otras cosas de más secreto, y yo lo oyera, pero nunca tal se imaginó; porque todos los de aquel consejo (si no fué el presidente) debían muy mucho a Gonzalo Pizarro, porque habían recebido grandes honras y muchos beneficios de su mano, y no habían de dar parecer en infamia suya: bastóles consentir en su muerte, por el servicio de su magestad y quietud en aquel imperio

FIN DEL TOMO QUINTO

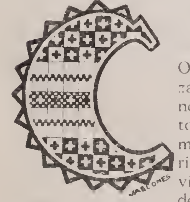


LIBRO SEXTO

Contiene el castigo de los de Gonzalo Pizarro. El repartimiento que el presidente Gasca hizo de los indios: las mercedes grandes que cupo a unos, a las quejas de otros. la muerte desgraciada de Diego Centeno la paciencia del presidente Gasca con soldados insolentes: los galeotes que trujeron a España el segundo repartimiento que el presidente hizo. la muerte del licenciado Cepeda: la entrada del presidente en Panamá: el robo que los Contreras le hicieron del oro y plata de su magestad: la buena fortuna del presidente para restituirse en todo lo perdido su llegada a España, y su buen fin y buena muerte: un alboroto de los soldados de Francisco Hernandez Giron en el Cosco: la ida del visorey don Antonio de Mendoza al Perú. lo poco que vivió: la rebelión de don Sebastián de Castilla: la muerte del general Pedro de Hinojosa, y la del dicho don Sebastián: el castigo que de los suyos hicieron Contiene veinte y nueve capítulos.

CAPITULO I

NUEVAS PROVISIONES QUE EL PRESIDENTE HIZO PARA CASTIGAR LOS TIRANOS; EL ESCÁNDALO QUE LOS INDIOS SINTIERON DE VER A ESPAÑOLES AZOTADOS; LA AFLICCION DEL PRESIDENTE CON LOS PRETENDIENTES Y SU AUSENCIA DE LA CIUDAD PARA HACER EL REPARTIMIENTO.



ON LA muerte y destruición de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes, y maese de campo, no quedó seguro de levantamientos y alborotos aquel imperio, llamado Perú, antes con mayores escándalos, como los dirá la historia. Para lo cual es de saber, que habida la victoria de la batalla de Sacsahuana, el presidente despachó aquel mismo día dos capitanes. Hernando Mejía de Guzman y Martín de Robles, que fuesen al Cosco con soldados seguros para prender los que de Gonzalo Pizarro se

hubiesen huído, y para estorbar que muchos soldados que de los del rey se habían adelantado, no saqueasen a quella ciudad ni matasen a nadie en venganza de sus injurias y particulares enemistades, porque con la victoria alcanzada decían los apasionados que tenían libertad, para hacer de los enemigos lo que quisiesen. El día siguiente al castigo y muerte de Gonzalo Pizarro y de los suyos, salió el presidente de aquel sitio famoso por la batalla que en él hubo; y aunque no hay más de cuatro leguas de camino hasta la ciudad, tardaron dos días en llegar a ella, donde luego despachó el presidente al capitán Alonso de Mendoza con una buena cuadrilla de gente fiel, para que en los Charcas y en Potocsí, y por el camino prendiesen los capitanes que Gonzalo Pizarro había enviado a aquellas partes, que eran Francisco de Espinoza y Diego de Carvajal. el Galán, de los cuales atrás hicimos mención· así mismo envió al Licenciado Polo de Ondegardo por gobernador y capitán general de aquellas provincias ya dichas, para que castigase a los que hubiesen favorecido a Gonzalo Pizarro, y a los que no hubiesen acudido al servicio de su magestad, a los cuales llamaban los de la Mira, porque en guerras pasadas habían estado a la mira, que no habían sido traidores ni leales, por lo cual fueron rigurosamente castigados en las bolsas por haber sido cobardes. Envió juntamente con el licenciado Polo al capitán Gabriel de Rojas, para que en aquellas provincias hiciese oficio de tesorero de su magestad, y recogiese los quintos y tributos de sus rentas reales y las condenaciones que el gobernador hiciese en los traidores y mirones. De todo lo cual, como lo dice Agustín de Zárate, libro séptimo, capítulo octavo, envió en breve tiempo el licenciado Polo, más de un millón y doscientos mil pesos, tomando a su cargo el oficio de tesorero, porque Gabriel de Rojas apenas había llegado a los Charcas, cuando falleció de esta vida. Entre tanto que estas cosas pasaban en aquellas grandes provincias de los Charcas, el presidente estaba en el Cosco, donde les hicieron unas reales fiestas de toros y juegos de cañas muy costosas, porque las libreas fueron todas de terciopelo de diversos colores. Estuvo a ver las fiestas en el corredorcillo de las casas de mi padre, donde yo miré su persona como atrás dije. Al Oidor Andrés de Cianca, y al maese de campo Alonso de Alvarado, se le dió la comisión del castigo de los tiranos. Ahorcaron muchos soldados famosos de los de Pizarro, descuartizaron otros muchos, y azotaron en veces de cuatro en cuatro y de seis en seis, más de cien soldados españoles. Yo los ví todos, que salíamos los muchachos de mi tiempo a ver aquel castigo, que se hacía con grandísimo escándalo de los indios, de ver con tanta infamia y vituperio tratasen los españoles a los de su misma nación, porque hasta entonces aunque había habido muchos ahorcados, no se había visto español alguno azotado; y para mayor infamia los llevaban caballeros en los carneros de carga de aquel ganado de los indios, que aunque había mulas, machos y rocines en que pudieran los azotados pasar su carrera, no quisieron los ministros de la justicia, sino

que la corriesen en carneros para mayor afrenta, y castigo: condenáronlos a todos a galeras. El presidente hizo en aquel tiempo pregonar el perdón general a culpa y a pena, a todos los que se hallaron y acompañaron el estandarte real en la batalla de Sacsahuana, de todo lo que pudiesen haber delinquido de la rebelión de Gonzalo Pizarro, aunque hubiesen muerto al visorey Blasco Núñez Vela, y a otros ministros de su magestad; y esto fué en cuanto a lo criminal, reservando el derecho a las partes en cuanto a los bienes y causas civiles, según se contenía en su comisión, como lo dice Agustín de Zárate libro séptimo, capítulo octavo, porque de lo criminal decían todos, que Gonzalo Pizarro había pagado por ellos. El presidente en esta sana paz, aunque había alcanzado victoria y degollado sus enemigos, andaba más congojado, penado y afligido que en la guerra, porque en ella tuvo muchos que le ayudaron a llevar los cuidados de la milicia; pero en la paz era sólo a sufrir las importunidades, demandas y pesadumbres de los dos mil y quinientos hombres, que pretendían paga y remuneración de los servicios hechos, y ninguno de todos ellos, por inútil que hubiese sido, dejaba de imaginar que merecía el mejor repartimiento de indios que había en todo el Perú. Y los personages que más habían ayudado al presidente en la guerra, esos eran los que ahora en la paz más le fatigaban con sus peticiones y demandas: con tanta instancia y molestia, que por escusarse de alguna parte de estas pesadumbres, acordó irse doce leguas de la ciudad al valle que llaman Apurimac, para hacer allí el repartimiento de indios, con más quietud. Llevó consigo al arzobispo de los Reyes don Gerónimo de Loayza, y a su secretario Pedro Lopez de Cazalla. Dejó mandado que ningún vecino ni soldado, ni otra persona alguna fuese donde él estaba, porque no le estorbasen lo que pretendían hacer. También mandó que ningún vecino de todo el Perú se fuese a su casa hasta que hubiese hecho el repartimiento de los indios, porque con la presencia dellos imaginaba asegurarse de cualquier botín que la gente común pretendiese hacer. Tuvo cuidado y deseo de derramar los soldados por diversas partes del reino, que fuesen a nuevas conquistas a ganar nuevas tierras, como lo habían hecho los que ganaron aquel imperio. Pero derramó pocos por la mucha priesa que traía de salir de aquellos reinos antes que se levantase algún motín, de tanta gente descontenta como imaginaba que había de quedar quejosa dellos con razón, y dellos sin ella.

CAPITULO II

EL PRESIDENTE HECHO EL REPARTIMIENTO SE VA DE CALLADA A LA CIUDAD DE LOS REYES. ESCRIBE UNA CARTA A LOS QUE QUEDARON SIN SUERTE. CAUSA EN ELLOS GRANDES DESESPERACIONES.

EL presidente se ocupó en el repartimiento de la tierra, en el valle de Apurimac, más de tres meses donde tuvo muchas peticiones y memoriales de pretensores que alegaban y daban cuenta de sus servicios; de los cuales se hacía poca o ninguna cuenta, porque ya en su imaginación y determinación estaban señalados y nombrados los que habían de gozar de aquella gran paga que eran todos los hombres principales que se hallaron con el general Pedro de Hinojosa, en Panamá, y en Nombre de Dios cuando entregaron al presidente la armada de Gonzalo Pizarro, porque entonces se capitularon los repartimientos que habían de dar a cada uno, lo cual se cumplió ahora como lo dicen los historiadores de aquel tiempo. El presidente, habiendo repartido la tierra con no más consulta ni parecer que el suyo y del arzobispo don Gerónimo de Loayza, que ambos sabían poco de los trabajos y méritos de los soldados pretendientes (como ellos mismos lo decían, quejándose cuando se hallaron en blanco) se fué a la ciudad de los Reyes, dejando orden que el arzobispo y el secretario Pedro López, pasados doce o quince días de su partida, volviesen al Cosco y publicasen el repartimiento a los que se había hecho merced; y a los desdichados, que no les cupo suerte alguna, escribió una carta muy solemne, significándoles sus buenos deseos, y el propósito que le quedaba para gratificarles en lo que adelante vacase. La carta es la que se sigue, sacada a la letra, del libro segundo de la primera parte, de la Historia del Palentino, capítulo cuarenta y dos, y con sobreescrito dice así; a los muy magníficos y muy nobles señores, los señores caballeros, e hijos-dalgo servidores de su magestad en el Cosco.

Muy magníficos y muy nobles señores: porque muchas veces la afición que los hombres a sus cosas propias tienen, se les deja tan libre-

mente usar de la razón, como convendría para dar gracias a quien se deben, y tenerle amor y gratitud, acordé escrebir esta, suplicando a vuestras mercedes las tengan, e conserven a mi persona. No sólo por el crédito que yo a cada una de vuestras mercedes tengo y he de tener, pero aún por lo que en su servicio he hecho, hago, y haré cuanto viviere en el Perú y fuera de él. E que dejado aparte la consideración y memoria que se debe a particulares servicios que de algunos de vuestras mercedes he hecho, consideren como aún en lo general ninguna cosa de las que he podido, he dejado de hacer en su servicio. Pues como saben que en el gasto de la guerra que se ha hecho en el Perú (ni aún fuera de él) creo que se ha visto ni se sabe que en tan poco tiempo, y con tanta gente, tanto haya gastado. Y todo lo que estaba vaco en la tierra ha proveído a vuestras mercedes con la mayor igualdad y justicia que he podido. Desvelándome de noche y de día en pensar los méritos de cada uno, para a la medida dellos repartir a cada uno lo que mereciese, no por afición sino por méritos; de tal manera, que ni al que mucho fuese por contentarle, ni se le diese tanto que se defraudase al que menos méritos tuviese de los que mereciese. Y lo mismo se hará en todo lo que en tanto que estuviere en el Perú, vacare; que será repartido sólo en vuestras mercedes, lo que como buenos vasallos e hijos-dalgo, sirviendo a su rey, lo han merecido. Y porque más a solas vuestras mercedes gocen desta tan rica tierra, no sólo procuro echar della los que han sido malos y aún los que han estado a la mira, dejando de hacer lo que vuestras mercedes han hecho, más he procurado que hasta que vuestras mercedes estén remediados y ricos ni de España, ni de Tierra-Firme, ni de Nicaragua, ni de Guatemala, ni Nueva-España, entren de nuevo en ella otros que pueden estorbar a vuesas mercedes el aprovechamiento de la tierra. Y pues todo lo que digo es verdad, y es todo lo que he podido y puedo hacer en servicio y aprovechamiento de vuesas mercedes, suplícoles que siguiendo a Dios, se contenten y satisfagan con lo que él se satisface que es hacer los hombres lo que en su servicio pueden Y que conociendo esto el que lleva suerte (aunque no sea tan gruesa como él la deseaba) se contente, considerando que no se pudo hacer más: y que el que aquello le dió deseó que hubiere para dársela muy mayor; y que así lo hará cuando hubiere oportunidad para ellos; y que a quien no le cupiere, crea que fué por haber menos paño de lo que yo quisiera para podérsela dar. Y que tenga cierto que todas las veces que vacare cosa alguna de provecho (en tanto que yo estuviere en el Perú) no se proveerá sino entre vuesas mercedes: e así al que ahora no le cupo le cabrá, placiendo al inmenso Dios. Y pues de todos mis trabajos que por mar y tierra en esta jornada (en el postrer tercio de mis días) he pasado, ninguna otra cosa pretendo ni quiero, sino haber hecho en ella, conforme a la poquedad de mi talento, lo que debo como cristiano a Dios e a mi rey como vasallo y a vuesas mercedes como a prójimo y verdadero servidor. Grande agravio me harían si no entendiesen y fuesen

gratos al amor y deseo que al crecimiento de cada uno de vuesas mercedes tengo e a lo que he hecho y haré en su servicio. Pues como he dicho en nada de lo que he podido ni podré, habrá en mi falta. Y porque a causa de ir yo a sentar la audiencia e cosas de la ciudad de Lima, e todo lo demás que aquí podrá decir, podrá mejor representar su señoría' reverendísima del señor arzobispo, suplícole a su señoría me hiciese merced y favor de ir a esa ciudad, y dar a cada uno de vuesas mercedes lo que le ha cabido y ofrecerles en mi nombre lo que he dicho que se hará en lo porvenir. Y por esto no torné más que decir, de que ruego a nuestro Señor me deje ver a vuestras mercedes, con tan gran prosperidad y crecimiento en su santo servicio, cuanto deseen y yo deseo, que puede tener por cierto es todo uno. De este asiento de Guainarima, a diez y ocho de agosto de mil y quinientos y cuarenta y ocho. Servidor de vuesas mercedes. El licenciado Gasca. Demás de la carta, envió a encargar al padre provincial Fray Tomás de San Martín predicase el día de la publicación, y hablando con los pretensores procurase persuadirles que tuviese por bueno el repartimiento hecho. Todo lo cual escribe largamente Diego Hernandez Palentino, y yo lo he abreviado por huir prolijidades.

Cuando supieron en el Cosco que el presidente se había ido solo y a la sorda, entre muchos capitanes que estaban hablando en conversación, dijo al capitán Pardave: voto a tal, que pues Madalena de la Cruz se fué en secreto que nos deja hecha alguna harana. Llamaban harana en el Perú a la trampa o engaño que cualquiera hacía para no pagar lo que había perdido al juego. Al presidente, entre otros nombres postizos le llamaban Madalena de la Cruz, por decirle que era embaidor y encantador, como lo fué aquella buena mujer que castigó el santo oficio, aquí en Córdova. Y por no oir estas desvergüenzas y otras que se decían, salió del Cosco a hacer el repartimiento, y se alejó más lejos al tiempo de la publicación; como lo dice el Palentino en el capítulo primero de la segunda parte de su Historia, por estas palabras: túvose entendido que se ausentó del Cosco por no se hallar presente a la publicación del repartimiento; que como era sagaz y prudente, y tenía ya esperiencia de los de la tierra, temió la desvergüenza de los soldados, y de oir sus quejas, blasfemias y reniegos. En lo cual cierto no se engañó, porque siendo llegado el arzobispo al Cosco, do se habían juntado casi todos los vecinos y soldados que en el allanamiento se habían hallado: en comenzándose a publicar el repartimiento, día del señor San Bartolomé veinte y cuatro de agosto; luego muchos de los vecinos y soldados comenzaron a blasfemar, y decir denuestos contra el presidente y públicamente decían desvergüenzas que asestaban a tiranía y nuevo alzamiento. Entraban en sus consultas y trataban de matar al oidor Andrés de Cianca, y también al arzobispo, que le juzgaban autor de aquel repartimiento. La causa de su ira y escándalo era decir que los principales repartimientos y encomiendas de indios se habían dado a los que habían sido secuaces y

principales valedores de Gonzalo Pizarro, y a los que habían deservido al rey. Lo mismo y más encarecido lo dice Francisco Lopez de Gomara, en el capítulo ciento y ochenta y ocho por estas palabras

Salióse pues a Apurimac, doce leguas del Cosco, y allí consultó el repartimiento con el arzobispo de los Reyes Loayza, y con el secretario Pedro Lopez, y dió millón y medio de renta, y aún más a diversas personas y ciento y cincuenta mil castellanos en oro que sacó a los encomenderos. Casó muchas viudas ricas con hombres que habían servido al rey; mejoró a muchos que ya tenían repartimientos; y tal hubo que llevó cien mil ducados por año, renta de un príncipe, sino se acabara con la vida, más el emperador no lo dá por herencia; quien más llevó fué Hinojosa.

Fuése Gasca a los Reyes por no oir quejas, reniegos y maldiciones de soldados, aún de temor, enviando al Cosco al arzobispo a publicar el repartimiento, y a cumplir la palabra con los que sin dineros y vasallos quedaban, prometiéndoles grandes mercedes para después. No pudo el arzobispo por bien que les habló, aplacar la saña de los soldados a quien no les cupo parte del repartimiento, ni la de muchos que les cupo pocos. Unos se quejaban de Gasca porque no les dió nada, otros porque poco, y otros porque los había dado a quien deservió al rey y a confesor, jurando que lo tenían que acusar en Consejo de Indias. Y así hubo algunos, como el mariscal Alonso de Alvarado, y Melchor Verdugo, que después escribieron mal del fiscal por vía de acusación.

Finalmente platicaron de amotinarse, prendiendo al arzobispo, al oidor Cianca, a Hinojosa, a Centeno y Alvarado, y rogar al presidente Gasca reconociese los repartimientos, y diese parte a todos, dividiendo aquellos grandes repartimientos o echándoles pensiones, y sino que se los tomarían ellos. Descubrióse luego esto, y Cianca prendió y castigó las cabezas del motín, con que todo se apaciguó. Hasta aquí es de Gomara

—❧—

CAPITULO III

CASAMIENTOS DE VIUDAS CON PRETENDIENTES. LOS REPARTIMIENTOS QUE SE DIERON A PEDRO DE HINOJOSA Y A SUS CONSORTES. LA NOVEDAD QUE EN ELLOS MISMO CAUSO.

DECLARANDO lo que este autor dice acerca de las viudas, es de saber, que como en las guerras pasadas hubieron muertos muchos vecinos que tenían indios, y sus mugeres los heredasen; porque ellas no casasen con personas que no hubiesen servido a su magestad trataron los gobernadores de casarlas de su mano, y así lo hicieron en todo el Perú. Muchas viudas pasaron por ello; a otras muchas se les hizo de mal porque le cupieron maridos más viejos que los que perdieron. A la muger que fué de Alonso de Toro, maese de campo de Gonzalo Pizarro, que tenía un gran repartimiento de indios, casaron con Pedro López Cazalla, secretario del presidente Gasca. A la muger de Martín de Bustincia, que era hija de Huaina Cápac, y los indios eran suyos y no de su marido, casaron con un buen soldado muy hombre de bien, que se llamaba Diego Hernandez, de quien se decía (más con mentira que con verdad) que en sus mocedades había sido sastre. Lo cual sabido por la infanta rehusó el casamiento diciendo: que no era justo casar la hija de Huaina Cápac Inca, con un ciracamayo, que quiere decir sastre: y aunque se lo rogó e importunó el obispo del Cosco, y el capitán Diego Centeno, con otras personas graves, que fueron, hallarse en el desposorio, no aprovechó cosa alguna. Entonces enviaron a llamar a Cristobal Paullu, su hermano, de quien atrás hemos hecho mención; el cual venido que fué, apartó la hermana a un rincón de la sala y a solas le dijo: que no le convenía rehusar aquel casamiento, que era hacer odiosos a todos los de su linage real, para que los españoles los tuviesen por enemigos mortales y nunca les hiciesen amistad. Ella consintió en lo que le mandaba el hermano, aunque de muy mala gana, y así se pusieron delante del obispo, que quiso hacer su oficio de cura por honrar los desposados; y preguntando

con un indio intérprete a la novia si se otorgaba por muger y esposa del susodicho. El intérprete dijo· si quería ser muger de aquel hombre porque en aquella lengua no hay verbo para decir otorgar, ni nombre de esposa; y así no pudo decir más de lo dicho. La desposada respondió en su lenguaje diciendo: ychach munani, ychach manamunani, que quiere decir. quizá quiero, quizá no quiero. Con esto pasó el desposorio adelante, y se celebró en casa de Diego de los Rios vecino del Cosco, y yo los dejé vivos que hacían su vida maridable cuando salí del Cosco. Otros casamientos semejantes pasaron en todo aquel imperio, que se hicieron por dar repartimientos de indios a los pretendientes, y pagarles con hacienda agena: aunque entre ellos también hubo muchos descontentos; unos porque les cupo poca renta, otros por la fealdad de las mugeres, porque en este mundo no se halla contento que sea entero. El repartimiento de la tierra, como dicen los autores, causó los motines dichos, porque dieron al general Pedro de Hinojosa los indios que Gonzalo Pizarro tenía en los Charcas, los cuales daban cien mil pesos de renta cada año; y con ellos le dieron una mina de plata riquísima, que dentro de pocos meses valió la renta de este caballero más de doscientos mil pesos. Que no se puede creer la plata que sacaban de aquellas minas de Potocsi, que como atrás hemos dicho, valía más el hierro que la plata. A Gomez de Solis le cupo el repartimiento llamado Tápac-ri, que valía más de cuarenta mil pesos de renta. A Martín Robles dieron otro de la misma calidad; y a Diego Centeno, aunque sirvió y pasó los trabajos que se han referido, por no haberse hallado en Panamá a la entrega de la armada, no le dieron cosa alguna más del repartimiento que se tenía que se decía Pucuna, ni a otros que sirvieron con él les cupo nada. Estos repartimientos sin otros de menos cuenta, fueron en la provincia y reino de los Charcas. A Lorenzo de Aldana dieron un repartimiento sobre el que tenía en la ciudad de Arequepa, que ambos valían cincuenta mil pesos. En la ciudad del Cosco le cupo a Pedro de Cabrera un repartimiento llamado Cotapampa, que valía más de cincuenta mil pesos de renta, y a su yerno Hernan Mejía de Guzman le cupo otro en Cuntusuyu, que valía más de treinta mil pesos de renta. A don Baltasar de Castilla otro repartimiento en Parihuanacocha, que le daba cuarenta mil pesos de renta, todos èn oro, porque en aquella provincia se coge mucho oro. A Juan Alonso Palomino mejoraron con otro repartimiento, sobre el que tenía, que ambos valían cuarenta mil pesos; y al licenciado Carvajal dieron otro de otra tanta renta, aunque lo gozó poco, porque siendo corregidor del Cosco murió desgraciadamente de una caída que dió de una ventana por el servicio y amores de una dama; e yo le ví enterrar y me acuerdo que era día de San Juan Bautista. A Hernan Bravo de Laguna le cupo otro repartimiento de menor cuantía, que no pasaba de ocho mil pesos, porque no fué de los que entregaron la armada. A los precios que hemos dicho y a otros semejantes, fué todo lo que se dió a los que entregaron la armada en Pana-

má al Presidente. Y él hizo muy bien en pagar tan aventajadamente el servicio que aquellos caballeros hicieron a su magestad y a él; porque aquel hecho le dió ganado el imperio del Perú, estando tan perdido como lo estaba cuando el presidente fué a él. Todo lo cual habrá notado por la historia quien la hubiere leído con atención. A los demás que dieron indios en todas las otras ciudades del Perú, no fueron con tantas ventajas como las dichas, porque no fué más que mejorar algunos repartimientos pobres con otros más ricos, y dar de nuevo otros a los que no los tenían; pero por pobres que eran los repartimientos valían a ocho, y a nueve y a diez mil pesos de renta. De manera que los diez repartimientos que hemos nombrado que dieron en los Charcas, en Arequepa, y en el Cosco, valieron cerca de quinientos y cuarenta mil pesos ensayados, que en ducados de Castilla son muy cerca de seis cientos y cincuenta mil ducados. Luego que llegaron al Cosco el arzobispo Loayza y el secretario Pedro Lopez de Cazalla, publicaron el repartimiento hecho y leyeron la carta del presidente a los desdichados que no les cupo nada, y el padre provincial les predicó persuadiéndoles a tener paciencia; pero la que ellos mostraron fueron reniegos y blasfemias, como los autores lo dicen, particularmente con la carta del presidente. Por otra parte se enfadaron y se admiraron de la abundancia y prodigalidad del repartimiento, y la sobra de la paga a los que no la esperaban ninguna; porque es verdad que entre los nombrados que les cupo a cuarenta y cincuenta mil pesos de renta, había muchos que acordándose de las muchas hazañas que habían hecho en favor y servicio de Gonzalo Pizarro, negando al visorey Blasco Núñez Vela, prendiéndole y persiguiéndole hasta matarle y cortarle la cabeza y ponerla en la picota, trayendo a la memoria estas cosas y otras que habían hecho tan desacatadamente, contra el visorey y contra la magestad imperial, los más de los nombrados, y sin ellos otros muchos de los que la historia en otras partes ha nombrado, no solamente no esperaban mercedes, antes temían castigo de muerte o por lo menos de destierro de todo el imperio, y se contentaban con que no los echaran del reino; y aunque se había pregonado el perdón general a culpa y pena, sospechaban que había sido para segurarles y castigarles cuando la tierra estuviese asentada en paz; y así, uno dellos, que fué Martín de Robles, cuando le dieron la provisión de su repartimiento, y le hicieron relación de los demás repartimientos que se daban, admirado de tanta demasía de mercedes donde no las esperaban, dijo (con algún desdén) a los circunstantes: ea, ea, que tanto bien no es bien. Quiso decir que no era bien hacer tan grandes mercedes a los que no solamente no las merecían ni esperaban ninguna, sino que antes merecían mucho castigo. Pocos meses después desto, notificándole una sentencia de la audiencia real, en que le condenaban en mil pesos, que son mil y doscientos ducados, por haberse hallado en la prisión Blasco Nuñez Vela, y haber sido en favor de Gonzalo Pizarro la cual pena y condenación se adjudicaba a Diego Alvarez

Cueto, cuñado del dicho visorey, que puso la demanda y acusación a algunos secuaces de Gonzalo Pizarro, oyendo la sentencia dijo: ¿no me condenan en más porque prendí al virey? Y respondiéndole el escribano que no era más la pena, dijo. pues a ese precio échenme otros diez. Quedaron tan ufanos y presuntuosos de aquellas hazañas los que las hicieron que se preciaban dellas, y se atrevían a decir cosas semejantes, y se las dijeron al mismo presidente en su presencia, como adelante diremos algunas, más no todas, porque no son para que queden escritas. (1)

(1) De cómo se hizo la tasacion y moderacion de los tributos por el Licenciado Gasca, puede verse en el anónimo *Relación* cit. p. 192.

CAPITULO IV

FRANCISCO HERNANDEZ GIRON SIN RAZON ALGUNA SE MUESTRA MUY AGRAVIADO DEL REPARTIMIENTO QUE SE HIZO: DANLE COMISION PARA QUE HAGA ENTRADA Y NUEVA CONQUISTA. EL CASTIGO DE FRANCISCO DE ESPINOZA Y DIEJO DE CARVAJAL.

ESTE repartimiento tan rico y abundante de oro y plata, que fué de más de dos millones y medio, aunque uno de los autores diga que un millón, y otro que un millón y cuarenta y tantos mil pesos, se ofendieron y se quejaron malamente los pretendientes, tanto porque no les hubiese cabido parte alguna, como porque se hubiese dado con tanto exceso a los que no habían conquistado la tierra ni hecho otro algún servicio en ella a su magestad, sino levantado al tirano y seguídole, hasta matar al visorey, y habárselo vendido después al presidente. (1) El que se mostró más quejoso, más en público, y con ménos razón, fué el capitán Francisco Hernandez Girón, que no habiendo servido en el Perú, sino en Pasto, donde (como lo dice el Palentino en el capítulo último de la primera parte de su Historia) aún no tenía seiscientos pesos de renta, y habiéndole cabido en el Cosco un repartimiento llamado Sacsahuana que había sido de Gonzalo Pizarro, que valía más de diez mil pesos de renta, se quejaba muy a descubierto que no le hubiesen aventajado sobre todos los demás, porque le parecía merecerlo mejor que otro alguno. Con esta pasión anda

(1) «El Presidente Gasca mandó visitar todas las provincias y repartimientos de este reyno, nombrando para ello personas de autoridad y de quien se tenía entendido que tenían conocimiento de las tierras que se les encargaban, que ha de ser la principal calidad que se ha de buscar en la persona a quien se comete semejante negocio después que sea cristiano lo segundo se le dió instrucción de lo que habían de averiguar que fueron muchas cosas: el número, las haciendas, los tratos y grangerías, la cantidad de la gente y de sus tierras y comarcas y lo que daban de tributo. Es así como se expresa el Licenciado Polo de Ondegardo de la administración del Presidente Gasca. Véase además el Palentino, Ob cit. Parte I. lib. II, c. XCIII XCV.

ba quejándose tan al descubierto y con palabras tan escandalosas, que todos las notaban por tiránicas, que olían a rebelión. Habló al arzobispo pidiendo licencia para irse donde estaba el presidente, a quejarse de su agravio, que habiendo servido más que todos, y mereciendo el mejor repartimiento, le hubiesen dado el más ruin. El arzobispo le reprendió las palabras escandalosas, y le negó la licencia. Entonces Francisco Hernandez con mucha libertad tomó el camino, publicando que se iba a la ciudad de los Reyes, a pesar de quien le pesase. Lo cual sabido por el licenciado Cianca, que juntamente con el arzobispo era gobernador y justicia mayor del Cosco, le escribió una carta aconsejándole que se volviese, y no aumentase el escándalo y alboroto tan grande que en todo el reino había, y en tantas personas tan quejosas y con tanta más razón que él. Que mirase que era perder los servicios pasados y quedar para adelante odioso con los ministros reales. El mensagero que llevó la carta le alcanzó en Sacsahuana, cuatro leguas de la ciudad, y habiéndola leído Francisco Hernandez respondió con otra, diciendo que se iba de aquella ciudad por no hallarse en algún motín de los que tenía, porque no le hiciesen los soldados cabeza y caudillo dellos; que iba a dar aviso al presidente de ciertas cosas que convenían al servicio de su magestad; y con esto dijo otras libertades que enfadaron al oidor Cianca. El cual mandó al capitán Lope Martín (aunque el Palentino diga al capitán Alonso de Mendoza, el cual estaba entonces en los Charcas, que como atrás se dijo había ido al castigo de los tiranos, y de los de la mira) que con media docena de soldados, hombres de bien, fuesen en pos de Francisco Hernandez, y donde quiera que lo alcanzase, lo prendiese y lo volviese al Cosco. Lope Martín salió otro día con los seis compañeros, y caminando las jornadas ordinarias de aquel camino, que son a cuatro y a cinco leguas, alcanzó a Francisco Hernandez en Curampa, veinte leguas de la ciudad, con astucia y cautela de hacer a dos manos que por una parte quería dar a entender a los ministros de su magestad que servía a su rey; por otra parte, pretendía que los soldados quejosos del repartimiento pasado, entendiesen que también lo estaba él, y que acudiría a los que ellos quisiesen hacer y ordenar dél, como lo mostró luego en la respuesta que dió al oidor Cianca cuando se vió ante él. Que disculpándose dijo, que se había ausentado de la ciudad porque los soldados que trataban de amotinarse no le hiciesen general dellos. El oidor mandó encarcelarle en casa de Juan de Saavedra, que era un vecino de los principales del Cosco; y habiéndole hecho su proceso, le remitió al presidente, y le dejó ir sobre su palabra, habiéndole tomado juramento que iría a presentarse ante los superiores. Francisco Hernandez fué a la ciudad de los Reyes, entretúvose en el camino más de tres meses, porque el presidente no le concedió que entrase en ella, y al cabo de este largo tiempo alcanzó la licencia para besar las manos al presidente. El cual le recibió con aplauso, y pasados al gunos días por acudir a la inquietud de su ánimo belicoso, y po

echar del reino alguna banda de los muchos soldados baldíos que en él había, le hizo merced de la conquista que llaman Chunchus, con nombre de gobernador y capitán general de lo que ganase y conquistase a su costa y riesgo; con condición que guardase los términos de las ciudades que confinaban con su conquista, que eran el Cosco, la ciudad de la Paz y la de la Plata. Francisco Hernandez recibió la provisión con grandísimo contento, porque se le daba ocasión de ejercitar su intención, que siempre fué de rebelarse contra él rey, como adelante veremos. Quedóse en Rimac hasta que el presidente se embarcó para venirse a España, como a su tiempo se dirá. Entre tanto que el presidente estaba haciendo el repartimiento de los indios en el valle de Apurimac, tuvo nueva el oidor Cianca como el licenciado Polo, que había ido por juez a los Charcas, enviaba presos a Francisco de Espinoza y a Diego de Carvajal el Galán, aquellos dos personages que después de la batalla de Huarina envió Gonzalo Pizarro a la ciudad de Arequepa y a los Charcas, a lo que le convenía y ellos hicieron las insolencias que entonces contamos: los cuales antes de llegar al Cosco escribieron a Diego Centeno, suplicándole intercediese por ellos, y le alcanzase perdón de sus culpas que no los matasen, que se contentasen con echarlos de todo el reino. Diego Centeno respondió que holgaría mucho hacer lo que le pedían, si los delitos pasados dieran lugar y entrada a su petición ante los señores jueces de la causa. Paro que habiendo sido tan atroces, particularmente la quema de los siete indios que quemaron vivos, tan sin causa ni culpa dellos, tenían cerrada la puerta de la misericordia de los superiores, y aniquilado y quitado todo el ánimo y atrevimiento a interceder por cosas tan insolentes. Pocos días después de esta respuesta llegaron los presos al Cosco, donde los ahorcaron, y hechos cuartos los pusieron por los caminos con aplauso de indios y españoles: porque la crueldad justamente merece y pide tal paga.

CAPITULO X

A PEDRO DE VALDIVIA DAN LA GOBERNACION DE CHILE. LOS CAPITULOS QUE LOS SUYOS LE PONEN. LA MAÑA CON QUE EL PRESIDENTE LE LIBRA.

ENTRE los grandes repartimientos y famosas mercedes que el presidente Gasca hizo en el valle de Apurimac, fué una gobernación del reino de Chile que la dió a Pedro de Valdivia, con título de gobernador y capitán general de todo aquel gran reino, que tiene más quinientas leguas de largo. Dióle comisión para que pudiese repartir la tierra en los ganadores y beneméritos della, de la cual comisión usó Pedro de Valdivia larga y prósperamente, tanto que la misma prosperidad y abundancia de las riquezas causaron su muerte y la de otros ciento y cincuenta caballeros españoles que con él murieron, como lo dijimos en la primera parte en la vida del gran Inca Yupanqui, donde adelantamos la muerte de Pedro de Valdivia, por haber sido cosa tan digna de memoria, y porque no habíamos de escrebir los sucesos de aquel reino. Los casos presentes se cuentan, porque pasaron en el Perú, como lo escribe Diego Hernandez, vecino de Palencia que es lo que se sigue sacado a la letra con el título de su capítulo, donde se verá que las leyes humanas, unas mismas pueden condenar y matar a unos, y salvar y dar la vida a otros en un mismo delito. El título del capítulo y todo él es el que se sigue, capítulo noventa y cuatro: Como el presidente envió a prender a Pedro de Valdivia, y de los capítulos que los de Chile le pusieron, y la forma que el presidente tuvo para salvarle. Ya hizo mención la historia de la forma que Pedro de Valdivia tuvo para salir de Chile, y como después le dió el presidente la conquista de aquellas provincias: pues queriéndose aprestar para la jornada, Valdivia se fué del Cosco para la ciudad de los Reyes donde se aprestó de todo lo que le era menester, y juntó lo que pudo para acabar la conquista; y entre la gente que llevaba, había algunos que ha-

bían sido desterrados del Perú, y otros a galeras por culpados en la rebelión; y como hubo aparejado las gentes y cosas necesarias, todo lo embarcó en navíos que se hicieron a la vela desde el puerto del Callao de Lima, y Pedro de Valdivia fuese a Arequepa por tierra. Y como en este tiempo hubiesen dado noticia al preseidente de los culpados que llevaba, y de algunas otras cosas que iban haciendo por el camino, y desacatos que habían tenido a ciertos mandamientos suyos, envió a Pedro de Hinojosa para que por buenas mañas le trujese preso, y díjole la manera que para hacerlo había de tener. Pedro de Hinojosa alcanzó a Valdivia en el camino, y rogóle se volviese a satisfacer al presidente; y como no lo quisiese hacer, fuese una jornada en buena conversación con Pedro de Valdivia. El cual yendo descuidado así por la gente que llevaba consigo, como confiado en la amistad que con Hinojosa tenía, tuvo Pedro de Hinojosa manera como lo prendió con sólo seis arcabuceros, que había llevado, y vinieron juntos al presidente. Asímismo habían ya llegado en esta sazón algunos de Chile, de aquellos a quien Valdivia había tomado el oro al tiempo de su venida (como tenemos contado). Estos pues, pusieron ciertos capítulos por escrito, y querellas contra Pedro de Valdivia, luego que llegó con Pedro de Hinojosa, en que le acusaban del oro que había tomado, de personas que había muerto, y de la vida que hacía con una cierta muger, y aún de que había sido confederado con Gonzalo Pizarro; y que su salida de Chile había sido para le servir en su rebelión, y de otras cosas que le achacaban; y finalmente pedían que luego les pagase el oro que les había tomado. Vióse confuso con esto el presidente, considerando que si condenaba a Valdivia, desaviábale su viaje, y que para los negocios del Perú le parecía grande inconveniente, por la gente baldía que con él iba. Pues probándose haber tomado el oro aquellos, y no se lo hacer volver y restituir, parecíale cosa injusta contra todo derecho, y que por ello sería muy notado. Estando, pues, en esta perplejidad, inventó y halló una cierta manera de salvarle por entonces desta restitución: y fué que antes de dar traslado a Pedro de Valdivia de la acusación y capítulos, ni tomar sumaria información dellos, tomó información de oficio. sobre quiénes y cuántas personas habían hecho y sido en hacer y ordenar aquellos capítulos. Lo cual hizo muy descuidadamente sin que nadie advirtiese ni entendiese para qué lo hacía. Y a este efecto tomó por testigos desta información todos los de Chile interesados: de que resultó que todos ellos habían sido en lo hacer y ordenar, de manera que ninguno podía ser legítimamente testigo en su propia causa. Tomada, pues, esta información, mandó el presidente dar traslado a Valdivia de aquellos capítulos el cual presentó un bien largo escrito, disculpándose de todo lo que se le imponía. y como ya en este negocio no se podía proceder a pedimento de las partes, por la falta de legítimos testigos (que ninguno había), procedió el presidente, de oficio, y no hallando por la información de las otras cosas ninguna averiguada ni cierta, porque debiese estorbar

a Valdivia su jornada, aunque hubo algunos indicios de lo de Gonzalo Pizarro, y otras cosas, le mandó ir a hacer su viaje y proseguir su conquista, con que prometiese no llevar los culpados: reservando que se enviara juez para satisfacer los querellosos sobre el oro que había tomado: encargando mucho a Valdivia que luego en llegando se lo pagase. El cual se lo prometió de hacer; y con esto Valdivia se partió luego para Chile. Hasta aquí es del Palentino, con que acaba aquel capítulo.



CAPITULO VI

LA MUERTE DESGRACIADA DE DIEGO CENTENO EN LOS CHARCAS, Y LA DEL LICENCIADO CARVAJAL EN EL COSCO. LA FUNDACION DE LA CIUDAD DE LA PAZ. EL ASIENTO DE LA AUDIENCIA EN LOS REYES

DESPUES que el presidente Gasca hizo su repartimiento de indios en el valle de Apurimac, y se fué a la ciudad de los Reyes, tomaron licencia todos los vecinos, que son los señores de vasallos del Perú, para irse a sus casas y ciudades de su morada y habitación: unos a tomar posesión de los nuevos repartimientos que les dieron, y otros a mirar por sus casas y haciendas; que con las guerras pasadas estaban todas destruídas: y aunque el presidente no dejó dada licencia por la priesa con que se fué de aquel valle Apurimac, se la tomaron ellos. Diego Centeno, como los demás vecinos se fué a su casa, que la tenía en la villa de la Plata, que hoy llaman ciudad de Plata, por la mucha que se ha sacado y saca del aquel cerro su vecino llamado Potocsi. Fué con intención de aprestarse y recoger la plata y oro que pudiese juntar de su hacienda para venirse a España, y representar sus muchos servicios ante la magestad imperial para que se le hiciese gratificación dellos, porque quedó sentido y afrentado de que el presidente no se hubiese acordado dél habiendo tanta razón para ello. Esta determinación descubrió a algunos amigos, aconsejándose con ellos acerca de la jornada; la cual intención se supo luego por todo el reino, por cartas que se escribieron de unas partes a otras que, escandalizaron mucho a algunos magnates, por saber que Diego Centeno venía a quejarse a España. Algunos dellos se le hicieron émulos, y con fingida amistad pretendieron estorbarle el camino: más viendo que no tenían razon alguna para convencerle determinaron atajarle por otra vía más cierta y segura. Y fué que juntándose algunos vecinos (dellos con malicia y dellos con ignorancia) escribieron a Diego Centeno que se viniese a ciudad de la Plata, donde ellos estaban para consultar entre todos su venida a España, y encomendarle algunos ne-

gocios de ellos que tratase personalmente con la magestad imperial. Diego Centeno se apercibió para ir a la ciudad, lo cual sabido por sus indios que le tenían consigo en sus pueblos le importunaron y rogaron muy encarecidamente que no fuese a la ciudad porque le habían de matar. Diego Centeno dió entonces más priesa a su jornada por no acudir a las supersticiones y hechicerías de los indios. En la ciudad lo recibieron con mucho regocijo y alegría los que pretendían verle en ella, y aunque algunos soldados principales de los que se hallaron con él y fueron compañeros en los alcances que Francisco de Carvajal les dió, y en las batallas de Huarina y Sacsahuana visitándole a parte, mostraron pena y dolor de su venida; porque los indios criados dellos sabiendo la venida de Diego Centeno habían dado a sus amos el mismo pronóstico que a Diego Centeno dieron sus indios, de que le habían de matar. Lo cual tomaron sus amigos por mal agüero no sabiendo ni hallando razón ni causa porque pudiesen matarle, y lo trataron con Diego Centeno. Más él lo echó por alto, diciendo que no se debia hacer caso ni hablar en pronósticos de indios, porque eran conversaciones de demonios y mentiras suyas; mas el hecho declaró presto lo que era porque pasados cuatro días después de su llegada a la ciudad, le convidaron a un banquete solemne que hubo en casa de un hombre principal que no hay para qué decir su nombre sino contar el hecho historialmente sin más infamia agena, que ya están todos allá, donde cada uno habrá dado su cuenta. En el banquete dieron a Diego Centeno un bocado de ponzoña tan cubierta y disimulada que sin muestra de los accidentes bascas y tormentos crueles que el tósigo suele causar, lo despachó en tres días. Lo cual se sintió y lloró en todo el reino, por la bondad y afabilidad de Diego Centeno, que fué un caballero de los más bien quistos que hubo en aquella tierra y compañero general de todos, porque fué uno de los que entraron con don Pedro de Alvarado a la conquista de aquel imperio. Sabida en España la muerte de Diego Centeno un hermano suyo fué a dar cuenta a su magestad, el emperador Carlos V de cómo era muerto, y que dejaba dos hijos naturales, un varón y una hembra, hijos de indias, que quedaban pobres y desamparados; porque la merced de los indios fenecía con la muerte del padre. Su magestad, mandó dar a la hija doce mil ducados castellanos de principal para su dote; y al hijo que se decía Gaspar Centeno, y fué condiscípulo mío en la escuela, dieron cuatro mil pesos de renta situados en la caja real de su magestad de la ciudad de la Plata. Oí decir que eran perpetuos, aunque yo no lo afirmo; porque en aquella mi tierra nunca se ha hecho jamás merced perpetua sino por una vida o por dos cuando mucho. Pocos meses después de la muerte del capitán Diego Centeno sucedió en el Cosco la del licenciado Carvajal que como apuntamos atrás, falleció de una caída que dió de una ventana alta donde le cortaron los cordeles de la escala, con que subía o bajaba, no le respetando el oficio de corregidor que entonces tenía en aquella ciudad. Otras muertes de

vecinos de menos cuenta sucedieron en otras ciudades del Perú, cuyos indios vacaron para que el presidente tuviera más que repartir y desagraviar a los agraviados en el primer repartimiento: más ellos quedaron tan quejosos asi como así. como adelante veremos, porque cada uno dellos se imaginaba que merecía todo el Perú.

Entre tanto que en la ciudad de la Plata y en el Cosco, y en otras partes. sucedieron las muertes y desgracias que se han referido, el presidente Gasca entendía en la ciudad de los Reyes en rehacer y fundar de nuevo la real cancillería que en ella hoy reside. Asímismo mandó poblar la ciudad de la Paz, como refiere lo uno y lo otro Diego Hernandez Palentino, en el libro segundo de la primera parte de su Historia, capítulo noventa y tres, quc es el que se sigue.

Partióse don Gerónimo de Loayza con esta carta (la carta fué la que el presidente escribió a los soldados pretendientes que en repartimiento de los indios quedaron sin suerte, que atrás se ha referido)· fué a la ciudad del Cosco, y sobre este repartimiento sucedieron las cosas referidas en la historia de la tiranía de Francisco Hernandez, cuya rebelión y desvergüenza quieren decir que tuvo origen y principio de este repartimiento. El presidente Gasca se partió de Huainarima para la ciudad de los Reyes; y en el camino despachó a Alonso dc Mendoza con poder de corregidor del Pueblo Nuevo, que en Chuquiabo (en el repartimiento general) mandó fundar e intitular la ciudad dc Nuestra Señora de la Paz.

Nombróle así el presidente por le haber fundado en tiempo de paz después de tantas guerras. y en aquel sitio. porque era en medio del camino que va a Arequepa. a los Charcas, que es de ciento y setenta leguas: y asímismo está en el medio del camino que va del Cosco a los Charcas, de ciento y sesenta leguas. Y por haber tan gran distancia entre estos pueblos, tan gruesa y tanta la contratación, convino mucho en hacer allí pueblo para escusar robos y malos casos que por aquella comarca se hacían. Habiendo pues hecho esta provisión, fué prosiguiendo su camino, y en diez y siete de setiembre entró en la ciudad de los Reyes, do fué recibido con mucho regocijo de juegos y danzas, y le recibieron desta manera. Entró con el sello real, que para asentar la audiencia en aquella ciudad el presidente llevaba. Metieron al sello y al presidente debajo de un rico palio,llevándole a su mano derecha. Iba metido el sello en un cofre muy bien aderezado y adornado, puesto encima de un caballo blanco, cubierto con un paño de brocado hasta el suelo, y llevaba de rienda el caballo Lorenzo de Aldana, corregidor de la ciudad; y a la mula del presidente llevaba de rienda Gerónimo de Silva, alcalde ordinario. Iba Lorenzo de Aldana y los alcaldes y los otros, que llevaban las varas del palio, con ropas rozagantes de carmesí raso y descubiertas las cabezas. Diéronse libreas a los de guarda (que para meter el sello y al presidente la ciudad sacó) y para otros personages de juegos y danzas, de seda de diversos colores. Salieron en una hermosa danza, tanto danzantes como pueblos prin-

cipales había en el Perú; y cada uno dijo una copla en nombre de su pueblo, representando lo que en demostración de su fidelidad había hecho que fueron éstas:

LIMA

Yo soy la ciudad de Lima,
que siempre tuve más ley;
pues fué causa de dar cima
a cosa de tanta estima,
y continuó por el rey

TRUJILLO

Yo también soy la ciudad,
muy nombrada de Trujillo,
que salí con gran lealtad
con gente a su magestad
al camino a recebillo.

PIURA

Yo soy Piura, deseosa
de servirte con pie llano,
que como leona rabiosa,
me mostré muy animosa
para dar fin al tirano

QUITO

Yo, Quito, con gran lealtad
aunque fuí tan fatigada,
seguí con fidelidad
la voz de su magestad,
en viéndome libertada.

HUANUCO Y CHACHAPOYAS

Huanuco y la Chachapoya
te besamos pies y manos,
que por dar al rey la joya
despoblamos nuestra Troya,
trayendo los comarcanos.

HUAMANGA

Huamanga soy que troqué
un trueque que no se hizo
en el mundo tal, ni fué
trocando la P por G,
fué Dios, aquel que lo quiso.

AREQUIPA

Yo, la villa más hermosa,
de Arequipa, la excelente,
lamenté solo una cosa,
quc en Huarina la rabiosa
pereció toda la gente.

EL COSCO

Ilustrísimo señor,
yo el gran Cusco, muy nombrado,
te fuí leal servidor,
aunque el tirano traidor
me tuvo siempre forzado.

LOS CHARCAS

Preclarísimo varón,
luz de nuestra escuridad,
parnaso de perfición
desta cristiana región,
por la Divina bondad.

En los Charcas floreció
Centeno, discretamente,
y puesto que no venció,
fué que Dios lo permitió.
por guardarlo al presidente.

Estas son las coplas que Diego Hernandez Palentino escribe, que dijeron los danzantes en nombre de cada pueblo principal de los de aquel imperio, y según ellas son de tanta rusticidad, frialdad y torpeza, parece que las compusieron indios, naturales de cada ciudad de aquellas, y no españoles. Volviendo a lo que este autor dice de la fundación de la ciudad de la Paz, que se mandó fundar en aquel sitio por la mucha distancia que había de unos pueblos de españoles a

otros, porque se escusaran los robos y malos casos que en aquella comarca se hacían, &c.

Decimos que fué muy acertado poblar aquella ciudad en aquel parage, porque hubiese más pueblos de españoles y no por escusar robos y malos casos, que por aquella comarca se hubiesen hecho porque la generosidad de aquel imperio llamado Perú no se halla que la haya tenido otro reino alguno en todo el mundo, porque dende que se ganó, que fué el año de mil y quinientos y treinta y uno, hasta hoy, que es ya fin del año de mil y seiscientos y diez cuando esto se escribe, no se sabe que en público ni en secreto se haya dicho que haya habido robo alguno, ni salteado a los mercaderes y tratantes con haber tantos de tan gruesas partidas de oro y plata, como cada día llevan y traen por aquellos caminos que son de trescientas y cuatrocientas leguas de largo, y las andan con no más seguridad que la común generosidad y excelencia de todo aquel imperio durmiendo en los campos donde les toma la noche, sin más guarda ni defensa que la de los toldos que llevan para encerrar en ellos sus mercaderías que cierto ha sido un caso que en las Indias y en España se ha hablado de él con mucha honra y loa de todo aquel imperio.

Lo dicho se entiende que pasó y pasa en tiempo de paz: que en tiempo de guerra (como se ha visto en lo pasado y se verá en lo por venir) había de todo, porque la tiranía lo manda así

CAPITULO VII

LOS CUIDADOS Y EJERCICIOS DEL PRESIDENTE GASCA: EL CASTIGO DE UN MOTIN: SU PACIENCIA EN DICHOS INSOLENTES QUE LE DIJERON: SU BUENA MAÑA Y AVISO PARA ENTRETENER LOS PRETENDIENTES.

ASENTADA la audiencia en la ciudad de los Reyes, el presidente se ocupaba en la quietud y sociego de aquel imperio, y en la predicación y doctrina de los naturales dél. Mandó hacer visita general dellos, y que tasasen y diesen por escrito a cada repartimiento el tributo que habían de dar a sus amos, porque no les pidiesen más de lo que la justicia mandase. Para lo cual el licenciado Cianca, como oidor de su magestad fué a la ciudad de los Reyes, habiendo hecho en el Cosco un pequeño castigo de cierto motín que en el se trataba sobre el repartimiento pasado.

Ahorcó a un soldado, y desterró a otros tres; y por no causar más escándalo y alteración no pasó adelante en el castigo ni en la averiguación del motin; y por la misma causa el presidente alzó el destierro a los desterrados antes que nadie se lo pidiese, porque vió que era mejor aplacar con suavidad y blandura que irritar con aspereza y rigor a gente quejosa, y mucha parte della con razón. El licenciado Cianca por previsión del presidente Gasca, dejó en la ciudad del Cosco por corregidor della a Juan Saavedra, un caballero muy noble, natural de Sevilla, que tenía indios en la dicha ciudad. Al mariscal Alonso de Alvarado envió el presidente otra provisión de corregidor en el pueblo nuevo, para que tuviese particular cuidado de la población de la ciudad de la Paz, que estos dos nombres tuvo a su principio aquella ciudad, y el mariscal tenía cerca de ella su repartimiento de indios.

En este tiempo acudieron muchos vecinos de todas partes del imperio a la ciudad de los Reyes a besar las manos al presidente, a rendirle las gracias de tantos y tan grandes repartimientos como les había dado. También acudieron muchos soldados principales que habían servido a su magestad, a pedir remuneración de sus servicios y satis-

facción del agravio pasado que debiéndoseles a ellos la paga, se la hubiesen dado a los que merecían pena y castigo de muerte por haber ofendido a la magestad imperial. Trujeron la nueva de la muerte de Diego Centeno, de Gabriel de Rojas, y del licenciado Carvajal, y de otros vecinos que habían fallecido, que aunque el presidente las sabía, se las pusieron delante pidiendo con gran instancia y mucha pasión que su señoría reformase los repartimientos pasados, y los moderase para que todos comiesen, y no que muriesen de hambre y los que más habían servido al tirano muriesen de ahito y aplopegía. Lo mismo dice Gomara en el capítulo ciento y ochenta y ocho (ya otra vez por mí alegado) por estas palabras.

Finalmente platicaron de rogar al presidente Gasca reconociese los repartimientos y diese parte a todos, dividiéndole aquellos grandes repartimientos o echándoles pensiones, y si no que se los tomarían ellos, &c.

Hasta aquí es de Gomara. El presidente andaba muy congojado y fatigado de no poder cumplir ni satisfacer a tantos pretendientes con tan pocos como había que proveer, y repartir entre tantos y tan presuntuosos de sus méritos y servicios, que aunque vacara en un día todo el Perú,se les hiciera poco, según la arrogancia y altivez donde encumbraban sus méritos. Más el presidente con su discreción, prudencia y consejo, astucia y buena maña, los entretuvo año y medio que estuvo en aquella ciudad. En este tiempo sucedieron algunos cuentos desvergonzados y descomedidos, como lo dicen los historiadores que el buen presidente sufrió y pasó con su prudencia y discreción. En lo cual hizo más que vencer y ganar todo aquel imperio, porque fué vencerse a sí propio, como se verá por algunos que entonces y después acá yo oí, y los ponemos por los más decentes, que otros hubo más y más insolentes en aquellas aflicciones que los pretendientes con sus importunidades le causaban. Queriendo el presidente valerse de uno de sus capitanes. que yo conocí, le dijo: señor capitán fulano, hágame placer de desengañar esa gente, y decirles que me dejen. que no tiene su magestad que darles ni yo qué proveer. El capitán respondió con mucha libertad: desengáñelos vuesa señoría que los engañó, que yo no tengo por qué desengañarlos A esto calló el presidente como que no le hubiese oído. Lo mismo le pasó con un soldado de menos cuenta, que le pidió con mucha instancia le gratificase sus servicios. El presidente le dijo que no tenía qué darle, que ya estaba del todo repartido. El soldado replicó como desesperado. diciendo: deme vuesa señoría ese bonete con que ha engañado a tantos, que con él me daré por pagado y contento. El presidente le miró y le dijo que se fuese con Dios.

Otro personage que presumía del nombre y título de capitan, aunque no lo había sido, que yo conocí y tenía un repartimiento de indios de los comunes, que no pasaban de siete a ocho mil pesos de renta, le dijo: mande vuesa señoría mejorarme los indios como ha hecho a otros muchos que no lo merecen como yo, que soy de los prime-

ros conquistadores y descubridores de Chile; y que no ha sucedido cosa grande y señalada en todo este imperio que yo no me haya hallado en servicio de su magestad, por donde merezco muy grandes mercedes. Con esto dijo otras arrogancias y bravatas con mucha soberbia y presunción. El presidente algún tanto enfadado de su vanidad, le dijo:

Anda, señor, que harto tenéis para quien sois, que me dicen que sois hijo de un tal de vuestra tierra, y nombró el oficio del padre. El capitán usando del título que no era suyo, dijo: miente quien se lo dijo a vuesa señoría y quien lo cree también. Con esto se salió apriesa de la sala temiendo no pusiese alguno de los presentes la mano en él por su libertad y atrevimiento. El presidente lo sufrió todo diciendo, que mucho más debía sufrir y pasar por agradar y servir a su rey y señor. Demás de su paciencia, usaba con los soldados dándoles a todos esperanzas, y aún certificación de lo que les dejaba proveído, como lo dice Diego Hernandez, vecino de Palencia, en el libro primero de la segunda parte de su Historia, capítulo tercero, por estas palabras.

Es de saber que en todo el tiempo que el presidente estuvo en Lima, que serían diez y siete meses, siempre acudieron muchas personas a pedir remedio de sus necesidades y gratificación de su servicios; porque según está dicho eran muchos los quejosos del primer repartimiento de los que habían sido servidores del rey. Y en este tiempo habían vacado muchos y grandes repartimientos de indios por muerte de Diego Centeno, Gabriel de Rojas, y el licenciado Carvajal, y otros vecinos que habían fallecido. Y por el consiguiente había también que proveer otras cosas y aprovechamientos: por lo cual el presidente era de todos muy importunado y combatido; y dábase con ellos tan buena maña que a cada uno daba contento en sus respuesta. Y como estaba de camino les decía apretadamente, que rogasen a Dios que le diese buen viage, porque les dejaba puestos en buen lugar. Tenían gran cuenta los pretensores con sus criados para tener aviso de lo que les daba. Y algunos dellos hacían entender a capitanes y soldados con quien tenían más amistad, o que estaban dellos prendados, que habían visto el libro del repartimiento; y a uno decían que le dejaba tal encomienda, y a otra cosa semejante. Y hoy día creen algunos que lo hacían por sacar interese y que fingidamente lo componían. Otros tienen por sí que como el presidente era sagaz y prudente, lo escribía para aquel efecto; y que después usaba de alguna maña de descuido, para que algún criado suyo lo pudiese ver, y lo tuviese por cierto, y así en secreto lo manifestase, por causa que todos quedasen contentos en su partida. Y es cierto que hoy día hay hombres que creen que a ellos se les quitó lo que el presidente les dejó señalado: y aún se puede escribir con verdad, que alguno perdió el seso con este pensamiento. Tuvo el presidente Gasca grande inteligencia y cuidado por llevar al emperador mucha suma de oro y plata, juntó un millón y medio de castellanos, que reducidos a coronas de

España, es más de dos millones, y cien mil coronas de trescientos y cincuenta maravedís la corona habiendo ya pagado grande suma que había gastado en la guerra.

Llegado pues el tiempo de su partida (cosa para él muy deseada) dábase demasiada priesa, con temor no le viniese algún despacho que le detuviese o a lo menos para que lo tomase fuera del reino. Y acabado su repartimiento hízole cerrar y sellar: y mandó que no se abriese ni publicase hasta que fuesen pasados ocho días que él fuese hecho a la vela. Y que de los repartimientos que dejaba proveídos diese al arzobispo cédula de la encomienda. Partióse de Lima para el Callao (puerto que está a dos leguas de la ciudad) a veinte y cinco de enero y el domingo siguiente, antes que se hiciese a la vela, recibió un pliego de su magestad que le llegó a la sazón de España, y en él una cédula, en que el rey mandaba quitar el servicio personal.

Vista la cédula como sintió que la tierra estaba tan vidriosa, y descontenta, y llena de malas intenciones, por causa del repartimiento de Huainarima ansí por haber dejado sin suerte a muchos servidores del rey y dado grandes repartimientos a muchos que habían sido primero del bando de Gonzalo Pizarro, como por otras causas que lo movían, determinado ya en su partida proveyó por auto que por cuanto él iba a dar relación a su magestad del estado de la tierra, y de lo que tocaba a su servicio que suspendía la ejecución de la cédula real. Y que el servicio personal no se quitase hasta tanto que de boca fuese su magestad por él informado y otra cosa mandase. Y con esto lunes siguiente se hizo a la vela, llevando consigo todo el oro y plata que había juntado. Hasta aquí es del Palentino, con que acaba aquel capítulo.

CAPITULO VIII

LA CAUSA DE LOS LEVANTAMIENTOS DEL PERU. LA ENTREGA DE LOS GALEOTES A RODRIGO NIÑO PARA QUE LOS TRAIGA A ESPAÑA. SU MUCHA DISCRECION Y ASTUCIA PARA LIBRARSE DE UN CORSARIO

POR lo que este autor dice de la provisión que el presidente hizo acerca de la cédula de su magestad, de el servicio personal, se ve claro y manifiesto, que las ordenanzas pasadas, y el rigor y la áspera condición del visorey Blasco Nuñez Vela, causaron el levantamiento de todo aquel imperio y la muerte del mismo visorey, y tantas otras de españoles e indios como se han referido en la historia, que son innumerables, y que habiendo llevado el presidente la revocación de las ordenanzas, y mediante ella y su buena maña y diligencia haber ganado aquel imperio, y restituídosele al emperador, no era justo ni decente a la magestad imperial, ni a la honra particular del presidente, innovar cosa alguna de las ordenanzas principalmente esta del servicio personal que fué una de las más escandalosas y aborrecidas, y así lo dijo él mismo a algunos de sus amigos, que no la ejecutaba ni quería que se ejecutase hasta que su magestad lo hubiese oído viva voz porque habría visto por esperiencia cuán escandalosa era aquella ordenanza, y lo había de ser siempre que se tratase della. Más el demonio, como otras veces lo hemos dicho, por estorbar la paz de aquella tierra, de la cual causaba el aumento de la cristiandad y predicación del santo Evangelio, procuraba de cualquier manera que pudiese, que no se asentase la tierra; para lo cual impedía y anublaba la prudencia y discreción de los consejeros reales, para que no aconsejasen a su príncipe lo que convenía a la seguridad de su imperio, sino lo contrario, como se verá en las guerras de don Sebastián de Castilla, y de Francisco Hernandez Girón, que sucedieron a las pasadas, que las levantaron, no con otro achaque, sino con el de las ordenanzas pasadas y otras semejantes, como en su lugar lo dice el mismo Diego Hernandez, que lo citaremos en muchas partes.

Por cortar el hilo a un discurso tan melancólico como el de los capítulos referidos, será bien que digamos alguna cosa en particular, que sea más alentada, para que pasemos adelante, no con tanta pesadumbre. Es de saber que en medio de estos sucesos llegó una carta a la ciudad de los Reyes, de Hernando Niño, regidor de la ciudad de Toledo, para su hijo Rodrigo Niño, de quien hicimos mención en el libro cuarto de la segunda parte de estos Comentarios, capítulo once, cuando hablamos de los sucesos desgraciados del visorcy Blasco Nuñez Vela; en la cual le mandaba su padre, que estando desocupado de las guerras contra Gonzalo Pizarro, que se partiese luego para España a tomar posesión, y gozar de su mayorazgo que un pariente suyo le dejaba en herencia.

Al presidente y a sus ministros les pareció que este caballero que tan leal se había mostrado en servicio de su magestad, contra los tiranos en la guerra pasada, haría buen oficio en traer a España ochenta y seis galeotes, que de los soldados de Gonzalo Pizarro habían condenado a galeras; y así se lo mandaron, poniéndole por delante que haría mucho servicio a su magestad, y que se le gratificaría en España, con lo demás que había servido en el Perú. Rodrigo Niño lo aceptó aunque contra su voluntad, porque no quisiera venir ocupado con gente condenada a galeras; más como la esperanza del premio venza cualquiera dificultad, apercibió sus armas para venir como capitán de aquella gente; y así salió de la ciudad de los Reyes con los ochenta y seis españoles condenados; y entre ellos venían seis ministriles de Gonzalo Pizarro, que yo conocí, y el uno de ellos me acuerdo que se llamaba Agustín Ramírez, mestizo, natural de la imperial ciudad de Méjico: todos eran lindos oficiales, traían sus instrumentos consigo, que así se lo mandaron, para que hiciesen salva donde quiera que llegasen y ellos se valiesen de algunos socorros que algunos caballeros principales y ricos les hiciesen por haber oído su buena música.

Con buen suceso y próspero tiempo llegó Rodrigo Niño a Panamá, que por todo aquel viage, por ser distrito del Perú, las justicias de cada pueblo le ayudaban a guardar y mirar por los galeotes, y ellos venían pacíficos y humildes; porque en aquella jurisdicción habían ofendido a la magestad real. Pero pasando de Panamá y Nombre de Dios, dieron en huirse algunos dellos por no remar en galeras. Y la causa fué la poca o ninguna guarda que traían, que no se la dieron a Rodrigo Niño, por parecerles a los ministros imperiales que bastaba la autoridad de Rodrigo Niño; y también porque era dificultoso hallar quien quisiese dejar al Perú y venir por guarda de galeotes. Con estas dificultades y pesadumbres llegó Rodrigo Niño cerca de las islas de Santo Domingo y Cuba, donde salió a el encuentro un navío de un cosario francés que entonces no los había de otras naciones, como al presente los hay. El capitán español, viendo que no llevaba armas ni gente para defenderse y que los suyos antes les serían contrarios que amigos, acordó usar de una maña soldadesca discreta

y graciosa. Armóse de punta en blanco de su coselete y celada con muchas plumas y una partesana en la mano: y así se arrimó al árbol mayor del navío, y mandó que los marineros y la demás gente se encubriese y no pereciesen; y que solos los ministriles se pusiesen sobre la popa del navío y tocasen los instrumentos y cuando viesen al enemigo cerca. Así se hizo todo como Rodrigo Niño lo ordenó, y que no perdiesen el tino de su viage ni hiciesen caso del enemigo, el cual iba muy confiado de haber la victoria de aquel navío: más cuando oyeron la música real, y que no parecía gente en el navío, trocaron las imaginaciones, y entre otras que tuvieron, fué una pensar que aquel navío era de algún gran señor, desterrado por algún grave delito que contra su rey hubiese cometido, o que fuese desposeído de su estado por algún pleito o trampa de las que hay en el mundo, por lo cual se hubiese hecho corsario haciendo a toda ropa. Con esta imaginación se detuvieron y no osaron acometer a Rodrigo Niño, antes se apartaron dél, y le dejaron seguir su viage. Todo esto se supo después cuando el presidente pasó por aquellas islas, viniendo a España, que el mismo corsario lo había dicho en los puertos, que tomó debajo de amistad para proveerse de lo necesario por su dinero, de que el presidente holgó mucho, por haber elegido tal personage para traer los galeotes a España.

CAPITULO IX

A RODRIGO NIÑO SE LE HUYEN TODOS LOS GALEOTES, Y A UNO SOLO QUE LE QUEDO . LO ECHO DE SI A PUÑADAS. LA SENTENCIA QUE SOBRE ELLO LE DIERON. LA MERCED QUE EL PRINCIPE MAXIMILIANO LE HIZO.

RODRIGO Niño habiéndose escapado del corsario con su buen ardid de música siguió su viage, y llegó a la Habana, donde se le huyó buena parte de sus galeotes por el poco recaudo de ministros que le dieron cuando se los entregaron para que los guardasen. Otros pocos se habían huído en Cartagena: lo mismo hicieron en las islas de la Tercera: y de tal manera fué la huída dellos, que cuando entraron por la barra de San Lucar, ya no venían más de diez y ocho forzados: y de allí al arenal de Sevilla se huyeron los diez y siete. Con solo uno que le quedó de ochenta y seis que le entregaron, se desembarcó Rodrigo Niño para llevarlo a la casa de la Contratación, donde los había de entregar todos, como se lo mandó el presidente en la ciudad de los Reyes. Rodrigo Niño entró en Sevilla con su galeote, por el postigo del Carbon; puerta por do siempre entra y sale poca gente.

Estando ya Rodrigo Niño en medio de la calle, viendo que no parecía gente, echó mano del galeote por los cabezones, y con la daga en la mano, le dijo: por vida del emperador, que estoy por daros veinte puñaladas; y no lo hago por no ensuciar las manos en matar un hombre tan vil y bajo como vos, que habiendo sido soldado en el Perú, no os desdeñéis de remar en una galera: hi de tal, ¿no pudiérades vos haberos huído como lo han hecho otros ochenta y cinco que venían con vos? Anda con todos los diablos donde nunca más os vea yo, que más quiero ir solo que tan mal acompañado: diciendo esto, le soltó con tres o cuatro puñadas que le dió, y se fué a la Contratación a dar cuenta de la buena guarda que había hecho de sus galeotes dando por descargo que por no haberle dado ministros que guardasen los galeotes se le habían huído; porque él solo no los podía guardar, ni poner

en cobro tantos forzados, los cuales antes le habían hecho merced en no haberle muerto, como pudieran haberlo hecho para irse más a su salvo. Los jueces de la contratación quedaron confusos por entonces, hasta averiguar la verdad de aquel hecho. El postrer galeote, usando de su vileza, en el primer bodegón que entró, descubrió a otros tan ruines como él, lo que Rodrigo Niño le había dicho y hecho con él. los cuales lo descubrieron a otros, y a otros; y de mano en mano llegó el cuento a los jueces de la contratación, los cuales se indignaron gravemente, y prendieron a Rodrigo Niño; y el fiscal de su magestad le acusó rigurosamente, diciendo que había suelto y dado libertad a ochenta y seis esclavos de su magestad: que los pagase dando por cada uno tanta cantidad de dinero. El pleito se siguió largamente, y no le valiendo a Rodrigo Niño sus descargos, fué condenado que sirviese seis años en Oran de ginete, con otros dos compañeros a su costa, y que no pudiese volver a Indias. Apeló de la sentencia para el príncipe Maximiliano de Austria, que asistía entonces en el gobierno de España, por la ausencia de la magestad imperial de su tío. Su alteza oyó largamente a los padrinos de Rodrigo Niño, los cuales le contaron lo que le sucedió en el Perú con los tiranos que pasaron al bando de Gonzalo Pizarro, enviándolos el visorey Blasco Nuñez Vela a prender a otros, y cuán mal lo trataron porque no quiso ir con ellos, como largamente lo cuentan los historiadores, y nosotros lo repetimos en el capítulo once del libro cuarto de esta segunda parte. Asímismo le contaron el buen ardid que usó en la mar con el corsario, y todo lo que le sucedió con los galeotes, hasta el postrero que el echó de sí, y las palabras que le dijo: todo lo cual oyó el príncipe con buen semblante, pareciéndole que la culpa más había sido de los que no proveyeron las guardas necesarias para los galeotes, y que ellos también habían sido comedidos en no haber muerto a Rodrigo Niño, para huirse más a su salvo. Los intercesores de Rodrigo Niño viendo el buen semblante con que el príncipe les había oído, le suplicaron tuviese por bien de favorecer al delincuente con su vista. Su alteza lo permitió, y cuando lo vió delante de sí, le hizo las preguntas como un gran letrado, y le dijo: ¿sois vos el que se encargó de traer ochenta y seis galeotes y se os huyeron todos y uno solo que os quedó, lo echasteis de vos con muy buenas puñadas que le dísteis? Rodrigo Niño respondió: Serenísimo Príncipe, yo no pude hacer más, porque no me dieron guardas que me ayudaran a guardar los galeotes: que mi ánimo, cual haya sido en el servicio de su magestad, es notorio a todo el mundo. Y el galeote que eché de mí fué de lástima, por parecerme que aquel solo había de servir y trabajar por todos los que se me habían huído. Y no quería yo sus maldiciones por haberlos traído a galeras, ni pagarle tan mal por haberme sido más leal que todos sus compañeros. Suplico a vuesa alteza mande, como quien es, que me castiguen estos delitos, si lo son. El príncipe le dijo: yo los castigaré como ellos merecen. Vos los hicisteis como caballero, yo os absuelvo de la sentencia, y os doy por libre

della, y que podáis volver al Perú cuando quisiéredes Rodrigo Niño le besó las manos, y años después se volvió al Perú, donde largamente contaba todo lo que en breve se ha dicho, y entre sus cuentos decía: en toda España no hallé hombre que me hablase una buena palabra, ni de favor, sino fué el buen príncipe Maximiliano de Austria, que Dios guarde, y aumente con grandes reinos y señoríos, amén, que me trató como príncipe.



CAPITULO X

EL SEGUNDO REPARTIMIENTO SE PUBLICA. EL PRESIDENTE SE PARTE PARA ESPAÑA. LA MUERTE DEL LICENCIADO CEPEDA. LA LLEGADA DEL PRESIDENTE A PANAMA.

EL presidente Gasca con la ansia que tenía de salir de aquel imperio, que las horas se le hacían años, hizo todas sus diligencias para despacharse con brevedad; y por no detenerse tiempo alguno, dejó orden como atrás lo ha dicho el Palentino, que el arzobispo de los Reyes diese la cédula que dejaba hechas y firmadas de su nombre de los repartimientos que de la segunda vez dejaba proveídos, y pareciéndole que bastaba esto, se embarcó a toda diligencia y se salió de aquel puerto, llamado el Callao, echando la bendición al Perú, que tan sobresaltado y temeroso le había tenido; y pasados los ocho días que dejó de plazo para la publicación del repartimiento, se divulgó, como lo dice el Palentino por estas palabras, que son del capítulo cuarto del libro primero de su segunda parte. Pasado pues el término que el presidente Gasca puso para que el repartimiento se publicase, y venido el día tan deseado de los pretensores, como sazón y tiempo en que pensaban tener su remedio, todos acudieron a la sala de audiencia, y estando los oidores en los estrados, se abrió el repartimiento que el presidente había dejado cerrado y sellado, y allí fué públicamente leído: y muchos de los que más confiados estaban salieron sin suerte; y otros que no tenían tan entera confianza, salieron con buenos repartimientos. Fué cosa de ver los que unos decían, y las malas voluntades que otros mostraban, y la desesperación que algunos tenían, y que de el presidente blasfemaban, porque ya no les restaba esperanza de cosa alguna, &c.

Hasta aquí es del Palentino. El presidente, que por no oir las blasfemias y vituperios había huído de aquella tierra, se dió toda la priesa que pudo por la mar para llegar a Panamá; que aún para tomar refresco no quiso tomar puerto alguno, según aborrecía la gente que

dejaba Trujo consigo preso al licenciado Cepeda, oidor que fué de su magestad en aquellos reinos y provincias, no quiso conocer de su causa aunque pudiera por no hacerse juez de los delitos que había dado por absueltos; remitiólo al supremo real Consejo de las Indias. Llegados a España se siguió su causa en Valladolid donde entonces estaba la corte y el fiscal real le acusó gravemente; y aunque Cepeda hizo su descargo disculpándose y diciendo que los demás oidores y él habían hecho lo pasado con intención de servir a su magestad, porque los agraviados por las ordenanzas no se desvergozaran ni atrevieran, según se atrevieron por la áspera condición y demasiado rigor que en todo mostró y ejecutó el visorey Blasco Nuñez Vela, como se había visto y notado por los sucesos pasados; sobre lo cual trujo a cuenta muchas cosas de las que la historia ha contado que el visorey hizo, pareciéndole que podían ser en su favor; más no le aprovecharon cosa alguna para no perder el temor y aún la certidumbre de ser condenado a muerte con renombre de traidor. Sus deudos y amigos, viendo que no podían librarle de la muerte corporal, acordaron librarle de el nombre de traidor; para lo cual dieron orden como en la prisión se le diese algún jarabe con que caminase más apriesa a la otra vida; y así se hizo, y la sentencia no se ejecutó en público que aún no estaba publicada aunque ya notificada. Todo esto se dijo en el Perú muy al descubierto, y yo lo oí allá, y después lo he oído en España a algunos indianos que hablaban en la muerte del licenciado Cepeda. El cual después de la muerte de Gonzalo Pizarro hablándose una y más veces de los sucesos pasados, y de su sentencia y muerte, y como lo habían condenado por traidor, y mandado derribar sus casas, y sembrarlas de sal y poner su cabeza en la picota en una jaula de hierro, decía que él defendería el partido de Gonzalo Pizarro, que no había sido traidor contra su magestad, sino servídole con lealtad, deseando la conservación de aquel imperio, y que si le condenasen en esta defensa, que él no tenía otra cosa que perder sino la vida, que desde luego ofrecía la cabeza al cuchillo, con tal que se conociese, y sentenciase la causa en el parlamento de París, o en la universidad de Bolonia, o en cualquier otra que no estuviese sujeta a la jurisdicción imperial. Sospechábase ofreciese esta defensa por defender juntamente su partido con ellas. El doctor Gonzalo de Illescas en su historia pontifical dice del licenciado Cepeda casi lo mismo que hemos dicho, que es lo que se sigue.

Entre las personas notables y señaladas para estas alteraciones del Perú tuvieron mano, y gran parte, fué uno el licenciado Cepeda, natural de Tordecillas, uno de los oidores que pasaron con el visorey Blasco Nuñez Vela, y no es razón callar su nombre por lo mucho que allá valió, y tuvo ansí en servicio de su magestad, mientras estuvo en su libertad, como en compañía de Pizarro después que se apoderó tiránicamente dél y de toda la tierra. Pasóse Cepeda al campo imperial en el último artículo, cuando estaban los campos para darse la postre-

ra batalla, y corrió peligro de muerte, porque Pizarro envió tras él, y le dejaron por muerto los suyos en un pantano. Recibióle Gasca con grande amor, aunque después le puso acá en España en la cárcel real, y fué acusado ante los alcaldes del crimen. Defendíase Cepeda por muchas y muy vivas razones, y según él se sabía bien disculpar, túvose creído que saliera de la prisión con su honor; pero por haberse muerto de su enfermedad en Valladolid en la cárcel se quedó indecisa su causa. Yo hube en mi poder una elegantísima información de derecho que tenía hecha en su defensa, que cierto quien la viere no podrá dejar de descargarle, y tenerle por leal servidor de su rey. Fue más felice de ingenio, que dichoso en el suceso de su fortuna; porque habiendo tenido inestimable riqueza y honor grandísimo, lo ví yo harto afligido y con necesidad en la cárcel.

Hasta aquí es de aquel doctor, el cual hablando de la muerte del conde Pedro Navarro, famosísimo capitán de sus tiempos, dice lo mismo que hemos dicho de la muerte del licenciado Cepeda. que el alcaide que lo tenía preso, que era grande amigo suyo, le ahogó en la cárcel porque no le degollasen con renombre de traidor, habiendo ganado todo el reino de Nápoles, &c. Permite la fortuna que en diversas partes del mundo sucedan unos casos semejantes a otros, porque no falte quien ayude a llorar a los desdichados. El presidente Gasca llegó a salvamento a la ciudad de Panamá con más de un millón y medio de oro y plata que traía a España para su magestad, sin otro tanto y mucho más que traían los particulares pasageros que con él venían. Sucedióle en aquel puerto un caso extraño que los historiadores cuentan, y porque Agustín de Zárate lo dice más claro y pone las causas de aquel mal hecho, que fué una de las ordenanzas, de las cuales la historia ha dado cuenta, que parece que en todas partes causaron escándalo, motín y levantamiento, diremos lo que el dice del principio de esta rebelión; y luego sacaremos de todos los tres autores la sustancia y la verdad del hecho, y la cantidad del robo y saco de oro y plata, y otras cosas que en aquella ciudad saquearon los Contreras; que si se contentaran con la presa, y supieran ponerla en cobro para gozarla, ellos habían vengado su injuria con muchas ventajas; más la mocedad y poca práctica en la milicia causó que lo perdiesen todo, y la vida con ello, como lo dirá la historia. Agustín de Zárate dice lo que se sigue, sacado a la letra de su libro séptimo de la Historia del Perú, capítulo doce, el cual con su título es el que se sigue; y en nuestro comentario será el onceno.

CAPITULO XI

DE LO QUE SUCEDIO A HERNANDEZ Y A PEDRO DE CONTRERAS, QUE SE HALLARON EN NICARAGUA, Y VINIERON EN SEGUIMIENTO DEL PRESIDENTE.

EN el tiempo que Pedro Arias Dávila gobernó y descubrió la provincia de Nicaragua casó una de sus hijas llamada doña María Peñaloza, con Rodrigo de Contreras, natural de la ciudad de Segovia, persona principal y hacendado en ella, y por muerte de Pedro Arias quedó la gobernación de la provincia a Rodrigo de Contreras, a quien su magestad proveyó de ella por nombramiento de Pedro Arias, su suegro, atento sus servicios y méritos, el cual gobernó algunos años, hasta tanto que fué proveída nueva audiencia que residiese en la ciudad de Gracias a Dios, que se llama de los confines de Guatimala. Y los oidores no solamente quitaron el cargo a Rodrigo de Contreras, pero ejecutando una de las ordenanzas de que arriba está tratado, por haber sido gobernador, le privaron de los indios que él y su muger tenían, y de todos los que había encomendado a sus hijos en el tiempo que le duró el oficio; sobre lo cual vino a estos reinos pidiendo remedio del agravio que pretendía habérsele hecho, representando para ello los servicios de su suegro y los suyos propios. Y su magestad y los señores del Consejo de las Indias determinaron que se guardasen las ordenanzas, confirmando lo que estaba hecho por los oidores. Sabido esto por Hernando de Contreras y Pedro de Contreras, hijos de Rodrigo de Contreras, sintiéndose mucho del mal despacho que su padre traía en lo que había venido a negociar, como mancebos livianos determinaron de alzarse en la tierra, confiados en en el aparejo que hallaron en un Juan Bermejo y en otros soldados, sus compañeros, que habían venido del Perú, parte dellos descontentos porque el presidente no les había dado de comer, remunerándoles lo que le habían servido en la guerra de Gonzalo Pizarro; y otros que habían seguido al mismo Pizarro, y por el presidente habían sido des-

terrados del Perú. Y estos animaron a los dos hermanos para que emprendiesen este negocio, certificándoles que si con docientos o trecientos hombres de guerra que allí le podían juntar aportasen al Perú, pues tenían navíos y buen aparejo para la navegación, se les juntaría la mayor parte de la gente que allá estaba descontenta, por no haberles gratificado el licenciado de la Gasca sus servicios; y con esta determinación comenzaron a juntar gente y armas secretamente; y cuando se sintieron poderosos para resistir la justicia, comenzaron a ejecutar su propósito, y pareciéndoles que el obispo de aquella provincia había sido muy contrario a su padre en todos los negocios que se habían ofrecido, comenzaron de la venganza de su persona, y un día entraron ciertos soldados de su compañía a donde estaba el obispo jugando al ajedrez, y le mataron, y luego alzaron bandera, intitulándose el ejército de la libertad; y tomando los navíos que hubieron menester, se embarcaron en la mar del Sur, con determinación de esperar la venida del presidente, y prenderle y robarle en el camino, porque ya sabían que se aparejaba para venirse a Tierra-Firme con toda la hacienda de su magestad. Aunque primero les pareció que debían ir a Panamá, así para certificarse del estado de los negocios, como porque desde allí estarían en tan buen parage, y aunque mejor para navegar la vuelta del Perú que desde Nicaragua. Y habiéndose embarcado cerca de trescientos hombres, se vinieron al puerto de Panamá, y antes que surgiesen en él, se certificaron de ciertos estancieros que prendieron, de todo lo que pasaba, y como el presidente era ya llegado con toda la hacienda real y con otros particulares que traía, pareciéndoles que su buena dicha les había traído la presa a las manos; esperaron que anocheciese y surgieron en el puerto muy secretamente y sin ningún ruido, creyendo que el presidente estaba en la ciudad, y que sin ningún riesgo ni defensa podrían efectuar su intento, &c.

Hasta aquí es de Agustín de Zárate. Gomara habiendo dicho casi lo mismo, dice lo que se sigue, capítulo ciento y noventa y tres. Los Contreras recogieron los pizarristas que iban huyendo de Gasca y otros perdidos; y acordaron hacer aquel asalto por enriquecer, diciendo que aquel tesoro y todo el Perú era suyo, y les pertenecía como a nietos de Pedrarias de Avila, que tuvo compañía con Pizarro, Almagro y Luque, y los envió y se alzaron: color malo, empero bastante para traer ruines a su propósito. En fin ellos hicieron un salto y hurto calificado, si con el se contentaran, &c.

Hasta aquí es de Gomara. Los Contreras entraron en Panamá de noche, y dentro en la ciudad en casa del doctor Robles, y en cuatro navíos que estaban en el puerto tomaron ochocientos mil castellanos, dellos del Rey, y dellos de particulares, como lo dice el Palentino, capítulo octavo; y en casa del tesorero hallaron otros seiscientos mil pesos que se habían de llevar al Nombre de Dios, como lo dice Gomara, capítulo ciento y noventa y tres. Sin esta cantidad de ora y plata robaron en Panamá muchas tiendas de mereaderes ricos, donde halla-

ron mercaderías de España, en tanta abundancia, que ya les daba hastío por no poderlas llevar todas. Enviaron un compañero llamado Salguero, con una escuadra de arcabuceros, que fuese por el camino de las Cruces al río de Chagre; porque supieron que por aquel camino habían llevado mucho oro y plata al Nombre de Dios. Salguero halló setenta cargas de plata, que aún no la habían embarcado. Envióla toda a Panamá, que valía más de quinientos y sesenta mil ducados. De manera que sin las mercaderías y perlas, joyas de oro, y otros ornamentos que en aquella ciudad saquearon, hubieron casi dos millones de pesos en oro y plata que el presidente y los demás pasageros llevaban; que como iban sin sospecha de corsarios, ni de ladrones, llevaron consigo parte de su oro y plata y otra gran parte dejaron en Panamá para que la llevasen poco a poco al Nombre de Dios; porque de un camino, ni de cuatro ni de ocho se podía llevar, porque como dice Gomara en el capítulo alegado, pasaban de tres millones de pesos en oro y plata que llevaban el presidente y los que con él iban. Toda esta suma de riqueza y prosperidad que la fortuna les dió en tanta abundancia, y en tan breve tiempo perdieron aquellos caballeros mozos por dar en disparates y locuras que las mocedades suelen causar. Y también ayudó a los desatinos que después de esta presa hicieron, la ansia tan vana que Juan Bermejo y sus compañeros los pizarristas tenían de ver a sus manos al presidente Gasca para vengarse en su persona de los agravios que les había hecho, según ellos se quejaban, los unos de mala paga, y los otros de demasiado castigo. Y por grande encarecimiento decían que habían de hacer pólvora dél, porque la habían menester, y porque había de ser muy fina según la astucia, rigor y engaño de tal hombre. Y cierto, ellos se engañaron en estas locas imaginaciones; porque mayor castigo y tormento fuera para el presidente, y para ellos mayor venganza, que lo enviaran vivo y sin el oro y plata que traía, que fué la mayor de las victorias que en el Perú alcanzó. (1)



(1) Véase para mayores detalles Calvete de Estrella, *Rebelión de Gonzalo Pizarro en el Perú* t. II. lib. V, c. II, p. 357. Ed. Madrid 1889.

CAPITULO XII

LAS TORPEZAS Y BISOÑERIAS DE LOS CONTRERAS, CON LAS CUALES PERDIERON EL TESORO GANADO Y SUS VIDAS; LAS DILIGENCIAS Y BUENA MAÑA DE SUS CONTRARIOS PARA EL CASTIGO Y MUERTE DELLOS.

LA buena fortuna del licenciado Gasca, viéndole en el estado que se ha referido, ofendida de que el atrevimiento de unos mozos bisoños, y la desesperación de unos tiranos perdidos tuviesen en tal estado y miseria a quien ella tanto había favorecido en la ganancia y restitución de un imperio, tal y tan grande como el Perú, queriendo volver por su propia honra y continuar el favor y amparo que al presidente había hecho, dió en valerse de la soberbia e ignorancia que estos caballeros cobraron con la buena suerte que hasta allí habían tenido, y la trocaron en ceguera y torpeza de su entendimiento; de manera que aunque muchos de aquellos soldados habían conocido en el Perú a Francisco de Carvajal, y seguido su soldadesca, en esta jornada y ocasión se mostraron tan bisoños y torpes, que ellos mismos causaron su destrucción y muerte. Y la primera torpeza que hicieron fué, que habiendo ganado a Panamá, y todo el saco que en ella hubieron, prendieron muchos hombres principales, y entre ellos al obispo y al tesorero de su magestad, y a Martín Ruiz de Marchena, y a otros regidores, y los llevaron a la picota para ahorcarlos; y lo hiciera con mucho gusto el maese de campo Juan Bermejo sino se lo estorbara Hernando de Contreras. De lo cual se enojó muy mucho Juan Bermejo, y le dijo, que pues era en favor de sus enemigos, y en disfavor de sí propio y de sus amigos, pues no consentía que matasen a sus contrarios, no se espantase que otro día ellos lo ahorcasen a él y a todos los suyos.

Estas palabras fueron un pronóstico que se cumplió en breve tiempo. Contentóse Hernando de Contreras con tomarles juramento que no les serían contrarios en aquel hecho, sino favorables, como si

el hecho fuera en servicio de Dios y del rey, y en beneficio de los mismos ciudadanos; lo cual fué otro buen desatino. Asímismo se dividieron en cuatro cuadrillas los soldados, que eran tan pocos que apenas pasaban de doscientos y cincuenta. Los cuarenta dellos se quedaron con Pedro de Contreras, para guardar los cuatro navíos que trujeron, y otros cuatro que ganaron en el puerto. Hernando de Contreras, como se ha dicho, envió a Salguero con otros treinta soldados al río de Chagre a tomar la plata que allí robaron, y el se fué con otros cuarenta soldados por el camino de Capira a prender al presidente, y saquear a Nombre de Dios, que le parecía hacer lo uno y lo otro con facilidad, por hallarlos descuidados. Juan Bermejo se quedó en guarda de Panamá con otros ciento y cincuenta soldados. Y entre otras prevenciones que hizo tan torpes y necias como las referidas, fué, como lo dice el Palentino, dar en depósito todo el saco que habían hecho a los mercaderes y a otras personas graves que tenían presos; mandándoles que se obligasen por escrito a que se lo volverían a él o a Hernando de Contreras cuando volviese de Nombre de Dios. Proveyeron estos disparates, imaginándose que sin tener contraste alguno eran ya señores de todo el Nuevo Mundo. Mandó tomar todas las cabalgaduras que en la ciudad hubiese, para ir con toda su gente en pos de Hernando de Contreras para socorrerle si le hubiese menester; y así salió de la ciudad con toda brevedad, dejándola sola, pensando que quedaba tan segura como si fuera su casa: que fuera mejor embarcar en sus navíos la presa y saco que de oro y plata, joyas y mercaderías y otros ornamentos habían hecho, y se fueran con ello donde quisieran, y dejaran al presidente y a los suyos totalmente destruídos y aniquilados. Más ni ellos merecieron gozar el bien que tenían, ni el presidente pasar el mal y daño que se le ofrecía, y así volvió por él su buena fortuna, como presto veremos.

Luego que amaneció, los que escaparon del saco y de la presa de la noche pasada, que uno dellos fué Arias de Acevedo, de quien la historia ha hecho mención, despachó a toda diligencia un criado suyo a Nombre de Dios, a dar aviso al presidente Gasca de lo que los tiranos habían hecho en Panamá, que aunque la relación no fué de todo lo sucedido, porque no se la pudo dar, a lo menos fué parte para que el presidente y todos los suyos se apercibiesen y no estuviesen descuidados. Por otra parte los de la ciudad, así los que huyeron de ella como los que Juan Bermejo dejó con su buena confianza y amistad, pues quedaron por depositarios de todo lo que saquearon, viendo que con todos sus soldados se había ido de ella, cobraron ánimo de verlos divididos, y se convocaron unos a otros; repicaron las campanas y a toda diligencia fortificaron la ciudad, así por la parte de la mar, porque Pedro de Contreras no los acometiese, como por la parte del camino de Capira, para que si los enemigos volviesen no pudiesen entrar en ella con facilidad Al ruido de las campanas acudieron de las heredades, que llaman estancias, muchos estancieros españoles con las

armas que tenían, y muchos negros al socorro de sus amos, y en breve tiempo se hallaron más de quinientos soldados, entre blancos y prietos, con determinación de morir en defensa de su ciudad. Dos soldados de los de Juan Bermejo, que por falta de cabalgaduras no habían ido con su capitán, viendo el ruido de la gente se huyeron, y fueron a dar aviso a su maese de campo de como la ciudad se había rebelado; y reducídose al servicio de su magestad. De lo cual avisó luego Juan Bermejo a Hernando de Contreras, diciéndole: que él se volvía a Panamá a hacer cuartos a aquellos traidores, que no habían guardado la fidelidad de su juramento: parecíale que le sería tan fácil el ganarla segunda vez como lo fué la primera. Más sucedióle en contra, porque los de la ciudad (porque no se la quemasen, que lo más della es de madera) salieron a recebirle al camino, y hallando a Juan Bermejo fortalecido en un recuesto alto, le acometieron con grande ánimo y valor, corridos y afrentados de los vituperios que en ellos había hecho hallándolos dormidos. Y queriéndose vengar pelearon varonilmente; y aunque del primer acometimiento no se reconoció ventaja de ninguna de las partes, pelearon segunda vez; y los de la ciudad, como gente afrentada, deseosos de vengar sus injurias, acometieron como desesperados: y aunque los enemigos pelearon con mucho ánimo, al cabo fueron vencidos, y muertos la mayor parte dellos, por la multitud de blancos y negros que sobre ellos cargaron, entre los cuales murió Juan Bermejo, y Salguero, y más de otros ochenta. Prendieron casi otros tantos, y los llevaron a la ciudad; y teniéndolos atados en un patio, entró el alguacil mayor della (cuyo nombre es bien que se calle) y con dos negros que llevaba los mató a puñaladas, dando los tristes grandes voces y gritos, pidiendo confesión. Un autor, que es el Palentino, capítulo décimo, dice que por haber muerto sin ella, los enterraron a la orilla del mar. La nueva de este mal suceso corrió luego por la tierra, y llegó a oídos de Hernando de Contreras. El cual con el aviso que Juan Bermejo le había enviado se volvía a Panamá: viéndose ahora perdido y desamparado de todas partes (como desesperado) despidió los suyos diciéndoles, que cada uno procurase salir a la ribera del mar, que su hermano Pedro de Contreras los acogería en sus navíos, y que él pensaba tomar el mismo viaje, y así se apartaron unos de otros. Poco días después, andando los del rey a casa de ellos, por aquellas montañas, pantanos y ciénagas, en una dellas hallaron ahogado a Hernando de Contreras; cortáronle la cabeza y la llevaron a Panamá. Los suyos aunque estaba disfigurada, la conocieron, porque con ella llevaron el sombrero que solía traer, que era particular, y un Agnus-Dei de oro que traía al cuello. Pedro de Contreras, su hermano, viendo el mal suceso de Juan Bermejo y su muerte, y la de todos los suyos, no sabiendo qué hacer, procuró escaparse por la mar. Más los vientos, ni las aguas, ni la tierra quisieron favorecerle, que todos los tres elementos se mostraron enemigos. Procuró huirse en sus bateles desamparando sus navíos; y así se fué en ellos sin saber adonde, porque todo

el mundo le era enemigo. Los de la ciudad armaron otras barcas, y cobraron sus navíos, y los agenos, y fueron en pos de Pedro de Contreras, aunque a tiento porque no sabían a dónde iban. Andando en rastro dellos, hallaron por las montañas algunos de los huídos, que también se habían dividido y derramado por diversas partes, como hicieron los de Hernando de Contreras. De Pedro de Contreras no se supo qué hubiese sido de él, sospechóse que indios de guerra, o tigres y otras salvaginas (que las hay muy fieras por aquella tierra) le hubiesen muerto y comídoselo, porque nunca más hubo nueva dél.

Este fin tan malo y desesperado tuvo aquel hecho, y no se podía esperar dél otro suceso, porque su principio fué con muerte de un obispo cosa tan horrenda y abominable. Y aunque algunos después quisieron disculpar a los matadores, dando por causas la mala condición y peor lengua del obispo, que forzasen a quitarles la vida, no basta disculpa ninguna para hacer un hecho tan malo y así lo pagaron ellos como se ha visto. (4)



(4) Véase Calvete de Estrella. Ob. cit lib. V, c III, p 385

CAPITULO XIII

EL PRESIDENTE COBRA SU TESORO PERDIDO CASTIGA A LOS DELINCUENTES LLEGA A ESPAÑA, DONDE ACABA FELIZMENTE.

EL licenciado Gasca que tuvo en la ciudad de Nombre de Dios la nueva de la venida de los Contreras, y el robo y saco que en Panamá habían hecho, de que se afligió grandemente, considerando que para el fin de su jornada se le hubiese guardado un caso tan extraño, y un peligro como lo dice un autor, tan no pensado, y que no se había podido prevenir por diligencias ni otro medio alguno, procuró poner en cobro lo mejor que pudo el tesoro que consigo llevaba apercibió la gente que con él había ido y la que había en aquella ciudad, para volver a Panamá y cobrar lo perdido y castigar los salteadores; aunque mirándolo como tan discreto y experimentado en toda cosa, le parecía que ya se habrían ido y puesto en cobro el saco. Más con todo eso, por hacer de su parte lo que convenía, pues en todo lo pasado no había perdido ocasión ni lance salió de Nombre de Dios a toda diligencia, con la gente y armas que pudo sacar; y a la primera jornada de su camino, tuvo nueva del buen suceso de Panamá, y de la muerte de Juan Bermejo y Salguero, y de la huída de Hernando de Contreras por las montañas, y la de su hermano por la mar. Con lo cual se consoló el buen presidente, y siguió su camino con todo aliento y regocijo, dando gracias a nuestro Señor (como lo dice Gomara) por cosas tan señaladas como dichosas para su honra y memoria, &c. Llegó el presidente a Panamá con más victoria que tuvieron todos los grandes del mundo; porque sin armas, ni otra milicia, consejo ni aviso, sólo con el favor de su buena dicha venció, mató, y destruyó a sus enemigos, que tan crueles le fueran, si no hubieran sido tan locos y necios. Cobró el tesoro perdido, pidiéndolo a los depositarios que lo tenían en guarda; quedó con mucha ganancia de oro y plata, porque como los corsarios habían hecho a toda ropa, así a la del rey, como a la de los pasageros y ciudadanos; el presidente la mandó

secuestrar toda por de su magestad y que los particulares que pretendiesen tener allí su hacienda, lo probasen, o diesen las señas que sus barras de plata y tejos de oro traían, porque ha sido costumbre muy antigua en aquel viaje del Perú, poner los pasageros con un cincel, cifras u otras señales en las barras de plata y oro que traen; porque sucede dar un navío al través en la costa, y por estas señales cada uno saca lo que es suyo; que yo hice lo mismo en esta miseria que truje, y por eso lo certifico así. Los que mostraron las señas y probaron por ellas lo que era suyo, lo cobraron, y los que no tuvieron señas lo perdieron, y todo se aplicó para el rey, de manera que el presidente antes ganó que perdió en la revuelta, que así suele acaecer a los favorecidos de la fortuna. El presidente, habiendo recogido el tesoro mandó castigar los delincuentes que se atrevieron a tomar de las barras que trujo Salguero, que aunque no eran de los que vinieron con los Contreras, la revuelta de la ciudad les dió atrevimiento a que tomasen de la presa lo que pudiesen hurtar A unos azotaron y a otros sacaron a la vergüenza; de manera que todos los tiranos y parte de los no tiranos, fueron castigados, porque a río revuelto quisieron ser pescadores.

La cabeza de Hernando de Contreras, mandó el presidente poner en la picota en una jaula de hierro, con su nombre escrito en ella; que de los enemigos no castigó ninguno el presidente que cuando él volvió a Panamá los halló todos muertos. Hecho el castigo con toda brevedad se embarcó para venirse a España, como lo dice el Palentino por estas palabras, capítulo diez de la segunda parte.

Así que el presidente Gasca, con las demás sus buenas fortunas que en España y Perú le habían sucedido, terció con este próspero suceso, do cobró el robo tan calificado que se le había hecho, con otra infinita suma de particulares, el cual con todo aquel tesoro se embarcó para España, y llegado en salvamento, fué a informar a su magestad (que estaba en Alemaña) habiéndole dado ya el obispado de Palencia, que había vacado por muerte de don Luis Cabeza de Vaca, de buena memoria; en el cual residió hasta el año de sesenta y uno, que el católico rey don Felipe, nuestro señor, le dió el obispado de Sigüenza, y le tuvo hasta el mes de noviembre de sesenta y siete, que estando en Sigüenza fué Dios servido llevarle desta presente vida.

Hasta aquí es del Palentino. Francisco Lopez de Gomara dice lo que se sigue, capítulo ciento noventa y tres: embarcóse Gasca con tanto en el Nombre de Dios, y llegó a España por julio del año de mil y quinientos cincuenta, con grandísima riqueza para otros, y reputación para sí. Tardo en ir y venir, y hacer lo que habéis oído poco más de cuatro años: hízolo el emperador obispo de Palencia, y llamólo a Augusta de Alemaña, para que le informase a boca, y entera y ciertamente de aquella tierra y gente del Perú.

Hasta aquí es de Gomara con que acaba aquel capítulo. Y aunque en él dice este autor, que el presidente Gasca peleó con los tiranos y los venció, lo dice porque su buena fortuna los rindió, y le dió la

victoria ganada. y cobrado el tesoro que tenía perdido; que el presidente nunca los vió ni vivos ni muertos. Como se ha dicho, acabó aquel insigne varón, digno de eterna memoria, que con su buena fortuna, maña, prudencia y consejo, y las demás sus buenas partes, conquistó y ganó de nuevo un imperio de mil y trescientas leguas de largo; y restituyó al emperador Carlos Quinto con todo el tesoro que dél traía... (5)

(5) Calvete de Estrella Ob. cit. lib., V., cc. IV y V., p. 409.

CAPITULO XIV

FRANCISCO HERNANDEZ GIRON PUBLICA SU CONQUISTA. ACUDEN MUCHOS SOLDADOS A ELLA. CAUSAN EN EL COSCO UN GRAN ALBOROTO Y MOTIN. APACIGUASE POR LA PRUDENCIA Y CONSEJO DE ALGUNOS VECINOS.

DEJANDO al buen presidente Gasca, obispo de Sigüenza, sepultado en sus trofeos y hazañas, no nos conviene dar un salto largo y ligero, desde Sigüenza hasta el Cosco, donde sucedieron cosas que contar; para lo cual es de saber. que con la partida del presidente Gasca para España, se fueron todos los vecinos a sus ciudades y casas, a mirar por sus haciendas, y el general Pedro de Hinojosa fué uno de ellos; y el capitán Francisco Hernandez Girón, fué al Cosco con la provisión que le dieron para hacer su entrada. Por el camino la fué publicando, y envió capitanes que nombró para hacer gente en Huamanca, y en Arequepa, y en el Pueblo Nuevo; y él apregonó en el Cosco su conducta y provisión con gran solemnidad de trompetas y atabales, a cuyo ruido y fama acudieron más de doscientos soldados de todas partes, porque el capitán era bien quisto de ellos. Viéndose tantos juntos, dieron en desvergonzarse y hablar con libertad sobre todo lo pasado, vituperando al presidente y a los demás gobernadores que en todo aquel imperio dejó; y fué esta desvergüenza de manera que sabiendo los vecinos muchas cosas della, platicaron con Juan de Saavedra, corregidor que entonces era de aquella ciudad, que tratase con Francisco Hernandez que apresurase su viaje, para verse libre de soldados, que aunque el capitán tenía en su casa algunos dellos, los demás se derramaron por casas de los demás vecinos y moradores; y aunque el Palentino, hablando en este particular, capítulo cuarto, dice que los vecinos mostraban pesar, así por sus intereses, como porque sacaban los soldados de la tierra, considerando que si su magestad alguna cosa proveyese en su perjuicio, le podrían responder con sol-

dados, como otras veces lo habían hecho, y que sin ellos estaban acorralados, &c.

Cierto yo no sé quién pudo darle esta relación, ni quien pudo imaginar tal cosa; porque a los vecinos mucho mejor les estaba que echaran todos los soldados de la tierra a semejantes conquistas por tenerlos consigo; porque no tuvieran a quien mantener y sustentar a su costa, que muchos vecinos tenían cuatro y cinco, y seis y siete soldados en sus casas, y los mantenían a sus mesas a comer y a cenar, y les daban de vestir y posada, y todo lo necesario. Otros vecinos había que no tenían ni un soldado, que de los unos y de los otros pudiéramos nombrar algunos; pero no es razón hablar en perjuicio ageno. Y decir aquel autor que a los vecinos les pesaba de que echasen los soldados de la tierra, no sé como se pueda creer; siendo público y notorio lo que hemos dicho, que los vecinos gastaban con ellos sus haciendas. Aquel historiador no debió de hallarse personalmente en muchas cosas de las que escribe, sino que las escribió y compuso de relación agena; porque en algunas cosas se las daban equivocadas y contradictorias, y con tanta plática de motines en cada cosa, que hay más motines en su historia que columnas de ella. Que todo es hacer traidores a todos los moradores de aquel imperio, así vecinos como soldados. Todo lo cual dejaremos aparte como cosa no necesaria para la historia; y diremos la sustancia de todo lo que pasó, porque yo me hallé en aquella ciudad cuando Francisco Hernandez y sus soldados hicieron este primer alboroto, de que luego daremos cuenta. Y también me hallé al segundo motín que pasó tres años después; y estuve tan cerca de todos ellos, que lo ví todo, y ellos no hacían caso de mí; porque era de tan poca edad, que no había salido ni aún llegado al término de la edad de muchacho; y así diré llanamente lo que ví y oí a mi padre y a otros muchos que en nuestra casa platicaban estas cosas, y todas las que sucedieron en aquel imperio. Los soldados, como decíamos, se mostraron tan insolentes y soberbios, que se ordenó que en público se tratase del remedio; y como ellos lo sintieron platicaron con su capitán y entre todos trataron que no se dejasen hollar, pues la provisión que tenían era del presidente Gasca para hacer aquella conquista, que estaban libres y exentos de cualquier otra jurisdicción, y que el corregidor no la tenía sobre ellos, ni podía mandarles nada, ni ellos tenían obligación a obedecerle.

Este alboroto pasó tan adelante que los soldados se juntaron todos con sus armas en casa de Francisco Hernandez; y la ciudad y el corregidor mandaron tocar armas, y los vecinos y muchos parientes dellos, y otros soldados que no eran de la entrada, y muchos mercaderes ricos y honrados se juntaron en la plaza con sus armas, y formaron un escuadrón en ella; y los contrarios formaron otro en la calle de su capitán, bien cerca de la plaza, y así estuvieron dos días y dos noches con mucho riesgo de romper unos con otros; y sucediera el hecho si no es que los hombres prudentes y esperimentados que estaban lasti-

mados de las miserias pasadas, trataron de concertarlos, y así acudieron unos al corregidor, y otros a Francisco Hernandez Girón, para que se viesen y tratasen del negocio. Los principales fueron Diego de Silva, Diego Maldonado, el Rico, Garcilaso de la Vega, Vasco de Guevara, Antonio de Quiñones, Juan de Berrio, Gerónimo de Loayza, Martín de Meneses, Francisco Rodriguez de Villafuerte, el primero de los trece que pasó la raya que el marqués don Francisco Pizarro hizo con la espada. Con ellos fueron otros muchos vecinos, y persuadieron al corregidor que aquella revuelta no pasase adelante, porque sería destrucción de toda la ciudad y aún de todo el reino. Lo mismo dijeron a Francisco Hernandez, y que mirase que perdía todos sus servicios, y que dejaba de hacer su conquista, que era a lo que a su honra y estado más le convenía. En fin concertaron que él y el corregidor se viesen en la iglesia mayor; más los soldados de Francisco Hernandez no consintieron que fuese sin que les dejasen rehenes de que se lo volverían libre. Quedaron cuatro de los vecinos por rehenes, que fueron Garcilaso, mi señor, y Diego Maldonado, y Antonio de Quiñones, y Diego de Silva. Las dos cabezas se vieron en la iglesia, y Francisco Hernandez se mostró tan libre y desvergonzado, que el corregidor estuvo por prenderle, si no temiera que los soldados habían de matar a los que tenían por rehenes; y así templó su enojo, porque Francisco Hernandez no fuese escandalizado, y le dejó ir a su casa, y aquella tarde se volvieron a ver debajo de los mismos rehenes; donde Francisco Hernandez habiendo considerado los malos sucesos que aquel motín podía causar, y habiéndolos consultado en particular con algunos amigos suyos, estuvo más blando y cometido y más puesto en razón, y concertaron que otro día siguiente se viesen más despacio para concluir lo que en aquel negocio se debía hacer, y así se volvieron a juntar; y habiendo pasado muchos requerimientos, protestaciones y otros autos y ceremonias judiciales, se concertó que por bien de paz Francisco Hernandez despidiese los soldados, y entregase al corregidor ocho dellos que habían sido más insolentes, más desvergonzados y que habían tirado con sus arcabuces al escuadrón del rey, aunque no habían hecho daño; y que él por el motín y escándalo que su gente había dado, fuese a dar cuenta a la audiencia real.

Esto se concertó y prometió con juramento solemne de ambas partes, y se asentó por escrito que el corregidor le dejaría ir libre debajo de su palabra y pleito homenaje. Con esto se volvió Francisco Hernandez a su casa, y dió cuenta a sus soldados del concierto: los cuales se alteraron de manera, que si él mismo no lo estorbara con promesas y palabras que les dió, cerraran con el escuadrón de su magestad, que fuera de grandísimo mal y daño para los del reino, porque los soldados eran doscientos y no tenían que perder; y los de la ciudad, casi ochenta dellos, eran señores de vasallos, y los que no lo eran, eran mercaderes, y hombres ricos y hacendados. Fué Dios servido estorbarlo por las oraciones, rogativas y promesas que los religiosos y sacerdotes

seglares y las mujeres y personas devotas hicieron, aunque el alboroto de ambas partes fué mayor, porque aquella noche estuvieron todos en armas con centinelas: más luego otro día, viendo el corregidor que no había despedido Francisco Hernandez la gente, la envió a mandar con protestaciones y requerimientos que pareciese ante él. Francisco Hernandez viendo que si sus soldados supiesen que iba ante el corregidor no le habían de dejar salir de su casa, y que se habían de desvergonzar del todo, salió disimuladamente con una ropa de levantar, para dar a entender que iba a hablar con alguno de sus vecinos, y así fué hasta la casa de el corregidor. El cual le prendió luego y mandó echarle prisiones. Su gente luego que lo supo se derramó y huyó por diversas partes, y los más culpados que fueron ocho, se retiraron al convento de Santo Domingo, y en la torre del campanario se hicieron fuertes; y aunque los cercaron y combatieron muchos días, no quisieron rendirse, porque el combate no llegaba a dañarles, por ser la torre angosta y fuerte, hecha del tiempo de los Incas; y por estos atrevidos, aunque la torre no lo merecía, la desmocharon y dejaron rasa, porque otros no se atreviesen a desvergonzarse en ella como los pasados; los cuales se rindieron y fueron castigados, no con el rigor que sus desvergüenzas merecían.



CAPITULO XV

HUYENSE DEL COSCO JUAN ALONSO PALOMINO, Y GERONIMO COSTILLA, FRANCISCO HERNANDEZ GIRON SE PRESENTA ANTE LA AUDIENCIA REAL. VUELVE AL COSCO LIBRE Y CASADO. CUENTASE OTRO MOTIN QUE EN ELLA HUBO,

AHUYENTADOS los soldados, y Francisco Hernandez Girón preso, y apaciguado todo el motín, no se sabe la causa que les movió a Juan Alonso Palomino, y a Gerónimo Costilla, que eran cuñados y señores de vasallos en aquella ciudad, para huirse la segunda noche después del concierto hecho.Desta huída diré como testigo de vista, porque me hallé en el Cosco cuando sucedió, aunque el Palentino por relación de alguno que lo soñó, la pone dos años después en otros motines que cuenta que se trataban en aquella ciudad, que todos se dieron después por niñerías. Estos caballeros se fueron a media noche sin causa alguna, como se ha dicho, que si fuera dos o tres noches antes, tenían mucha razón; porque como se ha referido, estuvo toda la ciudad en grandísimo peligro de perderse; y así dieron a todos mucho que mofar y murmurar de su ida tan sin propósito; y mucho más cuando se supo que habían quemado la puente de Apurimac y la de Amancay, que se hacen a costa y trabajo de los pobres indios. Fueron alborotando la tierra, diciendo que Francisco Hernandez Girón quedaba alzado en el Cozco, hecha un gran tirano. Pero después se lo pagó muy bien Juan Alonso Palomino en el segundo levantamiento que Francisco Hernandez hizo, que lo mató en la cena, como adelante diremos; y Gerónimo Costilla se le escapó, porque no se halló en el banquete. Volviendo pues a los hechos de Girón decimos, que desperdigados sus soldados, y castigados los más culpados, se ratificó el concierto que con él se había hecho, y se asentó de nuevo, por debajo de su palabra y juramento solemne, fuese a la ciudad de los Reyes a presentarse a la audiencia real, y dar cuenta de la causa porque iba. Diego Maldonado, el Rico, por hacerle amistad, porque

era vecino suyo calle en medio, y las casas de frente la una de la otra, se fué con él hasta Antahuailla, que está cuarenta leguas del Cosco, que eran indios y repartimiento de Diego Maldonado, y también lo hizo porque a él le convenía ir a visitar sus vasallos, y quiso cumplir dos jornadas de un viaje. En este paso dice el Palentino que se lo entregaron al alcalde Diego Maldonado, y al capitán Juan Alonso Palomino, para que a su costa le llevasen a Lima con veinte arcabuceros; y que para más seguridad el corregidor le tomó pleito homenaje. &c.

Cierto no sé quien pudo darle relación tan en contra de lo que pasó, si no fué alguno que presumiese de poeta comediante. Francisco Hernandez Girón llegó a la ciudad de los Reyes, y se presentó ante la audiencia real: los oídores mandaron encarcelarle; y pasados algunos días le dieron la ciudad por cárcel; y a poco más haciendo poco caudal de su culpa, le dieron en fiado, recibiendo sus disculpas como él las quiso dar. Contentáronse con que se casó en aquellos días con una mujer noble, moza, hermosa y virtuosa, indigna de tantos trabajos como su marido la hizo pasar con su segundo levantamiento, como la historia lo dirá. Volvió con ella al Cosco, y por algunos días y meses, aunque no años, estuvo sosegado conversando siempre con soldados, y huyendo del trato y comunicación de los vecinos; tanto que llegó a poner pleito y demanda a uno de los principales de la ciudad, sobre un buen caballo que dijo que era suyo, no lo siendo, y que en las guerras pasadas de Quito lo había perdido; y es verdad que el vecino lo había comprado en aquellos tiempos por una gran suma de dineros, de muy buen soldado que lo había ganado en buena guerra; todo lo cual sabía muy bien otro buen soldado que conocía las partes. Más por haber seguido a Gonzalo Pizarro, estaba escondido, y no lo sabía nadie, sino el vecino, dueño del caballo. El cual, por no descubrir al soldado que lo mataran o echaran a galeras, holgó de perder su joya, la cual vendió Francisco Hernandez por mucho menos de lo que valía. De manera que no sirvió el pleito del caballo más que de mostrar la buena voluntad que tenía a sus iguales y compañeros que eran los señores de vasallos. La cual era tal, que ni en común ni en particular nunca le ví tratar con los vecinos, sino con los soldados; y con ellos era su amistad y conversación, segun la mostró pocas jornadas adelante. Viendo el poco caudal y menos castigo que los oidores habían hecho del atrevimiento y desvergüenza de Francisco Hernandez Girón y de sus soldados, tomaron atrevimiento otros, que no se tenían por menos valientes, ni menos atrevidos que los pasados; pero eran pocos y sin caudillo, porque no había entre ellos vecino (que es señor de vasallos). Más ellos procuraban inventarlo como quiera que fuese, y lo trataban tan al descubierto, que llegó a publicarse en la ciudad de los Reyes. Y aunque en el Cosco avisaron al corregidor de lo que pasaba, y le pedían que hiciese la información y castigase a los amotinadores, porque así convenía a la quietud de aquella ciudad, res-

pondió que no quería criar más enemigos de los pasados, que eran Francisco Hernandez y lo suyos: que pues la audiencia había hecho tan poco caso del atrevimiento de los pasados, menos lo haría de los presentes; y que él quedaba escusado con que los superiores no castigaban semejantes delitos. Publicándose estas cosas por la tierra, vino al Cosco un vecino de ella, que se decía don Juan de Mendoza, hombre bullicioso y amigo de soldados, más para provocar e incitar a otros, que para hacer él cosa de momento, ni en mal ni en bien. Y así, luego que entró en la ciudad, trató con los principales de aquellas trampas, que se decían Francisco de Miranda y Alonso de Barrio-Nuevo, que entonces era alguacil mayor de la ciudad, y Alonso Hernandez Melgarejo. El Miranda le dijo, que los soldados en común querían elegirle por general, y a Barrio-Nuevo por maese de campo; lo cual descubrió el Mendoza a algunos vecinos amigos suyos, aconsejándoles que se huyesen de la ciudad, porque sus personas corrían mucho riesgo entre aquellos soldados; y cuando vió que no hacían caso de sus consejos, se huyó a la ciudad de los Reyes, publicando por el camino que el Cosco quedaba alzado, no habiendo hecho caudal aquella ciudad de su venida ni de su huída. El Palentino dijo que en esta ocasión fué la huída de Juan Alonso Palomino, y de Gerónimo Costilla; y así la escribe, habiendo sido dos años antes, donde nosotros la pusimos.



CAPITULO XVI

ENVIAN LOS OIDORES CORREGIDOR NUEVO AL COSCO, EL CUAL HACE JUSTICIA DE LOS AMOTINADOS: DASE CUENTA DE LA CAUSA DESTOS MOTINES.

CON el alboroto que don Juan de Mendoza causó en la ciudad de los Reyes, proveyeron los oidores al mariscal Alonso de Alvarado por corregidor del Cosco y le mandaron que castigase aquellos motines con rigor, porque no pasase tan adelante el atrevimiento y libertad de los soldados; el cual luego que llegó al Cosco prendió a algunos de los soldados, y entre ellos a un vecino llamado don Pedro Portocarrero, que los soldados, por disculparse con el juez, habían culpado en sus dichos; y averiguada bien la causa ahorcó a los principales, que eran Francisco de Miranda y Alonso Hernandez Melgarejo, no guardándoseles su nobleza, que eran hijos-dalgo. Lo cual sabido por Alonso de Barrio-Nuevo, que era uno de los presos, envió rogadores al corregidor que no lo ahorcase, sino que lo degollase como a hijo-dalgo, pues lo era, so pena de que si lo ahorcaba desesperaría de su salvación, y se condenaría para el infierno. Los rogadores se lo pidieron al corregidor lo concediese, pues de la una manera o de la otra lo castigaban con muerte, y que no permitiese que se condenase aquel hombre. El corregidor lo concedió, aunque contra su voluntad, y mandó lo degollasen; yo los ví todos tres muertos, que como era muchacho acudía a ver estas cosas de cerca. Desterró del reino otros seis o siete: otros huyeron que no pudieron ser habidos. A don Pedro Portocarrero remitió a los oídores, los cuales le dieron luego por libre. El Palentino, nombrando a Francisco de Miranda, le llama vecino del Cosco; debió decirlo conforme al lenguaje castellano, que a cualquiera morador de cualquier pueblo dice vecino dél; y nosotros, conforme al lenguaje del Perú y de Méjico, diciendo vecino entendemos por hombre que tiene repartimiento de indios, que es señor de vasallos. El cual, (como en otra parte dijimos, que fué en las advertencias

de la primera parte de estos Comentarios) era obligado a mantener vecindad en el pueblo donde tenía los indios, y Francisco de Miranda nunca los tuvo. Conocíle bien, porque en casa de mi padre se crió una sobrina suya, mestiza que fué muy mujer de bien. Pocos meses después del castigo pasado, hubo pesquisa de otro motín, que el Palentino refiere muy largamente; pero en hecho de verdad más fué buscar achaque para matar y vengarse de un pobre caballero, que sin malicia había hablado y dado cuenta de ciertas bastardías que en el linage de algunas personas graves y antiguas de aquel reino había; y no solamente en el linage del varón, más también el de su muger, que no es razón, ni se permite que se diga quiénes eran: con lo cual juntaron otras murmuraciones que en aquellos días pasaron, y haciéndolo todo motín, salió el castigo en uno solo que degollaron, llamado don Diego Enriquez, natural de Sevilla, mozo que no pasaba de los veinte y cuatro años. cuya muerte dió mucha lástima a toda aquella ciudad, que habiendo sido en el motín más de doscientas personas, como lo refiere el Palentino en un capítulo de ocho columnas, lo pagase un pobre caballero tan sin culpa del motín. Con esta justicia se ejecutaron otras en indios principales, vasallos y criados de algunos vecinos de los más nobles y ricos de aquella ciudad, que más fué quererse vengar de sus amos, que castigar delitos que hubiesen ellos hecho. Para estos motines que el Palentino escribe, tantos y tan largos, siempre dá por ocasión cédulas y provisiones que los oídores daban, quitando el servicio personal de sus indios a los vecinos, mandando que los agraviados no respondiesen por procurador en común, sino cada uno de por sí, pareciendo personalmente ante la audiencia. Todo lo cual como ya otras veces lo hemos dicho, eran artificios que el demonio procuraba e inventaba para estorbar con las discordias de los españoles la doctrina y conversión de los indios a la fé católica. Que el presidente Gasca como hombre tan prudente, habiendo visto que las ordenanzas que el visorey Blasco Nuñez Vela llevó y ejecutó en el Perú, causaron el levantamiento de aquel imperio, de manera que se perdiera si él no llevara la revocación dellas. Viendo que en todo tiempo causarían la misma alteración, no quiso ejecutar lo que su magestad mandaba por cédula particular de que se quitase el servicio personal de los indios. Lo cual no guardaron los oídores, antes enviaron por todo el reino la provisión que se ha referido, con la cual tuvieron ocasión los soldados de hablar en motines y rebelión, viendo que agradaban a los vecinos, como lo escribe largamente el Palentino en su segunda parte, libro segundo, capítulo primero y segundo, y en los que se siguen.

CAPITULO XVII

LA IDA DEL VISOREY DON ANTONIO DE MENDOZA AL PERU, EL CUAL ENVIA A SU HIJO DON FRANCISCO A VISITAR LA TIERRA HASTA LOS CHARCAS, Y CON LA RELACION DELLA LO ENVIA A ESPAÑA. UN HECHO RIGUROSO DE UN JUEZ.

EN este tiempo entró en el Perú por visorey, gobernador y capitán general de todo aquel imperio, don Antonio de Mendoza, hijo segundo de la casa del marqués de Mondejar, y conde de Tendilla, que como en la Florida del Inca dijimos, era visorey en el imperio de Méjico, varón santo y religioso de toda bondad de cristiano y caballero. La ciudad de los Reyes lo recibió con toda solemnidad y fiesta. Sacáranle un palio para que entrase debajo dél; más por mucho que el arzobispo y toda la ciudad se lo suplicaron, no pudieron acabar con aquel príncipe que entrase debajo dél; rehusólo como si fuera una gran traición, bien contra de lo que hoy se usa, que precian más aquella hora, aunque sea de representante, que toda su vida natural. Llevó consigo a su hijo don Francisco de Mendoza, que después fué generalísimo de las galeras de España; y yo lo ví allá y acá, hijo digno de tal padre, que en todo el tiempo de su vida, así mozo como viejo, imitó siempre su virtud y bondad.

El visorey llegó al Perú muy alcanzado de salud, según decían, por la mucha penitencia y abstinencia que tenía y hacía, tanto que vino a faltarle el calor natural; de manera que así por alentarse y recrearse, como por hacer ejercicio violento en que pudiese cobrar algún calor, con ser aquella región tan caliente, como lo hemos dicho, se salía después del medio día al campo a matar por aquellos arenales algún mochuelo o cualquiera otra ave que los halconcillos de aquella tierra pudiesen matar. En esto se ocupaba el buen visorey los días que le vacaban del gobierno y trabajo ordinario de los negocios de aquel imperio. Por la falta de su salud envió a su hijo don Francisco aques visitase las ciudades que hay de los Reyes adelante hasta los Charca

y Potocsi y trujese larga relación de todo lo que en ella hubiese para dársela a su magestad.

Don Francisco fué a su visita, y yo le ví en el Cosco donde se le hizo un solemne recibimiento con muchos arcos triunfales, y muchas danzas a pie y gran fiesta de caballeros, que por sus cuadrillas iban corriendo delante dél por las calles hasta la Iglesia Mayor, y de allí hasta su posada. Pasados ocho días le hicieron una fiesta de toros y juego de cañas, las más solemnes que antes ni después en aquella ciudad se han hecho, porque las libreas todas fueron de terciopelo de diversos colores, y muchas dellas bordadas. Acuérdome de la de mi padre y sus compañeros, que fué de terciopelo negro, y por toda la marlota y capellar llevaban a trechos dos columnas bordadas de terciopelo amarillo junto la una de la otra, espacio de un palmo, y un lazo que lo asía a ambas, con un letrero que decía *Plus ultra*, y encima de las columnas iba una corona imperial del mismo terciopelo amarillo, y lo uno y lo otro perfilado, con un cordón hecho de oro hilado y seda azul que parecía muy bien. Otras libreas hubo muy ricas y costosas, que no me acuerdo bien dellas para pintarlas, y de esta sí, porque se hizo en casa. Las cuadrillas de Juan Julio de Ojeda, y Tomás Vasquez, y Juan de Pancorvo, y Francisco Rodriguez de Villa Fuerte, todos cuatro conquistadores de los primeros, sacaron la librea de terciopelo negro, y las bordaduras de diversos follages de terciopelo carmesí y de terciopelo blanco. En los turbantes sacaron tanta pedrería de esmeraldas y otras piedras finas, que se apreciaron en más de trescientos mil pesos, que son más de trescientos y sesenta mil ducados castellanos, y todas las demás libreas fueron a semejanza de las que hemos dicho. Don Francisco las vió del corredorcillo de la casa de mi padre, donde yo ví su persona. De allí pasó a la ciudad de la Paz a la de la Plata y a Potocsi, donde tuvo larga relación de aquellas minas de plata, y de todo lo que convenía saber, para traerla a su magestad. Volvió por la ciudad de Arequepa y por la costa de la mar hasta la ciudad de los Reyes, en todo lo cual caminó más de seiscientas y cincuentas leguas: llevó por escrito y pintado el cerro de Potocsi, de las minas de plata y otro cerros, volcanes, valles y honduras que en aquella tierra hay, de todo esto en estraña forma y figura.

Llegado a la ciudad de los Reyes el visorey su padre lo despachó a España con sus pinturas y relaciones. Salió de los Reyes, según el Palentino, por mayo de quinientos y cincuenta y dos, donde lo dejaremos por decir un caso particular que en aquel mismo tiempo sucedió en el Cosco siendo corregidor Alonso de Alvarado, mariscal, que por ser tan vigilante y riguroso se tuvo el hecho por tan belicoso y atrevido, y fué que cuatro años antes saliendo de Potocsi una gran banda de más de doscientos soldados para el reino de Tucma, que los españoles llaman Tucumán, habiendo salido de la villa los más dellos con indios cargados aunque las provisiones de los oidores las prohibían, un alcalde mayor de la justicia que gobernaba aquella villa,

que se decía el licenciado Esquivel, que yo conocí, salía a ver los soldados como iban con sus cuadrillas, y habiéndoles dejado pasar todos con indios cargados, echó mano y prendió el último dellos que se decía fulano de Aguirre, porque llevaba dos indios cargados, y pocos días después lo sentenció a doscientos azotes, porque no tenía oro ni plata para pagar la pena de la provisión a los que cargaban indios. El soldado Aguirre, habiéndosele notificado la sentencia, buscó padrinos para que no se ejecutase, más no aprovechó nada con el alcalde. Viendo esto Aguirre le envió a suplicar que en lugar de los azotes lo ahorcase, que aunque él era hijo-dalgo, no quería gozar de su privilegio: que le hacía saber que era hermano de un hombre que en su tierra era señor de vasallos.

Con el licenciado no aprovechó nada, con ser un hombre manso y apacible y de buena condición fuera del oficio: pero por muchos acaece que los cargos y dignidades les truecan la natural condición, como le acaeció a este letrado, que en lugar de aplacarse, mandó que fuese luego el verdugo con una bestia, y los ministros para ejecutar la sentencia. Los cuales fueron a la cárcel y subieron al Aguirre en la bestia. Los hombres principales y honrados de la villa viendo la sinrazón, acudieron todos al juez, y le suplicaron que no pasase adelante aquella sentencia, porque era muy rigurosa. El alcalde más por fuerza que de grado les concedió que se suspendiese por ocho días. Cuando llegaron con este mandato a la carcel, hallaron que ya Aguirre estaba desnudo y puesto en la cabalgadura. El cual oyendo que no se le hacía más merced que detener la ejecución por ocho días, dijo yo andaba por no subir en esa bestia, ni verme desnudo como estoy, más ya que habemos llegado a esto, ejecútese la sentencia, que yo lo consiento, y ahorraremos la pesadumbre y el cuidado que estos ocho días había de tener, buscando rogadores y padrinos que me aprovechen tanto como los pasados. Diciendo esto, el mismo aguijó la cabalgadura, corrió su carrera con mucha lástima de indios y españoles de ver una crueldad y afrenta ejecutada tan sin causa en un hijo-dalgo; pero él se vengó como tal conforme a la ley del mundo.

CAPITULO XVIII

LA VENGANZA QUE AGUIRRE HIZO DE SU AFRENTA, Y LAS DILIGENCIAS DEL CORREGIDOR POR HABERLE A LAS MANOS, Y COMO AGUIRRE SE ESCAPO.

AGUIRRE no fué a su conquista, aunque los de la villa de Potocsi le ayudaban con todo lo que hubiesen menester, más él se escusó diciendo, que lo que había menester para su consuelo era buscar la muerte y darle priesa para que llegase aina: y con esto se quedó en el Perú, y cumplido el término del oficio del licenciado Esquivel, dió en andarse tras él como hombre desesperado, para matarle como quiera que pudiese para vengar su afrenta. El licenciado, certificado por sus amigos desta determinación dió en ausentarse y apartarse del ofendido; y no como quiera, sino trescientas y cuatrocientas leguas en medio, pareciéndole que viéndole ausente y tan lejos le olvidaría Aguirre; más él cobraba tanto más ánimo cuanto más el licenciado le huía, y le seguía por el rastro donde quiera que iba. La primera jornada del licenciado fué hasta la ciudad de los Reyes, que hay trescientas y veinte leguas de camino; más dentro de quince días estaba Aguirre con él: de allí dió el licenciado otro vuelo hasta la ciudad de Quito, que hay cuatrocientas leguas de camino; pero a poco más de veinte días estaba Aguirre en ella, lo cual sabido por el licenciado, volvió y dió otro salto hasta el Cosco, que son quinientas leguas de camino, pero a pocos días después vino Aguirre que caminaba a pié y descalzo, y decía que un azotado no había de andar a caballo ni parecer donde gente lo viesen. Desta manera anduvo Aguirre tras su licenciado tres años y cuatro meses. El cual viéndose cansado de andar tan largos caminos y que no le aprovechaban, determinó hacer asiento en el Cosco, por parecerle que habiendo en aquella ciudad un juez tan riguroso y justiciero, no se le atrevería Aguirre a hacer cosa alguna contra él. Y así tomó para su morada una casa, calle en medio de la iglesia mayor, donde vivió con mucho recato: traía de ordinario

una cota vestida debajo del sayo, y su espada y daga ceñida, aunque era contra su profesión. En aquel tiempo un sobrino de mi padre, hijo de Gomez de Tordoya, y de su mismo nombre, habló al licenciado Esquivel, porque era de la patria estremeño y amigo, y le dijo: muy notorio es a todo el Perú cuán canino y diligente anda Aguirre para matar a vuesa merced; yo quiero venirme a su posada siquiera a dormir de noche en ella, que sabiendo Aguirre que estoy con vuesa merced no se atreverá a entrar en su casa. El licenciado lo agradeció, y dijo, que él andaba recatado y su persona segura, que no se quitaba una cota ni sus armas ofensivas, que esto bastaba; que lo demás era escandalizar la ciudad, y mostrar mucho temor a un hombrecillo como Aguirre; dijo esto porque era pequeño de cuerpo y de ruin talle, más el deseo de la venganza le hizo tal de persona y ánimo, que pudiera igualarse con Diego García de Paredes y Juan de Urbina, los famosos de aquel tiempo, pues se atrevió a entrar un lunes a medio día en casa del licenciado, y habiendo andado por ella muchos pasos, y pasado por un corredor bajo y alto, y por una sala alta, y una cuadra, cámara y recámara donde tenía sus libros, le halló durmiendo sobre uno dellos, y le dió una puñalada en la sien derecha, de que lo mató, y después le dió otras dos o tres por el cuerpo, más no le hirió por la cota que tenía vestida, pero los golpes se mostraron por las roturas del sayo. Aguirre volvió a desandar lo andado, y cuando se vió a la puerta de la calle halló que se le había caído el sombrero, y tuvo ánimo de volver por él, y lo cobró y salió a la calle, más ya cuando llegó a este paso iba todo cortado, sin tiento ni juicio, pues no entró en la iglesia a guarecerse en ella, teniendo la calle en medio. Fuése hacia San Francisco, que entonces estaba el convento al oriente de la iglesia; y habiendo andado buen trecho en la calle, tampoco acertó a ir al monasterio. Tomó a mano izquierda por una calle que iba a parar donde fundaron el convento de Santa Clara. En aquella plazuela halló dos caballeros mozos, cuñados de Rodrigo de Pineda, y llegándose a ellos les dijo: escóndanme, escóndanme, sin saber decir otra palabra, que tan tonto y perdido iba como esto. Los caballeros, que le conocían y sabían su pretensión, le dijeron: ¿habéis muerto al licenciado Esquivel? Aguirre dijo, sí señor, escóndanme, escóndanme. Entonces le metieron los caballeros en la casa del cuñado, donde a lo último della había tres corrales grandes, y en el uno dellos había una zahurda donde encerraban los cebones a su tiempo.

Allí lo metieron, y le mandaron que en ninguna manera saliese de aquel lugar, ni asomase la cabeza, porque no acertase a verle algún indio que entrase en el corral, aunque el corral era escusado: que no habiendo ganado dentro no tenían a qué entrar en él. Dijéronle que ellos le proveerían de comer sin que nadie lo supiese; y así lo hicieron, que comiendo y cenando a la mesa del cuñado, cada uno dellos disimuladamente metía en las faltriqueras todo el pan y carne, y cualquiera otra cosa que buenamente podía: y después de comer fingiendo

cada uno de por sí que iba a la provisión natural, se ponía a la puerta de la zahurda, y proveía al pobre de Aguirre; y así lo tuvieron cuarenta días naturales.

El corregidor luego que supo la muerte del licenciado Esquivél, mandó repicar las campanas, y poner indios cañaris por guardas a las puertas de los conventos, y centinelas alrededor de toda la ciudad, y mandó apregonar que nadie saliese de la ciudad sin licencia suya. Entró en los conventos, católos todos, que no les faltó sino derribarlos. Así estuvo la ciudad en esta vela e cuidado más de treinta días, sin que hubiese nueva alguna de Aguirre, como si se le hubiera tragado la tierra. Al cabo deste tiempo aflojaron las diligencias, quitaron los centinelas, pero no los guardas de los caminos reales que todavía se guardaban con rigor. Pasados cuarenta días del hecho, les pareció a aquellos caballeros (que el uno dellos se decía fulano Santillán, y el otro fulano Cataño, caballeros muy nobles, que los conocí bien, y el uno dellos hallé en Sevilla cuando vine a España) que sería bien poner en más cobro a Aguirre, y librarse ellos del peligro que corrían de tenerle en su poder: porque el juez era riguroso y temían no les sucediese alguna desgracia. Acordaron sacarle fuera de la ciudad en público y no a escondidas, y que saliese en hábito de negro, para lo cual le raparon el cabello y la barba, y le lavaron la cabeza, el rostro, y el pescuezo, y las manos y brazos hasta los codos con agua, en la cual habían echado una fruta silvestre que ni es de comer ni de otro provecho alguno: los indios le llaman Vitoc: es de color, forma y tamaño de una berengena de las grandes, la cual partida en pedazos, y echada en agua y dejándola estar así tres o cuatro días, y lavándose después con ella el rostro y las manos y dejándola enjugar al aire, a tres o cuatro veces que se laven ponen la tez más negra que de un etíope, y aunque después se laven con otra agua limpia, no se pierde ni quita el color negro hasta que han pasado diez días; y entonces se quita con el ollejo de la misma tez, dejando otro como el que antes estaba. Así pusieron al buen Aguirre y lo vistieron como a negro del campo con vestidos vajos y viles; y un día de aquellos al medio día, salieron con él por las calles y plazas hasta el cerro que llaman Carmenca, por donde va el camino para ir a los Reyes; y hay muy buen trecho de calles y plazas dende la casa de Rodrigo de Pineda hasta el cerro Carmenca. El negro Aguirre iba a pie delante de sus amos: llevaba un arcabuz al hombro, y uno de sus amos llevaba otro en el arzón, y el otro llevaba en la mano un halconcillo de los de aquella tierra, fingiendo que iban a caza.

Así llegaron a lo último del pueblo donde estaban las guardas. Las cuales les preguntaron si llevaban licencia del corregidor para salir de la ciudad. El que llevaba el halcón, como enfadado de su propio descuido, dijo al hermano: vuesa merced me espere aquí o se vaya poco a poco, que yo vuelvo por la licencia, y le alcanzaré muy aína; diciendo esto volvió a la ciudad y no curó de la licencia. El hermano se fué con su negro a toda buena diligencia hasta salir de la jurisdic-

ción del Cosco, que por aquellas partes son más de cuarenta leguas de camino: y habiéndole comprado un rocin y dádole una poca de plata, le dijo: hermano, ya estáis en tierra libre que podéis iros donde bien os estuviere, que yo no puedo hacer más por vos: diciendo esto, se volvió al Cosco, y Aguirre llegó a Huamanca, donde tenía un deudo muy cercano, hombre noble y rico de los principales vecinos de aquella ciudad. El cual lo recibió como a propio hijo, y le dijo e hizo mil regalos y caricias; y después de muchos días lo envió bien proveído de lo necesario. No ponemos aquí su nombre por haber recibido en su casa, y hecho mucho bien a un delincuente contra la justicia real. Así escapó Aguirre, que fué una cosa de las maravillosas que en aquel tiempo acaecieron en el Perú, así por el rigor del juez y las muchas diligencias que hizo, como porque las tonterías que Aguirre hizo el día de su hecho, parece que le fueron antes favorables que dañosas; porque si entrara en algún convento, en ninguna manera escapara según las diligencias que en todos ellos se hicieron, aunque entonces no había más de tres, que era el de nuestra Señora de las Mercedes, y del seráfico San Francisco y del divino Santo Domingo. El corregidor quedó como corrido y afrentado de que no le hubiesen aprovechado sus muchas diligencias, para castigar a Aguirre como lo deseaba. Los soldados bravos y facinerosos decían, que si hubieran muchos Aguirres por el mundo tan deseosos de vengar sus afrentas, que los pesquisidores no fueran tan libres e insolentes.

CAPITULO XIX

LA IDA DE MUCHOS VECINOS A BESAR LAS MANOS AL VISOREY. UN CUENTO PARTICULAR QUE LE PASO CON UN CHISMOSO. UN MOTIN QUE HUBO EN LOS REYES, Y EL CASTIGO QUE SE LE HIZO. LA MUERTE DEL VISOREY, Y ESCANDALOS QUE SUCEDIERON EN POS DE ELLA

YA dijimos algo de la entrada del buen visorey don Antonio de Mendoza en la ciudad de los Reyes, donde vivió poco tiempo; y ese poco con tanta enfermedad y tantos dolores de cuerpo, que más era morir que vivir; y ansí nos dejó muy poco que decir. Luego que entró en aquella ciudad, acudieron muchos vecinos de todas las partes del imperio, dende Quito hasta los Charcas, a besarle las manos y darle el parabien de su venida. Uno dellos llegó a besárselas con muchas caricias, afición y requiebros; y por último, y el mayor dellos le dijo: plega a Dios quitara vuesa señoría de sus días y ponerlos en los míos. El visorey dijo: ellos serán pocos y malos. El vecino habiendo entendido su disparate, le dijo: señor, no quise decir lo que dije, sino en contra, que Dios quitase de mis días y los pusiese en los de vuesa señoría. El visorey dijo: así lo entendí yo, y no hay para que tener pena de eso. Con esto lo despidió y el vecino se fué dejando bien que reir a los que quedaban en la sala. Pocos días después entró en ella un capitán de los nombrados en la historia, con deseos de dar ciertos avisos al visorey, que le parecían necesarios para la seguridad y buen gobierno de aquel imperio; y entre otras cosas por las más importantes le dijo: señor, conviene que vuesa señoría remedie un escándalo que causan dos soldados que viven en tal repartimiento, y siempre andan entre los indios con sus arcabuces en las manos, y comen de lo que matan con ellos, destruyen la tierra cazando, y hacen pólvora y pelotas, que es mucho escándalo para este reino, que de los tales se han levantado grandes motines, merecen ser castigados, y por lo menos ser desterrados del Perú. El visorey le preguntó si maltrataban a los indios, si vendían pólvora y pelotas, si hacían otros de-

litos más graves, y habiéndole respondido el capitán que no, más de lo que había dicho, le dijo el visorey: esos delitos más son para gratificar que para castigar; porque vivir dos españoles entre indios, y comer de lo que con sus arcabuces matan, y hacer pólvora para sí y no para vender, no sé qué delito sea sino mucha virtud, y muy buen ejemplo para que todos les imitasen. Idos con Dios, y vos ni otro no me venga otro día con semejantes chismes, que no gusto de oirlos; que esos hombres deben de ser santos, pues hacen tal vida como la que me habéis contado, en lugar de graves delitos. El capitán fué muy bien pagado de su buena intención.

Con esa suavidad y blandura gobernó este príncipe aquel imperio eso poco que vivió, que por no merecer mi tierra su bondad, se le fué tan presto al cielo. Durante su enfermedad mandaron los oidores que se quitase el servicio personal, y se apregonó en la ciudad de los Reyes y en el Cosco, y en otras partes, con un mismo rigor y cláusulas de que resultó otro motín. Por principal del cual degollaron un caballero que se decía Luis de Vargas: no pasaron adelante en el castigo por no alterar y escandalizar a otros muchos; porque en la averiguación salió el general Pedro de Hinojosa con sospecha de culpa, porque tres testigos le condenaron en sus dichos, aunque no por entero. Los oídores, por hacer (como lo dice el Palentino, libro segundo, capítulo tercero) del ladrón fiel, lo eligieron por corregidor y justicia mayor de los Charcas, porque tuvieron nueva que muchos soldados andaban muy exentos y desvergonzados. Y aunque el general rehusó de aceptar el oficio, el doctor Saravia, que era el más antiguo de los oídores, le habló y persuadió que lo aceptase, y así lo hizo el general. La culpa que entonces se le halló, más fueron sospechas que certidumbre de delito. Y lo que los mismos soldados decían era que les daba esperanzas, ya ciertas, ya dudosas, de que en viéndose en los Charcas haría lo que le pidiesen; y que se fuesen hacia allá, que él los acomodaría como mejor pudiese. Los soldados, deseosos de cualquier rebelión, aunque las palabras eran confusas, las tomaban y declaraban conforme al gusto y deseo de ellos; más la intención del general si era de rebelarse o no, no se declaró por entonces; aunque no faltaron indicios que descubrían antes la mala voluntad que la buena. Los soldados que había en la ciudad de los Reyes, se fueron a los Charcas todos los que pudieron, y escribieron a sus amigos a diversas partes de el reino para que se fuesen donde ellos iban.

Con estas nuevas acudieron muchos soldados a los Charcas, y entre ellos fué un caballero, que se decía don Sebastián de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y hermano de don Baltasar de Castilla, de quien la historia ha hecho larga mención. Salió del Cosco este caballero con otros seis soldados famosos y nobles; porque Vasco Godines que era el mayor solicitador de la rebelión que deseaban hacer, le escribió una carta en cifras, dándole brevemente cuenta de lo que trataban hacer, y como Pedro de Hinojosa había prometido de ser el

general dellos. Don Sebastián y sus compañeros salieron de noche del Cosco sin decir adonde iban, porque el corregidor no enviase gente en pos dellos. Fueron desmintiendo los espías, y torciendo los caminos, y sendas y veredas por pueblos, desiertos y despoblados, hasta llegar a Potocsi, donde fueron muy bien recebidos. Aunque el corregidor del Cosco sabiendo que se habían ido, envió gente tras ellos, y avisó a los pueblos de españoles para que los prendiesen, do quiera que los hallasen, no le aprovecharon nada; porque los soldados que iban con don Sebastián eran prácticos en paz y en guerra; y don Sebastián era más para galán de una corte real, que para general de una tiranía como la que hicieron; y así feneció presto el pobre caballero, más por la traición de los mismos que le levantaron, y porque no quiso hacer las crueldades y muertes que le pedían, que por sus maldades, que no las tuvo, como la historia lo dirá pronto.

En estas revoluciones sucedió la muerte del buen visorey don Antonio de Mendoza, que fué grandísima pérdida para todo aquel imperio. Celebraron sus obsequias con mucho sentimiento y con toda la solemnidad que les fué posible. Pusieron su cuerpo en la iglesia catedral de los Reyes a mano derecha del altar mayor, encajado en un hueco de la misma pared, y a su lado derecho estaba el cuerpo del marqués don Francisco Pizarro. No faltaron murmuradores que decían que por ser el marqués don Francisco Pizarro ganador de aquel imperio, y fundador de aquella ciudad, fuera razón que pusieran su cuerpo más cerca del altar mayor que el del visorey. Los oidores proveyeron entonces por corregidor del Cosco a un caballero que se decía Gil Ramirez de Avalos, criado del visorey; y el mariscal se fué a la ciudad de la Paz, por otro nombre llamado Pueblo Nuevo, donde tenía su repartimiento de indios.

CAPITULO XX

ALBOROTO QUE HUBO EN LA PROVINCIA DE LOS CHARCAS, Y MUCHOS DESAFIOS SINGULARES, Y EN PARTICULAR SE DA CUENTA DE ELLOS.

EN aquellos tiempos andaban los soldados tan belicosos en el Perú, particularmente en los Charcas y en Potocsi y sus términos, que cada día había muchas pendencias singulares, no solamente de soldados principales y famosos, sino también de mercaderes y otros tratantes, hasta los que llaman pulperos, nombre impuesto a los más pobres vendedores, porque en la tienda de uno dellos hallaron vendiéndose un pulpo. Y fueron estas pendencias tantas y tan continuas que no podía la justicia resistirlas; y pareciéndole que sería alguna manera de remedio, mandó echar bando que ninguno se atreviese a meter paz entre los que riñesen, so pena de incurrir en el mismo delito. Mas no aprovechó nada esto, ni otras diligencias eclesiásticas que los predicadores hacían y decían en sus sermones; que parece que la discordia y todos sus ministros maquinaban, trazaban y amenazaban con lo que pocos meses después sucedió en aquella provincia de motin y guerra al descubierto. Entre los muchos desafíos singulares que entonces hubo, pasaron algunos dignos de memoria que pudiéramos contar, que unos fueron en calzas y camisas, otros en cueros de la cinta arriba, otros con calzones y camisas de tafetán carmesí, porque la sangre que saliese de las heridas no los demayase. Otras invenciones sacaron muy ridículas. En fin cada desafiado sacaba la invención y armas que mejor le parecían. Reñían con padrinos que cada uno llevaba el suyo: salíanse a matar al campo, porque en los poblados no los estorbasen. Uno de los desafíos más famosos que entonces pasaron, cuenta el Palentino en el capítulo cuarto de su libro segundo; y porque lo dice breve y confuso lo diremos más largo como ello pasó, porque conocí a uno dellos, que lo ví en Madrid año de mil y quinientos y sesenta y tres, con las señales y buenas ganancias que sacó del desafío, que fué escapar manco de ambos brazos, que apenas podía comer con sus ma-

nos. El desafío fué entre dos soldados famosos· el uno dellos se decía Pedro Núñez, que fué el que yo conocí, aunque el Palentino le llama Diego Núñez, y el otro Baltasar Perez, ambos hijos-dalgo y de mucha presunción Fué sobre ciertos puntos de satisfacción de honra, que dijeron habían faltado o sobrado entre otros dos desafiados, que pocos días antes habían combatido, cuyos padrinos habían sido los susodichos. El uno dellos que fué Baltasar Perez, eligió por padrino a un caballero natural de Sevilla, que se decía Egas de Guzmán, uno de los más famosos que en aquella tierra había entre los demás valentones de aquel tiempo. Otro que se decía Hernan Mejía, natural de Sevilla, de quien Egas de Guzman, hablaba mal, por la mucha presunción que tenía de su valentía, sabiendo el desafío de los dos nombrados, y que Egas de Guzman era padrino de Baltasar Perez, alcanzó por pura importunidad que Pedro Núñez le llevase por su padrino, por reñir con Egas de Guzman, que lo deseaba en estremo. Cuando Egas de Guzman lo supo, envió a decir a Pero Núñez, que pues los desafiados y él eran caballeros hijos-dalgo, no permitiese llevar por su padrino a un hombre tan vil y bajo, hijo de una mulata vendedora, que actualmente estaba vendiendo sardinas fritas en la plaza de San Salvador en Sevilla. Que llevase cualquiera otro padrino aunque no fuese hijodalgo como no fuese tan vil como aquel. Pedro Núñez viendo que Egas de Guzman tenía razón, procuró con el Megía que le soltase la palabra que le había dado de llevarlo por su padrino: más no pudo alcanzar nada del Megía, porque entre otras cosas le dijo, que Egas de Guzman pretendía que no se hallase en el desafío, porque sabía que le hacía mucha ventaja en la destreza de las armas. Cuando Egas de Guzman supo que no había querido soltar la palabra, envió a decir al Megía que fuese bien armado al padrinazgo; que le hacía saber que él había de llevar vestida una cota y un casco, aunque los ahijados habían de ir en cueros de la pretina arriba.

Como se ha dicho, salieron a reñir los ahijados en cueros, y los padrinos bien armados salieron al campo lejos de Potocsí. A los primeros lances el Pedro Núñez, que era el hombre de mayores fuerzas que se conocía, rebatió la espada de su contrario, y cerrando con él lo derribó en el suelo, y puesto caballero sobre él, le echaba puñados de tierra sobre los ojos, y le daba muchas puñadas en el rostro y en los pechos por no matarle con la daga. En otra parte del campo lejos de los ahijados, peleaban los padrinos. Pedro Hernan Megía temía de llegarse a Egas de Guzman, porque era de más fuerzas y más corpulencia que él; más entreteníalo con la destreza de la espada, y la ligereza del cuerpo (en que hacía ventaja a Egas de Guzman) saltando de una parte a otra sin llegar a herirse. Egas de Guzman viendo a su ahijado tan mal parado, y que no podía haber a las manos a su enemigo porque se le apartaba, (no hallando otro remedio) tomó la espada por la guarnición, y de punta se la tiró a Megía a la cara. El cual por repararse de la espada no miró por su contrario. Egas de Guzman tan

presto como le tiró la espada, cerró con él llevando la daga en la mano, y con ella le dió una puñalada en la frente que le metió de más de dos dedos de la daga, y se la quebró dentro. El Megía desatinado de la herida, huyó por el campo y fué donde los ahijados estaban como hemos dicho; y sin mirar a quien tiraba el golpe, dió una cuchillada a su propio ahijado, pasó huyendo sin saber a donde. Egas de Guzman fué a priesa a socorrer su ahijado,y oyó que Pedro Núñez le decía: esta herida que tengo no me la distes vos, sino mi padrino, y con estas palabras le daba muchas puñadas, echándole tierra en los ojos. Egas de Guzman llegó a ellos, y diciendo: pese a tal señor Pedro Núñez, no os rogaba yo que no trujérades tan ruin padrino, le tiró una cuchillada. Pedro Núñez reparó con el brazo, donde recibió una mala herida, y lo mismo hizo con el otro a otras muchas que Egas de Guzman le tiró y hirió por todo el cuerpo; de manera que quedó hecho un andrajo tendido en el campo. Egas de Guzman levantó a su ahijado del suelo, y habiendo recogido las espadas de todos cuatro, que como Megía iba desatinado, dejó la suya en el llano, las puso debajo del brazo izquierdo, y tomando a su ahijado a cuestas, que no estaba para ir por sus pies, lo llevó a su casa lo más cerca del pueblo, que era hospedería, donde recibían indios enfermos. Allí lo dejó y avisó que quedaba un hombre muerto en el campo, que fuesen por él para enterrarlo, y el se fué a retraer a una iglesia. A Pedro Núñez llevaron al hospital y lo curaron, y él sanó de sus heridas, aunque quedó tan lisiado como hemos dicho. El Hernan Megía murió de la herida de la cabeza, porque no pudieron sacarle la punta de la daga que en ella tenía metida. Otros muchos desafíos hubo en aquella tierra en aquel tiempo, no solamente de los moradores de los pueblos, sino de los caminantes que se topaban por los caminos, que yo conocí algunos dellos, cuyas pendencias pudiéramos contar; pero baste por todas ellas la que se ha referido.

CAPITULO XXI

UN DESAFIO SINGULAR ENTRE MARTIN DE ROBLES Y PABLO DE MENESES LA SATISFACCION QUE EN EL SE DIO. LA IDA DE PEDRO DE HINOJOSA A LOS CHARCAS; LOS MUCHOS SOLDADOS QUE HALLO PARA EL LEVANTAMIENTO. LOS AVISOS QUE AL CORREGIDOR HINOJOSA DIERON DEL MOTIN. SUS VANAS ESPERANZAS CON QUE ENTRETENIA A LOS SOLDADOS.

OTROS desafíos y pendencias particulares cuenta el Palentino, que pasaron entre Martín de Robles y Pablo de Meneses, y otras personas graves, sobre que pudiéramos decir muchas cosas que aquellos tie mposoí a los que hablaban en ellas; pero lo que decían era más haciendo burla dellas, que no porque fuesen de momento. Los soldados por incitar pasiones y provocar escándalos para conseguir lo que deseaban y pretendían, dieron en levantar testimonios y mentiras, en perjuicio y ofensa de hombres particulares y ricos, inventando pendencias acerca de la honra, porque ofendiesen más, y se procurase la venganza con más furia y cólera. Y así levantaron, que Pablo de Meneses que entonces era corregidor de los Charcas, adulteraba con la mujer de Martín de Robles: sobre lo cual escribe el Palentino largos capítulos, más, nosotros, por huir prolijidades, diremos la substancia del hecho.

Es así que habiéndose intimado el delito muy mucho, así por los soldados que acudieron al un bando, como por los que acudieron al otro, cuando se esperaba que habían de combatirse, concertaron las partes, que Pablo de Meneses dando satisfacción de que era testimonio falso el que le habían levantado dijo, que para que se viese la mentira clara y notoria, él casaría con una hija de Martín de Robles, niña de siete años que aún no los había cumplido, y el pasaba de los setenta. Con lo cual quedaron las partes muy conformes, y los soldados del un bando y del otro muy burlados y agraviados; y mucho más cuando supieron que Martín de Robles, que era hombre que se preciaba decir

dichos y donaires, los decía contra los de su propio bando sin perdonar al ageno. Entre otras gracias decía: ¿que os parece destos mis amigos y enemigos como han quedado hechos matachines? El Palentino hablando deste concierto, dice en el libro segundo de la segunda parte, lo que se sigue: De manera, que al cabo de muchas alteraciones y réplicas que pasaron de la una parte a la otra se concluyó en que Pablo de Meneses casase con doña María, hija de Martín de Robles, que a la sazón sería de siete años, ofreciéndose el padre de dar a Pablo de Meneses treinta y cuatro mil castellanos con ella, los cuales se obligó de dar luego que doña María su hija, cumpliese doce años. Con lo cual Pablo de Meneses y Martín de Robles quedaron con toda conformidad; y por el consiguiente muy desesperados y tristes, infinidad de soldados que a estos bandos habían acudido. Por entender que de cualquiera vía que sucediese, se rebelaría toda la tierra, con que todos figuraban tener remedio, gozando del dulce robo de lo ageno, teniendo ya cada uno en su imaginación que sería señor de un gran repartimiento.

Con esto acaba aquel autor cinco capítulos largos que escribe sobre las pendencias que los maldicientes llamaron con una de las cinco palabras. Este matrimonio, por la desigualdad de las edades, duró poco, porque Pablo de Meneses falleció pocos años después en consumarlo; y la dama que aún no había llegado a los doce años, heredó los indios del marido, y trocó la caldera vieja por otra nueva (como lo decían las damas de don Pedro de Alvarado) porque casó con un mozo de veinte años, deudo de el mismo Pablo de Meneses, que parece fué manera de restitución. Este paso adelantamos de su lugar, porque cae aquí más a propósito. Poco antes del concierto que se ha referido, llegó el general Pedro de Hinojosa a los Charcas, con el oficio de corregidor y justicia mayor de la ciudad de la Plata y sus provincias, donde halló muchos soldados de los que él imaginaba hallar; porque con las esperanzas que él les había dado, o ellos se las habían tomado de sus palabras confusas, se habían recogido llamándose unos a otros. Por lo cual se vió el general muy confuso y fatigado, de no poderlos acomodar con alojamiento ni bastimento, como lo habían menester. Sobre lo cual tuvo pasión y pesadumbre con Martín de Robles y Pablo de Meneses; porque se les hacía de mal recibir huéspedes, y el general les dijo, que pues ellos habían llamado los soldados para valerse dellos en sus pendencias tan famosas, les proveyesen de lo necesario, y no los dejasen morir de hambre. Martín de Robles respondió, que muchos habían sido en llamarlos, que la culpa general no se la atribuyesen a ellos solos. Habló por el término general, por decir que él los había llamado, porque Martín de Robles en todos propósitos se preciaba de hablar maliciosamente, como adelante veremos en algunos dichos suyos.

Así andaban estos personajes y otros con ellos echando sus culpas en hombros agenos. Con lo cual andaba la ciudad de la Plata y

sus términos tan alborotados, que algunos vecinos se ausentaron della, que unos se fueron a otras ciudades, y otros a sus indios, por no ver la libertad y desvergüenza de los soldados; que andaban ya tan al descubierto en los tratos y contratos de su rebelión, que muchas veces hablaron al general, pidiéndole la palabra que una y más veces les había dado, que viéndose en los Charcas sería caudillo y cabeza de todos ellos. Que pues se había cumplido el término, se efectuase el levantamiento, que ya ellos no podían esperar más. El general los entretenía con nuevas esperanzas, diciéndoles que él esperaba provisión de la audiencia real, para ser general en cualquier guerra que se ofreciese; que entonces tendría mejor color, y más autoridad para lo que pensaban hacer.

Con estos disparates y otros semejantes entretenía los soldados, muy ageno de hacer lo que ellos esperaban. Que aunque es verdad que en la ciudad de los Reyes les había hecho promesas con palabras equívocas y confusas, como se ha referido, viéndose al presente señor de doscientos mil pesos de renta, quería gozarlos en paz, y no perder en segundo levantamiento lo que con tanta facilidad y tan a costa agena había ganado en el primero.

Los soldados viendo su tibieza trataron de llevar por otro camino su tiranía. Ordenaron de matar al general, y alzar por cabeza a don Sebastián de Castilla, porque era el más bien quisto de todos ellos. Lo cual se hablaba tan al descubierto, que nadie lo ignoraba; de manera que muchos vecinos y otras personas que deseaban la quietud de la tierra, avisaron al corregidor Pedro de Hinojosa, que mirase por sí y echase aquella gente de su jurisdicción, antes que le quitasen la vida y destruyesen el reino; y en particular le habló el licenciado Polo Ondegardo, y entre otras cosas le dijo: señor corregidor, hágame vuesa merced su teniente no más de por un mes, y asegurarle hé su vida, que está en mucho peligro, y libraré esta ciudad del temor que tiene del levantamiento que estos señores soldados tratan de hacer. Más el corregidor estaba tan confiado en su mucha hacienda, y en el oficio que tenía, y en sus valentías, como si las tuviera, que no hacía caso de cuanto le decían, ni de cuanto él veía por sus propios ojos.

CAPITULO XXII

OTROS MUCHOS AVISOS QUE POR DIVERSAS VIAS Y MODOS DIERON AL GENERAL. SUS BRAVEZAS Y MUCHA TIBIEZA. EL CONCIERTO QUE LOS SOLDADOS HICIERON PARA MATARLE.

LA diligencia de los soldados pasaron adelante de lo que se ha dicho, que echaron muchas cartas echadizas, unas a don Sebastián de Castilla, y otras a soldados de fama, avisándoles que se recatasen del corregidor, que los quería matar. Otras echaron al corregidor, amenazándole que le habían de quitar la vida. Y estas cartas luego se publicaban de unos a otros para indignarse con las novelas dellas, como largamente y muchas veces repetido, lo escribe Diego Hernandez Palentino. Y para que concluyamos con estas cautelas y astucias, diremos aquí parte del capítulo once, que aquel autor escribe en su libro segundo, que es lo que se sigue.

En este mismo tiempo el licencidado Polo había muchas veces dado aviso destas cosas a Pedro de Hinojosa, insistiéndole que hiciese información y castigo sobre este negocio; y como vió que nada aprovechaba, sábado cuatro de marzo, después de la misa de nuestra Señora habló al guardián de San Francisco para que se lo dijese, y le persuadiese que en todo caso lo remediase, y le dijese que en confesión se lo habían manifestado, el cual luego lo hizo: empero halló mal aparejo en Pedro de Hinojosa. También este mismo día después de comer se lo dijo Martín de Robles delante de algunos vecinos, diciéndole claramente que los soldados le querían matar; más como Pedro de Hinojosa estaba dél resabiado, y habían pasado ya las razones dichas sobre echarles huéspedes, le dijo que lo decía por hacer testigos: el licenciado Polo que estaba presente le dijo con alguna cólera que mirase por sí, y que si Martín de Robles le diese información de lo que decía, la tomase luego y lo remediase, y que si ansí no fuese, que muy bien pudiese castigar a Robles: empero que él estaba cierto que todo el pueblo hasta las piedras, dirían lo mesmo; por tanto, que luego co-

menzase a hacer información y diligencias sobre caso tan arduo y dificultoso, y si ansí no fuese como lo decían, que a él mismo le cortase la cabeza. Finalmente, que Pedro de Hinojosa jamás quiso reportarse; más antes con una soberbia y jactanciosa insolencia dijo, que todos los soldados no bastarían para le ofender si él para ellos echaba mano; y luego barajó la plática diciendo, que nadie le hablase más en aquel caso. Otro domingo, después de comer, Pedro de Hinojosa estuvo en buena conversación con Martín de Robles y Pedro Hernandez Paniagua, y otras personas, y aquella tarde le fueron a ver Juan de Huarte y otros algunos soldados con cautela, para considerar qué rostro les hacía, para que de su aspecto y semblante juzgasen (como buenos astrólogos) la voluntad que dentro de su pecho tenía, porque cierto que le hacían hombre llano y de muy poca simulación. Los cuales habiendo con él estado y platicado, entendieron de su conversación que los había recibido alegremente y muy regocijado, y tratándose de los soldados que allí había, dijo que se holgaba de ver tan buenos y valientes soldados como tenía en su jurisdicción, afirmando que estaba en la villa toda la flor del Perú. De lo cual no recibieron poco contento; y con esto se despidieron de Pedro de Hinojosa, llevando aquellas nuevas a don Sebastián y a los demás confederados; y luego dieron orden de acortar los envites en aquel juego, conjurándose todos para juntarse aquella noche, y salir por la mañana a dar principio a la tiranía, abortando la preñez que tanta pesadumbre les daba.

Con esto acaba el Palentino el capítulo alegado. Los soldados no pudiendo ya sufrir tanta dilación en lo que tanto deseaban, acordaron de común consentimiento matar al general, y alzarse con la tierra. Los principales en esta consulta fueron don Sebastián de Castilla, Egas de Guzman, Vasco Godines, Baltasar Velazques, el licenciado Gomez Hernandez y otros soldados principales, que los más y mejores dellos estaban entonces en la ciudad de la Plata, que como se ha dicho, se convocaron unos a otros para este efecto. Egas de Guzman había venido a la ciudad de la Plata a esta consulta con achaque de pedir al general permitiese que él se librase por la corona de la muerte de Hernan Megía; y el bueno del general tan descuidado de lo que a su vida y salud convenía, lo tuvo por bien, y le dió cartas de favor para que la justicia seglar y eclesiástica de Potocsi, porque Egas dijo que allí le convenía librarse. Con las cartas de favor enviaron los soldados ya determinados a rebelarse, aviso a Egas de Guzman al asiento de Potocsi, para que se alzase con los compañeros que allí tenía, luego que supiese la muerte del general. Hechas las prevenciones que les pareció convenirles, se juntaron en la posada de uno de ellos, llamado Hernando Guillada, donde trataron que la ejecución de aquel hecho fuese al amanecer del día siguiente y así eligió don Sebastián de Castilla siete compañeros que fuesen con él a matar al general. Acordaron entre todos no ir muchos juntos, porque no sospechasen el hecho y cerrasen las puertas del general y tocasen arma, y se estorbase la

maldad. Quedó en la posada Garci Tello de Guzman con otros catorce o quince caballeros famosos, para ir divididos por otras calles a la casa del general, para socorrer a don Sebastián si lo hubiese menester. En casa de Hernando Pizarro, que por no tener dueño estaba desierta y desamparada, se encerraron otros nueve o diez soldados, tomando por caudillo a uno de ellos, que se decía Gomez Mogollón, para el mismo efecto. En esto gastaron toda la noche. Venida el alba pusieron espías por las encrucijadas a escuchar si había algún rumor en la ciudad o en la casa del general; y que viéndola abierta avisasen luego para acometerla, y matar al general en la cama antes que se levantase.



CAPITULO XXIII

DON SEBASTIAN DE CASTILLA Y SUS COMPAÑEROS MATAN AL CORREGIDOR PEDRO DE HINOJOSA Y A SU TENIENTE ALONSO DE CASTRO. LOS VECINOS DE LA CIUDAD, UNOS HUYEN Y OTROS QUEDAN PRESOS. LOS OFICIOS QUE LOS REBELDES PROVEYERON.

TENIENDO aviso por sus espías de que la casa del general estaba abierta, salió don Sebastián de donde estaba con sus siete compañeros; y aunque todos eran escogidos iban tan amedrentados, que unos se mostraban desmayados y otros esforzados, según que lo escribe Diego Hernandez, como si hubieran de acometer algún escuadrón formado. E iban a matar un caballero que vivía tan descuidado de sí mismo, como ellos lo sabían. En fin entraron en su casa, y el primero con quien toparon fué con Alonso de Castro, teniente de corregidor. El cual viéndolos alborotados, presumiendo amedrentarlos con el oficio les dijo; ¿que alboroto es este, caballeros? Viva el rey! Don Sebastián echando mano a la espada dijo: ya no es tiempo de eso. El teniente viendo la espada desnuda volvió las espaldas huyendo, y uno de los soldados llamado Anselmo de Hervias, corrió tras él, y alcanzándole, le dió una estocada que lo pasó de una parte a otra, y le cosió con la pared, de manera que la punta de la espada se le dobló algún tanto; de tal suerte que cuando le tiró otras dos o tres estocadas, no podía entrar la espada, y decía el Hervias: Oh perro traidor que duro tienes el pellejo; y con otros que le ayudaron le acabaron de matar. Luego fueron al aposento del general Pedro de Hinojosa, y no le hallando en él ni en los demás aposentos de la casa, se turbaron malamente los traidores, entendiendo o sospechando que se les había huído.

Dos dellos se asomaron a las ventanas de la calle dando voces: muerto es el tirano, muerto es el tirano, sin haberlo hallado. Dijéronlo por llamar a los suyos que los socorriesen antes que viniese gente de la ciudad a librar al general. Los que quedaron en el patio

dieron en buscarle por toda la casa hasta los corrales; y en uno dellos (que había ido a la necesidad natural) le halló un soldado, y le dijo: salga vuesa merced que están aquí fuera el señor don Sebastián de Castilla y otros caballeros que vienen a hablarle y besarle las manos· díjolo como haciendo burla y mofa dél.

El general salió con una ropa de levantar que llevaba puesta, y a la salida del patio unos de los soldados que se decía Gonzalo de Mata, se le puso delante; y como lo dice el Palentino, capítulo doce, por estas palabras, le dijo: señor, estos caballeros quieren a vuesa merced por señor, y por general, y por padre.

El general alzando la voz les dijo sonriéndose: a mí! Héme aquí señores, vean vuesas mercedes lo que mandan. A lo cual replicó Garcí Tello de Vega. ¡O pese a tal que ya no es tiempo, que buen general tenemos en don Sebastián! Y diciendo estas palabras le dió una estocada, que le metió la espada por el cuerpo poco menos de hasta la cruz, de que luego cayó en el suelo, y queriendo forcejear para levantarse, le acudieron Antonio de Sepúlveda y Anselmo de Hervías, y le dieron otras dos estocadas que le volvieron a derribar, y comenzó a dar voces: confesión, caballeros; y así lo dejaron por muerto. En esto bajaba don Garci Tello, y como le dijeron que el general era muerto, dijo que volviesen a mirarlo bien no se hubiesen engañado, pues veían lo que iba en ello. Por lo cual Anselmo de Hervías tornó donde estaba el general tendido en el suelo, y allí le dió una grandísima cuchillada por la cara, de que luego acabó de espirar: y salieron a la plaza dando voces diciendo: Viva el rey, que muerto es el tirano (que es en el Perú común apellido de traidores), y en un punto robaron y saquearon toda la casa, que en toda ella no quedó cosa alguna, &c.

Hasta aquí es de Diego Hernandez, y la cuchillada grandísima que dice que le dió por la cara Hervías, no fué con la espada sino con una barra de plata que sacó de uno de aquellos aposentos, donde halló un rimero dellas como ladrillos de un tejar, y al darle con ella, le dijo: hártate de tu riqueza, pues por tener tanta no quisiste cumplir lo que nos habías prometido de ser nuestra cabeza y caudillo.

Muerto el general salieron dando voces diciendo: viva el rey, viva el rey, que ya es muerto el avaro traidor, quebrantador de su palabra. A este punto salió Garci Tello de Guzman con sus quince compañeros, y dividiéndose en dos partes fueron los unos a matar a Pablo de Meneses, y los otros a Martín de Robles, de los cuales estaban muy quejosos todos aquellos soldados, por la mucha mofa y burla que dellos hacían, habiéndolos ellos juntado para valerse dellos en sus pendencias pasadas, como ya lo ha dicho la historia.

Martín de Robles fué avisado por un indio criado suyo de lo que pasaba; y no pudiendo hacer otra cosa saltó en camisa por los corrales de su casa, y se escapó de la muerte que deseaban darle. Pablo de Meneses había salido aquella misma noche de la ciudad, enfadado y temeroso de la desvergüenza que los soldados por horas mostraban en

su tiranía e ídose a una heredad que cerca della tenía; donde fué luego avisado de los suyos, y huyó a toda diligencia donde no pudo ser habido.

Los soldados no hallándolos en sus casas, robaron cuanto hallaron en ellas y salieron a la plaza a juntarse con don Sebastián. Acudieron a casa de otros vecinos que con todos ellos tenían odio y enemistad. Prendieron a Pedro Hernandez Paniagua aquel caballero que fué mensagero del presidente Gasca, que llevó las cartas a Gonzalo Pizarro, el cual por aquel viage quedó con un buen repartimiento de indios en la villa de la Plata. Prendieron asimismo a Juan Ortíz de Zárate, y a Antonio Alvarez y otros vecinos que pudieron haber. Los cuales aunque sentían cuan alborotados andaban los soldados, vivían tan descuidados que fueron presos.

El licenciado Polo se escapó en un buen caballo, porque fué avisado por un indio suyo, criado de su casa que llaman Yanacuna. Los demás soldados que había derramados por la ciudad acudieron luego todos a la plaza. Uno dellos llamado Tello de Vega, y por sobre nombre el Bobo, sacó una bandera de indios y la campeó en la plaza, como lo dice el Palentino por estas palabras, capítulo catorce; y dióse bando con atambores para que, so pena de la vida todos los estantes y habitantes acudiesen a la plaza a ponerse en escuadrón y debajo de bandera. Luego vino Rodrigo de Orellana, dejando la vara en su casa, aunque era alcalde ordinario Acudieron asimismo Juan Ramón, y el licenciado Gomez Hernandez. Hízose lista de gente, entrando por una puerta de la iglesia y saliendo por la otra en que hubo ciento y cincuenta y dos hombres. Nombróse don Sebastián capitán general y justicia mayor, y de ahí y a dos días, hizo que los presos lo eligiesen por cabildo, nombrando por su teniente al licenciado Gomez Hernandez. Dió cargo de sargento mayor a Juan de Huarte; hizo capitanes a Hernando Guillada, y a Garci Tello de Vaga; capitán de artillería a Pedro del Castillo; veedor y proveedor general a Alvar Perez Payan, alguacil mayor Diego Pérez de la entrada, y menor a Bartolomé de Santa Ana.

Hasta aquí es del Palentino, sacado a la letra. Rodrigo de Orellana era vecino de aquella ciudad, salió al bando de los tiranos más de miedo que por ser con ellos· lo mismo hicieron otros vecinos, y muchos soldados famosos que eran muy servidores de su magestad; pero todos lo hicieron por no poder más, porque era mayor el número de los rebelados y estaban apercibidos de todas armas para matar a los que les contradijesen.

CAPITULO XXIV

PREVENCIONES Y PROVISIONES QUE DON SEBASTIAN HIZO Y PROVEYO PARA QUE EGAS DE GUZMAN SE ALZASE EN POTOCSI Y LOS SUCESOS EXTRAÑOS QUE EN AQUELLA VILLA PASARON.

ASIMISMO nombró don Sebastián uno de los soldados, que era su amigo más íntimo, llamado Diego Mendez, por capitán de su guarda y para esta compañía nombraron luego otros trece soldados de los más valientes y más amigos de don Sebastian, porque la guardá de su persona fuese más segura: más cuando el pobre caballero lo hubo menester, no halló ninguna.

Envió luego otro soldado llamado García de Bazan, con una cuadrilla dellos al repartimiento de Pedro de Hinojosa para que recogiesen los esclavos y caballos, y cualquiera otra hacienda que el pobre difunto tuviese; y que trujese en su compañía los soldados que por toda aquella comarca hubiese, que muchos dellos vivían entre los indios, por no tener caudal con que vestirse, por valer muy cara la ropa de España; y entre los indios se pasaban como podían. Mandóles don Sebastian que trujesen preso a Diego de Almendras, que estaba en el dicho repartimiento. Despachó otros soldados en alcance del licenciado Polo: más ninguna destas cuadrillas hizo nada de lo que se les mandó, porque el licenciado Polo pasando por donde estaba Diego de Almendras, le dió aviso de la muerte del general Hinojosa. Diego de Almendras recogió los esclavos que pudo, de los muchos que Hinojosa tenía, y con siete caballos que también eran suyos, se fué con el licenciado Polo, alejándose de los soldados rebelados por no caer en poder dellos. Asímismo envió don Sebastian dos soldados al asiento del Potocsi, a que diesen aviso a Egas de Guzman de lo sucedido, para que él se alzase en aquella villa.

Todas estas provisiones, y las del capítulo pasado y otras que se dirán en adelante, hizo don Sebastián el mismo día de la muerte de Pedro de Hinojosa, dándose apriesa a que la suya llegase más aina. Hicieron tan buena diligencia los mensageros que fueron a Potocsi

que con haber diez y ocho leguas de camino áspero y un buen río que pasar, llegaron el día siguiente al amanecer a aquella villa. Egas de Guzman en sabiendo la nueva llamó otros soldados que tenía apercibidos para el hecho y con los mismos mensageros que llevaron la nueva, sin tomar otras armas más que sus espadas y dagas y cubiertas sus capas, se fueron a las casas de Gomez de Solís y de Martín de Almendras, hermano de Diego de Almendras, y los prendieron con toda facilidad: y los llevaron a las casas del cabildo, donde los echaron grillos y cadenas; y los metieron en un aposento con guardas que mirasen por ellos. A la fama deste buen hecho acudieron otros soldados, y se juntaron con Egas de Guzman: y fueron a la fundición de su magestad· prendieron su tesorero Francisco de Isasiga y al contador Hernando de Alvarado: rompieron las cajas del tesoro real, y lo robaron todo, que era una cantidad de plata de más de millón y medio. Echaron bando, que so pena de la vida todos se juntasen a hacer escuadrón en la plaza. Eligió Egas de Guzman por alcalde mayor a un soldado llamado Antonio de Lujan. El cual por tomar posesión del oficio mató luego al contador Hernando de Alvarado, haciéndole cargo como lo dice el Palentino, que había sido confederado con el general Pedro de Hinojosa para alzarse con el reino y con tal pregón le mataron. Despachó con diligencia Egas de Guzman a otros seis o siete soldados al asiento que llaman Porcu, a recoger la gente, armas y caballos que en él y en su comarca hallasen. En aquella coyuntura estaba un caballero del hábito de San Juan en sus indios, que tenía un buen repartimiento dellos; el cual sabiendo la muerte de Hinojosa escribió a don Sebastián una carta con el parabien de su buen hecho, pidiéndole que enviase veinte arcabuceros para que le prendiesen y que él se iría con ellos a prender a Gomez de Alvarado y a Lorenzo de Aldana que estaban cerca de allí y que no fuesen los soldados por el camino ordinario sino por sendas y atajos porque no fuesen sentidos, y sospechasen a lo que iban. Todo esto pagó después el buen comendador como adelante diremos

Otro día después de la muerte del general Hinojosa, llegaron a aquella ciudad Baltasar Vasquez y Vasco Godines, que fué el todo de aquel motín, el que más lo procuró, y solicitó como luego veremos. Los cuales venían a lo mismo que don Sebastián hizo, y llegaron a la villa de la Plata el día siguiente a la muerte de Pedro de Hinojosa, como lo dice el Palentino, capítulo quince por estas palabras estando ya don Sebastián aparejándose para salir a recibirlos, asomaron por la plaza de la villa. Don Sebastián se fué alegremente para ellos, y Godines se le hizo al encuentro, y apeándose entrambos se recibieron alegremente, y se abrazaron con toda ceremonia de buena confianza. Vasco Godines dijo a don Sebastián: señor, cinco leguas de aquí supe desta gloria tanto de mí deseada. Don Sebastián respondió (la cabeza descubierta)· estos caballeros me han nombrado por general y dado este cargo, yo le acepté hasta que vuesa merced viniese, más agora

yo lo renuncio y dejo en vuesa merced. A lo cual replicó Vasco Godines: por cierto el cargo está bien empleado, y yo no le he trabajado por otra c sa que por ver a vuesa merced en él; y habiendo entre ellos pasado estos comedimientos, luego se apartaron los dos y platicaron aparte y en secreto. Después de lo cual mandó don Sebastián dar pregones que so pena de muerte todos obedeciesen a Vasco Godines por maese de campo, y nombró a Baltasar Velasquez por capitán de a caballo; lo cual hecho dijo don Sebastián a Vasco Godines: señor, no fué posible aguardar a vuesa merced, porque se nos pasaba el tiempo, pero hasta agora ello ha sido todo acertado: de aquí adelante vuesa merced guíe como mejor le pareciere Vasco Godines replicó diciendo: que entonces ni en algún tiempo se podía errar por tal consejo, y que esperaba en Dios que los pasos que aquel negocio le costaban, habían de ser para descanso de todos. Y luego dijo a todos en general: que bien parecía que había él estado ausente, pues no habían ido a matar al mariscal Alonso de Alvarado, y que si la nueva le tomara más atrás, él y sus compañeros volvieran a ello. Y tratando sobre este negocio, mandó don Sebastián llamar a consulta, para lo cual se juntaron Vasco Godines, Baltasar Velasquez, y Juan Ramon, el licenciado Gomez Hernandez, Hernando Guillada, Diego de Avalos, Pedro de el Castillo, y don Garci Tello con otros algunos, y Vasco Godines se ofreció a tomar la mano para ser caudillo en aquella jornada. Empero don Sebastián dijo que lo había ya prometido a Juan Ramón: y así salió acordado que se hiciese lista de veinte y cinco soldados, y que fuesen caudillos Juan Ramon y don García, y tomasen la ciudad de la Paz. Vasco Godines dijo que había poco que hacer, escribiendo por tal efecto a Juan de Vargas y a Martín de Olmos, y se ofreció de escrebirles, y así lo hizo. Hasta aquí es de Diego Hernandez

CAPITULO XXV

DON SEBASTIAN Y SUS MINISTROS ENVIAN CAPITANES Y SOLDADOS A MATAR AL MARISCAL. JUAN RAMON, QUE ERA CAUDILLO DELLOS, DESARMA A DON GARCIA Y A LOS DE SU BANDO: CON LA NUEVA DE LO CUAL MATAN A DON SEBASTIAN LOS MISMOS QUE LE ALZARON.

PROSIGUIENDO el mismo autor en su Historia, capítulo quince, dice lo que se sigue: luego hicieron lista de los que habían de ir, y los apercibieron para otro día miércoles, dándoles armas y cabalgaduras para hacer la jornada; y así salieron miércoles antes de medio día Juan Ramon don Garci Tello, Gomez Mogollón, Gonzalo de Mata, Francisco de Añasco, Almansa, (Hernando de Soria), Pedro de Castro, Mateo de Castañeda, Campo Frío de Carvajal, Juan Nieto, Pedro Franco de Solís, Baltasar de Escobedo, Diego Maldonado, Pedro de Murguía Rodrigo de Arévalo, Antonio Altamirano, Lucena, Hermosilla; los cuales como fueron partidos de la villa, luego Vasco Godines dió dello aviso a Egas de Guzman para que del asiento enviase socorro de gente a Juan Ramon, y a don García: y la carta que le escribió es ésta: hermano mío de mis entrañas: a don García nuestro hermano, y Juan Ramon despachó el señor general al Pueblo Nuevo a prender a el bueno del mariscal. El cual preso y muerto no tenemos defensa ni contraste para seguir nuestra victoria. Van veinte y cinco caballeros, tales que osaría yo acometer con ellos a todo el género humano; y así tengo por cierto no habrá contraste alguno. Por eso hermano mío, aderezaos y recojed las armas, porque el señor general me dice (y a mí me parece muy bien), que salga gente de ese asiento bien aderezada en favor de nuestros amigos. Acá nos ha parecido, y a todos, que vuesa merced ha usado de gran misericordia en dar la vida a Gomez de Solís· y misericordia más no tanta.

Recibida esta carta por Egas de Guzman, luego mandó apercibir cincuenta y cinco hombres para que fuesen en favor de Juan Ramón, y por capitán Gabriel de Pernia, y alferez Alonso de Arriaza, a los

cuales mandó que fuesen hasta el Pueblo Nuevo en seguimiento de Juan Ramón. Luego se aprestaron y salieron del asiento con bandera tendida; y entre ellos iba Ordoño de Valencia, Diego de Tapia, el Tuerto, Francisco de Chaves, mulato, Juan de Cepeda, Francisco Pacheco, Pedro Hernandez de la Entrada, Alonso Marquina, Pedro de Benavides, Juan Marquez. Luis de Estrada, Melchor Pacho. Antonio de Avila. y otros, en que iban cincuenta y cinco soldados.

Hasta aquí es de Diego Hernandez. Los soldados que trazaron y trataron esta rebelión, que don Sebastián de Castilla hizo, luego que la vieron efectuada, trataron de matar y consumir al caudillo principal que ellos mismos levantaron. porque en aquel imperio dende las guerras de Gonzalo Pizarro, siempre se usó levantar un tirano y procurar de negarle luego y matarle, y alegarlo por servicio muy grande para pedir mercedes de repartimientos grandes. Juan Ramón, que fué elegido caudillo con don García para que fuesen a la ciudad de la Paz a matar al mariscal Alonso de Alvarado como está dicho, antes que saliese de la ciudad de la Plata, trató con algunos amigos suyos, que sería bien negar a don García y a don Sebastián, y pasarse al servicio de su magestad; y como todos ellos tenían la intención que hemos dicho, acudieron con facilidad a lo que Juan Ramón les propuso, y así salieron con esta buena intención. Por el camino tuvo aviso don García de lo que Juan Ramón trataba, porque ellos mismos se vendían unos a otros; más no trató del remedio ni hizo caso dello, porque como mozo de poca esperiencia y de menos malicia, haciendo vanas consideraciones, más en su daño que en su provecho siguió su camino sin dar aviso a sus amigos para que siquiera fueran recatados.

Al segundo día de su camino tuvo noticia Juan Ramón, que don García la tenía de sus pensamientos y buen propósito, porque todos ellos hacían oficio de espías dobles, comunicando lo que se trataba aquí y allí y acullá; por lo cual Juan Ramon determinó abreviar su hecho; y apercibiendo los suyos, desarmó y quitó las cabalgaduras a cinco soldados principales de los de don García, que se habían quedado atrás; y luego fueron en pos de don García, que se había adelantado; y dél y de los suyos, que eran cuatro que estaban con él, hizo Juan Ramón lo mismo, que les quitó las armas en hastadas y los arcabuces y las cabalgaduras; y por no afrentarlos tanto, les dejó las espadas ceñidas. Don García arrepentido de no haber hecho con Juan Ramon lo que Juan Ramon hizo con él, se ofreció de ir en su compañía a servir a su magestad; más su contrario no lo aceptó por no partir con él los méritos de aquel servicio.

Don García y los suyos, viéndose cuales quedaban, acordaron volverse donde quedaba don Sebastián de Castilla; y del camino le enviaron aviso de lo que pasaba con un soldado llamado Rodrigo de Arévalo. El cual llegó a la ciudad, como lo dice el Palentino, a las nueve de la noche, once de marzo, y como los de la ciudad estaban siempre en la plaza en escuadrón formado, viendo entrar al Arévalo a

pié y con semblante de perdidoso y afrentado, cual se puede imaginar que lo llevaría, se alborotaron todos los que le vieron, y don Sebastián sabida la nueva hizo lo mismo.

Llamó a consulta los que él tenía por amigos, que eran Vasco Godines, Baltasar Velasquez y Tello de Vega; pidióles parecer sobre el caso. Estuvieron diversos, que no se resumieron en cosa alguna. Entonces Vasco Godines, que fué el más diligente en levantar aquella tiranía y tración, como él mismo lo dijo atrás, apartó a don Sebastián de los otros, y a solas le dijo: señor, conviene que vuesa merced mande, para asegurar su partido, matar luego diez y ocho o veinte hombres, soldados famosos, que estén en ese escuadrón de la plaza, que son notorios servidores del rey, que quitados estos de entre nosotros, todos los demás son amigos nuestros y podemos fiarnos dellos, y pasar adelante con nuestra pretensión, y salir con ella. Don Sebastián, que como hemos dicho, era nobilísimo de condición, y de diferente ánimo que el de Vasco Godines, habiendo oído, le dijo: señor, ¿qué me han hecho esos caballeros, para que yo los mate, y haga una crueldad tan grande y estraña? Si eso es forzoso que yo los mate, más querría que me matasen a mí. Apenas lo hubo oído Vasco Godines, cuando trocó el ánimo, y en aquel punto determinó matar a don Sebastián, pues él no quería matar a los que le daba por enemigos, y le dijo: espéreme aquí vuesa merced que luego vuelvo; diciendo esto salió a la plaza donde estaba el escuadrón, y uno a uno buscó los que él había nombrado para que los matasen; y hallándolos divididos (por no poderles hablar por la mucha genete que había: les tomaba una mano y se la apretaba dos, tres veces muy recio, que era señal de apercibirles para que fuesen en su favor en la traición que pensaba hacer luego. Hecho esto, volvió a casa, y topándose con el licenciado Gomez Hernandez, le dijo en breves palabras lo que pensaba hacer y que a todos le convenía; y que su magestad pagaría aquel servicio como era razón por ser tan calificado. Que llamase los amigos que conocía, para que les favoreciesen con su hazaña. Gomez Hernandez saliendo a la plaza, llamó a algunos por sus nombres, más como todos estaban temerosos de malos sucesos, no osó nadie acudir al llamado.

Gomez Hernandez se volvió adentro, y se fué con Vasco Godines donde estaba don Sebastián, y ambos se abrazaron con él y le dieron muchas puñaladas, que aunque tenía una cota vestida le maltrataron, con ellas. Baltasar Velasquez que al principio de este buen hecho estaba cerca de don Sebastián, cuando vió que lo maltrataban, dió un grito retirándose dellos; pero reconociendo que le mataban, fué a les ayudar por alcanzar parte de aquella victoria, y le dió de puñaladas; y otro acudió con una partesana, y tiró muchos golpes no respetando a los amigos que estaban en el hecho; y así llevaron algunos dellos su parte, como lo dice el Palentino, capítulo diez y seis. Don Sebastián salió de entre ellos con muchas heridas, y se entró en un aposento oscuro; y si como acertó a entrar en aquel aposento, acertara a salir por

la puerta de la calle a la plaza donde estaban el escuadrón armado, hubiera más sangre y mortandad. Baltasar Velasquez y otros cuatro o cinco entraron donde estaba don Sebastián; y porque estaban a oscuras, no osaron buscarle con las armas, por no herirse unos a otros. Empero Baltasar Velasquez les dijo que saliesen a la plaza, y certificasen que ya era muerto; porque sus amigos no entrasen a socorrerle y dijo que él se quedaría para acabarle de matar; y así hicieron él y ellos sus oficios; que Baltasar Velasquez hallando a don Sebastián le dió muchas puñaladas por la cabeza y por el pescuezo. El pobre caballero pedía confesión, dando gritos y voces hasta que perdió el habla; y así lo dejó Baltasar Velasquez, y salió a buscar quien le ayudase a sacarle al escuadrón; llamó a Diego de Avalos y al licenciado Hernandez y cuando llegaron donde habían dejado a don Sebastián, hallaron que a gatas había salido hasta la puerta del aposento, donde estaba tendido y boqueando; y allí le dieron muchas más heridas hasta que vieron que acabó de espirar, que serían las diez de la noche; y quedó Vasco Godines de la revuelta herido de la mano derecha. Luego sacaron a don Sebastián, así muerto, al escuadrón apellidando: viva el rey, que el tirano es muerto, y Vasco Godines salió también dando voces: viva el rey que el tirano es muerto, y yo lo maté. Aunque es cierto (a mi juicio) que no erraría quien juzgase a los matadores por tanto y más tiranos que al muerto, porque tanto y más que no él lo habían sido; y después siendo misnistros de justicia, se mostraron mayores, &c. Hasta aquí es de Diego Hernandez del capítulo alegado.

—— ——

CAPITULO XXVI

LAS ELECCIONES DE LOS OFICIOS MILITARES Y CIVILES QUE SE PROVEYERON, Y VASCO GODINES POR GENERAL DE TODOS. LA MUERTE DE DON GARCIA Y OTROS MUCHOS SIN TOMARLES CONFESION.

COMO se ha dicho mataron al pobre caballero don Sebastián de Castilla, los mismos que le persuadieron y forzaron a que matase al corregidor, y ahora se hacen jueces de los que mataron al general Pedro de Hinojosa, que era el corregidor, para ganar crédito y méritos en el servicio de su magestad, por haber sido traidores, una, y dos y más veces a su rey y a sus propios amigos; como dirá la sentencia que pocos meses después dieron a Vasco Godines, que fué el maestro mayor desta gran maldad Es de saber, que de la muerte del general Pedro de Hinojosa, a la muerte del general don Sebastian de Castilla (segun el Palentino) no pasaron más de cinco días; que la de Hinojosa, dice que fué a seis de marzo, y la de don Sebastián a once del mismo de el año de mil y quinientos y cincuenta y tres. Vasco Godines y los demás sus compañeros habiendo muerto a don Sebastián sacaron de la prisión y cadenas en que tenían a Juan de Ortíz de Zárate, y a Pedro Hernandez Paniagua, y le dieron libertad, encareciéndole mucho que lo que habían hecho había sido, tanto por librarles a ellos y a toda aquella ciudad de la muerte y destruición que los tiranos habían de hacer en ella y en ellos, como por el servicio de su magestad. Y en particular les dijo Vasco Godines estas palabras: (como lo refiere el Palentino, capítulo diez y siete). señores, por el amor de Dios, que pues yo no tengo mano, vuesas mercedes estén en este escuadrón, y animen los que en él están y los exhorten sirvan a su magestad. Empero como Juan Ortiz de Zárate viese que todos los delincuentes y matadores del general estaban en el escuadrón, y por capitán uno de los principales agresores, que era Hernando Guillada, de temor no le matasen, (y por le parecer también que así convenía)

dijo públicamente a voces que todos tuviesen por capitán a Hernando Guillada.

Hasta aquí es del Palentino. Aquellas palabras que Juan Ortiz de Zárate, dijo, se tuvieron por muy acertadas; porque los asoguraban de los enemigos. Vasco Godines se entró a curar de la herida de su mano: la cual encarecía más que la muerte de don Sebastián. Despachó aquella misma noche seis arcabuceros para que atajasen el camino de Potocsi, porque no pasase la nueva de lo sucedido a Egas de Guzman. Mandó prender tres soldados de sus más amigos, y que luego le diesen garrote antes que amaneciese, porque eran sabedores de sus traiciones, trampas y marañas. Y en amaneciendo envió a llamar a Juan Ortiz de Zárate, y a Pedro Hernandez Paniagua, y a Antonio Alvares, y a Martín Monge, que eran vecinos de aquella ciudad, y no había otros entonces, y con mucho encarecimiento les dijo el peligro en que se había puesto por matar al tirano, y el servicio que había hecho a su magestad, y el beneficio en particular a ellos y a toda aquella ciudad en general. Que les pedía en agradecimiento de todos sus servicios, lo eligiesen por justicia mayor de toda aquella ciudad y sus términos, y le nombrasen por capitán general para la guerra, pues Egas de Guzman estaba fuerte y poderoso, y con mucha gente en Potocsi y le depositasen los indios del general, pues habían quedado vacos. A lo cual respondieron los vecinos, que ellos no eran parte para hacer aquellas elecciones, que temían ser castigados si las hiciesen. Más Juan de Ortiz viendo que las habían de hacer, mal que les pesase, dijo: (más de miedo que de agradecimiento) que como el licenciado Gomez Hernandez, que era letrado, diese su parecer en ello, que ellos lo harían de muy buena gana. El letrado dijo que lo podían hacer, y mucho más que el señor Vasco Godines pidiese, porque sus servicios lo merecían todo. Luego llamaron un escribano y ante él nombraron por justicia mayor y capitán general a Vasco Godines, en quien depositaron los indios del general Pedro de Hinojosa, que como atrás se ha dicho rentaban con las minas doscientos mil pesos en plata; digno galardón de dos traiciones tan famosas como las que este hombre urdió, tejió y ejecutó: que su intención siempre fué de haber y poseer aquel repartimiento por cualquiera vía y manera que fuese. También negoció el buen letrado que depositasen en él otro gran repartimiento llamado Puna. En este paso dice Diego Hernandez lo que se sigue.

Cierto parece que de su propia mano se quisieron pagar y vender bien la opinión en que con los soldados estaban, y el miedo también que dello los vecinos tenían, y el temor de que no fuesen más crueles con ellos que don Sebastián lo había sido. Hasta aquí es de Diego Hernandez. Luego nombraron al licenciado Gomez Hernandez por teniente general del ejército; y a Juan Ortiz de Zárate, y a Pedro del Castillo por capitanes de infantería. Hicieron esta elección por dar a entender que no querían tiranizar los oficios militares, sino partir dellos con los vecinos; los cuales los aceptaron más de miedo que por

honrarse con ellos. Apregonóse que todos obedeciesen a Vasco Godines por general, y a Baltasar Velasquez por maese de campo: proveyose que seis soldados fuesen a prender a don García y a los demás que con él venían de la buena jornada que hicieron para matar al mariscal Alonso de Alvarado, Baltasar Velasquez por tomar posesión de su oficio de maese de campo hizo arrastar y hacer cuartos a dos soldados famosos que venían de Potocsi con avisos y despachos de Egas de Guzman para don Sebastián de Castilla: mandó dar garrote a otro soldado que se decía Francisco de Villalobos, y que cortasen las manos dos soldados que eran de sus parciales. y por intercesión de los demás soldados les concedió que no les cortasen más de una mano a cada uno dellos. Todo esto hizo el buen maese de campo dentro de cuatro horas después de su elección. Otro día siguiente entraron en aquella ciudad Martín de Robles, Pablo de Meneses, Diego de Almendras, y Diego Velasquez, que andaban huídos de los soldados por no caer en poder dellos; con ellos vinieron otros de menos cuenta. Lo cual sabido por Vasco Godines, que estaba en cama haciendo muy del herido, envió a llamar a Juan Ortiz de Zárate y le pidió que persuadiese a Pablo de Meneses y a Martín de Robles, y a los demás que habían venido, hiciesen cabildo y aprobasen y confirmasen la elección de justicia mayor, y capitán general que en él se había hecho, y el depósito de los indios de Pedro de Hinojosa. Respondieron a la demanda: que ellos no tenían autorinad. para aprobar nada de aquello, y que como amigos suyos le aconsejaban que se desistiese de aquellas pretensiones por que no pareciese que por pagarse de su mano y no por servir a su magestad había muerto a don Sebastián de Castilla. Con la respuesta se indignó grandemente Vasco Godines y a voces dijo: que votaba a tal que a los que pretendiesen menoscabar su honra, pretendería él consumirles la vida. Mandó que entrasen todos en cabildo, y que setenta o ochenta soldados estuviesen a la puerta del ayuntamiento. y matasen a cualquiera que contradijese cosa alguna de las que él. pedía. Lo cual sabido por Pablo de Meneses y sus consortes, aprobaron mal que les pesó las elecciones, y mucho más que les pidieran, porque el licenciado Gomez Hernandez les persuadió y certificó que si no lo hacían los había de matar a todos. Basco Godines quedó muy contento con verse aprobado por dos cabildos para su mayor condenación. Riba-Martín, que fué por cabo de otros cinco arcabuceros para prender a don García Tello de Guzman, lo prendió cinco leguas de la ciudad. El cual venía confiado en el favor y amparo que pensaba hallar en don Sebastián de Castilla y los suyos. Pero cuando supo que Vasco Godines y Baltasar Velasquez, y Gomez Hernandez, que eran sus más íntimos amigos y los que más habían fabricado en la muerte de Pedro de Hinojosa, y en aquella tiranía, le habían muerto, se admiró grandemente, y quedó como pasmado; pareciéndole imposible que los que tanto habían hecho con don Sebastián para matar a Pedro de Hinojosa, matasen a don Sebastián; siendo cualquiera dellos sin comparación

alguna, más culpado en aquella traición y tiranía que el mismo don Sebastián. Y como hombre que sabía largamente las trampas y marañas de todos ellos, dijo a Riba-Martín, que no dudaba de que le habían de matar arrebatadamente, porque no tuviese lugar ni tiempo de decir lo que sabía de aquellas maldades. Y así fué que luego que entró en la ciudad Vasco Godines, como lo dice el Palentino, capítulo diez y nueve, encargó a Baltasar Velasquez lo despachase de presto porque no descubriese las marañas de entrambos. Palabras son de aquel autor, y poco más adelante dice lo que se sigue.

Apercibióle que luego había de morir por tanto, que brevemente se confesase. Habíase entrado con él Juan Ortiz de Zárate, a quien don García dijo que le suplicaba, que si había de morir, negociase que le diesen término por aquel día, por recorrer en la memoria sus pecados, y pedir a Dios perdón dellos, porque era mozo y había sido muy pecador. Luego Baltasar Velasquez entró dentro, y sin admitir los ruegos de Juan Ortíz, le hizo salir afuera, y dijo a don García, que antes de una hora había de morir; por tanto que brevemente ordenase su ánima; y estándose confesando le dió mucha priesa para que muy presto acabase, y aún casi no bien acabado de confesar le hizo dar garrote y se quebró el cordel; y poniéndole otro cordel a la garganta pareciéndole a Baltasar Velasquez que había mucha dilación, sacó su espada de la cinta y le hizo degollar y cortar la cabeza con ella; y Juan Ortiz de Zárate hizo amortajar y enterrar su cuerpo. Luego hicieron también justicia de otros algunos, guardando la orden de no tomar confesión, ni hacer figura de juicio, con quien pudiese manifestar ser ellos los fundadores e inventores de la tiranía.

Hasta aquí es de Diego Hernandez, capítulo diez y nueve; y poco antes dél, hablando en el mismo propósito dice lo que se sigue: que era la flor de su juego matar a muchos sin les tomar confesión, porque no descubriesen sus tratos y conciertos; y a los que eran muy culpados en la conjuración pasada, si dellos tenían entera confianza que guardarían secreto de aquella preñez que tanto tiempo habían traído, con estos tales disimulaban con penas livianas y con darles de mano y ayudándolos para su viage. Lo cual hacían torciendo la justicia hacia la parte que sus intereses más les guiaban.

Hasta aquí es de Diego Hernandez con que acaba el capítulo diez y ocho; y tiene mucha razón aquel autor de decirlo así, y aún mucho más se deben abominar las crueldades y maldades que aquellos hombres en sus más amigos hicieron, habiéndolas ellos mismos inventado, trazado y ejecutado con la muerte de Pedro de Hinojosa, que más de tres años antes la tenían pensada hacer, si él no se hacía caudillo dellos. Que cierto no sé como se pueda intimar, ni decir bastantemente que para encubrir sus propias bellaquerías, y para matar a los que la sabían, se hiciesen elegir por superiores, y ministros mayores en paz y en guerra para poder castigar y quitar la vida a los que ellos mismos con sus traiciones y maldades habían hecho culpados. Pero no les faltó el castigo del cielo como adelante veremos.

CAPITULO XXVII

LOS SUCESOS QUE HUBO EN POTOCSI. EGAS DE GUZMAN ARRASTRADO Y HECHO CUARTOS; Y OTRAS LOCURAS DE SOLDADOS CON LA MUERTE DE OTROS MUCHOS DE LOS FAMOSOS. EL APERCIBIMIENTO DEL COSCO CONTRA LOS TIRANOS.

TODO lo que se ha referido y mucho más, (que no se pueden contar por entero cosas tan estrañas y abominables) pasó en la ciudad de la Plata. Diremos ahora lo que hubo en Potocsí, donde saquearon el tesoro de su magestad, que con ser una suma tan grande, de que valía más de millón y medio de pesos de plata, se convirtió en un poco de aire, porque no se cobró blanca de todo ello; y sucedió, como atrás se dijo, la muerte de Hernando de Alvarado, contador de su magestad, que Antonio de Lujan, haciéndose justicia mayor de aquella villa y su distrito, lo mató con pregón de que había sido con el general Pedro de Hinojosa para alzarse con el reino. Agora es de saber que a este Antonio de Lujan le escribió un amigo suyo, que se decía Juan Gonzalez, una carta en que le avisaba la muerte de don Sebastián, y la prisión de don García, y la ida de Juan Ramón, y otros con el a juntarse con el mariscal Alonso de Alvarado. Envióle la carta con un yanacuna (que es indio, criado en casa), que son los mejores espías dobles que en aquella tierra ha habido. El cual la llevó metida en una suela del calzado que ellos traen; de manera que pudo pasar por las guardas que por el camino había. Decíale en la carta que diese luego de puñaladas a Egas de Guzman, porque la pretensión de todos ellos se había atajado con la muerte de don Sebastián Antonio de Lujan como justicia mayor que se había hecho de aquella villa, mandó tocar arma y formar escuadrón en la plaza. A lo cual acudió Egas de Guzman; y le preguntó que ¿qué era aquello? Antonio de Lujan para hacer esperiencia si la carta era cierta o echadiza, y también porque Egas de Guzman se fiase dél, teniéndole por amigo le mostró en presencia de los que allí estaban la carta que le escribieron. Dudóse si la

firma era de Juan Gonzalez o falsa; pero al cabo se tuvo antes por de Juan Gonzalez que no agena, con lo cual Egas de Guzman se mostró turbado porque le vieron en su rostro la aflicción de su corazón. Por lo cual los que pretendían mostrarse servidores de su magestad, trocaron el ánimo para volverse de su bando, que era lo que Antonio de Lujan procuraba saber cuando mostró la carta, que era que todos supiesen la muerte de don Sebastian, para que trocasen las manos y los pensamientos, y hiciesen lo que la carta les mandaba que matasen a Egas de Guzman. Y así en aquella junta con mirarse unos a otros se entendieron sin hablarse palabra; y aunque hubo algunos del bando de Egas de Guzman (por ser los más en contra) se atrevió Antonio de Lujan y otros con él a echar mano de Egas de Guzman, y prenderle y soltar a Gomez de Solís y a Martín de Almendras; y los grillos y prisiones que ellos tenían, se los echaron a Egas de Guzman; y una cota que tenía puesta se la quitó Gomez de Solís y se la puso él; y dentro de seis horas arrastraron y hicieron cuartos a Egas de Guzman (que no le valió nada toda su valentía), y a otro con él que se decía Diego de Vergara.

Esto sucedió en Potocsí por la carta que escribió Juan Gonzalez. Los de la ciudad de la Plata, que los principales eran Vasco Godines, Baltasar Velasquez y el licenciado Gomez Hernandez, habiéndolo consultado con los demás vecinos y soldados de aquella ciudad, acordaron ir todos ellos en forma de guerra a la villa de Potocsí contra Egas de Guzman, no sabiendo lo que del pobre caballero se había hecho. Vasco Godines iba por justicia general y justicia mayor de aquel ejército, que así le llamaron, aunque no iban cien soldados en él, que parece juego de muchachos. Fueron dos capitanes de infantería, y otro de la caballería con teniente, que llamaban del campo; y a dos leguas que habían caminado les llegó nueva que Egas de Guzman era muerto, y la villa reducida al servicio de su magestad. Con lo cual acordaron que Vasco Godines se volviese a la ciudad de la Plata, y que Baltasar Velasquez y el licenciado Gomez Hernandez con cincuenta soldados escogidos fuesen a Potocsí y pasasen adelante en busca de Gabriel de Pernia, que como se ha dicho, Egas de Guzman lo había enviado con cincuenta y cinco soldados a la ciudad de la Paz, a matar al mariscal Alonso de Alvarado. Gabriel de Pernia había caminado con su gente muchas leguas, y supo que Juan Ramon había desarmado a don García; por lo cual la bandera que llevaba contra el mariscal, la alzó en su servicio, y le avisó con Ordoño de Valencia como iba a servirle Pocas leguas más adelante sus propios soldados prendieron a Gabriel de Pernia y alzaron la bandera por don Sebastián, y se volvían con ella dejando a Pernia y a otros tres con él, para que se fuesen donde quisiesen. Los cuales fueron a juntarse con el mariscal y lo acertaron. Aquellos soldados de Pernia caminando sin capitán ni consejo propio ni ageno, tuvieron nueva, que don Sebastián

era muerto; con lo cual, como lo escribe el Palentino, por estas palabras, capítulo veinte y uno.

Volvieron a de ir que aquella bandera alzaban en nombre de su magestad. De manera que la bandera hacía el oficio de veleta que se muda siempre con el viento que corre más fresco hacia la parte do viene, y en fin podemos decir que hacía lo que la gente poco leal, que es andar viva a quien vence Venidos pues estos a encontrarse con Baltasar Velasquez Alonso de Arriaza, que traía la bandera con Pedro Suarez y otros dos soldados, se hicieron adelante con ella; y obra de treinta pasos de la bandera de Baltasar Velasquez, la abatieron tres veces y se la entregaron luego. Baltasar Velasquez envió de allí a Riba-Martín, y a Martín Monge a la ciudad de la Paz, haciendo saber al mariscal como el asiento y villa de la Plata estaba todo pacífico y reducido al servi io de su magestad, y él se volvió para el asiento, llevando preso a Alonso de Arriaza y Francisco Arnao, Pero Juarez, Alonso de Marquina, Francisco de Chavez, mulato, mandó hacer y a Juan Perez, y llegado legua y media del asiento ma dó hacer cuartos a Francisco de Arnao, y entrado qye fué, hizo arrastar y hacer cuartos a Alonso de Marquina; y aquella misma no he entró en el monasterio de la Merced y sacó a Pedro del Corro, que se había metido fraile (por haberse hallado en la muerte del general), y fué ahorcado.

Hasta aquí es de Diego Hernandez. Y por ab eviar, que va muy largo, decimos que Baltasar Velasquez entregó los demás presos que llevaba a Vasco Godines (que se había hecho justicia mayor) para que hiciese dellos lo que quisiese, que era matar todos los que eran sabsdores de sus tramas; y así desterró a muchos a diversas partes lejos de la ciudad de la Plata, cuatrocientas quinientas y setecientas leguas. Hizo cuartos a Garci Tello de Vega que fué capitán de don Sebastián, y el mismo Vasco Godinez lo había elegido por tal. A otro soldado llamado Diego Perez, mandó dezocar de ambos pies y condenarlo a que sirviese en galeras: muy bien sirviera el pobre galeote sin pies; parecen desatinos estudiados. Despachó a Baltasar Velazquez y a otro soldado famoso, que se decía Pedro del Castillo, que viniesen a Lima a encarecer y exagerar el servicio que Vasco Godines y ellos habían hecho. Palabras son del Palentino, con que acaba el capítulo alegado.

Esta ausencia que Baltasar Velasquez hizo de los Charcas, le escapó de la muerte que Alonso de Alvarado le diera; pero no le escapó de otra muerte más rigurosa que vino por sentencia del cielo. La nueva del levantamiento de don Sebastián de Castilla corrió por todo aquel imperio con mucho escándalo de todos los vecinos que lo oyeron; porque estos eran los que bastaban en las guerras que en aquella tierra se ofrecían. Que por una parte como señor de vasa os gastaban sus haciendas en ellas; y por otra traían sus vidas colgadas de un cabello: que los enemigos hacían todas sus diligencias por matarlos para heredar los indios. Luego que llegó esta nueva a la ciudad del Cosco,

se apercibió para resistir al enemigo. Entraron en cabildo, y eligieron a Diego Maldonado, que llamaron el Rico, por general, por ser el regidor más antiguo que había; y a Garcilaso de la Vega, y a Juan de Saavedra por capitanes de gente de caballo; y a Juan Julio de Ojeda, y a Tomás Vasquez y a Antonio de Quiñones, y a otro vecino cuyo nombre se me ha ido de la memoria, eligieron por capitanes de infantería. Los cuales todos a diligencia hicieron gente, y Juan Julio de Hojeda fué tan solícito, que dentro de cinco días salió a la plaza acompañado de trescientos soldados muy bien armados y aderezados, que causó admiración la brevedad del tiempo. Pasados otros tres días, que por todos fueron ocho llegó la nueva de la muerte de don Sebastián, con que se acabó la guerra por entonces. Lo mismo sucedió en la ciudad de los Reyes, como lo dice Diego Hernandez, capítulo veinte y dos por estas palabras.

Tenía relación el audiencia de estas revoluciones y tormenta que había corrido , porque en fin de marzo había venido la nueva de la muerte del general y tiranía de don Sebastián de Castilla; y de allí a seis días del suceso y rebelión de Egas de Guzman en el asiento de Potocsí: y dentro de otros cuatro vino la nueva de las muertes de los tiranos; por lo cual se hicieron en Lima grandes fiestas y regocijos. Hasta aquí es de Diego Hernandez. En el capítulo siguiente diremos de la provisión que se hizo para el castigo de lo que se ha referido.

CAPITULO XXVIII

LA AUDIENCIA REAL PROVEE AL MARISCAL ALONSO DE ALVARADO POR JUEZ PARA EL CASTIGO DE LOS TIRANOS. LAS PREVENCIONES DEL JUEZ, Y OTRAS DE LOS SOLDADOS. LA PRISION DE VASCO GODINES Y DE OTROS SOLDADOS Y VECINOS.

PASADAS las fiestas y regocijos que en la ciudad de los Reyes se hicieron por la muerte de don Sebastián de Castilla, y destruición de aquella tiranía; de la cual el mejor librado fué Ordoño de Valencia, que aunque se halló en el un bando y en el otro, como muchas veces lo nombra en su Historia Diego Hernandez. Su buena fortuna ordenó que llevase las nuevas de la muerte de don Sebastián, en albricias de las cuales le dieron los oidores un repartimiento de indios en la ciudad del Cosco de cinco o seis mil pesos de renta, donde yo le dejé gozando dellos cuando me vine a España.

Otros libraron y adquirieron en contra, para castigo y muerte, de los cuales proveyeron los oidores de aquella chancillería real una provisión en que remitieron la comisión del castigo de aquella tiranía al mariscal Alonso de Alvarado, por conocerle por juez severo y riguroso, como convenía que lo fuese el que hubiese de castigar tantas y tan grandes maldades como se habían hecho en servicio de Dios nuestro señor, y el emperador Carlos Quinto, rey de España. Mandaron asímesmo los oidores que el licenciado Juan Fernandez, que era fiscal en aquella chancillería, fuese a los Charcas a hacer sus oficios con aquellos delincuentes. Libraron otra provisión en secreto, en que hacían corregidor y justicia mayor de todas aquellas provincias al dicho Alonso de Alvarado, y capitán general, para que hiciese gente y gastase la hacienda real de lo necesario si la tiranía no estaba acabada. Dieron estas provisiones a Alonso de Alvarado en la ciudad de la Paz, donde luego entendió en el castigo de los rebelados. Envió personas de confianza a diversas partes a prender los culpados que se habían huído y escondido en los pueblos de los indios. Uno destos comisarios que se

decía Juan de Henao, los persiguió hasta entrar con balsas en la laguna grande del Titicaca, y los buscó por las isletas, y entre las eneas, espaldañas, y juncales que en aquella laguna se crían, donde prendió más de veinte dellos de los más culpados, y los entregó a Pedro Enciso que era corregidor de Chucuyto. El cual, habiéndoles tomado sus confesiones los remitió al mariscal, enviándoselos muy bien aprisionados y con bu na guarda. Sabiéndose en los Charcas y en Potocsi que el mariscal iba por juez de comisión de lo pasado en aquellas provincias, muchos soldados que se hallaban culpados aconsejaron a Vasco Godines (cuyos delitos le parecía que no eran de perdonar) que se recatase y mirase por sí y que se rehiciese de gente para resistir al mariscal (como lo dice Diego Hernandez, capítulo veinte y dos por estas palabras), pues sería parte para podello bien hacer; y aún le persuadieron que publicase, que el mariscal, y Lorenzo de Aldana, y Gomez de Alvarado se querían alzar y tiranizar la tierra; y con este color y fingimiento los matase, que para ello le darían favor bastante; porque desta suerte no le podía después recrecer contraste alguno. Empero Vasco Godines confiado en el gran servicio que a su magestad había hecho y aún también porque entendiendo esto Juan Ramón, dió algunas reprensiones, así a Vasco Godines, como a los autores, no se trató de ponello en efecto. Teniendo pues el mariscal algunas noticias destas cosas, acordó guiar el negocio por maña; y fué publicar que juntamente con su comisión habían también venido algunas provisiones para gratificación de algunos que habían servido en la muerte de don Sebastián en deshacer la tiranía; y que en una provisión venía la encomienda de los indios de Alonso de Mendoza para Vasco Godines y Juan Ramón. Publicada esta nueva, despachó a Alonso Velasquez, con algunos recaudos para Potocsi, y con mandamiento para prender a Vasco Godines, y echó fama que llevaba la provisión de la encomienda, que le daban los indios a Vasco Godinez.

Hasta aquí es de Diego Hernandez sacado a la letra del capítulo alegado. Vasco Godines estaba entonces en la ciudad de la Plata, donde tuvo nueva por carta de un pariente suyo, que Alonso Velasquez le llevaba la provisión de los indios que los oidores le habían proveído que eran los de Alonso de Mendoza. De lo cual Vasco Godines se mostró muy enfadado y aún ofendido porque no eran los del general Pedro de Hinojosa, que él se había aplicado por sus tiranías y maldades; y así se quejó a los que estaban presentes cuando le dieron la carta, y aunque ellos le consolaban diciendo que traían buenos principios para mejorarle adelante, él blasfemaba como un hereje, y lo mismo hacían otros soldados con él, que también pretendían repartimientos de indios de los mejores del Perú; porque cada uno tenía los méritos que él se imaginaba. Poco después que Vasco Godines tuvo la carta con la nueva falsa de los indios (que no imaginaban darle) entró Alonso Velasquez en la ciudad de la Plata y acompañado de algunos amigos suyos fué a la posada de Vasco Godines, y entre ellos

pasaron algunas palabras y razones de buenos comedimientos. A los cuales respondió Vasco Godines por una parte muy entonado, y por otra muy meláncolico y triste, porque no le daban todo el Perú por suyo Alonso Velasquez porque no pasasen adelante razones tan impertinentes, le dió una carta del mariscal con otras más negras, porque eran fingidas para asegurarle Y estándolas leyendo, se llegó a él Alonso Velasquez, y echándole mano del brazo, le dijo. sed preso, señor Godines. El cual con mucha turbación dijo que le mostrase por dónde. Alonso de Velasquez como lo refiere Diego Hernandez, capítulo veinte y dos por estas palabras, le respondió se fuese con él, que allá le mostraría a quien era obligado. Vasco Godines dijo que entrase en cabildo con los que allí estaban, y que se viesen los despachos que traía, y lo que en tal caso se debía hacer. Entonces ya con más cólera le dijo Alonso Velasquez, que no curase de réplicas, sino que se fuese con él; y le comenzó a llevar con más violencia camino de la cárcel; y llevándole así, mostrando Godines gran desesperación, se asió de la barba con la mano derecha alzando los ojos al cielo. Por lo cual algunos le consolaron diciendo que tuviese paciencia en aquella prisión, pues sería para que más se aclarase su justicia, y el servicio señalado que a su magestad había hecho. A lo cual replicó Vasco Godines dando pesares y diciendo. que ya los llevasen los diablos pues a tal tiempo lo habían traído. Finalmente Alonso Velasquez le metió en la cárcel y le echó cadena y grillos, y poniendo buen recaudo en su guarda, escribió luego al mariscal lo que pasaba. El cual se vino a la hora a Potocsí, y comenzó a entender en el castigo, prendiendo mucho número de soldados y vecinos y procedió en la causa contra Martín de Robles, Gomez de Solís, y Martín de Almendras, y otros guardando a todos sus términos y admitiéndole sus descargos y probanzas, principalmente a los vecinos. Los cuales y otros muchos por justificar tanto sus causas, y darles largos términos, ganaron las vidas más que por disculpas y descargos que diesen, como adelante diremos.

Hasta aquí es de Diego Hernandez sacado a la letra, con que acaba el capítulo veinte y dos. En cuyas últimas razones muestra haber recibido la relación de algún apasionado contra los vecinos, señores de vasallos del Perú, o que él lo era. porque no habiendo escrito delito alguno contra los que el mariscal prendió, antes habiendo dicho que los tiranos prendieron a Gomez de Solís y a Martín de Almendras, y que Martín Robles se escapó huyendo en camisa, dice ahora que por los muchos y largos términos que le dieron ganaron las vidas, más que por disculpas y descargos que diesen. Lo cual, cierto parece notoria pasión; como también adelante la muestra, en otros pasos que notaremos.

CAPITULO XXIX

EL JUEZ CASTIGA MUCHOS TIRANOS DE LA CIUDAD DE LA PAZ Y EN EL ASIENTO DE POTOCSI, CON MUERTES, AZOTES Y GALERAS; Y EN LA CIUDAD DE LA PLATA HACE LO MISMO. LA SENTENCIA Y MUERTE DE VASCO GODINES.

EL mariscal dió principio al castigo de aquella tiranía en la ciudad de la Paz, donde él estaba de asiento. Condenó todos los presos que Pedro de Enciso le envió, que sacaron de la laguna grande, y a otros que prendieron en otras partes. A muchos dellos ahorcaron, y a otros degollaron, y a otros condenaron a azotes y a galeras, de manera que todos quedaron bien pagados. De la ciudad de la Paz se fué el mariscal a Potocsi donde halló muchos presos de los valientes y famosos amigos de Egas de Guzman y de don Sebastián de Castilla. A los cuales semejantemente dió el mismo castigo que a los pasados, condenando parte dellos a degollar, y otra gran parte a ahorcar, y los menos fueron azotados y condenados a galeras. Prendió al Comendador Hernan Perez de Parraga, que era del hábito de San Juan; y en pago de la carta que atrás dijimos, que escribió a don Sebastián, pidiéndole que enviase veinte arcabuceros a prenderle, porque no pareciese que él de su grado se le iba a entregar le quitaron los indios que tenía en la ciudad de la Plata, y su persona remitieron al gran Maestre de Malta, y se lo enviaron a buen recaudo con prisiones y guarda. Hecho el castigo en Potocsí se fué al mariscal a la ciudad de la Plata, donde Vasco Godines estaba preso, y otros muchos con él de los más famosos y belicosos soldados que hubo en aquellas provincias. Los cuales padecieron las mismas penas y castigo que los de Potocsí, y los de la ciudad de la Paz que fueron degollados, y los más ahorcados, y los menos azotados y condenados a galeras. Condenaban los menos a galeras, porque les parecía que era cosa muy prolija traerlos a España y entregarlos a los misnistros de galeras, que hasta entonces no se cumplía el tenor de la sentencia y los más de los condenados se huían

en el camino tan largo, como lo hicieron los que entregaron a Rodrigo Niño, que de ochenta y seis no llegó más de uno a Sevilla. No se pone el número de los castigados, muertos y azotados, porque fueron tantos que no se tuvo cuenta con ellos, a lo menos para que se pudiese escrebir, porque fueron muchos. Que dende los últimos de junio de mil y quinientos y cincuenta y tres años, hasta los postreros de noviembre de el dicho año, que llegó allá la nueva de el levantamiento de Francisco Hernandez Girón, todos los días feriales salían condenados cuatro, y cinco y seis soldados y luego el día siguiente se ejecutaban las sentencias. Y era así menester para desembarazar las cárceles, y asegurar la tierra, que estaba muy escandalizada de tanto alboroto y ruina como aquella tiranía había causado, que nadie se tenía por seguro, aunque los maldicientes lo aplicaban a crueldad, y llamaban al juez Nerón, por ver que tan sin duelo se ejecutasen tantas suertes en personas y soldados tan principales, que los más dellos fueron engañados y forzados. Decían que dejando cada día condenados a muerte cinco o seis soldados se iba el juez dende la cárcel hasta su casa riendo y chuflando con su teniente fiscal como si los condenados fueran pavos y capones para algún banquete. Otras muchas libertades y desvergüenzas decían contra la justicia, que fuera razón que hubiera otro castigo como el de la tiranía. Por el mes de octubre del dicho año, como lo dice Diego Hernandez, capítulo veinte y tres por estas palabras.

Mandó arrastrar y hacer cuartos a Vasco Godines, haciéndole cargo y culpa de muchos y grandes y calificados delitos, los cuales están expresados en la sentencia; y es cierto que al mariscal le pesó mucho de no hallar a Baltasar Velasquez (que era ido a Lima), que si allí estuviera, sin falta hiciera lo mismo que de Vasco Godines, &c. Los delitos y traiciones de Vasco Godines se calificaron en breves palabras en el pregón, con que lo llevaron arrastrando a hacer cuartos, que decía: A este hombre por traidor a Dios, y al rey y a sus amigos, mandan arrastar y hacer cuartos. Fué una sentencia la más agradable que hasta hoy se ha dado en aquel imperio, porque contenía en las tres palabras la suma de lo que no se podía decir ni escrebir en muchos capítulos. Pasó adelante la ejecución de la justicia en otros culpados, que fueron muchos los muertos y más muertos hasta los últimos de noviembre que (como dijimos) llegó la nueva del levantamiento de Francisco Hernandez Girón, con que cesó la peste y mortandad de aquellos soldados. Que fué menester que hubiese otra rebelión y motín en otra parte, para que el temor del segundo aplacase el castigo del primero. Del cual motín dieron pronóstico a voces los indios de el Cosco, como yo lo ví, y fué la noche antes de la fiesta del Santísimo Sacramento, que yo como muchacho salí aquella noche a ver adornar las dos plazas principales de aquella ciudad; que entonces no andaba la procesión por otras calles como dicen que la anda ahora, que es al doble de lo que solía. Estando yo junto a la esquina de la capilla mayor

de la iglesia de nuestra Señora de las Mercedes, que sería la una y las dos de la madrugada, cayó una cometa al oriente de la ciudad hácia el camino real de los Antis, tan grande y tan clara, que alumbró toda la ciudad, más con claridad de resplandor que si fuera la luna llena a media noche. Todos los tejados hicieron sombra; más que con la luna cayó derecha, de alto a bajo; era redonda como una bola, y tan gruesa como una gran torre. Llegando cerca del suelo como dos torres en alto, se desmenuzó en centellas y chispas de fuego sin hacer daño en las casas de los indios, en cuyo derecho cayó. Al mismo punto se oyó un trueno bajo y sordo que atravesó toda la región del aire de Oriente a Poniente. Lo cual visto y oído, los indios que estaban en las dos plazas, a voces altas, y claras, todos a una dijeron: auca, auca, repitiendo estas palabras muchas veces, que en su lengua significa tirano traidor, fementido, cruel, alevoso, y todo lo que se puede decir a un traidor, como en otras partes hemos dicho. Esto pasó a los diez y nueve de junio del año de mil y quinientos y cincuenta y tres, que se celebró la fiesta del Señor, y el pronóstico de los indios se cumplió a los trece de noviembre de el mismo año, que fué el levantamiento de Francisco Hernandez Girón, que luego diremos en el libro siguiente.



INDICE

LIBRO QUINTO

Pag.

LIBRO SEXTO

Pag.

Pag.

Lista de los suscriptores a la Colección de Historiadores Clásicos del Perú

Supremo Gobierno
H. Concejo Provincial de Lima
Beneficencia del Callao
Universidad Mayor de San Marcos
Facultad de Letras
Facultad de Ciencias
Facultad de Medicina
Profesores de Jurisprudencia
Sociedad Geográfica de Lima
Escuela de Ingenieros
Escuela Normal de Preceptores
Biblioteca de la Escuela Militar
Colegio de Guadalupe
Federación de Universitarios del Perú
Cuerpo de Ingenieros de Minas
Señor Presidente de la República

Aljovin Miguel Dr.
Alejos C.
Aspillaga Antero
Alvarez Sáez Jorge
Avendaño Leonidas Dr.
Alcántara César A.
Angulo Domingo Fr.
Alayza y Paz Soldán Francisco
Alvarado L.
Ayarza Víctor
Alaiza y Roel Carlos
Antunes Cayetano
Astete y Concha Enrique
Blanco Galindo Carlos (La Paz)

Barreda y Laos Felipe Dr.
Barreto Anselmo Dr.
Bentín Ricardo
Bernales José Carlos
Beas Lizardo
Benvenutto M.
Basadre Carlos
Borja García y C. H.
Borja G. Ernesto
Biblioteca Municipal de Puno
Biblioteca del Estado Mayor de Ejército
Barreto Benjamín Dr (Buenos Aires)
Boza Ernesto G.
Bustillos Enrique
Balarezo Román
Biblioteca Ministerio de Fomento
Biblioteca Pública (Arequipa)
Bonilla M. C.
British Mureum
Ballivián Manuel Vicente (La Paz)

Cáceres S. A.
Cano Washington (Arequipa)
Castro Fr. Gregorio (Obispo)
Castillo Daniel I. Dr.
Cornejo Mariano H. Dr.
Cáceres Zoila Aurora
Cúneo Vidal Rómulo
Cazorla José Alberto
Calvo Pérez Manuel
Cassinelli Pablo
Corta Fr. Ladislao de
Casimir Cipriano
Cosio José Gabriel Dr.
Castañón José Dr.
Cancino J. T. Dr.
Canaval Mansueto Dr.
Cáceres Vega Fray Inocencio (Buenos Aires)

Carbajal Ascención
Cornejo Gustavo Dr.
Concha Carlos Dr.
Caparó Muñiz J. L.
Convento de San Francisco
Carcovich Aguiles
Centro Cerreño
Castro y Sanchez J. A
Cámara de Senadores
« « Diputados
Casanova Juan Antonio (Canóng.)
Calle Juan José Dr.
Club de la Unión
Club Nacional
Carmona Nicanor M.
Convento de Santo Domingo
Convento de San Francisco
Chopitea J. Ignacio
Costa y Cavero Ramón
Costa y Laurant F.

Chirif Hermanos

Dávalos Lissón Pedro
Director Colegio Alemán
Dirección General de Correos
Director Colegio de Guadalupe.
Dávila Fernández G. Dr.
Denegri Luis Ernesto

Eléspuru Juan N. Gral.
Elguera Federico
Encinas J. A. Dr.
Eguiguren Luis A. Dr.
Einfelt Carlos
Eizaguirre R. Dr.
Escomel Edmundo Dr. - Arequipa.
Esportos Nicolás E.
Escuela Nacional de Bellas Artes
Ezeta S. M.

Falconi Teófilo Dr.
Festini Esther Dra.
Flórez Ricardo Dr.
Ferreyros Manuel O.
Facultad de Filosofia y Letras (Buenos Aires.)
Fernández Concha Aurelio Dr.

García y Lastres Aurelio
Gálvez Aníbal Dr.
Gamarra Hernández Enrique
García Calderón E.
García Arturo Dr.
García Irigoyen David Dr.
Gardini Federico
Gagliuiffi Pascual
González Olaechea M. Dr.
Gamio Ignacio
Giraldo Santiago Dr.
Girón Manuel N
Garland Antonio
Garay Juan H. (Canónigo)
Goytizolo Enrique
Gómez Teodomiro
Gusmán Alfredo

Hurtado Pedro Dr. (párroco)
Hessler Michelsen
Herrera Genaro Dr.
Herrera Fortunato L. Dr.
Haward Carl
Haenflein Edmond Henriques

Iberico Rodríguez M.
Izcue José Augusto
Irigoyen Pedro Dr.
Ibarra Manuel
Izaguirre Bernardino (Rdo P.)
Ibarra Miguel Eliseo

Jancke F.
Jerí Ricardo
Jirón Manuel

Lavalle Juan Bautista de Dr.
Lavalle y García José A. Ing.
Leguía A—(Chiclayo)
Leguía y Martínez German Dr.
Larco A.
La Jara y Ureta José María, Dr.
Loayza Francisco A.
Library of the University of Ilinois—Urbana
Larco Herrera Alberto (Trujillo)
Lafone Quevedo Samuel A. (Buenos Aires)
Loayza Miguel S. A.
Loayza Luis
López Lizardo
Luna Ricardo José
Llerena Enrique

Mackay John A.
Morales Macedo Carlos Dr
Menéndez Julio Dr.

Means Ainsworth P.
Michelsen Carl.
Maldonado Angel Dr.
Mac-Lean Ricardo
Muro Felipe S.
Mendoza Valdemaro
Molina Wenceslao Dr.
Martinelli Enrique Dr.
Maccagno Luis
Morales Justo
Mackehenie y Garcia Carlos
Ministerio de Relaciones Exteriores
Malpartida Elias
Museo Histórico Nacional
Museo La Plata (Argentina)
Molinari Diego Luis (Ministerio RR. EE. Buenos Aires)
Miranda Catalido S. Ing.
Masias Doctor
Morozini Cesar, Doctor
Mendoza del Solar José A (Arequipa)

Napanga Agüero C. Dr.
Northwestern University Library
Novella Andrés

Olazabal Benigno F. Dr. (Sicuani)
Ontaneda J. M.
Olaechea Abel S.
Ocaña Antonio B
Oviedo Pedro F. Dr.
Osma Felipe de Dr.
Ortiz de Zevallos C. L.
Ortega J. Y.
Osores Arturo Dr.
Arzobispo de Lima Iltmo. Sr.
Obispo de Huarás Iltmo. Sr.
,, de Trujillo Iltmo. Sr.
,, de Ayacucho Iltmo Sr.
,, de Chachapoyas Iltmo. Sr.
Osma Pedro Dr.

Peña Natalio (Oruro-Bolivia)
Paredes Rigoberto (Oruro)
Pimentel Carlos R.
Pazos Varela J. F Dr
Paz Soldán Luis Felipe Dr.
Prat Florentino Rdo. P.
Prado y Ugarteche Javier Dr.
Prado Mariano Ignacio Dr.
Piérola Carlos de
Paz Soldán Carlos E. Dr.
Porras Melitón Dr.
Pando Edelmira del
Philipps Belisario Dr.
Polo José Toribio (hijo)
Portal Ismael
Pinzas Teobaldo
Portocarrero V. M.
Porras y Bermaechea Raúl Dr.
Podesta Luis
Pazos Varela Hernán Dr.
Peña Barrenechea Ricardo
Peña y Prado Juan M.
Pérez Valvin Ascencio
Paz Soldán J. P.
Palomino y Salcedo Leonidas
Peña Enrique (Buenos Aires)
Pizarro José R. Gral.
Puente Benjamin (General)

Quintana Tobias N.
Quiroga Adolfo Dr.

Restrepo y Sanz Dr. (Colombia)
Ramirez Barinaga M. A. Dr.
Riva Aguero José Dr.
Reinere Carlos Rv. P.
Rodó Matilde
Romero Eleodoro Dr,
Rosay Maria
Ramos Liborio
Rodriguez José Enrique
Ráez Luis A.
Ritchie John
Rebagliati Raul Dr.
Ruiz Albino José
Rojas Franco S.
Rey de Castro A. D.
Ramos Enrique del C.
Ramírez Carlos A. Dr.
Ramos Murga Bartolomé
Ruiz Bravo Pedro
Rosell E (Cuzco)
Romero Sotomayor Salvador

Supr. Convento de La Merced
Supr. Colegio Recoleta
,, ,, Jesuítas
,, ,, S. Agustin
,, ,, Sto. Domingo
Supr. de la Congregación de los PP. Redentoristas
,, Colegio de la Merced
Solano Alberto
Soto Isaac

Sociedad de Ingenieros
Salazar C. R.
Segura José María
Samanez Juan Gmo.
Swayne y Mendoza Guillermo
Sevilla Ricardo Coronel
Shaw E. Alejandro Dr (Buenos Aires)
Sousa Aurelio Dr.
Solar Amador Dr.
Sivirichi Francisco Dr
Sotomayor M.
Seminario Manuel R.
Sánchez Rafael
Sánchez Luis Alberto

Tassara M.
Tassara Glicerio
Tudela y Varela Francisco Dr.
Thol Juan Dr.
Talleri y Raineri Angela
Trillo A. V.
Torres Luis M.

Ureta Alberto
U. y Chávez Moises

Urteaga Raul Rdo. P.
Ugarte Angel Dr.
Uceda C. E. Dr.
Ugarteche Tizón Pedro

Vara Cadillo Saturnino Dr.
Vegas García Ricardo
Varela y Orbegoso Luis Dr.
Villarán V. Manuel Dr.
Valdeavellano Fausto
Valdez de la Torre Carlos Dr.
Valcárcel Luis Dr.
Valdizán Hermilio Dr.
Vásquez y Romero S.
Vidal Tomás

Wiesse Carlos Dr.
Webster Smith I.

Yuychud Moisés A.
Ynfante Luis C.

Zapata Ernesto
Zúñiga Andrés.





Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01269 5765



